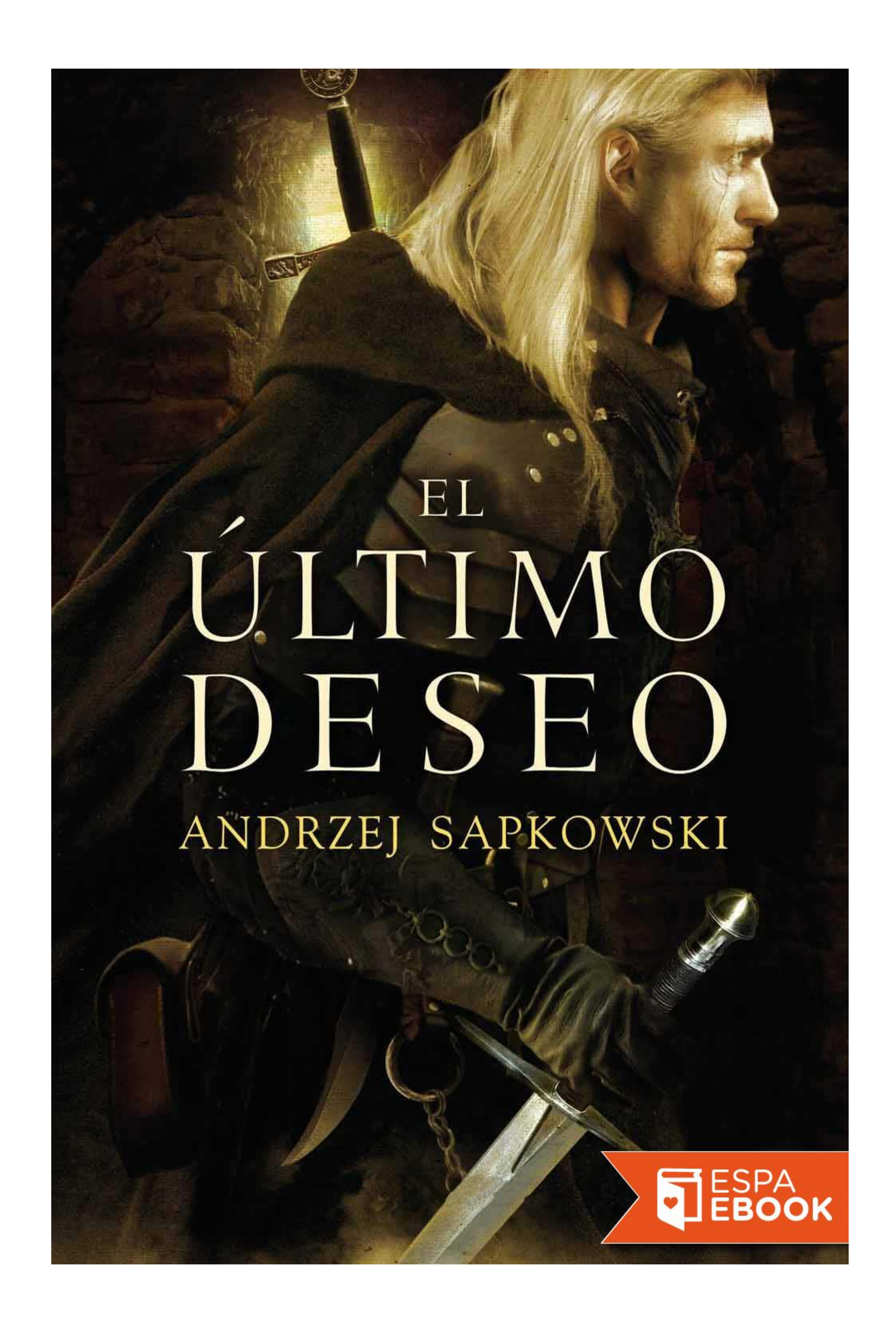

EL
ÚLTIMO
DESEO
ANDRZEJ SAPKOWSKI
ESPA
EBOOK

Geralt de Rivia, brujo y mutante sobrehumano, se gana la vida como cazador de monstruos en una tierra de magia y maravilla: con sus dos espadas al hombro -la de acero para hombres, y la de plata para bestias- da cuenta de estriges, manticoras, grifos, vampiros, quimeras y lobisomes, pero sólo cuando amenazan la paz. Irónico, cínico, descreído y siempre errante, sus pasos le llevan de pueblo en pueblo ofreciendo sus servicios, hallando las más de las veces que los auténticos monstruos se esconden bajo rostros humanos. En su camino sorteará intrigas, elegirá el mal menor, debatirá cuestiones de precio, hollará el confín del mundo y realizará su último deseo: así comienzan las aventuras del brujo Geralt de Rivia.



Andrzej Sapkowski

El último deseo

La saga de Geralt de Rivia - Libro I

ePUB v2.2
ikero 04.07.12

La voz de la razón 1

Vino a él al romper el alba.

Entró con mucho cuidado, sin decir nada, caminando silenciosamente, deslizándose por la habitación como un espectro, como una visión, el único sonido que acompañaba sus movimientos lo producía el albornoz al rozar la piel desnuda. Y sin embargo, justo este sonido tan débil, casi inaudible, despertó al brujo. O puede que sólo le sacara de una duermevela en la que se acunaba monótono, como si estuviera en las profundidades insondables, colgando entre el fondo y la superficie de un mar en calma, entre masas de sargazos ligeramente movidos por las olas.

No se movió, no pestañeó siquiera. La chica se acercó, se quitó el albornoz despacito, vacilando apoyó la rodilla doblada en el borde de la cama. Él la observó por debajo de las pestañas casi cerradas, fingiendo que aún dormía. La muchacha se subió con cuidado al lecho, encima de él, apretándole entre sus muslos. Apoyada en los brazos abiertos le rozó ligeramente el rostro con unos cabellos que olían a manzanilla. Decidida y como impaciente, se inclinó, tocó con la punta de sus pechos sus párpados, sus mejillas, su boca. Él se sonrió, asiéndola por los hombros con un movimiento muy lento, muy cuidadoso, muy delicado. Ella se irguió, huyendo de sus dedos, resplandeciente, iluminada, difuminado su brillo en la claridad nebulosa del amanecer. Él se movió, manteniendo la presión de ambas manos le impedía suavemente cambiar de posición. Pero ella, con movimientos de caderas muy decididos, le exigió respuesta.

Él respondió. Ella cesó de intentar escaparse de sus manos, echó la cabeza hacia atrás, dejó caer sus cabellos. Su piel estaba fría y era sorprendentemente lisa. Los ojos que contempló cuando acercó el rostro a su rostro eran grandes y oscuros como los ojos de una ninfa. El balanceo le

sumergió en un mar de manzanilla que le agitaba y le murmuraba, embargándole de paz.

El brujo

I

Después dijeron que aquel hombre había venido desde el norte por la Puerta de los Cordeleros. Entró a pie, llevando de las riendas a su caballo. Era por la tarde y los tenderetes de los cordeleros y de los talabarteros estaban ya cerrados y la callejuela se encontraba vacía. La tarde era calurosa pero aquel hombre traía un capote negro sobre los hombros. Llamaba la atención.

Se detuvo ante la venta del Viejo Narakort, se mantuvo de pie un instante, escuchó el rumor de las voces. La venta, como de costumbre a aquella hora, estaba llena de gente.

El desconocido no entró en el Viejo Narakort. Condujo el caballo más adelante, hacia el final de la calle. Allí había otra taberna, más pequeña, llamada El Zorro. Estaba casi vacía. Aquella taberna no gozaba de la mejor fama.

El ventero sacó la cabeza de un cuenco con pepinillos en vinagre y dirigió su mirada hacia el huésped. El extraño, todavía con el capote puesto, estaba de pie frente al mostrador, rígido, inmóvil, en silencio.

—¿Qué va a ser?

—Cerveza —dijo el desconocido. Tenía una voz desagradable.

El posadero se limpió las manos en el delantal de tela y llenó una jarra de barro. La jarra estaba desportillada.

El desconocido no era viejo, pero tenía los cabellos completamente blancos. Por debajo del abrigo llevaba una raída almilla de cuero, anudada por encima de los hombros y bajo las axilas. Cuando se quitó el capote

todos se dieron cuenta de que llevaba una espada en un cinturón al dorso. No era esto extraño, pues en Wyzima casi todos portaban armas, pero nadie acostumbraba a llevar el estoque a la espalda como si fuera un arco o una aljaba.

El desconocido no se sentó a la mesa, entre los escasos clientes, continuó de pie delante del mostrador, apuntando hacia el posadero con ojos penetrantes. Bebió un trago.

—Posada busco para la noche.

—Pues no hay —refunfuñó el ventero mirando las botas del cliente, sucias y llenas de polvo—. Preguntad acaso en el Viejo Narakort.

—Preferiría aquí.

—No hay. —El ventero reconoció al fin el acento del desconocido. Era de Rivia.

—Pagaré bien —dijo el extraño muy bajito, como inseguro.

Justo entonces fue cuando comenzó toda esta abominable historia. Un jayán picado de viruelas, que no había apartado su lúgubre mirada del extraño desde el momento mismo de su entrada, se levantó y se acercó al mostrador. Dos de sus camaradas se quedaron por detrás, a menos de dos pasos.

—¡Ya te han dicho que no hay sitio, bellaco, rivio vagabundo! —gargajeó el picado de pie junto al desconocido—. ¡No necesitamos gente como tú aquí, en Wyzima, ésta es una ciudad decente!

El desconocido tomó su jarra y se apartó. Miró al ventero, pero éste evitó sus ojos. No se le ocurriría defender a un rivio. Al fin y al cabo, ¿a quién le gustaban los rivios?

—Todos los rivios son unos ladrones —continuó el picado, dejando un olor a cerveza, ajo y rabia—. ¿Escuchas lo que te digo, degenerado?

—No te oye. Tiene boñigas en las orejas —dijo uno de los que estaban detrás. El otro se rió.

—Paga y lárgate —vociferó el caracañado.

El desconocido le miró por primera vez.

—Cuando termine mi cerveza.

—Te vamos a echar una mano —gruñó el jayán. Arrancó la jarra de las manos del rivio y al mismo tiempo, agarrándole por los hombros, clavó los dedos en las correas de cuero que cruzaban el pecho del extraño. Uno de los de detrás preparó el puño para golpearle. El extraño se revolvió en su sitio, haciendo perder el equilibrio al picado. La espada silbó en el aire y

brilló un momento a la luz de las lamparillas. Hubo una agitación. Gritos. Uno de los otros parroquianos se precipitó hacia la salida. Una silla cayó con un crujido, la loza de barro se desparramó por el suelo con un chasquido sordo. El ventero, con los labios temblando, miró a la destrozada cara del picado, cuyos dedos aferrados al borde del mostrador se iban desprendiendo, desapareciendo de la vista como si se hundiera en el agua. Los otros dos estaban tendidos en el suelo. Uno inmóvil, el otro retorciéndose de dolor y agitándose en un charco oscuro que crecía rápidamente. En el ambiente vibró, hiriendo los oídos, un agudo e histérico grito de mujer. El ventero, asustado, tomó aliento y comenzó a vomitar.

El desconocido retrocedió hasta la pared. Encogido, tenso, alerta. Sujetaba la espada con las dos manos, agitando la punta en el aire. Nadie se movía. El miedo, como un viento helado, cubría las caras, soldaba los miembros, cegaba las gargantas.

Un piquete de la ronda, compuesto por tres guardias, entró en la venta con estruendo. Debía de haber estado cerca. Para el servicio llevaban porras envueltas en tiras de cuero pero, al ver los cuerpos, echaron mano con rapidez a los estoques. El rivio pegó la espalda contra la pared y con la mano izquierda sacó un estilete de la bota.

—¡Tira eso! —vociferó uno de los guardias con la voz temblona—. ¡Tíralo, canalla! ¡Te vienes con nosotros!

Otro guardia dio una patada a la mesa que le impedía acercarse al rivio por detrás.

—¡Ve a por refuerzo, Treska! —gritó al tercero, que estaba más cerca de la puerta.

—No hace falta —dijo el extraño, bajando la espada—. Iré por mi propio pie.

—Claro que vienes, hijo de perra, pero encadenado —le increpó el que estaba temblando—. ¡Arroja la espada o te rompo la crisma!

El rivio se enderezó. Con rapidez, colocó la hoja debajo de la axila izquierda y con la mano derecha elevada hacia arriba, en dirección a los guardias, marcó en el aire un rápido y complicado signo. Comenzaron a brillar los numerosos gemelos situados en las vueltas de los puños, unos puños largos hasta los codos del caftán de cuero.

Los guardias se retiraron, protegiéndose los rostros con sus antebrazos. Uno de los parroquianos dio un salto, otros, de nuevo, se acercaron a la puerta, la mujer volvió a gritar, salvajemente, con estridencia.

—Iré por mi propio pie —repitió el desconocido con una extraña voz metálica—. Y vosotros tres por delante, llevadme al corregidor. Desconozco el camino.

—Sí, señor —barbotó el guardia, dejando caer la cabeza. Se movió hacia la puerta, inseguro. Los dos restantes salieron detrás de él, apresurados. El extraño siguió sus pasos, guardando la espada en su vaina y el estilete en la bota. Cuando pasaban las mesas, los clientes escondían los rostros entre los gorgueros de los jubones.

II

Velerad, corregidor de Wyzima, reflexionaba sobre la cuestión mientras se rascaba la barbilla. No era supersticioso ni cobarde, pero no le agradaba quedarse con el albino a solas. Se decidió por fin.

—Salid —ordenó a los guardias—. Y tú siéntate. No, no aquí, allí, más lejos, si te parece.

El desconocido se sentó. No tenía ya ni la espada ni el capote negro.

—Escucho —dijo Velerad, jugueteando con una pesada maza que estaba sobre la mesa—. Soy Velerad, corregidor de Wyzima. ¿Qué me has de decir, señor bandido, antes de que te mande a la mazmorra? Tres muertos, intento de lanzar un hechizo, no está mal, nada mal. Tales crímenes se castigan aquí en Wyzima con empalamiento. Pero como soy una persona justa, te escucharé antes. Habla.

El rivio se desabrochó la almilla, sacó de debajo de ella un pergamino de blanca piel de cabrito.

—Claváis esto en las tabernas y en los cruces de caminos —dijo con voz queda—. ¿Es verdad lo que pone aquí?

—Ajá —murmuró Velerad, contemplando las runas escritas en la piel —. Así que es eso. ¡Que no me haya dado cuenta de ello enseguida! Así es, la verdad de las verdades. Está firmado por Foltest, rey de Temeria, Pontar y Mahakam. Lo que quiere decir que es cierto. Pero las proclamas son proclamas y la ley es la ley. ¡En Wyzima soy yo quien guarda de la ley y del orden! ¡No consiento que se mate a nadie! ¿Entiendes?

El rivio asintió con la cabeza en señal de que entendía. Velerad resopló rabiosamente.

—¿Tienes la divisa de brujo?

El desconocido rebuscó de nuevo dentro del caftán, extrajo un medallón

redondo en una cadena de plata. El medallón tenía el grabado de una cabeza de lobo mostrando las fauces abiertas.

—¿Tienes nombre? Da igual el que sea, no te pregunto por curiosidad, sólo para hacer más fácil la conversación.

—Me llamo Geralt.

—Sea pues Geralt. ¿De Rivia, como concluyo por tu acento?

—De Rivia.

—Bien. ¿Sabes, Geralt? Tómatelo con calma. —Velerad señaló la proclama con la mano abierta—. Es un asunto serio. Ya lo han intentado muchos. Esto, hermano, no es lo mismo que rebanarle el pescuezo a un par de bravucones.

—Lo sé. Es mi oficio, corregidor. Está escrito: recompensa de tres mil ducados.

—Tres mil. —Velerad hizo una mueca—. Y la princesa como esposa, aunque nuestro amado Foltest no lo haya añadido.

—No estoy interesado en la princesa —dijo tranquilo Geralt. Estaba sentado, inmóvil, con las manos sobre las rodillas—. Está escrito: tres mil.

—¡Qué tiempos, Señor! —refunfuñó el corregidor—. ¡Qué asquerosos tiempos! Hace sólo veinte años, ¿a quién se le iba a ocurrir, ni siquiera borracho, que pudiera haber tales profesiones? ¡Brujos! ¡Trashumantes cazadores de basiliscos! ¡Asesinos ambulantes de dragones y utopes! ¿Geralt? ¿En tu gremio se os permite beber?

—Por supuesto.

Velerad dio una palmada.

—¡Cerveza! —gritó—. Y tú, Geralt, siéntate más cerca. Qué más me da.

La cerveza estaba fría y espumosa.

—Vivimos tiempos asquerosos —monologaba Velerad mientras daba sorbos de la jarra—. Pululan por ahí todo tipo de porquerías. En Mahakam, en las montañas, hormiguean los bobolakos. Antes en los bosques aullaban los lobos y ahora, sin ir más lejos, hay espectros, borowikis de esos, lobisomes y otras basuras. En las aldeas, las náyades y las plañideras roban niños, lo menos ciento llevan ya. Monstruos de los que nadie había oído hacía tiempo, se le ponen a uno los pelos de punta. ¡Y encima esto para acabar de rematarlo! —Empujó el rollo de pergamino por encima de la mesa—. No es de extrañar, Geralt, que haya tanta demanda de vuestros servicios.

—Esto es una proclama real, corregidor. —Geralt levantó la cabeza—. ¿Conocéis más detalles?

Velerad se echó para atrás en su silla, puso las manos sobre la barriga.

—¿Detalles, dices? Los conozco. No de primera mano, pero de fuentes bien informadas.

—De eso se trata.

—Eres obstinado. Como quieras. Escucha. —Velerad dio un trago de cerveza, bajó la voz—. Nuestro amado Foltest, cuando aún era príncipe, en el reinado del viejo Medell, su padre, nos enseñó de lo que era capaz, y era capaz de mucho. Contábamos con que se le pasaría con la edad. Y hete aquí que poco antes de su coronación, justo poco después de la muerte del viejo rey, Foltest se superó a sí mismo. Todos nos quedamos boquiabiertos. En pocas palabras: le hizo un hijo a su propia hermana Adda. Adda era más joven que él, siempre estaban juntos, pero nadie se lo podía imaginar, bueno, quizás la reina. Rápidamente: nos damos cuenta, y aquí Adda con una tripa así, y Foltest comienza a hablar de boda. Con la hermana, ¿te das cuenta, Geralt? La situación se volvió crítica de la leche, porque justo entonces a Vizimir de Novigrado se le ocurrió querer casar a su Dalka con Foltest y envió un embajador, y entonces tuvimos que agarrar al rey de las manos y de los pies porque quería insultar y golpear a los mensajeros. Lo conseguimos, y menos mal, porque si Vizimir se hubiera enfadado nos habría sacado los hígados. Después, no sin la ayuda de Adda, que tenía influencia sobre su hermano, conseguimos quitarle de la cabeza al rapaz la idea de una boda inmediata. Bueno, y luego Adda dio a luz en la fecha prevista, ¡y cómo! Ahora estate atento porque la cosa empieza. A aquello que nació no lo vio mucha gente, pero una comadrona se tiró por la ventana de la torre y se mató, y la otra perdió el seso y hasta el día de hoy sigue grillada. Por ello juzgo que el bastardo no debía de ser especialmente encantador. Era una niña. De todas formas murió enseguida, nadie, en cualquier caso, se había dado mucha prisa en anudarle el cordón umbilical. Adda, por suerte, no sobrevivió al parto. Y luego, hermano, Foltest cometió de nuevo otra estupidez. Habría que haber quemado a la bastarda, qué sé yo, o haberla enterrado allá en algún despoblado, y no guardarla en un sarcófago en los subterráneos del alcázar.

—Demasiado tarde ahora para discutirlo. —Geralt levantó la cabeza—. En cualquier caso, habría que haber llamado a algún Sabio Encantador.

—¿Te refieres a esos engañabobos con estrellitas en las capuchas? Pues

claro, acudieron a docenas, pero después, cuando apareció lo que está dentro del sarcófago. Y lo que se arrastra fuera de él por las noches. Y no empezó a salir desde el principio, claro que no. Después del entierro tuvimos siete años de tranquilidad. Hasta que una noche, con la luna llena, algazara en el palacio, griterío, jaleo. Para qué hablar más, sabes de lo que se trata, has leído la proclama también. La cría se había desarrollado en su tumba, y bastante además, y los dientes le crecían a ojos vista. En una palabra, una estrige. Una pena que no hayas visto los cadáveres, como yo. Seguro que dejarías a un lado Wyzima dando un buen rodeo.

Geralt no dijo nada.

—Entonces —continuó Velerad—, como te dije, Foltest convocó a toda una manada de encantadores. Vociferaron el uno detrás del otro, por poco no se pegaron con esos garrotes que llevan, seguramente para espantar a los perros cuando alguien los azuza contra ellos. Y me da la sensación de que les echan los perros regularmente. Perdóname, Geralt, si tienes una opinión distinta de los hechiceros, seguro que la tienes, dada tu profesión, pero para mí no son otra cosa más que gorrones e idiotas. La gente confía más en vosotros, los brujos; sois, por así decirlo, más concretos.

Geralt se sonrió, no dijo nada.

—Pero, al grano. —El corregidor fue hasta un barril, echó más cerveza al rivio y a sí mismo—. Algunos de los consejos de los hechiceros no parecían nada estúpidos. Uno propuso la quema de la estrige, junto con el alcázar y el sarcófago, otro aconsejó cortarle la cabeza con una laya, el resto era partidario de clavar estacas de abedul en diversas partes del cuerpo, por supuesto de día, cuando la diablesa durmiera en su tumba, cansada de sus escapadas nocturnas. Sin embargo había uno, un eremita giboso, un necio que llevaba un gorro de cucurucho sobre un cráneo completamente calvo. A éste se le ocurrió que se trataba de un hechizo, que se podía romper y que la estrige volvería a ser de nuevo la hija de Foltest, hermosa como una pintura. Tan sólo había que aguantar en la cripta toda una noche y hala, listos. Después de decir esto, te imaginas, Geralt, vaya un mentecato que sería, se metió en el alcázar a pasar la noche. Como te será fácil adivinar, no quedó mucho de él, ni siquiera el gorro ni la vara. Pero Foltest se aferró a esta idea como a un clavo ardiendo. Prohibió cualquier intento de matar a la estrige y trajo a Wyzima a los charlatanes de los más remotos rincones del país para que transformaran a la estrige en una princesa. Éstos sí que eran pintorescos. Una tía sonada, un cojo, tan sucios,

hermano, tan piojosos, daban pena. No, y venga a echar encantos, sobre todo encima de no sé qué barreños y jarras. Por supuesto, Foltest o el consejo desenmascararon rápidamente a varios, incluso colgaron a un par de ellos de las almenas, pero a muy pocos, a demasiado pocos. Yo los hubiera colgado a todos. El que la estrige, entretanto, se devorara cada día a alguien más, no prestando atención a los estafadores y sus hechizos, creo que no tengo ni que decirlo. Ni tampoco que Foltest ya no vivía en el alcázar. Nadie vivía ya allí.

Velerad hizo una pausa, dio un trago de cerveza. El brujo callaba.

—Y esto continúa, Geralt, desde hace seis años, porque el bicho nació hace unos catorce. Entretanto hemos tenido algunas otras preocupaciones, porque nos peleamos con Vizimir de Novigrado, pero por razones comprensibles y honestas, se trataba de desplazar algunos mojones fronterizos y no de yo qué sé qué hijas o qué uniones. Foltest, dicho sea de paso, comienza ya a hablar de matrimonio y mira los retratos enviados por los palacios vecinos, cuando antes simplemente los hubiera tirado a la letrina. Pero de vez en cuando le invade de nuevo su manía y envía jinetes a buscar otros hechiceros. E incluso ofreció un premio, tres mil, lo que hizo que se reunieran unos cuantos chiflados, caballeros andantes, y hasta un pastorcillo, cretino bien conocido por todos estos alrededores, que en paz descanse. Y a la estrige le va muy bien. Sólo que de vez en cuando se come a alguien. Se puede uno acostumbrar a todo. Y al menos sacamos algún provecho de estos héroes que intentan desencantarla, porque la bestia se atiborra en su rincón y no pindonguea fuera del alcázar. Y Foltest tiene un palacio nuevo, bien bonito.

—Durante seis años. —Geralt levantó la cabeza—. ¿Durante seis años no hubo quien solucionara el problema?

—Y no. —Velerad miró al brujo fijamente—. Porque seguramente el problema no tiene solución y hay que resignarse a ello. Me refiero a Foltest, nuestro amado y benévolo señor, el cual todavía continúa mandando clavar esas proclamas en las encrucijadas de los caminos. Sólo que, de alguna manera, cada vez hay menos voluntarios. Últimamente, es cierto, hubo uno, pero quería los tres mil por adelantado. Así que le metimos en un saco y le echamos al lago.

—No faltan pícaros.

—No, no faltan. De hecho, más bien sobran —asintió el corregidor sin desviar la mirada del brujo—. Por eso, si vas al palacio, no pidas dinero por

adelantado. Si es que vas a ir.

—Voy a ir.

—Bueno, es asunto tuyo. Sin embargo, no olvides mi consejo. Y ya que hablamos de la recompensa, últimamente se ha empezado a hablar de su segunda parte, como te he mencionado antes. La mano de la princesa. No sé a quién se le ocurrió, pero si la estrige tiene el aspecto que se dice, se trata de una broma bastante pesada. No obstante, no faltaron idiotas que se fueron al palacio a galope en cuanto cundió la noticia de que había una oportunidad de entrar dentro de la familia real. En concreto, dos aprendices de zapatero. ¿Por qué los zapateros son tan tontos, Geralt?

—No lo sé. ¿Y brujos, corregidor? ¿Lo han intentado?

—Algunos hubo, ¿cómo no? Normalmente, cuando escuchaban que había que desencantar a la estrige en vez de matarla, encogían los hombros y se marchaban. Por eso también aumentó mi respeto por los brujos, Geralt. Bueno, y luego vino uno, más joven que tú, no me acuerdo de su nombre, si es que llegó a decirlo. Aquél lo intentó.

—Bien, ¿y qué?

—Nuestra dentuda princesa dispersó sus tripas a lo largo de una buena distancia, como de medio tiro de arco.

Geralt balanceó la cabeza.

—¿Eso fue todo?

—Hubo uno más.

Velerad calló durante un momento. El brujo no le apremió.

—Sí —dijo por fin el corregidor—. Hubo uno más. Al principio, cuando Foltest le amenazó con la horca si mataba o hería a la estrige, se rió y comenzó a hacer las maletas. Pero luego...

Velerad de nuevo bajó la voz casi hasta convertirla en un susurro, mientras se inclinaba sobre la mesa.

—Luego se puso manos a la obra. Sabes, Geralt, hay aquí en Wyzima un par de personas razonables, incluso en puestos elevados, a los cuales todo este asunto les repugna. Hay rumores de que estas personas convencieron al brujo en secreto de que no se entretuviera con ninguna ceremonia ni ningún sortilegio, matara a la estrige y le dijera al rey que el hechizo no había funcionado, que la niña se había caído por las escaleras, en fin, que había tenido lugar un accidente de trabajo. El rey, por supuesto, se enfurecería, pero todo vendría a dar en que no pagaría ni un ducado de recompensa. El pícaro del brujo dijo que si era sin cobrar, que fuéramos

nosotros mismos a matar a la estrige. Bueno, y qué se podía hacer... Nos enfadamos, regateamos un poco... Pero no salió nada de todo esto.

Geralt levantó las cejas.

—Nada, digo —afirmó Velerad—. El brujo no quiso ir enseguida, la primera noche. Anduvo un poco, echó un vistazo, deambuló por los alrededores. Por fin, dicen, vio a la estrige, seguramente en acción, porque la bestia no se arrastra de su cripta sólo para estirar las piernas. La vio, digo, y aquella misma noche se largó. Sin despedirse.

Geralt levantó el labio superior en un gesto que con toda probabilidad quería ser una sonrisa.

—Estas personas tan razonables —habló— seguramente tienen todavía el dinero. Los brujos no cobran por adelantado.

—Claro —dijo Velerad—, por supuesto que lo tienen.

—¿Los rumores no dicen cuánto es?

Velerad mostró los dientes.

—Unos dicen que ochocientos...

Geralt negó con la cabeza.

—Otros —murmuró el corregidor— hablan de mil.

—No es mucho, si tenemos en cuenta que los rumores todo lo exageran. Al fin y al cabo el rey da tres mil.

—No olvides a la prometida —se mofó Velerad—. Pero, ¿de qué hablamos? Está claro que no conseguirás los tres mil.

—¿Por qué está claro?

Velerad dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Geralt, no te cargues la imagen que tengo de los brujos! ¡Esta historia ya dura seis años y pico! La estrige acaba con medio centenar de personas al año, ahora algo menos, porque todos se mantienen alejados del alcázar. No, hermano, yo creo en los hechizos, he visto más de uno y creo, hasta cierto punto, por supuesto, en las capacidades de magos y brujos. Pero ese desencantamiento es una tontería, ideada por un viejo giboso y lleno de mocos que se volvió tonto perdido de tanto comer comida de eremita, una tontería en la que no cree nadie. Exceptuando a Foltest. No, Geralt. Adda dio a luz a una estrige porque se acostó con su propio hermano, ésta es la verdad y ningún sortilegio puede hacer nada. La estrige devora personas como todas las estriges y hay que matarla, simple y llanamente. Escucha, hace dos años unos palurdos de un pueblo en el culo del mundo, allá por Mahakam, a los que un dragón se les comía las ovejas,

se fueron todos juntos, se lo cargaron a estacazos y ni siquiera vieron necesario jactarse de ello. Y nosotros, aquí en Wyzima, esperamos a que suceda un milagro, echamos el cerrojo a las puertas cada luna llena o atamos a los criminales a un palo delante del alcázar, contando con que la bestia se los coma y vuelva a su tumba.

—No es un mal método —sonrió el brujo—. ¿Se ha reducido la criminalidad?

—Ni pizca.

—¿Cómo voy al palacio ése nuevo?

—Te acompañaré personalmente. ¿Qué pasa con lo propuesto por las personas razonables?

—Corregidor —dijo Geralt—. ¿Por qué apresurarse? Acaso pueda ocurrir de verdad un accidente de trabajo, independientemente de mis intenciones. Entonces, las personas razonables debieran pensar en cómo salvarme de la cólera del rey y también preparar esos mil quinientos ducados de los que hablan los rumores.

—Eran mil.

—No, señor Velerad —contestó el brujo con firmeza—. Aquél a quien le disteis mil huyó ante la vista de la estrige, ni siquiera regateó. Esto quiere decir que el riesgo es mayor que mil. Y ya veremos si no es mayor que mil quinientos. Por supuesto, si es mayor, yo me iré.

Velerad se rascó la cabeza.

—¿Geralt? ¿Mil doscientos?

—No, corregidor. No es un trabajo fácil. El rey da tres, y debo deciros que a veces desencantar es más fácil que matar. Al fin y al cabo, cualquiera de mis antecesores hubiera matado a la estrige si hubiera sido tan fácil. ¿Pensáis que se dejaron devorar sólo porque tenían miedo del rey?

—Vale, hermano. —Velerad afirmó tristemente con la cabeza—. Trato hecho. Pero delante del rey ni pío sobre posibles accidentes de trabajo. Te lo aconsejo de corazón.

III

Foltest era delgado, tenía un rostro hermoso, demasiado hermoso. El brujo calculó que no tenía todavía cuarenta años. Estaba sentado en un sitial esculpido en madera negra, los pies dirigidos hacia la chimenea, delante de la que se calentaban dos perros. Junto a él, sentado en un arca, estaba un viejo barbado de complexión fuerte. Detrás del rey, de pie, había otra persona ricamente vestida, con un rostro de aspecto orgulloso. Un noble.

—Brujo de Rivia —dijo el rey después de unos instantes de silencio que siguieron a las palabras de Velerad.

—Sí, señor. —Geralt inclinó la cabeza.

—¿Por qué se te ha encanecido la cabeza? ¿Por los encantamientos? Veo que no eres viejo. Vale, vale, basta, es una broma, no digas nada. ¿Alguna experiencia tienes, como me atrevo a sospechar?

—Sí, señor.

—Me alegraría oírlas.

Geralt se inclinó incluso más.

—Sabéis seguro, señor, que nuestro código nos prohíbe hablar de lo que hacemos.

—Un código muy oportuno, señor brujo, muy oportuno. Pero así, en general, ¿has tenido algo que ver con trasgos?

—Sí.

—¿Con vampiros y con silvias?

—También.

Foltest vaciló.

—¿Con estriges?

Geralt levantó la cabeza, miró al rey directamente a los ojos.

—También.

Foltest desvió la mirada.

—¡Velerad!

—Escucho, su majestad.

—¿Le has informado de los detalles?

—Sí, su majestad. Afirma que se puede desencantar a la princesa.

—Eso lo sé desde hace tiempo. ¿De qué forma, señor brujo? Ah, es verdad, me olvidé. El código. De acuerdo. Sólo una advertencia. Aquí han venido ya unos cuantos brujos. ¿Se lo has contado, Velerad? Bien. Por ello sé que vuestra especialidad es más bien matar, y no quitar los hechizos. Esto no entra dentro de lo posible. Si a mi hija se le cae un sólo pelo de la cabeza, la tuya irá a parar al tablado. Eso es todo. Ostrit y vos, don Segelin, quedaos, dadle toda la información que desee. Los brujos siempre preguntan mucho. Dadle de comer y que duerma en el palacio. Que no vagabundee por las tabernas.

El rey se levantó, silbó a los perros y se dirigió hacia la salida, dispersando la paja que cubría el suelo de la habitación. Al llegar a la puerta se volvió.

—Si lo logras, brujo, la recompensa será tuya. Puede que añada algo más, si lo haces bien. Por supuesto, los cuentos del populacho que se refieren a la mano de la princesa no contienen ni una sola palabra de verdad. No pensarás que doy a mi hija al primero que llega.

—No, señor, no lo creo.

—Bien, esto demuestra que eres inteligente.

Foltest salió, cerrando la puerta tras de sí. Velerad y el noble, que hasta entonces estaban de pie, se sentaron inmediatamente a la mesa. El corregidor se terminó la jarra que el rey había dejado a medias, la contempló, lanzó una maldición. Ostrit, que había ocupado el lugar de Foltest, miró al brujo con el ceño fruncido, acariciando con sus dedos los esculpidos brazos del sillón. Segelin, el barbudo, hizo una señal a Geralt.

—Sentaos, señor brujo, sentaos. Ahora nos traerán la cena. ¿Sobre qué querríais hablar? Creo que el corregidor Velerad ya os lo habrá dicho todo. Lo conozco y sé que antes habrá contado demasiado que demasiado poco.

—Sólo unas pocas preguntas.

—Preguntad pues.

—El corregidor dijo que, cuando apareció la estrige, el rey mandó llamar a muchos Sabios.

—Así fue. Pero no digáis «estrige», decid «la princesa». Fácilmente cometeríais este error ante el rey... y os podría suceder alguna desgracia.

—¿Había alguien conocido entre los Sabios? ¿Alguien famoso?

—Los hubo tanto entonces como después. No recuerdo los nombres... ¿Y vos, Ostrit?

—No recuerdo —dijo el noble—. Pero sé que algunos gozaban de fama y reconocimiento. Se habló mucho de ello.

—¿Estaban de acuerdo en que se podía deshacer el hechizo?

—Se mostraron bien lejos de cualquier acuerdo —sonrió Segelin—. En cada detalle. Pero hubo quién afirmó esto también. Se trataba de algo sencillo, que incluso no precisaba de habilidades mágicas y, por lo que entendí, bastaba con que alguien pasara la noche desde la puesta del sol hasta el tercer gallo en el subterráneo, junto al sarcófago.

—De verdad, muy sencillo —resolló Velerad.

—Me gustaría que me describierais a la... princesa.

Velerad se levantó de la silla.

—¡La princesa parece una estrige! —gritó—. ¡La más estrige de las estriges de las que jamás haya oído! ¡Su alteza la infanta, maldita bastarda, mide cuatro codos de altura, recuerda a un barril de cerveza, tiene un morro de oreja a oreja, lleno de dientes como estiletes, los ojos colorados y las greñas bermejas! ¡Las garras, afiladas como las de un lince, le cuelgan hasta la misma tierra! ¡No te extrañes de que todavía no hayamos empezado a mandar sus miniaturas a los palacios de nuestros amigos! ¡La princesa, así se la trague la tierra, tiene ya catorce años, es hora de pensar en darla en matrimonio a algún príncipe!

—Tranquilízate, corregidor. —Ostrit frunció el ceño, mirando hacia la puerta. Segelin se sonrió ligeramente.

—La descripción, aunque tan plena de imágenes, es bastante exacta y justo esto es lo que quería el brujo, ¿no es cierto? Velerad olvidó añadir que la princesa se mueve con una velocidad increíble y que es mucho más fuerte de lo que se puede suponer por su complexión y su estatura. Y que tiene catorce años es un hecho, si sirve para algo.

—Sirve —dijo el brujo—. ¿Ataca sólo durante el plenilunio?

—Sí —respondió Segelin—. Si ataca fuera del alcázar viejo. En el alcázar, independientemente de las fases de la luna, siempre moría gente. Pero sale sólo durante el plenilunio, y no todos.

—¿Ha habido siquiera un solo ataque a la luz del día?

—No, de día no.

—¿Devora siempre a sus víctimas?

Velerad escupió con energía sobre la paja.

—¡Que nos van a traer la cena, Geralt! ¡Puaj! Devora, mordisquea, lo deja, depende del humor que tenga, digo yo. A uno sólo le mordió la cabeza, a un par los destripó, y a otros los dejó limpios, hasta el hueso podría decirse. ¡Su puta madre!

—Ten cuidado, Velerad —increpó Ostrit—. ¡Di lo que quieras de la estrige, pero no insultes a Adda delante de mí, sólo porque no te atreves delante del rey!

—¿Hubo alguien que sobreviviera a uno de los ataques? —preguntó el brujo, sin prestar atención al estallido del noble.

Segelin y Ostrit se miraron el uno al otro.

—Sí —dijo el barbudo—. Al principio, hace seis años, se les echó encima a dos soldados que estaban de guardia en la cripta. Uno pudo escapar.

—Y luego —intercaló Velerad— el molinero, al que atacó cerca de la ciudad. ¿Os acordáis?

IV

Al día siguiente por la noche trajeron al molinero a la habitación del cuerpo de guardia en la que habían alojado al brujo. Lo trajo un soldado vestido con un abrigo con capucha.

La conversación no arrojó ningún resultado. El molinero estaba asustado, balbuceaba, tartamudeaba. Más información le dieron al brujo sus cicatrices: la distancia entre las mandíbulas de la estrige era impresionante y, por supuesto, tenía los dientes punzantes, incluyendo unos larguísimos colmillos superiores, cuatro, dos en cada lado. Las uñas estaban seguramente más afiladas que las de los linces, aunque menos torcidas. Sólo por ello el molinero había logrado arrancárselas.

Terminada la inspección, Geralt los despidió con un gesto. El soldado empujó al molinero al otro lado de la puerta y se quitó la capucha. Era Foltest en persona.

—Sigue sentado, no te levantes —dijo el rey—. Ésta no es una visita oficial. ¿Satisfecho de la entrevista? He oído que estuviste en el alcázar esta mañana.

—Sí, mi señor.

—¿Cuando te pondrás manos a la obra?

—Faltan cuatro días para el plenilunio. Después.

—¿Quieres verla antes?

—No hay necesidad de ello. Pero una... princesa saciada será menos activa.

—Estrige, maestro, estrige. No perdamos el tiempo con diplomacias. Después se convertirá en princesa. De hecho, sobre ello quería hablar contigo. Contéstame, extraoficialmente, claro y sencillo: ¿lo será o no lo será? Pero no te escondas detrás de yo no sé qué códigos.

Geralt se rascó la cabeza.

—Confirmo, majestad, que es posible deshacer el hechizo. Y, si no me equivoco, ciertamente pasando una noche en el alcázar. El tercer canto del gallo, si sorprende a la estrige fuera del sarcófago, acabará con el encantamiento. Por lo general, así es como se actúa con las estriges.

—¿Así de simple?

—No es tan simple. En primer lugar, hay que sobrevivir una noche. Es posible también que haya desviaciones de la norma. Por ejemplo, que sean necesarias tres noches seguidas, y no una. Hay también casos... bueno... sin esperanza.

—Sí —se estremeció Foltest—. Algunos me dicen esto a todas horas. Mata al monstruo, porque esto es un caso incurable. Maestro, estoy seguro de que ya habrán hablado contigo. ¿No es cierto? Para que mates a la devoradora de seres humanos de un hachazo, sin ceremonias, y le digas al rey que no se podía hacer otra cosa. Si el rey no paga, nosotros pagamos. Una forma muy cómoda. Y barata. Porque el rey manda decapitar o ahorcar al brujo y el dinero se queda en los bolsillos.

—¿El rey mandará decapitar en cualquier caso al brujo? —se enfadó el brujo.

Foltest miró a los ojos del rivio durante un largo momento.

—El rey no sabe —dijo al fin—. Pero el brujo debiera contar con tal posibilidad.

Ahora fue Geralt el que calló un instante.

—Pienso hacer lo que esté en mi mano —dijo al cabo—. Pero si las cosas no van bien, defenderé mi vida. Vos, mi señor, también habréis de tener en cuenta tal posibilidad.

Foltest se levantó.

—No me entiendes. No tiene nada que ver con eso. Está claro que la matarás, si la cosa se pone fea, tanto si me gusta como si no. Porque si no lo haces, ella te matará a ti, con seguridad y sin vuelta de hoja. No lo diré en voz alta, pero no castigaría a nadie que la matara en defensa propia. No obstante, no permitiré que la maten sin intentar salvarla. Hubo ya intentos de quemar el alcázar viejo, le tiraron flechas, le cavaron trampas, le pusieron cepos y lazos, hasta que mandé colgar a algunos. Pero no se trata de eso. Maestro, escucha.

—Escucho.

—Después de los tres cantos del gallo no habrá estrige, si no te he

entendido mal. ¿Y qué habrá?

—Si todo va bien, una quinceañera.

—¿Con los ojos rojos? ¿Con dientes de cocodrilo?

—Una quinceañera normal y corriente. Sólo que...

—¿Qué?

—Físicamente.

—Acabáramos. ¿Y psíquicamente? ¿Cada día un cubo de sangre para desayunar o un muslo de doncella?

—No. Psíquicamente... no hay forma de preverlo... A mi juicio, al nivel de, qué sé yo, un niño de tres o cuatro años. Precisará de atentos cuidados durante muchísimo tiempo.

—Eso está claro. ¿Maestro?

—Decidme.

—¿Puede volverle eso? ¿Más tarde?

El brujo permaneció en silencio.

—Ajá —dijo el rey—. Puede. ¿Y entonces qué?

—Si después de un largo desfallecimiento de varios días muriera, hay que quemar el cuerpo. Y rápidamente.

La expresión de Foltest se ensombreció.

—No pienso, sin embargo —añadió Geralt—, que se llegue a eso. Para mayor seguridad os daré algunos consejos, señor, que harán disminuir el riesgo.

—¿Ahora? ¿No es demasiado pronto, maestro? Y si...

—Ahora —le cortó el rivio—. Pueden suceder muchas cosas, rey. Puede suceder que por la mañana halléis en la cripta a la princesa desencantada y mi cuerpo tendido.

—¿Es posible? ¿Pese a mi permiso de que puedas defenderte? Permiso que en cualquier caso ni siquiera te era necesario.

—Éste es un asunto serio, rey. El riesgo es muy grande. Por eso, escuchadme: la princesa debe llevar siempre al cuello un zafiro, mejor un inclús, en una cadena de plata. Siempre. De día y de noche.

—¿Qué es un inclús?

—Un zafiro con una burbuja de aire dentro. Aparte de eso, en la habitación en la que vaya a dormir hay que quemar en la chimenea, cada cierto tiempo, unos vástagos de enebro, retama y avellano.

Foltest se quedó pensativo.

—Te agradezco el consejo, maestro. Haré uso de ellos si... Y ahora

escúchame con atención. Si te convences de que se trata de un caso incurable, la matas. Si deshaces el hechizo y la niña no es... normal... si tuvieras siquiera la sombra de una duda de haberlo logrado completamente, la matas también. No temas, nada te amenaza por mi parte. Tendré que gritarte delante de la gente, te echaré del palacio y de la ciudad, pero nada más. La recompensa, por supuesto, no la cobrarás. Puede que les saques algo, ya sabes a quiénes.

Se mantuvieron en silencio un instante.

—Geralt. —Foltest por primera vez se dirigió al brujo por su nombre.

—Decidme.

—¿Cuánto hay de verdad en lo que se dice de que la niña salió así y no de otra manera porque Adda era mi hermana?

—No mucho. Los encantamientos hay que echarlos, ninguno se echa por sí mismo. Pero pienso que la relación con vuestra hermana fue causa de que os lanzaran el hechizo, y con tales consecuencias.

—Eso pensaba. Lo mismo dijeron algunos de los Sabios, aunque no todos. ¿Geralt? ¿De dónde salen estas cosas? ¿Encantamientos, magia?

—No lo sé, rey. Los Sabios se ocupan de investigar las causas de estos hechos. A nosotros, los brujos, nos basta saber que una voluntad concentrada puede producir tales efectos. Y saber cómo combatirlos.

—¿Matar?

—Casi siempre. Al fin y al cabo por eso nos pagan. Poca gente pide que deshagan un hechizo, mi rey. Normalmente quieren que les protejan de las amenazas sin más. Y si el monstruo tiene a alguien sobre su conciencia, a ello se añaden motivos de venganza.

El rey se alzó, dio algunos pasos por la habitación, se detuvo ante la espada del brujo que colgaba en la pared.

—¿Con esto? —preguntó, sin mirar a Geralt.

—No, ésta es para seres humanos.

—Me lo han contado. ¿Sabes qué, Geralt? Voy a ir contigo a la cripta.

—Descartado.

Foltest se volvió, los ojos brillantes.

—¿Sabes, hechicero, que yo no la he visto? Ni cuando nació, ni... después. Tenía miedo. Puede que no la vea nunca, ¿no es cierto? Tengo derecho al menos a ver cómo la matas.

—Repito, descartado. Es una muerte segura. También para mí. Si se me debilita la atención, la voluntad... No, rey.

Foltest se volvió, se fue hacia la puerta. A Geralt, durante un momento le pareció que se iría sin decir una palabra, sin un gesto de despedida, pero el rey se detuvo, le miró.

—Despiertas confianza —dijo—. Pese a que sé que eres una buena pieza. Me han contado lo que pasó en la venta. Estoy seguro de que mataste a aquellos rufianes únicamente para darte nombre, para asustar a la gente, a mí. Estoy seguro de que podrías haberles derrotado sin matarlos. Tengo miedo de que nunca llegue a saber si estás dispuesto a salvar a mi hija o a asesinarla sin más. Pero accedo a esto. Tengo que acceder. ¿Sabes por qué?

Geralt no contestó.

—Porque pienso —dijo el rey—, pienso que ella sufre. ¿No es cierto?

El brujo clavó sus penetrantes ojos en el rey. No asintió, no movió la cabeza, no efectuó el más mínimo gesto, pero Foltest lo vio. Supo la respuesta.

V

Geralt miró por la ventana del alcázar por última vez. Anochecía muy deprisa. En la orilla del lago destellaban vagamente las luces de Wyzima. Alrededor del alcázar había un descampado, un cinturón de tierra de nadie con el que la ciudad, a lo largo de seis años, se había ido distanciando del foco de peligro. No quedaba allí nada sino algunas ruinas, vigas podridas y restos de almenas desportilladas que, por lo visto, no merecía la pena desmontar y llevarse. El propio rey había trasladado su residencia lo más lejos posible, al otro confín de la villa: la cúpula abombada del nuevo palacio se recortaba a lo lejos sobre el fondo del cielo granate.

El brujo volvió a la mesa polvorienta delante de la que, en una de las habitaciones vacías y saqueadas, se estaba preparando sin prisas, tranquilo, cuidadosamente. Sabía que tenía mucho tiempo. La estrige no saldría de la cripta hasta la medianoche.

Encima de la mesa tenía una pequeña arqueta cerrada con un candado. La abrió. En su interior había unos frasquitos de vidrio negro, muy apretados entre tabiques rellenos de hierba seca. El brujo tomó tres de ellos.

Alzó del suelo un paquete alargado, envuelto en una gruesa piel de oveja y atado con correas de cuero. Lo desenrolló, sacó una espada con el puño labrado, en una vaina negra, cubierta con brillantes líneas de símbolos y de runas. Desenvainó el filo, que brilló en un limpio y espejeante relámpago. La hoja era de plata pura.

Geralt susurró una fórmula, bebió uno tras otro el contenido de dos frasquitos, colocando la mano izquierda encima de la empuñadura de la espada después de cada trago. Luego, envolviéndose sólidamente en su capote negro, se sentó. En el suelo. No había ninguna silla en la habitación. Ni, de hecho, en todo el alcázar.

Se sentó inmóvil, con los ojos cerrados. Su respiración, al principio tranquila, se volvió de pronto acelerada, desigual, inquieta. Y luego se detuvo por completo. La mezcla, con la cual el brujo adquiría absoluto control sobre todos los órganos del cuerpo, se componía principalmente de veratro, estramonio, oxiacanta y lechetrezna. Otros ingredientes no poseían nombre en ninguna lengua humana. Para cualquier persona que, como Geralt, no estuviera acostumbrada a ella desde la niñez, la substancia resultaría un veneno mortal.

El brujo volvió la cabeza violentamente. Su oído, sensible en este momento más allá de cualquier medida, percibió en el silencio con gran facilidad el rumor de pasos en el patio cubierto de ortigas. No podía tratarse de la estrige. Era demasiado pronto. Geralt colocó la espada en la espalda, escondió su fardo en el hogar de una chimenea arruinada y, silencioso como un murciélago, corrió por las escaleras.

En el patio había todavía suficiente claridad como para que el individuo que venía pudiera verle la cara al brujo. El hombre —era Ostrit— dio un violento salto y una mueca involuntaria de miedo y asco le deformó los labios. El brujo se sonrió torvamente: sabía qué aspecto tenía. Después de beber la mezcla de belladonna, aconitum y eufrasia el rostro toma un color de creta y las pupilas ocupan todo el iris. Pero el elixir permite ver en las tinieblas más oscuras y justo esto es lo que quería Geralt.

Ostrit se controló rápidamente.

—Pareces un cadáver, hechicero —dijo—. Seguro que a causa del miedo. No temas. Te traigo el indulto.

El brujo no respondió.

—¿No has oído lo que te he dicho, charlatán rivio? Estás salvado. Y eres rico. —Ostrit balanceó una talega bastante grande con la mano y la echó a los pies de Geralt—. Mil ducados. ¡Tómalos, monta en tu caballo y lárgate de aquí!

El rivio permanecía en silencio.

—¡No me mires con esos ojos! —Ostrit alzó la voz—. Y no me hagas perder tiempo. No pienso quedarme aquí hasta la medianoche. ¿Es que no entiendes? No quiero que deshagas el hechizo. No, no pienses que lo has adivinado. No estoy con Velerad y Segelin. No quiero que la mates. Simplemente tienes que irte. Todo ha de quedar como estaba.

El brujo no se movió. No quería que el noble se diera cuenta de lo acelerados que eran en aquel momento sus reacciones y movimientos.

Oscurecía rápidamente y el elixir era tan activo que incluso la penumbra del crepúsculo resultaba deslumbrante para sus dilatadas pupilas.

—¿Y por qué todo ha de quedar como estaba? —preguntó, intentando pronunciar lentamente cada una de las palabras.

—Esto —Ostrit alzó la cabeza con orgullo— no debiera importarte ni un pimiento.

—¿Y si ya lo supiera?

—Interesante.

—Será más fácil echar a Foltest del trono si la estrige continúa atormentando a la gente, si la locura del rey hastía hasta el límite a los nobles y al populacho, ¿verdad? Vine aquí a través de Redania, por Novigrado. Allí se habla mucho de que hay en Wyzima quien ve en el rey Vizimir a su salvador y verdadero monarca. Pero a mí, don Ostrit, no me importan ni la política, ni los sucesores al trono, ni las revueltas palaciegas. Yo estoy aquí para hacer un trabajo. ¿No habéis oído nunca hablar del sentido del deber y de la honestidad común y corriente? ¿De la ética profesional?

—¡No sabes con quién estás hablando, vagabundo! —gritó furioso Ostrit mientras ponía la mano en el puño de la espada—. Basta ya, no tengo costumbre de discutir con don nadies. Miradlo, ¿ética, códigos, moralidad? ¿Y quién dice esto? ¿Un rufián, que apenas llegó y comenzó a matar gente? ¿Que se inclinaba en reverencia ante Foltest y a sus espaldas trataba con Velerad como un esbirro a sueldo? ¿Y tú te atreves a alzar la cabeza, lacayo? ¿A hacer como que eres un Sabio? ¿Un mago? ¿Un hechicero? ¡Tú, brujo del diablo! ¡Vete de aquí antes de que te golpee con la espada en los morros!

El brujo ni siquiera palpitó, se mantuvo de pie con tranquilidad.

—Mejor que os vayáis vos, don Ostrit —dijo—. Está oscureciendo.

Ostrit retrocedió un paso, sacó rápidamente la espada.

—Tú lo has querido, hechicero. Te mataré. No te ayudarán para nada tus artes. Llevo conmigo un caparazón de tortuga.

Geralt se sonrió. La opinión sobre el poder del caparazón de tortuga era tan falsa como extendida. Pero el brujo no pensaba gastar fuerzas en sortilegios, ni mucho menos arriesgar la hoja de plata en el choque con el filo de Ostrit. Maniobró por debajo de los molinetes de la espada y golpeó al noble en la sien con el canto del puño y los gemelos de plata de sus mangas.

VI

Ostrit recobró pronto el conocimiento, giró los ojos alrededor en la más completa oscuridad. Percibió que estaba atado. No vio a Geralt, que estaba junto a él. Pero se dio cuenta de dónde estaba y lanzó un aullido prolongado, terrible.

—Calla —dijo el brujo—. O la atraerás antes de tiempo.

—¡Maldito asesino! ¿Dónde estás? ¡Desátame inmediatamente, canalla! ¡Te ahorcarán por esto, hijo de perra!

—Calla.

Ostrit respiró con dificultad.

—¡Me dejarás aquí para que me devore! ¿Atado? —preguntó, ya más bajo, agregando terribles invectivas en un murmullo apenas audible.

—No —dijo el brujo—. Te soltaré. Pero no ahora.

—Maldito —silbó Ostrit—. ¿Para atraer a la estrige?

—Sí.

Ostrit calló, cesó de forcejear, se mantuvo tendido sin moverse.

—¿Brujo?

—Sí

—Es cierto que quería derribar a Foltest. No sólo yo. Pero sólo yo quería su muerte, quería que muriera bajo tortura, que se volviera loco, que se pudriera vivo. ¿Sabes por qué?

Geralt continuaba en silencio.

—Yo amaba a Adda. La hermana del rey. La amante del rey. La puta del rey. La amaba... brujo, ¿estás ahí?

—Estoy.

—Sé lo que piensas, pero no fue así. Créeme, no arrojé ningún hechizo. Sólo una vez dije, lleno de rabia... Sólo una vez. ¿Brujo, me escuchas?

—Te escucho.

—Fue su madre, la vieja reina. Seguro que fue ella. No podía ver que él y Adda... No fui yo. Sólo una vez, sabes, intenté persuadir a Adda... ¡Brujo! Me trastorné y dije... ¿Brujo? ¿Fui yo? ¿Yo?

—Eso ya no importa.

—¿Brujo? ¿Falta poco para la medianoche?

—Poco.

—Suéltame antes. Dame algo más de tiempo.

—No.

Ostrit no escuchó el chirrido de la lápida de la tumba al moverse, pero el brujo sí. Se inclinó y con el estilete cortó las ligaduras del noble. Ostrit no esperó a decir nada, se las arrancó, renqueó entumecido y torpe, echó a correr. Sus ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad de tal modo que veía el camino que conducía de la sala principal a la salida.

Con estruendo, se abrió en el suelo la losa que bloqueaba la entrada a la cripta. Geralt, prudentemente escondido detrás de la balaustrada, contempló la horrible silueta de la estrige, arrastrándose con presteza, rápida y sin duda en pos del retumbo de las botas de Ostrit. La estrige no produjo ni el menor sonido.

Un grito monstruoso, desgarrado, frenético, atravesó la noche, sacudió los viejos muros y continuó, alzándose y decayendo, vibrando. El brujo no pudo determinar correctamente la distancia —su sensibilizado oído se equivocaba— pero supo que la estrige había alcanzado a Ostrit muy rápido. Demasiado rápido.

Salió al centro de la sala, estaba de pie junto a la entrada a la cripta. Dejó caer el capote. Encogió los hombros para acomodar la espada. Se puso unos guantes. Tenía todavía un poco de tiempo. Sabía que la estrige, aunque saciada después del último plenilunio, no abandonaría rápidamente el cuerpo de Ostrit. El corazón y el hígado eran para ella valiosas reservas de provisiones para mantenerse durante el prolongado letargo.

El brujo esperó. Calculó que quedaban todavía tres horas hasta la aurora. El canto del gallo podría hacer que se equivocara. De todos modos, no había con toda seguridad gallo alguno por aquellos andurriales.

Escuchó. La estrige caminaba despacio, arrastrando los pies por las baldosas. Por fin la vio. La descripción había sido correcta. Una cabeza grande y desproporcionada colocada sobre un cuello corto estaba rodeada por una larga y enmarañada aureola de cabellos rojizos. Los ojos brillaban

en la oscuridad como dos tizones. Se quedó de pie, inmóvil, mirando a Geralt. De pronto abrió las fauces, como si estuviera mostrando orgullosa las hileras de dientes blancos y agudos, después de lo que chasqueó las mandíbulas con un crujido que recordaba un arca al cerrarse. Y sin pausa alguna saltó, desde el mismo sitio, sin tomar carrerilla, apuntando al brujo con unas garras manchadas de sangre.

Geralt se echó a un lado, giró en una pirueta fulgurante, la estrige le rozó, giró también, cortó el aire con las zarpas. No perdió el equilibrio, atacó de nuevo, inmediatamente, dio media vuelta, cerrando los dientes justo delante del pecho de Geralt. El rivio saltó hacia el otro lado, cambió por tres veces la dirección de sus vueltas en una pirueta súbita que desorientó a la estrige. Mientras saltaba la golpeó con fuerza en la parte de atrás de la cabeza con unas púas de plata que llevaba en el dorso de los guantes, en las falanges.

La estrige lanzó un bramido terrible, llenando el alcázar de un eco atronador, cayó a tierra, quedó inmóvil y comenzó a gañir, ronca, maligna, rabiosa.

El brujo sonrió con malicia. La primera prueba, como pensaba, había funcionado. La plata era mortal para las estriges, como para la mayor parte de los monstruos traídos a la vida por embrujos. Existía, pues, una oportunidad: la bestia era como otras, y esto podía garantizar un desencantamiento efectivo, pero en cualquier caso, como último recurso, la espada de plata podía salvarle la vida.

La estrige no se apresuró con el siguiente ataque. Esta vez se acercó despacio, mostrando los colmillos, babeando asquerosamente. Geralt se echó hacia atrás, anduvo en semicírculo, dando pasos con mucho cuidado, acelerando y deteniendo su movimiento desconcentró a la estrige, le dificultó su preparación para el salto. Mientras caminaba el brujo desenrolló una cadena larga, pesada y fuerte, con un peso al final. La cadena era de plata.

En el momento en que la estrige se tensó y saltó, la cadena silbó en el aire y, disolviéndose como cera, cubrió en un instante los brazos, el cuello y la cabeza de la fiera. La estrige cayó en el salto, lanzando un aullido que traspasaba los oídos. Se agitó por el pavimento, bramando terriblemente, no se sabía si de rabia o del punzante dolor que le producía el odiado metal. Geralt estaba satisfecho. Matar a la estrige, si lo quisiera, no supondría, ahora mismo, ni el más mínimo problema. Pero el brujo no echó mano a la

espada dado que, hasta el momento, nada en el comportamiento de la estrige había dado motivos para sospechar que pudiera tratarse de un caso incurable. Geralt retrocedió hasta una distancia adecuada y, sin apartar la mirada de la forma que se revolvía por el suelo, respiró hondo, se concentró.

La cadena estalló, los eslabones de plata se derramaron como lluvia por todos los rincones, tintineando por la piedra. Cegada por la rabia, la estrige se lanzó de nuevo al ataque. Geralt esperó tranquilo y alzando la mano derecha trazó sobre sí la Señal de Aard.

La estrige voló hacia atrás unos pasos, como si la hubiera golpeado un martillo, pero se mantuvo de pie, sacó las garras, enseñó los dientes. Sus cabellos se alzaron y revolotearon como si estuviera siendo afectada por un viento fortísimo. Con esfuerzo, renqueando, paso a paso, lentamente y pese a todo, fue acercándose.

Geralt se sintió intranquilo. No había pensado que una Señal tan simple paralizara por completo a la estrige, pero tampoco esperaba que la bestia superara la resistencia con tanta facilidad. No podía sostener la Señal demasiado tiempo, era extenuante, y a la estrige le quedaban poco más que diez pasos para alcanzarle. Súbitamente, rompió la señal y saltó a un lado. Tal como esperaba, la estrige quedó sorprendida, se precipitó hacia adelante, perdió el equilibro, se dio la vuelta, se escurrió por las baldosas y cayó por las escaleras a través de la humeante abertura de entrada a la cripta. Se oyó desde arriba su infernal aullido.

Para ganar tiempo, Geralt saltó a los escalones que llevaban a la galería. No había recorrido ni siquiera la mitad de los peldaños, cuando la estrige surgió de la cripta, arrastrándose como una enorme araña negra. El brujo esperó a que le siguiera por las escaleras y entonces pasó por encima de la balaustrada y saltó abajo. La estrige se volvió en las escaleras, se tensó y voló hacia él en un imposible salto de casi diez metros. Ya no se dejaba engañar tan fácilmente con sus piruetas: arañó por dos veces con sus garras el caftán de cuero del rivio. Pero, de nuevo, un golpe terrible con las púas de plata del guante arrojó lejos de sí a la estrige y la hizo tambalearse. Geralt, sintiendo la rabia concentrada en él, se balanceó, arqueó el torso hacia atrás y con un potente puntapié en el costado derribó a la bestia.

El grito que lanzó fue el más sonoro de todos. Hasta caían pedazos del enlucido del techo.

La estrige se alejó, tiritando de malignidad indominable y de deseos de

matar. Geralt esperó. Ya había desenvainado la espada, marcó en el aire un círculo, anduvo, rodeó a la estrige, poniendo cuidado en que el movimiento de la espada no fuera el mismo que el ritmo y el tiempo de sus pasos. La estrige no saltó, se acercó con lentitud, dirigiendo sus ojos hacia la brillante estela de la hoja.

Geralt se detuvo súbitamente, se quedó quieto con la espada en lo alto. La estrige, confundida, también se detuvo. El brujo describió un lento semicírculo con la espada. Dio un paso en dirección a la estrige. Luego otro. Y luego saltó, haciendo molinetes por encima de la cabeza.

La estrige se agachó, escapó en zigzag. Geralt estaba de nuevo muy cerca, la hoja centelleaba en su mano. Los ojos del brujo se encendieron con un brillo maligno, un ronco bramido atravesó sus apretados dientes. La estrige se echó atrás de nuevo, traspasada por el poder del odio, la maldad y la violencia concentrados que emanaban del hombre al que estaba atacando. Las olas de sentimientos la golpeaban, le traspasaban el cerebro y las entrañas. Afectada hasta el punto de producirle dolor por unos sentimientos hasta ahora desconocidos para ella, lanzó un pesado y trémulo gemido, se dio la vuelta en el sitio y se arrojó a una loca huida por el laberinto helado de los corredores del alcázar.

Geralt, sacudido por un escalofrío, estaba de pie en el centro de la sala. Solo. Mucho ha durado, pensó, hasta que este baile en los límites del abismo, este loco, macabro ballet de lucha ha obtenido el resultado deseado, la unidad psíquica con el contrario. Conseguir la conquista de los depósitos de voluntad concentrada escondidos dentro del engendro, la perversa y maligna voluntad por cuyo poder surgiera la estrige. El brujo tembló al recordar el momento en el que había absorbido dentro de sí tal carga de maldad para dirigirla, como un espejo, hacia el monstruo. Nunca antes se había encontrado con tanta concentración de odio y de locura asesina, incluso entre los basiliscos, que en este aspecto gozan de la peor fama.

Mucho mejor, pensó, mientras se dirigía hacia la entrada de la cripta, que se recortaba en el suelo como un enorme charco. Mucho mejor porque este poderoso golpe lo había recibido la propia estrige. Esto le daba algo más de tiempo para seguir actuando, antes de que la bestia se sacudiera el shock de encima. El brujo dudó de si se atrevería a otro esfuerzo similar. El efecto de los elixires se debilitaba y el amanecer todavía estaba lejos. La estrige no debía alcanzar la cripta antes de la aurora, de lo contrario todo el

esfuerzo habría sido en vano.

Bajó las escaleras. La cripta era pequeña, había en ella tres sarcófagos de piedra. El primero contando desde la entrada tenía la losa abierta hasta la mitad. Geralt extrajo del seno el tercer frasquito, bebió rápidamente su contenido, entró en el sarcófago, se sumergió en él. Como esperaba, la sepultura era doble, para la madre y la hija.

Cerró la cubierta sólo cuando escuchó de nuevo el grito de la estrige. Se echó boca arriba junto a los restos momificados de Adda, por dentro de la losa marcó la Señal de Yrden. Puso la espada sobre su pecho y colocó un pequeño reloj de arena fosforescente. Cruzó los brazos. No escuchaba ya los bramidos de la estrige que retumbaban en el alcázar. De hecho, ya no escuchaba nada pues la digital y el quelidonium habían comenzado a actuar.

VII

Cuando Geralt abrió los ojos, la arena del reloj se deslizaba hacia su final, lo que quería decir que el letargo había durado más de lo planeado. Aguzó el oído y no escuchó nada. Su cabeza funcionaba ya con normalidad.

Tomó la espada con la mano, movió la mano a lo largo de la tapadera del sarcófago murmurando una fórmula y después, ligeramente, levantó la losa unas pulgadas.

Silencio.

Corrió la tapa algo más, se sentó, y, con la espada dispuesta, asomó la cabeza fuera del sepulcro. La cripta estaba oscura pero el brujo sabía que en el exterior ya amanecía. Enchiscó fuego y prendió un candil en miniatura, lo elevó, produciendo en las paredes de la cripta unas sombras extrañas.

Vacío.

Salió con dificultad del sarcófago, dolorido, entumecido, pasmado de frío. Y entonces la vio. Estaba tumbada boca arriba delante del sepulcro, desnuda, inconsciente.

Era más bien fea. Delgaducha, con pequeños pechos puntiagudos, sucia. Los cabellos, de un rubio rojizo, le llegaban casi hasta la cintura. Colocando el candil encima de la losa, se puso de rodillas, se inclinó sobre ella. Tenía los labios muy pálidos, en los pómulos una herida enorme producida por los golpes de Geralt. El brujo se quitó los guantes, soltó la espada, sin ceremonias tanteó con un dedo la mandíbula superior. Tenía los dientes normales. Buscó su mano, escondida entre los cabellos dispersos. Antes de que pudiera encontrar el brazo, vio que tenía los ojos abiertos. Demasiado tarde.

Le clavó las garras por debajo del cuello, hiriendo profundamente, la sangre le salpicó la faz. Aulló, apuntando a los ojos con la otra mano. Él se echó sobre ella, agarrándole las dos manos por las muñecas, fijándolas al suelo. Chasqueó los dientes —ahora demasiado cortos— justo delante de su cara. La golpeó en el rostro con la frente, la aplastó con vigor. No tenía ya las fuerzas de antes, se revolvía por debajo de él, aullaba, escupiendo la sangre —la sangre de Geralt— que le resbalaba hasta los labios. La sangre fluía con rapidez. No quedaba tiempo. El brujo se agachó y la mordió enérgicamente en el cuello, justo por debajo de la oreja, hundió los dientes y apretó hasta que el aullido inhumano se transformó en grave y desesperado grito y, por fin, en un ahogado sollozo: el llanto de una muchacha de catorce años.

La soltó cuando dejó de moverse, se puso de rodillas, sacó de un bolsillo en la manga un pedazo de lienzo, se vendó el cuello. Tomó la espada que estaba tirada a su lado, le puso la hoja en el cuello a la ahora inconsciente chiquilla, se inclinó sobre sus dedos. Las uñas estaban sucias, rotas, ensangrentadas, pero... normales. Completamente normales.

El brujo se levantó con esfuerzo. A la entrada de la cripta se derramaba el húmedo, grisáceo y viscoso color del amanecer. Se dirigió hacia los escalones, pero se detuvo, se sentó en el empedrado. A través de la tela que envolvía el cuello manaba la sangre, caía por los brazos, chorreaba hasta las manos. Desabrochó el caftán, rasgó la camisa, la deshizo, la convirtió en trapos, los envolvió alrededor del cuello sabiendo que no tenía demasiado tiempo, que ahora mismo iba a desmayarse...

Lo logró. Y se desmayó.

En Wyzima, junto al lago, un gallo, erizando las plumas por la fría humedad, cantó roncamente por tercera vez.

VIII

Contempló los blancos muros y las vigas del techo de la habitación del cuerpo de guardia. Movió la cabeza, frunciendo el ceño por el dolor, gimiendo. Tenía en el cuello un vendaje sólido, grueso y muy profesional.

—Estate tendido, hechicero —dijo Velerad—. Estate tendido, no te muevas.

—Mi... espada.

—Claro, claro. Por supuesto, lo más importante es tu plateada espada de brujo. Está aquí, no temas. La espada y el cofre. Y tres mil ducados. Sí, sí, no digas nada. Yo soy un viejo tonto y tú eres un brujo listo. Foltest repite estas palabras desde hace dos días.

—Dos...

—Pues sí, dos. No te trinchó mal el pescuezo, se veía todo lo que tienes por dentro. Perdiste mucha sangre. Por suerte corrimos al alcázar nada más cantar el tercer pollo. En Wyzima no durmió nadie aquella noche. No se podía. Metisteis un ruido tremendo. ¿No te cansa mi palabrería?

—La prin... cesa.

—La princesa, pues como princesa. Delgada. Y más bien tirando a tonta. Llora sin tregua. Y se mea en la cama. Pero Foltest dice que cambiará. Pienso que no será a peor, ¿no, Geralt?

El brujo cerró los ojos.

—Vale, ya me voy. —Velerad se levantó—. Descansa. ¿Geralt? Antes de que me vaya, dime, ¿por qué la mordiste? ¿Eh? ¿Geralt?

El brujo dormía.

La voz de la razón 2

I

—Geralt.

Alzó la cabeza, expulsado del sueño. El sol estaba ya muy alto, traspasaba con violencia las molduras de los postigos cegándole con manchas de oro, penetraba la habitación con tentáculos de luz. El brujo se tapó los ojos con las manos, sin necesidad, un gesto instintivo del que nunca se había librado, pues bastaba sólo contraer las pupilas hasta volverlas apenas unas rendijas perpendiculares.

—Ya es tarde —dijo Nenneke, abriendo las ventanas—. Os habéis dormido. Iola, desaparece. Ya no estás aquí.

La muchacha se levantó con rapidez, saltó de la cama, recogiendo el albornoz del suelo. En los brazos, en el lugar donde un segundo antes habían estado sus labios, Geralt sintió restos de saliva que se iban disipando.

—Espera... —dijo inseguro. Ella miró hacia él, volvió la cabeza rápidamente.

Había cambiado. No poseía ya nada de la ninfa, de la luminosa aparición perfumada que había sido al amanecer. Sus ojos eran azules y no negros. Y su piel estaba poblada de pecas: en la nariz, en el escote, en los brazos. Aquellas pecas estaban llenas de gracia, le sentaban bien al tono de su piel y a sus cabellos rojizos. Pero no las había visto entonces, al amanecer, cuando ella era aún su sueño. Con vergüenza y tristeza se dio cuenta de que lo que sentía hacia ella era resentimiento, resentimiento porque no había seguido siendo un sueño. Y supo que nunca se perdonaría

a sí mismo ese resentimiento.

—Espera —repitió—. Iola... Quisiera...

—No le digas nada, Geralt —dijo Nenneke—. Y de todas formas no te va a contestar. Desaparece, Iola. Date prisa, chiquilla.

La muchacha, envuelta en el albornoz, se arrastró hacia la puerta, haciendo ruido en el suelo con sus pies desnudos, turbada, sonrojada, torpe. Ya no recordaba en nada a...

Yennefer.

—Nenneke —dijo él, alcanzando la camisa—. Espero que no pretendas... ¿No la vas a castigar?

—Idiota —resopló la sacerdotisa, acercándose a la cama—. Te has olvidado de dónde estás. Esto no es una cueva de ermitaños ni un convento. Esto es el santuario de Melitele. Nuestra diosa no prohíbe a las sacerdotisas... nada. Casi.

—Me has prohibido hablarle a ella.

—No te he prohibido nada, llamé tu atención sobre su inutilidad. Iola no habla.

—¿Cómo?

—No habla porque hizo un voto. Es una especie de renuncia gracias a la que... Aj, qué te voy explicar, si ni así lo vas a entender, ni siquiera vas a intentar entenderlo. Conozco tu opinión sobre las religiones. No, no te vistas todavía. Quiero comprobar cómo cicatriza tu cuello.

Se sentó al borde de la cama, con gran habilidad desenrolló los gruesos vendajes de lino que envolvían el cuello del brujo. Él apretó los labios a causa del dolor.

A poco de llegar a Ellander, Nenneke le había retirado el horrible hilo de zapatero con el que le habían cosido en Wyzima, había abierto la herida y la había revisado. El resultado había sido el previsto: había llegado al santuario casi curado, puede que un poco rígido, y ahora estaba otra vez enfermo y dolorido. Pero no protestó. Conocía a la sacerdotisa desde hacía años, sabía lo grande que era su sabiduría médica y la rica y amplia farmacia de la que disponía. La convalecencia en el santuario de Melitele sólo podía serle beneficiosa.

Nenneke palpó la herida, la lavó y comenzó a maldecir. Se sabía esto ya de memoria, pues había empezado desde el primer día y nunca olvidaba blasfemar cada vez que veía los recuerdos dejados por las zarpas de la princesa de Wyzima.

—¡Vaya una monstruosidad! ¡Dejarse zurrar así por una simple estrige! ¡Músculos, tendones, por un pelo no te afectó la arteria! Por la Gran Melitele, Geralt, ¿qué te pasa? ¿Cómo le dejaste acercarse tanto? ¿Qué querías hacer con ella? ¿Trajinártela?

No respondió, sonrió ligeramente.

—No pongas esa sonrisa de tonto. —La sacerdotisa se levantó, tomó una bolsa con vendas que estaba sobre la cómoda. Pese a su corpulencia y baja estatura se movía con agilidad y gracia—. No es nada divertido lo que ha pasado. Estás perdiendo reflejos, Geralt.

—Exageras.

—No exagero. —Nenneke colocó sobre la herida un paquete verde que exhalaba un penetrante olor a eucalipto—. No debes dejarte herir, y te dejaste, y esto es muy serio. Yo diría que fatal. Incluso con tus extraordinarias facultades de regeneración pasarán unos meses hasta que recuperes la completa movilidad del cuello. Te lo advierto, en este tiempo no pruebes tus fuerzas en una pelea con un contrincante que sea muy rápido.

—Te agradezco la advertencia. Puedes además darme un consejo: ¿de qué voy a vivir durante este tiempo? ¿Junto a unas cuantas señoritas, compro un carro y organizo una casa de citas ambulante?

Nenneke encogió los hombros mientras le vendaba el cuello con rápidos y certeros movimientos de sus rollizas manos.

—¿Tengo que darte consejos de cómo vivir? ¿Qué pasa, que soy tu madre o qué? Ya estás listo. Puedes vestirte. En el refectorio te espera el desayuno. Date prisa o en caso contrario tendrás que cocinártelo tú mismo. No pienso tener a las chicas en la cocina hasta el mediodía.

—¿Dónde puedo encontrarte más tarde? ¿En el santuario?

—No. —Nenneke se levantó—. En el santuario no. Eres un huésped bienvenido, brujo, pero no me andes dando vueltas por el santuario. Vete a dar un paseo. Y ya te encontraré yo misma.

—De acuerdo.

II

Geralt recorría por cuarta vez el paseo de álamos que llevaba de la puerta al edificio residencial, en dirección al bloque del templo y del santuario mayor, que estaban hundidos en el precipicio del acantilado. Después de pensárselo brevemente, decidió no volver bajo techo, dobló en dirección a las huertas y los edificios de labranza. Unas cuantas sacerdotisas vestidas con grises mantos de trabajo se afanaban allí en escardar percherones y alimentar las aves en el gallinero. Predominaban entre ellas las que eran jóvenes y muy jóvenes, casi niñas. Unas cuantas, cuando pasaba junto a ellas, le saludaron con un ademán de la cabeza o una sonrisa. Respondió a los saludos, pero no reconoció a ninguna. Aunque visitaba el santuario a menudo, una vez, a veces dos, al año, nunca se había encontrado con más de tres o cuatro caras conocidas. Las muchachas iban y venían, como sibilas para otros santuarios, como comadronas y sanadoras especializadas en enfermedades infantiles y femeninas, como druidas viajeras, ayas o maestras. Pero nunca faltaban nuevas que llegaban de todos lados, incluso de los lugares más lejanos. El santuario de Melitele en Ellander era muy conocido y gozaba de merecida fama.

El culto de la diosa Melitele era uno de los más antiguos y, en tiempos, más extendidos. Sus comienzos se perdían en olvidadas épocas todavía prehumanas. Casi cada raza prehumana y cada primigenia y aún errante tribu humana habían adorado algún tipo de diosa de la cosecha y la fertilidad, protectora de campesinos y hortelanos, patrona del amor y el matrimonio. La mayor parte de estos cultos se habían concentrado y unido en el culto a Melitele.

El tiempo, que se había ensañado con otras religiones y cultos, aislándolos eficazmente en capillas y templetes olvidados, apenas visitados,

escondidos entre los edificios de las ciudades, había mostrado sin embargo piedad hacia Melitele. A Melitele todavía no le faltaban ni creyentes ni patrocinadores. Los estudiosos que analizaban este hecho explicaban la popularidad de la diosa echando mano de los primitivos cultos a la Gran Matriarca, a la Madre Naturaleza, apuntaban su relación con los ciclos de la naturaleza, con el renacimiento de la vida y con otros procesos de nombres sonoros. Un amigo de Geralt, el trovador Jaskier, al que le gustaba aparecer como especialista en todos los campos posibles, había buscado una explicación más sencilla. El culto a Melitele, había concluido, es un culto típico para mujeres. Melitele es al fin y al cabo la patrona de la fertilidad, de los nacimientos, es la protectora de las comadronas. Y una mujer que está dando a luz tiene que gritar. Además de los gritos habituales, que por lo general se componen de falsas promesas de que nunca más en la vida se volverán a dejar hacer por ningún asqueroso jovenzuelo, la mujer que está pariendo tiene que llamar en su ayuda a alguna diosecilla, y Melitele es perfecta para ello. Y como las mujeres han dado a luz, siguen dando a luz y seguirán dando a luz, aseguraba el poeta, por ello Melitele no debe tener miedo de perder su popularidad.

—Geralt.

—Aquí estás, Nenneke. Te estaba buscando.

—¿A mí? —La sacerdotisa le miró con aire de burla—. ¿No a Iola?

—A Iola también —reconoció—. ¿Tienes algo en contra?

—En este momento, sí. No quiero que la molestes ni distraigas su atención. Tiene que prepararse y rezar, si algo tiene que salir del trance.

—Ya te dije —afirmó con frialdad— que no quiero trance alguno. No creo que un trance me pueda ayudar en algo.

—Y yo, sin embargo —se enfadó ligeramente Nenneke—, no creo que un trance así te perjudique en algo.

—No se me puede hipnotizar, soy inmune. Tengo miedo por Iola. Puede ser un esfuerzo demasiado grande para una médium.

—Iola no es una médium ni una vidente mentalmente enferma. Esta chiquilla goza de una protección especial de la diosa. No pongas ese gesto de idiota, si no te importa. Ya te dije que conozco tus opiniones sobre la religión, nunca me han molestado demasiado y seguro que tampoco en el futuro van a hacerlo. No soy una fanática. Tienes derecho a creer que nos gobierna la Naturaleza y la Fuerza oculta en ella. Tienes derecho a pensar que los dioses, y entre ellos mi Melitele, son sólo personificaciones de esta

fuerza, inventados para el uso de necios, para que la comprendan más fácilmente, para que acepten su existencia. Según tú, es una fuerza ciega. Y para mí, Geralt, la fe permite esperar de la naturaleza aquello que encarna mi diosa: el orden, el derecho, el bien. Y la esperanza.

—Lo sé.

—Pues si lo sabes, ¿por qué esa reserva ante el trance? ¿De qué tienes miedo? ¿De que te mande ponerte de rodillas en el suelo delante de la estatua y entonar cánticos? Geralt, simplemente nos vamos a sentar un rato juntos, tú, yo y Iola. Y probaremos si las facultades de esta muchacha nos permiten leer en el torbellino de las fuerzas que te rodean. Puede que nos enteremos de algo que estaría bien que supiéramos. Y puede que no nos enteremos de nada. Puede que las fuerzas del destino que te rodean no quieran revelársenos, se mantengan ocultas e incomprensibles. Pero, ¿por qué no podemos probar?

—Porque esto no tiene sentido. No me rodea ningún torbellino del destino. E incluso si así fuera, ¿por qué diablos revolver en él?

—Geralt, estás enfermo.

—Herido, querrás decir.

—Sé lo que quería decir. Algo raro hay en ti, lo percibo. Por algo te conozco desde que eras eso, un pipiolo, cuando te conocí no me llegabas ni al cinturón de la falda. Y ahora siento que das vueltas en torno a algún maldito vórtice, enredado por completo, amarrado en un lazo que se cierra poco a poco. Quiero ver de qué se trata. Yo sola no puedo, necesito de las habilidades de Iola.

—¿No pretendes ir demasiado lejos? ¿Para qué tanta metafísica? Si quieres, me sinceraré contigo. Llenaré tus noches con relatos de los sucesos más interesantes de los últimos años. Prepara un barril de cerveza para que no se me seque la garganta y podemos empezar incluso hoy mismo. Me temo, sin embargo, que te aburriré, porque no encontrarás ningún vórtice ni ningún torbellino. Tan sólo historias de brujo común y corriente.

—Te escucharé con gusto. Pero el trance, te repito, no te perjudicaría.

—¿Y no juzgas —sonrió— que mi incredulidad en el significado de tal trance impedirá el éxito de antemano?

—No, no lo creo. ¿Y sabes por qué?

—No.

Nenneke se inclinó, le miró a los ojos con una sonrisa extraña en los pálidos labios.

—Porque ésa sería la primera prueba que llegase a mi conocimiento de que la incredulidad tenga alguna clase de poder.

La semilla de la verdad

I

Unos pequeños puntos negros en el cielo cubierto de madejas de niebla atrajeron la atención del brujo con su movimiento. Eran muchos. Los pájaros describían círculos, girando con lentitud y espaciosidad, luego, súbitamente, descendían y enseguida volvían a ascender, moviendo las alas.

El brujo observó los pájaros durante bastante tiempo, calculó la distancia y el tiempo aproximado que tardaría en atravesarla, añadiendo algo por la dificultad del terreno, la espesura del bosque, la profundidad y la disposición de los barrancos que se esperaba en el camino. Al final se quitó el capote, apretó dos agujeros del cinturón que le cruzaba el pecho al bies. La empuñadura y el puño de la espada colgada a su espalda sobresalían por su hombro derecho.

—Vamos a dar un pequeño rodeo, Sardinilla —dijo—. Nos salimos del sendero. Esos pajarillos, me parece, no andan dando vueltas por ahí sin un motivo.

La yegua, por supuesto, no contestó, pero se movió, sirviendo a la voz a la que estaba acostumbrada.

—Quién sabe, puede que sea un alce muerto —dijo Geralt—. Y puede que no sea un alce. ¿Quién sabe?

El barranco estaba justo allí donde se lo esperaba. En cierto momento el brujo se encontró mirando desde arriba a las copas de los árboles que cubrían densamente la hondonada. La pendiente del barranco no era, sin embargo, demasiado pronunciada, y el fondo estaba seco, sin endrinas, sin

troncos podridos. Atravesó el barranco con facilidad. Al otro lado había un bosquecillo de abedules, detrás de él un gran claro, un brezal y un terreno donde yacían los enmarañados tentáculos de ramas y raíces arrancadas por el viento.

Los pájaros, espantados por la aparición del jinete, se elevaron, graznaron salvajemente, agudamente, roncamente.

Geralt vio de inmediato el primer cuerpo: el blanco de una zamarra de carnero y el azul celeste de un vestido de mujer resaltaban entre los amarillentos cipreses del soto. No vio el otro cuerpo, pero percibió donde estaba: la situación del cadáver la traicionaban tres lobos que miraban al jinete con tranquilidad, apoyados en las patas traseras. La yegua del brujo resopló. Los lobos, como obedeciendo una orden, en silencio, sin apresurarse, trotaron hacia el bosque, volviendo de tanto en tanto la cabeza triangular hacia el recién llegado. Geralt bajó del caballo.

La mujer de la zamarra y el vestido celeste no tenía rostro, garganta ni la mayor parte del muslo izquierdo. El brujo pasó de largo sin agacharse.

El hombre estaba tendido con la cara hacia abajo. Geralt no dio la vuelta al cuerpo, viendo que tampoco aquí los pájaros y los lobos habían estado ociosos. Tampoco había necesidad de una observación más atenta de los restos. Los brazos y la espalda del jubón de lana estaban cubiertos por un dibujo bien ramificado de sangre seca. Estaba claro que el hombre había muerto de un golpe en la nuca y que sólo después los lobos habían masacrado el cuerpo.

En un cinturón muy amplio, junto a un corto cuchillo en una vaina de madera, el hombre llevaba una saca de cuero. El brujo la tomó, arrojó luego sobre la hierba un eslabón, un pedazo de yeso, cera para sellar, un puñado de monedas de plata, una navaja de afeitar cerrada con las cachas de hueso, una oreja de conejo, un llavero con tres llaves, un amuleto con un símbolo fálico. Dos cartas, escritas en un lienzo, mojadas por la lluvia y el rocío, las runas se habían desfigurado, desintegrado. Una tercera, en un pergamino, estaba también afectada por la humedad pero aún legible. Era una cédula de crédito, expedida por un banco propiedad de enanos de Murivel a un mercader de nombre Rulle Asper o Aspen. La cantidad a crédito no era muy alta.

Agachándose, Geralt levantó la mano derecha del hombre. Como se esperaba, un anillo de cobre que estaba incrustado en un dedo hinchado y amoratado llevaba la señal del gremio de los armeros: un estilizado casco

con visera, dos espadas cruzadas y la runa A grabada debajo de ellas.

El brujo regresó al cuerpo de la mujer. Cuando dio la vuelta al cuerpo algo le pinchó en un dedo. Era una rosa prendida al vestido. La flor se había comenzado a marchitar pero no había perdido color. Los pétalos eran de un azul muy oscuro, casi añil. Geralt veía por primera vez en su vida una rosa así. Dio la vuelta del todo al cadáver y se estremeció. En la deforme y destrozada nuca de la mujer se podían ver claramente señales de colmillos. Y no de lobos.

El brujo retrocedió con cuidado hacia el caballo. Sin perder de vista los confines del bosque, se subió a la silla. Dos veces recorrió el claro, inclinado, escudriñó atentamente la tierra, observando todo.

—Sí, Sardinilla —dijo en voz baja, deteniendo el caballo—. La cosa está clara, aunque no del todo. El armero y la mujer venían a caballo, desde aquel bosque. Sin duda se encaminaban desde Murivel a su casa, porque nadie lleva consigo durante mucho tiempo una cédula de crédito sin realizar. No sé por qué iban por aquí y no por el sendero. Pero atravesaron el brezal el uno al lado del otro. Y entonces, no sé por qué, los dos bajaron del caballo o se cayeron. El armero murió en el acto. La mujer echó a correr, luego tropezó y también murió y algo que no ha dejado huellas la arrastró por la tierra con los dientes apretados a su nuca. Sucedió hace dos o tres días. Los caballos se escaparon, no vamos a buscarlos.

La yegua, por supuesto, no contestó, resopló inquieta, reaccionando al familiar tono de voz.

—Lo que mató a los dos —continuó Geralt, mirando a los límites del bosque— no era ni un lobisome ni una silvia. Ni el uno ni la otra hubieran dejado tanta carne para los comedores de carroña. Si hubiera por aquí una ciénaga diría que se trata de una kikimora o de un vipper. Pero aquí no hay ciénaga alguna.

Agachándose, el brujo aflojó un tanto la gualdrapa que cubría el costado del caballo, dejando al descubierto otra espada, sujeta a las albardas, que tenía una vaina brillante y decorada y una empuñadura negra como el carbón.

—Sí, Sardinilla. Daremos un rodeo. Hay que comprobar por qué el armero y la mujer iban por el monte y no por el sendero. Si pasamos de largo con indiferencia tales acontecimientos, no ganaremos ni siquiera para tu avena, ¿no es cierto, Sardinilla?

La yegua se movió servicialmente hacia adelante a través del calvero,

apoyándose con cuidado en los tocones derribados por el viento.

—Aunque no sea un lobisome, no vamos a arriesgarnos —continuó el brujo, sacando de una bolsa en la silla un ramillete seco de toja y colgándolo junto a la boquilla. La yegua resopló. Geralt desanudó un poco el caftán debajo del cuello, sacó un medallón con la cabeza de un lobo mostrando los dientes. El medallón, que colgaba de una cadena de plata, se bamboleaba al ritmo del movimiento del caballo, brillando como el mercurio bajo los rayos del sol.

II

Vio por vez primera las rojas tejas de la techumbre cónica de una torre cuando alcanzó la cumbre de una elevación, a la que se encaramaba para acortar el arco de la curva de un sendero poco marcado. El desvío, poblado de avellanos, obstruido por ramas secas, cubierto por una gruesa alfombra de hojas amarillas, no era demasiado seguro para cabalgar. El brujo retrocedió, avanzando cuidadosamente por la pendiente, volvió al camino. Cabalgaba despacio, cada cierto tiempo detenía el caballo, se agachaba en la silla, observaba las huellas.

La yegua agitó la cabeza, relinchó salvajemente, pataleó, bailoteó en el sendero, levantando un remolino de hojas secas. Geralt, agarrando el cuello del caballo con el brazo izquierdo, dirigió la mano izquierda hacia la cabeza de su montura, con los dedos en forma de la Señal de Axia, silbando el conjuro al mismo tiempo.

—¿Tan malo es? —murmuró, mirando alrededor sin dejar de hacer la Señal—. ¿Tan malo? Tranquila, Sardinilla, tranquila.

El hechizo funcionó con rapidez pero la yegua movía sus pezuñas obligada, con torpeza, desconcertada, falta de naturalidad, perdiendo el elástico ritmo de la marcha. El brujo saltó a tierra, siguió a pie llevando el caballo de las riendas. Vio un muro.

Entre el muro y el bosque no había solución de continuidad, ni transición evidente. Árboles jóvenes y arbustos de enebro entremezclaban sus hojas con la hiedra y la vid silvestre, pegadas a las paredes de piedra. Geralt alzó la cabeza. En ese mismo momento sintió cómo se le aferraba y se le arrastraba por el cuello, erizándole e irritándole los cabellos, una blanda criatura invisible. Sabía lo que era.

Alguien le estaba mirando.

Se volvió con lentitud, con fluidez. Sardinilla resolló, los músculos de su cuello temblaron, se movieron por debajo de la piel.

En la pendiente de la loma por la que había venido hacía unos momentos estaba de pie e inmóvil una muchacha que apoyaba una mano en el tronco de un aliso. Su largo vestido blanco contrastaba con el brillante negro de los largos y sueltos cabellos que le caían sobre los hombros. A Geralt le pareció que sonreía, pero no estaba seguro: se encontraba demasiado lejos.

—Hola —dijo, levantando una mano en gesto amistoso. Dio un paso hacia la chica. Ésta, girando levemente la cabeza, siguió sus movimientos. Tenía el rostro muy pálido y unos enormes ojos negros. La sonrisa —si era una sonrisa— desapareció de su cara como si se la hubieran borrado. Geralt dio un paso más. Las hojas crujieron. La muchacha echó a correr por la pendiente como un corzo, se deslizó por entre las matas de avellano, era ya sólo una estela blanca cuando desapareció en lo profundo del bosque. Su largo vestido parecía no estorbar en nada su libertad de movimiento.

La yegua del brujo relinchó quejumbrosamente, alzando su cabeza. Geralt, todavía mirando en dirección al bosque, la calmó con la Señal. Abrazó al caballo alrededor del muslo y avanzó con lentitud siguiendo el muro, hundiéndose en el sendero entre las hojas de las bardanas.

La puerta, sólida, cubierta de hierro, sujeta por unas oxidadas bisagras, estaba provista de una gran aldaba de latón. Después de dudar un momento, Geralt alzó la mano y tocó la enmohecida bola. Hubo de dar de inmediato un salto porque en ese momento la puerta se abrió, chirriando, chasqueando, apartando hacia los lados montoncillos de hierba, guijarros y ramas. Al otro lado de la puerta no había nadie: el brujo vio tan sólo un patio desierto, descuidado, obstruido por las ortigas. Entró, llevando al caballo detrás de él. Embotada por la Señal, la yegua no se resistió, pero asentaba las pezuñas insegura y con rigidez.

El patio estaba rodeado en tres de sus lados por una pared y ciertos restos de estructuras de madera, el cuarto lado lo constituía la fachada de un pequeño palacio, marcada por la viruela del revoco caído, sucia de chorreras de humedad, embellecida por guirnaldas de hiedra. Los postigos, de los que se había desprendido la pintura, estaban cerrados. La puerta también.

Geralt echó las riendas de Sardinilla a un poste que estaba junto a la puerta y anduvo lentamente en dirección al palacio, atravesando un paseo

cubierto de grava que discurría junto al vaso de una pequeña fuente cubierta de hojas y de basura. En el centro de la fuente, en un pedestal de fantasía, había un delfín labrado en piedra blanca, alzando hacia el cielo una cola rota.

Junto a la fuente, sobre algo que hacía muchísimo tiempo había sido un macizo de flores, había un rosal. Aquel rosal no se diferenciaba en nada de otros que Geralt había tenido la ocasión de ver, excepto en el color de sus flores. Las flores eran excepcionales: tenían un color índigo, con ligeros ribetes púrpuras en las puntas de algunos pétalos. El brujo tocó una de ellas, acercó el rostro, la olió. La flor poseía el típico aroma de las rosas, pero, de algún modo, más intenso.

Las puertas del palacio —y al mismo tiempo todos los postigos— se abrieron con un estruendo. Geralt alzó la cabeza súbitamente. Por el paseo, levantando nubes de gravilla, se arrastraba en dirección a él un monstruo.

La mano derecha del brujo se elevó rápidamente hacia arriba por encima del hombro derecho mientras que la mano izquierda tiraba con fuerza del cinturón del pecho, gracias a lo cual el pomo de la espada saltó a los dedos. La hoja, saliendo con un silbido de la vaina, describió un corto semicírculo y se detuvo, apuntando con el filo a la bestia atacante. El monstruo, a la vista de la espada, frenó, se detuvo. La gravilla saltó a todos lados. El brujo ni siquiera respiraba.

El ser era de aspecto humano, vestido con una ropa destrozada pero de calidad, y sin que le faltaran adornos de buen gusto aunque absolutamente innecesarios. El aspecto humano, sin embargo, no alcanzaba más allá del sucio cuello de la camisa: sobre ella se alzaba una gigantesca cabeza, velluda como la de un oso, con enormes orejas, un par de ojos salvajes y un morro amenazador lleno de colmillos afilados entre los cuales, como un fuego, temblaba una lengua roja.

—¡Vete de aquí, mortal! —gritó el monstruo, agitando las manos pero sin moverse del sitio—. ¡Que te devoro! ¡Que te hago cachos!

El brujo no se movió, no bajó la espada.

—¿Estás sordo? ¡Vete de aquí! —bramó el ser, después de lo que expulsó un sonido que estaba entre el gruñido de un cerdo y el bramido de un ciervo macho. Los postigos de todas las ventanas se cerraron y golpetearon, haciendo caer cascotes y yeso de los muros. Ni el brujo ni el monstruo se movieron.

—¡Escapa, mientras estés entero! —gritó el ser, pero como si se sintiera

menos seguro—. Porque si no...

—Si no, ¿qué? —le interrumpió Geralt.

El monstruo resolló salvajemente, inclinó la enorme cabeza.

—Vedlo ahí, que atrevido —dijo tranquilo, mostrando los colmillos y mirando a Geralt con los ojos enrojecidos—. Baja ese hierro, si no te importa. ¿Puede que no te hayas dado cuenta de que te encuentras en el patio de mi propia casa? ¿O es que de donde vienes es costumbre amenazar con una espada al anfitrión en su propio patio?

—Lo es —afirmó Geralt—. Pero sólo al anfitrión que recibe a los huéspedes a gritos y anuncia que los cortará en pedacitos.

—Ah, cuernos —se exaltó el monstruo—. Y todavía me va a ofender, el vagabundo. ¡Vaya un huésped! Se mete en el patio, destroza flores ajenas, campa por sus respetos y encima piensa que le van a dar el pan y la sal. ¡Puff!

El ser escupió, resopló y cerró el morro. Los colmillos inferiores se quedaron en el exterior, otorgándole el aspecto de un jabalí.

—¿Y qué? —dijo el brujo al cabo de un rato, bajando la espada—. ¿Nos vamos a quedar así, de pie?

—¿Y qué propones? ¿Que nos tumbemos? —bufó el monstruo—. Guarda ese hierro, te digo.

El brujo metió diestramente el arma en la vaina de su espalda, sin bajar la mano acarició el pomo que sobresalía por encima del hombro.

—Preferiría —dijo— que no hicieras movimientos demasiado violentos. Siempre es posible sacar esta espada, y más rápido de lo que te imaginas.

—Lo he visto —gargajeó el monstruo—. Si no fuera por ello, ya hace rato que estarías al otro lado de la puerta, con la huella de mis tacones en tu trasero. ¿Qué quieres? ¿De dónde has salido?

—Equivoqué el camino —mintió el brujo.

—Equivocaste el camino —repitió el monstruo, abriendo la boca en un gesto amenazador—. Pues entonces desequivócate. Al otro lado de la puerta, se entiende. Pon la oreja izquierda hacia el sol y sigue así y enseguida encontrarás la carretera. Venga, ¿a qué esperas?

—¿Hay agua por aquí? —preguntó tranquilamente Geralt—. El caballo está sediento. Y yo también, si esto no te molesta demasiado.

El monstruo se apoyó de una pierna a la otra, se arrascó la oreja.

—Escucha, tú —dijo—. ¿De verdad no tienes miedo de mí?

—¿Y tendría que tenerlo?

El monstruo miró a su alrededor, resopló, se tiró impetuosamente de los pantalones.

—Ah, cuernos, qué más me da. Un huésped en casa, es como Dios en casa. No todos los días se encuentra uno a alguien que al verme no salga corriendo ni se desmaye. Bueno, vale. Si eres un viajero cansado, pero honesto, te invito a entrar. Si eres, sin embargo, un ladrón o malhechor, te aviso: esta casa me obedece. ¡Dentro de estos muros yo gobierno!

Levantó una garra velluda. Todos los postigos de nuevo chocaron contra la pared y en la garganta de piedra del delfín algo hizo un ruido sordo.

—Bienvenido —dijo.

Geralt no se movió, mirándolo inquisitivamente.

—¿Vives solo?

—¿Y a ti qué te importa con quién vivo? —dijo con furia el ser, abriendo la boca y seguidamente riéndose en voz alta—. Ajá, entiendo. Seguro que te refieres a que si tengo cuatrocientos sirvientes de mi misma belleza. No los tengo. ¿Y qué, vas a aceptar una invitación hecha de corazón? ¡Si no, la puerta está allí, justo detrás de tu culo!

Geralt se inclinó con rigidez.

—Acepto la invitación —dijo formalmente—. No faltaré a la hospitalidad del anfitrión.

—Mi casa es tu casa —dijo el ser, también con mucha formalidad pero descuidadamente—. Por aquí. Y pon el caballo ahí, junto al pozo.

También en su interior pedía el palacio a gritos una reforma capital, aunque se mantenía una cierta limpieza y un cierto orden. Los muebles habían salido con seguridad de las manos de buenos artesanos, aunque esto había tenido lugar hacía mucho tiempo. En el ambiente se percibía un agudo olor a polvo. Estaba oscuro.

—¡Luz! —bramó el monstruo y en el mismo momento de una tea sujeta con un mango de hierro saltaron humo y llamas.

—No está mal —dijo el brujo. El monstruo se rió.

—¿Sólo eso? Ciertamente veo que no es fácil impresionarte. Te dije que esta casa obedece mis órdenes. Cuidado, las escaleras son empinadas. ¡Luz!

En las escaleras, el monstruo se volvió.

—¡Algo se te menea en el cuello, amigo! ¿Qué es?

—Míralo.

El ser tomó el medallón en las garras, se lo acercó a los ojos, tensando la cadena ligeramente en el cuello de Geralt.

—Este animal tiene una cara poco agradable. ¿Qué es?

—El escudo de mi gremio.

—Ajá, entonces seguro que te dedicas a fabricar bozales. Por aquí, por favor. ¡Luz!

El centro de una amplia cámara, completamente falta de ventanas, lo constituía una enorme mesa de roble, vacía excepto por un candelabro de latón verdoso cubierto con festones de cera derretida y vuelta a solidificar. Ante una nueva orden del monstruo las velas se encendieron, temblaron, iluminaron un tanto el interior.

Una de las paredes de la habitación estaba cubierta de armas. Colgaban allí composiciones de escudos redondos, alabardas cruzadas, picas y lanzas, pesadas porras y hachas. La mitad de la pared siguiente la ocupaba el hogar de una gigantesca chimenea, sobre el que colgaban filas de descascarillados y polvorientos retratos. La pared frente a la salida estaba repleta de trofeos de caza: cornamentas de alces y enmarañados cuernos de ciervos arrojaban largas sombras sobre los hocicos repletos de dientes de jabalíes, osos y linces y sobre las desgreñadas y deshilachadas alas de águilas y azores disecados. El lugar central, honorífico, lo ocupaba una ennegrecida y destrozada cabeza de dragón alpino con la estopa saliéndosele por los agujeros. Geralt se acercó.

—Lo cazó mi abuelo —dijo el monstruo, arrojando en medio del hogar un gran tronco—. Creo que era el último de estos alrededores que se dejó cazar. Siéntate, amigo. ¿Estás hambriento, como me supongo?

—No lo negaré, señor.

El monstruo se sentó a la mesa, bajó la cabeza, juntó sobre la barriga las velludas garras, murmuró algo durante un momento, hizo girar los enormes pulgares, después de lo cual mugió en voz baja, colocando las zarpas sobre la mesa. Cuencos y platos chasquearon con el sonido del cinc y la plata, las copas tintinearon con el del cristal. Olía a asado, ajo, majorana, nuez moscada. Geralt no mostró sorpresa alguna.

—Sí —alzó las garras el monstruo—. Esto es mejor que el servicio, ¿no es cierto? Sírvete, amigo. Aquí hay gallina, aquí jamón de jabalí, aquí paté de... no sé qué. De algo. Aquí tenemos codornices. No, cuernos, son perdices. Me equivoqué de hechizo. Come, come. Es comida de verdad,

sabrosa, no tengas miedo.

—No tengo miedo. —Geralt partió la gallina en dos mitades.

—Me había olvidado —resopló el monstruo— de que no eres de los miedosos. ¿Cómo hay que llamarte, en este caso?

—Geralt. ¿Y a ti, señor?

—Nivellen. Pero en los alrededores me llaman la Bestia o el Colmilludo. Y asustan a los niños conmigo. —El monstruo se echó en la garganta el contenido de una enorme jarra y luego hundió los dedos en el paté, sacando del cuenco casi la mitad de un sólo golpe.

—Asustan a los niños —repitió Geralt con la boca llena—. ¿Seguramente sin motivo?

—Absolutamente. ¡A tu salud, Geralt!

—Y a la tuya, Nivellen.

—¿Qué tal el vino? ¿Has observado que es de uva y no de manzana? Pero si no te gusta, te hago otro.

—No, gracias, éste no está mal. ¿Tus habilidades mágicas son de nacimiento?

—No. Las tengo desde el momento en que esto me creció. El morro, se entiende. Yo mismo no sé de dónde salió, pero la casa cumple todo lo que yo deseo. Nada especial, sé crear comida, bebida, trajes, ropa de cama, agua caliente, jabón. Lo que toda hembra sabe hacer hasta sin encantamientos. Abrir y cerrar las puertas. Encender el fuego. Nada especial.

—Ya es algo. Y este... como tú dices, morro, ¿lo tienes desde hace tiempo?

—Desde hace doce años.

—¿Y cómo fue?

—¿Y a ti que te importa? Échate más vino.

—Con gusto. A mí no me importa un comino, pregunto por curiosidad.

—Un motivo comprensible y aceptable —se rió roncamente el monstruo—. Pero yo no lo acepto. Ni te va, ni te viene, y basta. Pero para satisfacer al menos en parte tu curiosidad, te mostraré cómo era yo antes de todo esto. Mira allí, sí, a los retratos. El primero, contando desde la chimenea, es mi padre. El segundo, el diablo sabe quién. Y el tercero soy yo. ¿Lo ves?

Por debajo del polvo y las telarañas, les contemplaba desde el retrato, con una mirada acuosa, un gordito con un rostro hinchado, triste,

granujiento. Geralt, a quien no le era extraña la tendencia a adular clientes, bastante general entre los retratistas, bajó la cabeza con tristeza.

—¿Lo ves? —repitió Nivellen, mostrando los dientes.

—Lo veo.

—¿Quién eres?

—No te entiendo.

—¿No me entiendes? —El monstruo levantó la cabeza, los ojos le brillaban como a los gatos—. Mi retrato, amigo, está colgado más allá de la luz de las velas. Yo puedo verlo, pero yo no soy un ser humano. Por lo menos, no en este momento. Un ser humano, para poder ver el retrato, se hubiera levantado, se hubiera acercado, seguramente hubiera tenido que coger una vela. Tú no lo has hecho. La conclusión es muy sencilla. Pero te pregunto sin rodeos: ¿eres un ser humano?

Geralt no bajó la vista.

—Si lo pones así —contestó al cabo de un instante de silencio—, no del todo.

—Ajá. No creo que peque de indiscreto, entonces, si pregunto quién eres.

—Un brujo.

—Ajá —repitió Nivellen un poco después—. Si no recuerdo mal, los brujos se ganan la vida de una manera curiosa. Matan monstruos por dinero.

—Recuerdas bien.

De nuevo se hizo el silencio. Las llamas de las velas temblaron, expulsaron hacia arriba unas estrechísimas lenguas de fuego, se reflejaron en los grabados de las copas de cristal, en las cascadas de cera que se deslizaban por el candelabro. Nivellen se sentó inmóvil, meneando apenas las enormes orejas.

—Pongamos —dijo al fin— que alcanzas a desenvainar la espada antes de que te agarre. Pongamos que alcanzas incluso a golpearme con ella. Con mi peso, no es suficiente para pararme, te tiraré al suelo con el propio impulso. Y luego deciden los dientes. Qué piensas, brujo, ¿quién de nosotros dos tiene más ventaja si llega el momento de morder gargantas?

Geralt, sujetando con el pulgar la caperuza de la jarra, se echó más vino, bebió un trago, se apoyó en el respaldo de su silla. Miró al monstruo con una sonrisa, y era aquélla una sonrisa harto amenazadora.

—Sííííí —dijo prolongadamente Nivellen, hurgándose con las uñas en

los huecos de las muelas—. Hay que reconocer que sabes responder a las preguntas sin usar muchas palabras. Interesante, cómo te las vas a apañar con la siguiente que te hago. ¿Quién te ha pagado por mí?

—Nadie. Estoy aquí por casualidad.

—¿No me mientes?

—No tengo por costumbre mentir.

—¿Y qué tienes por costumbre? Me han hablado de los brujos. Recuerdo que los brujos raptan niños pequeños a los que dan luego unas hierbas mágicas. Los que sobreviven se convierten ellos mismos en brujos, hechiceros con habilidades inhumanas. Se les enseña a matar, se les elimina todo sentimiento e impulso propio de seres humanos. Se hace de ellos monstruos que han de matar a otros monstruos. He oído por ahí que ya va siendo hora de que alguien comience a cazar brujos. Porque monstruos hay cada vez menos, y brujos cada vez más. Come perdices, antes de que se enfríen.

Nivellen tomó del cuenco una perdiz y se la metió entera en la boca. La mascó como si fuera una galletita, haciendo crujir los huesos pulverizados entre los dientes.

—¿Por qué no dices nada? —dijo entrecortadamente, tragando—. ¿Qué hay de eso que dicen de vosotros, es verdad?

—Casi nada.

—¿Y qué es mentira?

—Eso de que cada vez hay menos monstruos.

—Cierto. Hay un montón. —Nivellen enseñó los dientes—. Justo uno está sentado delante de ti y se está pensando si hizo bien en invitarte. Desde el principio no me ha gustado el escudo de tu gremio, amigo.

—Tú no eres un monstruo, Nivellen —dijo secamente el brujo.

—Ah, cuernos, esto es algo nuevo. Entonces, según tú, ¿qué soy yo? ¿Jalea de arándanos? ¿Una bandada de patos gordos que vuelan al sur en una triste mañana de noviembre? ¿No? ¿Y puede entonces que sea la virtud perdida junto a una fuente por la dulce hija de un molinero? Venga, Geralt, dime quién soy. ¿No ves que me muero de curiosidad?

—No eres un monstruo. De otro modo no hubieras podido tocar esa taza de plata. Y en ningún caso hubieras podido coger con la mano mi medallón.

—¡Ja! —gritó Nivellen de tal forma que las llamas de las velas tomaron por un momento la posición horizontal—. ¡Hoy es justo el día en el que se

aclararán todos los grandes misterios! ¡Ahora me voy a enterar de que estas orejas me han crecido porque cuando era un crío no me gustaban las papillas de cereales!

—No, Nivellen —dijo Geralt con tranquilidad—. Sucedió a causa de un hechizo. Estoy seguro de que sabes quién te lanzó el hechizo.

—¿Y qué pasa si lo sé?

—Los hechizos se pueden deshacer. En muchos casos.

—Y tú, como brujo, por supuesto que sabes deshacer hechizos. ¿En muchos casos?

—Sé hacerlo. ¿Quieres que probemos?

—No. No quiero.

El monstruo abrió la boca y sacó una lengua roja de dos palmos de larga.

—Te has quedado pasmado, ¿eh?

—Pero pasmado —admitió Geralt.

El monstruo se rió, se removió en el sillón.

—Sabía que te iba a chocar —dijo—. Échate más vino, siéntate cómodamente. Te contaré toda la historia. Brujo o no, me caes bien y tengo ganas de hablar. Échate más.

—No hay más que echar.

—Ah, cuernos. —El monstruo carraspeó y de nuevo golpeó la mesa con la zarpa. Junto a las dos jarras vacías aparecieron de la nada varias damajuanas de barro en una cesta de mimbre. Nivellen abrió con los dientes un tapón de cera.

—Como sin duda habrás observado —comenzó mientras servía—, estos alrededores están bastante despoblados. Hay un buen trecho hasta el lugar habitado más cercano. Porque, sabes, mi padre, y también mi abuelo, en sus tiempos, no dieron demasiados motivos para que los apreciaran los vecinos ni los mercaderes que recorrían la carretera. Todo el que se aventuraba por aquí, si mi padre lo veía desde la torre, perdía, en el mejor de los casos, su haber. Y un par de aldeas cercanas se quemaron porque mi padre pensaba que pagaban los tributos con demasiada lentitud. Poca gente quería a mi padre. Excepto yo, claro. Lloré amargamente cuando cierta vez trajeron en un carro lo que quedaba de él después del golpe de una tizona. De todos modos, por aquel entonces padre ya no se ocupaba de saquear activamente, porque, desde el día en que le habían dado en la cabeza con una porra, tartamudeaba de un modo terrible, babeaba y pocas veces

alcanzaba a llegar a tiempo al retrete. Y pasó entonces que, como su heredero, tuve que liderar la banda.

»Muy joven era yo entonces —siguió Nivellen—, un niño de teta, así que los de la banda hacían de su capa un sayo. Yo los lideraba, como puedes imaginarte, de la misma forma que un lechón bien gordo puede liderar una horda de lobos. De modo que comenzamos a hacer cosas que, de haber vivido mi padre, no hubiera permitido. Te ahorraré los detalles, iré derecho al asunto. Cierto día nos llegamos hasta Gelibol, cerca de Mirt, y saqueamos un santuario. Para más inri, había también una sacerdotisa muy jovencita.

—¿De qué santuario se trataba, Nivellen?

—El diablo sabe cuál, Geralt. Pero tenía que tratarse de un santuario poco bueno. Me acuerdo de que en el altar había cráneos y huesos y ardía un fuego verde. Apestaba como el infierno. Pero, al caso. Los muchachos se apoderaron de la sacerdotisa y la liberaron de sus ropas, después de lo cual dijeron que yo tenía que obrar como un hombre. Bueno, y obré como un hombre, estúpido mocoso. Durante mi actuación como hombre la sacerdotisa me escupió en la cara y gritó algo.

—¿El qué?

—Que soy un monstruo en la piel de un ser humano y que voy a ser un monstruo en la de un monstruo, y algo sobre amor y sobre sangre, no me acuerdo. El estilete, así de pequeño, lo tenía, me parece, oculto entre sus cabellos. Se suicidó, y entonces... Huimos de allí, Geralt, te digo que a poco no reventamos los caballos. Era un santuario poco bueno.

—Sigue.

—Siguiendo. Sucedió tal y como la sacerdotisa había dicho. Un par de días después, me despierto temprano, y los sirvientes, todo el que me veía, un grito y pies en polvorosa. Voy al espejo... Sabes, Geralt, entré en histeria, me dio algún ataque, recuerdo todo aquello como a través de una niebla. En pocas palabras, hubo cadáveres. Unos cuantos. Usé todo lo que caía en mis manos, de pronto me había hecho muy fuerte. Y la casa ayudaba como podía: se cerraban las puertas, volaba la vajilla por el aire, estallaba el fuego. Quien pudo escapó llevado por el pánico, mi tía, mi prima, los muchachos de la banda, qué digo, si se escapó hasta mi gata Tragoncilla. Incluso el papagayo de mi tía se quedó seco del miedo. Al final me quedé solo, rugiendo, aullando, gritando, rompiendo lo que caía en mis manos, sobre todo los espejos.

Nivellen se interrumpió, suspiró, se sorbió los mocos.

—Cuando se me pasó el ataque —dijo al cabo—, era ya demasiado tarde para hacer nada. Estaba solo. A nadie pude explicar ya que se me había transformado única y exclusivamente mi aspecto, que, aunque con una figura horrible, era tan sólo un crío estúpido, sollozando en un castillo vacío sobre los cadáveres de sus sirvientes. Luego me entró un miedo terrible: volverán y me matarán a golpes antes de que me dé tiempo a explicarme. Pero nadie volvió.

El monstruo se quedó en silencio por un momento, se frotó la nariz con la manga.

—No quiero volver a aquellos primeros meses. Geralt, todavía tiemblo cuando me acuerdo. Iré al grano. Mucho, mucho tiempo me quedé en el castillo como el ratón en su ratonera, sin sacar la nariz al exterior. Si aparecía alguien, y esto sucedía raramente, no salía, sino que mandaba a la casa que hiciera golpear dos o tres veces las ventanas o aullaba un poco a través de las gárgolas del canalón y, por lo general, esto bastaba para que el tipo dejara tras de sí una bonita nube de polvo. Así fue hasta el día en el que, un pálido amanecer, miro por la ventana y, ¿qué veo? Un gordo arranca una rosa del rosal de mi tía. Y has de saber que no se trataba de cualquier tontería, sino de rosas azules de Nazair, el esqueje lo había traído mi padre. La rabia me embargó y salté al patio. El gordo, cuando recobró la voz que había perdido al verme, murmuró que tan sólo quería una de aquellas rosas para su hija, que le perdonara y la dejara la vida y la salud. Ya me había decidido a echarlo de una patada por la puerta principal cuando se me ocurrió algo, me acordé de un cuento que me contara una vez Lenka, mi niñera, un vejestorio. Cuernos, pensé, se dice que las muchachas hermosas transforman las ranas en príncipes, y al revés, así que quizás... Puede que en esas habladurías haya una pizca de verdad, una posibilidad... Salté media legua, aullé de tal modo que las parras se desprendieron de los muros y grité: «¡Tu hija o la vida!», no se me ocurrió nada mejor. El mercader, porque era un mercader, se echó a llorar y después me dijo que su hija tenía ocho años. ¿Qué pasa, te ríes?

—No.

—Porque yo no sabía si llorar o reír por mi suerte de mierda. Me dio pena el mercader, no podía ver cómo temblaba, le invité a entrar, le agasajé y cuando se iba le metí oro y piedras preciosas en su bolsa. Has de saber que en los subterráneos quedaban todavía muchas riquezas desde los

tiempos de mi padre, no sabía muy bien qué hacer con ellas, así que me podía permitir tal gesto. El mercader se iluminó, me dio las gracias hasta quedarse seco. Debió de vanagloriarse de sus aventuras donde fuera porque no habían pasado dos meses cuando apareció otro mercader por aquí. Traía preparadas bolsas de sobra. Y una hija. También de sobra.

Nivellen metió los pies debajo de la mesa, se estiró hasta que el sillón crujió.

—Por segunda vez hablé con un mercader —siguió—. Acordamos que me dejaría a la hija por un año. Hube de ayudarle a cargar el saco en la mula, él solo no hubiera sido capaz.

—¿Y la muchacha?

—Durante algún tiempo le daban convulsiones cuando me veía, estaba convencida de que me la iba a comer. Pero al cabo de un mes comíamos ya en la misma mesa, charlábamos y dábamos largos paseos. Y aunque era simpática y muy despabilada, la lengua se me quedaba pegada cuando hablaba con ella. Sabes, Geralt, siempre he sido tímido con las mujeres, siempre he hecho el ridículo, incluso con las mozas de los establos, ésas que tienen estiércol en las pantorrillas, a las que los muchachos de la banda se llevaban de acá para allá a su gusto. Hasta ésas se burlaban de mí. Y qué no será ahora, pensé, con este morro. No fui capaz, ni siquiera, de mencionar la causa por la que había pagado tan caro por un año de su vida. El año continuó más largo que un día sin pan, hasta que al fin apareció el mercader y se la llevó. Yo entonces, resignado, me encerré en casa y durante algunos meses no reaccioné ante ninguno de los sujetos con hijas que fueron viniendo. Pero después de pasar un año en compañía, me di cuenta de lo difícil que era no tener nadie a quien abrir la boca—. El monstruo produjo un sonido que había de ser un suspiro pero que sonó como si tuviera hipo.

—La siguiente —dijo al cabo— se llamaba Fenne. Era pequeña, nerviosa y parlotera, un verdadero ratoncito. No me tenía miedo en absoluto. Un día, justo el día de mi mayoría de edad, nos emborrachamos con licor de miel y... je, je. Inmediatamente después me eché abajo de la cama y directo al espejo. Lo reconozco, me sentí decepcionado y rabioso. El morro estaba allí, tal y como era, puede que incluso con el añadido de una expresión más estúpida. ¡Y dicen que en los cuentos se encierra la sabiduría del pueblo! Una mierda de sabiduría, Geralt. Pero Fenne intentó con mucho ardor que olvidara mis preocupaciones. No te haces una idea de

qué muchacha más alegre era. ¿Sabes lo que se le ocurrió? Asustábamos los dos juntos a los visitantes no deseados. Imagínate: entra uno en el patio, echa un vistazo y de pronto, con un aullido, le salto encima yo, a cuatro patas, y Fenne que, completamente desnuda, está sentada en mi lomo y sopla el cuerno de caza del abuelo.

Nivellen se convulsionó de risa, le brillaba el blanco de los colmillos.

—Fenne —continuó— estuvo en casa un año entero, luego volvió con su familia, con una gran dote. Pensaba casarse con cierto criador de cerdos, un viudo.

—Sigue, Nivellen. Esto es muy entretenido.

—¿Tú crees? —dijo el monstruo, arrascándose entre las orejas con un crujido—. Venga, vale. La siguiente, Prímula, era la hija de un caballero empobrecido. El caballero, cuando llegó aquí, tenía un caballo esquelético y una cota de mallas herrumbrosa e increíblemente larga. Era asqueroso, Geralt, ya te digo, como un montón de estiércol, y echaba a su alrededor una peste parecida. Prímula, me dejaría cortar una mano, debía de haber sido concebida cuando él estaba en la guerra, porque era bastante bonita. Y yo no le producía miedo, cosa no tan extraña al fin y al cabo, pues en comparación con su progenitor podía dármelas hasta de garboso. Ella tenía, como luego pude comprobar, un temperamento considerable, pero yo, habiendo cobrado confianza en mí mismo, tampoco me dormí en mis laureles. Apenas dos semanas después me encontraba ya en unas muy estrechas relaciones con Prímula, durante las cuales solía tirarme de la oreja y gritar: «¡Muérdeme, animal!», «¡Despedázame, bestia!». Y parecidas tonterías. Yo, en los descansos, corría al espejo, pero, imagínate, Geralt, que me miraba en él con creciente desasosiego. Cada vez me apetecía menos volver a ser aquella persona menos sana. Sabes, Geralt, antes yo era un flojucho, había crecido siempre metido en casa. Antes estaba siempre enfermo, tosía y se me salían los mocos, mientras que ahora no se me pegaba nada. ¿Y los dientes? ¡No te creerías cómo tenía de podridos los dientes! ¿Y ahora? Puedo morder la pata de una silla. ¿Quieres que muerda la pata de una silla?

—No. No quiero.

—Y mejor así. —El monstruo abrió la boca—. A las señoritas les hacía gracia cuando alardeaba de ello y me han quedado pocas sillas en casa. —Nivellen bostezó, a causa de lo cual la lengua se le enrolló como una trompeta.

—Me ha cansado tanta plática, Geralt. En pocas palabras: después hubo otras dos, Ilka y Venimira. Todo sucedió del mismo modo, hasta el aburrimiento. Al principio una mezcla de miedo y reserva, luego un pelín de simpatía, reforzada por pequeños, aunque costosos, souvenires, luego «Muérdeme, cómeme entera», luego el regreso del papá, triste despedida y una merma cada vez más apreciable del tesoro. Decidí estar solo por una larga temporada. Por supuesto, hace ya bastante que he dejado de creer en que el besito de una virgen pueda cambiar mi forma. Y me he conformado con ello. Es más, he llegado a la conclusión de que está bien como está y de que no hace falta ningún cambio.

—¿Ninguno, Nivellen?

—Como te digo. Ya te he contado, la salud de caballo que está relacionada con esta forma es lo primero. Lo segundo: mi rareza funciona como un afrodisíaco para las mujeres. ¡No te rías! Estoy más que seguro de que como ser humano tendría que correr mucho para hacerme con una como, por ejemplo, Venimira, que era una virgen muy hermosa. A mí se me da que a uno como al del retrato ni siquiera lo miraría. Y en tercer lugar: seguridad. Padre tenía enemigos, un par de ellos sobrevivieron. Aquéllos a los que mi banda bajo mi penoso mando enviara al otro barrio tenían parientes. En el sótano hay oro. Si no fuera por el miedo que produzco, alguien vendría a por él. Aunque no fueran más que pueblerinos con sus viernos.

—Pareces completamente seguro —dijo Geralt mientras jugueteaba con una copa vacía— de que en esta figura no has hecho nada a nadie. A ningún padre, a ninguna hija. A ningún pariente ni novio de las hijas. ¿Qué dices, Nivellen?

—Espera, Geralt —se enfadó el monstruo—. ¿De qué hablas? Los padres no cabían en sí de gozo, ya te he contado, fui liberal más allá de lo imaginable. ¿Y las hijas? No las viste cuando llegaron aquí, con vestidos de lana basta, con las manitas blancas de la lejía de lavar, con la espalda doblada de llevar cántaros. Prímula, todavía dos semanas después de llegar, tenía marcas en la espalda y los muslos del cinturón de cuero con el que le zurraba la badana su noble padre. Y aquí andaban como princesas, lo único que llevaban en la mano era el abanico y ni siquiera sabían dónde estaba la cocina. Las vestí y las llené de oropeles. Con hechizos, les traía agua caliente a su gusto para que se bañaran en una bañera de latón que mi padre había robado en Assengard para mi madre. ¿Te imaginas? ¡Una bañera de

latón! Pocos condes, qué digo, pocos monarcas tienen en su casa una bañera de latón. Para ellas ésta era una casa de cuento de hadas, Geralt. Y en lo que respecta a la cama... Cuernos, la virtud es en estos tiempos más rara que los dragones alpinos. Yo no las obligué a nada, Geralt.

—Pero sospechabas que alguien me había pagado para matarte. ¿Quién podía haber pagado?

—Algún canalla al que le apetecieran los restos de mi sótano y no tuviera más hijas —dijo con fuerza Nivellen—. La codicia humana no conoce fronteras.

—¿Y nadie más?

—Y nadie más.

Ambos callaron, mirando las temblorosas llamas de las velas.

—Nivellen —dijo de pronto el brujo—. ¿Estás solo ahora?

—Brujo —dijo el monstruo al cabo de un rato—, pienso que tengo ahora razones suficientes para insultarte con palabras indecorosas, cogerte por el pescuezo y tirarte por las escaleras. ¿Sabes por qué? Porque me tratas como si fuera idiota. Desde el principio veo como colocas la oreja, como miras de soslayo la puerta. Sabes muy bien que no vivo solo. ¿Tengo razón?

—La tienes. Perdón.

—Al cuerno con tus perdones. ¿La has visto?

—Sí. En el bosque, junto a la puerta. ¿Es ésa la causa por la que hace algún tiempo que los mercaderes y sus hijas se van de aquí con las manos vacías?

—¿Y sabes eso también? Sí, es por eso.

—Me permites que pregunte...

—No. No te permito.

De nuevo se hizo el silencio.

—Qué más da, como quieras —dijo por fin el brujo, levantándose—. Gracias por tu hospitalidad, señor. Es hora de seguir mi camino.

—De acuerdo. —Nivellen se levantó también—. Por determinadas razones no puedo ofrecerte pasar la noche en el castillo y no te aconsejo pernoctar en estos bosques. Desde que los alrededores se despoblaron, las noches son peligrosas por aquí. Debes volver a la carretera antes de que anochezca.

—Lo tendré en cuenta, Nivellen. ¿Estás seguro de que no necesitas mi ayuda?

El monstruo lo miró de soslayo.

—¿Y estás seguro de que podrías ayudarme? ¿Serías capaz de quitarme esto?

—No hablaba sólo de eso.

—No has contestado a mi pregunta. O, mejor dicho... Creo que has contestado. No serías capaz.

Geralt le miró directamente a los ojos.

—Tuvisteis mala suerte —dijo—. De todos los santuarios en Gelibol y el Valle de Nimnar elegisteis justo Coram Agh Tera, la Araña de Cabeza de León. Para quitar un maleficio de la sacerdotisa de Coram Agh Tera, hacen falta conocimientos y capacidades que yo no poseo.

—¿Y quién las posee?

—¿Te interesa, entonces? Has dicho que todo está bien como está.

—Como está, sí. Pero no como puede llegar a ser. Tengo miedo de que...

—¿De qué tienes miedo?

El monstruo se detuvo en las puertas de la estancia, se dio la vuelta.

—Estoy harto de que siempre preguntes, brujo, en vez de contestarme. Está claro que hay que preguntarte de modo adecuado. Escucha, desde hace cierto tiempo tengo unos sueños terribles. Puede que la palabra «monstruosos» fuera mejor. ¿Tengo razón al tener miedo? En pocas palabras, por favor.

—¿Después de esos sueños, al despertarte, no tienes nunca los pies manchados de barro? ¿Hojas de árboles en las sábanas?

—No.

—¿Y tampoco...?

—No. En pocas palabras, por favor.

—Haces bien en tener miedo.

—¿Se puede contagiar? En pocas palabras, por favor.

—No.

—Por fin. Vamos, te acompañaré.

En el patio mientras Geralt arreglaba las albardas, Nivellen acarició las patas a la yegua, le dio palmaditas en el cuello. Sardinilla, contenta de los mimos, bajó la cabeza.

—Los animales me quieren —se enorgulleció el monstruo—. Y a mí me gustan también. Mi gata Tragoncilla, aunque se escapó al principio, luego volvió conmigo. Durante mucho tiempo fue el único ser vivo que me

acompañó en mi soledad. A Vereena también...

Se interrumpió, cerró la boca. Geralt se sonrió.

—¿También le gustan los gatos?

—Los pájaros. —Nivellen mostró los dientes—. Se me escapó, cuernos. Y qué más me da. No es una hija de mercader más, Geralt, ni una búsqueda más de si en viejas historias se encierra una pizca de verdad. Esto es algo serio. Nos amamos. Si te ríes te rompo los morros.

Geralt no se rió.

—Tu Vereena —dijo— es seguramente una náyade. ¿Lo sabías?

—Me lo imaginaba. Delgaducha. Morena. Habla poco, en una lengua que no conozco. No come comida humana. Se pierde en el bosque durante días, luego vuelve. ¿Es normal esto?

—Más o menos. —El brujo apretó la cincha—. Seguro que piensas que no volvería a ti si te convirtieras en ser humano.

—Estoy seguro. Sabes cómo temen las náyades a los humanos. Pocos han visto una náyade de cerca. Y yo y Vereena... Ah, cuernos. Buena suerte, Geralt.

—Buena suerte, Nivellen.

El brujo dio con los talones en los costados de la yegua, se dirigió hacia la puerta. El monstruo se arrastró a su lado.

—¿Geralt?

—Habla.

—No soy tan tonto como piensas. Llegaste aquí siguiendo las huellas de alguno de los mercaderes que estuvieron por aquí hace poco. ¿Le sucedió algo a alguno?

—Sí.

—El último estuvo aquí hace tres días. Con una hija, no de las más guapas, en cualquier caso. Ordené a la casa cerrar todas las puertas y postigos, no di señales de vida. Anduvieron un poco por el patio y se fueron. La muchacha cortó una rosa del rosal de la tía y se la prendió en el vestido. Búscalos en otro sitio. Pero ten cuidado, estos alrededores son horribles. Ya te dije que por la noche el bosque no es muy seguro. Se ven y se escuchan cosas poco buenas.

—Gracias, Nivellen. Me acordaré de ti. Quien sabe, puede que encuentre a alguien que...

—Puede. Y puede que no. Es mi problema, Geralt, mi vida y mi castigo. Me he acostumbrado a soportar esto. Si empeora, también me

acostumbraré. Y si empeora demasiado, no busques a nadie, ven aquí tú solo y termina el asunto. Como los brujos. Suerte, Geralt.

Nivellen se dio la vuelta y marchó enérgicamente en dirección al palacio. No se volvió a mirar ni una sola vez.

III

Los alrededores estaban despoblados, asilvestrados, terriblemente hostiles. Geralt no volvió a la carretera antes del anochecer, no quería alargar el camino, cruzó atajando por el monte. Pasó la noche en la pelada cumbre de la alta colina, con la espada en las rodillas, delante de un pequeño fuego, en el que cada cierto tiempo arrojaba un ramillete de toja. En mitad de la noche percibió lejos en el valle el fulgor de un fuego, escuchó aullidos y cantos de locura y también algo que podían ser solamente los gritos de una mujer torturada. Se dirigió allí apenas comenzó a amanecer, pero halló tan sólo un calvero con la hierba pisoteada y unos huesos carbonizados en unas cenizas aún calientes. Algo, que estaba sentado en la copa de un gigantesco roble, aullaba y ululaba. Podía ser una silvia, pero podía ser también un simple gato montés. El brujo no se detuvo a averiguarlo.

IV

Cerca del mediodía, cuando abrevaba a Sardinilla en un manantial, la yegua lanzó un agudo relincho y retrocedió, mostrando los dientes amarillos y mordiendo la boquilla. Geralt la calmó maquinalmente con la Señal y en aquel momento vio unos círculos regulares formados por el sombrerito rojo de unas setas que asomaban por entre el musgo.

—Te estás volviendo una verdadera histérica, Sardinilla —dijo—. Esto es un círculo del diablo normal y corriente. ¿Por qué estas escenas?

La yegua resopló, volviendo hacia él la cabeza. El brujo bajó la cabeza, frunció el ceño, se quedó pensativo. Luego, de un salto, se encontró encima de la montura, dio la vuelta al caballo, volviendo rápidamente sobre sus propias huellas.

—«Los animales me quieren» —dijo—. Perdona, caballejo. Resulta que tienes más sesos que yo.

V

La yegua bajó las orejas, bufó, arañó con sus pezuñas en la tierra, se negó a avanzar. Geralt no la calmó con la Señal: saltó de la silla, echó agua por la cabeza del caballo. No llevaba ya a la espalda su vieja espada en la funda de zapa. Su lugar lo ocupaba ahora una reluciente y hermosa arma con la hoja en cruz, una elegante y equilibrada empuñadura, terminada en una bolita de metal blanco.

Esta vez la puerta no se abrió ante él. Estaba abierta, como la había dejado al irse.

Escuchó un canto. No entendía las palabras, no podía siquiera identificar la lengua de la que procedían. No era necesario. El brujo sabía, sentía y comprendía la propia naturaleza de este canto, apagado, terrible, que introducía en las venas una ola de amenaza, que producía entorpecimiento y falta de voluntad.

El canto se interrumpió violentamente y entonces la vio.

Estaba junto al lomo del delfín en el estanque seco, abrazando la enmohecida piedra con unos pequeños brazos, tan blancos que parecían transparentes. Por debajo de la tormenta de negros cabellos brillaban dos ojos clavados en él, enormes, muy abiertos, del color de la antracita.

Geralt se acercó lentamente, con un paso elástico y ligero, caminando en semicírculo desde el muro, junto al rosal de las rosas azules. El ser pegado al lomo del delfín volvió hacia él una pequeña carita con una expresión de indescriptible nostalgia, llena de belleza, lo que causó que otra vez se escuchara la canción, aunque la pequeña y pálida boca estuviera cerrada y no saliera de ella ni siquiera el más pequeño sonido.

El brujo se detuvo a una distancia de diez pasos. Sacó poco a poco la espada de su vaina esmaltada de negro. La espada centelleó y brilló por

encima de su cabeza.

—Esto es plata —dijo—. Esta hoja es de plata.

La carita pálida no tembló, los ojos de antracita no cambiaron su expresión.

—Te pareces tanto a una náyade —continuó con tranquilidad el brujo — que puedes confundir a cualquiera. Sobre todo porque eres un pájaro bastante raro, cabellos negros. Pero los caballos no se equivocan nunca. Os reconocen por instinto y sin errores. ¿Qué eres? Pienso que una mura o una alpa. Un vampiro común y corriente no podría estar al sol.

Las comisuras de la boquita pálida temblaron y se elevaron ligeramente.

—Te atrajo el aspecto de Nivellen, ¿no es cierto? Esos sueños de los que habló, se los producías tú. Me imagino qué sueños serían y le compadezco.

El ser no se movió.

—Te gustan los pájaros —siguió el brujo—. Pero no te molesta morder las nucas de humanos de ambos sexos, ¿no? ¡De hecho, tú y Nivellen! Vaya una pareja que estáis hechos, el monstruo y la vampira, los señores del castillo del bosque. Os apoderasteis en un abrir y cerrar de ojos de toda la región. Tú, eternamente sedienta de sangre y él, tu defensor, asesino a tus órdenes, un instrumento ciego. Pero primero había de convertirse en un verdadero monstruo, no lo que era, un hombre en la máscara de un monstruo.

Los grandes ojos negros se contrajeron.

—¿Qué hay de él, cabellos negros? Estabas cantando, luego bebías sangre. Echaste mano del último recurso, lo que quiere decir que no has conseguido dominar su voluntad. ¿Me equivoco?

La negra cabeza asintió ligera, casi imperceptiblemente, y las comisuras de la boca se alzaron aún más arriba. El pequeño rostro tomó un aspecto fantasmal.

—Ahora seguro que te consideras la señora del castillo.

Asintió otra vez, con más claridad.

—¿Eres una mura?

La cabeza negó en un lento movimiento. El silbido que se difundía sólo podía proceder de los pálidos labios que sonreían como una pesadilla, aunque el brujo no había visto que se movieran.

—¿Una alpa?

Negó de nuevo.

El brujo retrocedió, apretó más con más fuerza la empuñadura de la espada.

—Esto quiere decir que eres...

Las comisuras de la boca se alzaron más y más, los labios se separaron...

—¡Una lamia! —gritó el brujo arrojándose hacia el estanque.

De detrás de los pálidos labios relampaguearon unos afilados colmillos. La vampira se levantó bruscamente, arqueó el cuerpo como un leopardo y gritó.

Una ola de sonido golpeó al brujo como un ariete, privándole del aliento, aplastándole las costillas, traspasándole los oídos y el cerebro con espinas de dolor. Volando hacia atrás alcanzó todavía a cruzar las muñecas de ambos brazos en la Señal del Heliotropo. El encantamiento amortiguó en buena medida el ímpetu con el que estrelló la espalda contra el muro pero incluso así se le ennegrecieron los ojos y el aire se le escapó de los pulmones con un gemido.

Sobre el lomo del delfín, en el círculo pétreo del estanque seco, en el lugar donde todavía hacía unos segundos estaba sentada una delicada muchacha con un vestido blanco, se aplastaba el reluciente cuerpo de un gigantesco murciélago negro que abría una boca larga y estrecha, llena de filas de dientecillos parecidos a agujas. Unas alas membranosas se desplegaron, se agitaron sin sonido y el ser se dirigió hacia el brujo como una flecha lanzada desde una ballesta. Geralt, sintiendo en la boca el sabor férreo de la sangre, realizó un encantamiento, lanzando delante de sí la mano con los dedos en forma de la Señal de Quen. El murciélago, silbando, dobló con violencia, se alzó chillando en el aire e inmediatamente se lanzó en picado hacia la nuca del brujo. Geralt saltó a un lado, dio un tajo con la espada, falló. El murciélago, fluido, con gracia, contrayendo un ala, dio la vuelta, le rodeó y atacó de nuevo, abriendo un ciego morro lleno de dientes. Geralt esperó, colocando en dirección al ser la espada que sostenía con las dos manos. En el último momento saltó, no al lado, sino hacia adelante, dio un revés, silbó el aire. No acertó. Resultó tan inesperado que perdió el ritmo, se retrasó una fracción de segundo. Sintió como las garras de la bestia le rasgaban las mejillas, y una húmeda ala de terciopelo le golpeaba en la nuca. Se volvió en el sitio, traspasó el peso del cuerpo a la pierna derecha y golpeó agudamente hacia atrás, errando de nuevo a causa de un

fantástico quiebro del ser.

El murciélago batió las alas, se alzó, emprendió el vuelo en dirección al estanque. En el momento en que las garras ensangrentadas rechinaron sobre la piedra del revestimiento, el monstruoso y babeante morro comenzó a transformarse, se metamorfoseaba, desaparecía, aunque los pequeños labios que aparecían en su lugar no cubrían aún los colmillos asesinos.

La lamia lanzó un penetrante aullido, modulando la voz en un macabro canto, miró con ojos desmesurados al brujo, llena de odio, y gritó de nuevo.

La onda de choque fue tan potente que rompió la Señal. En los ojos de Geralt giraban círculos rojos y negros, las sienes y la coronilla le latían con violencia. Con los oídos traspasados de dolor, comenzó a escuchar voces, quejidos y gemidos, el sonido de flautas y oboes, el ulular del viento. La piel del rostro se le entumeció y se le congeló. Cayó sobre una rodilla, agitó la cabeza.

El murciélago negro se dirigió en silencio hacia él, abriendo mientras volaba las mandíbulas llenas de dientes. Geralt, aunque estaba aturdido por la onda de sonido, reaccionó instintivamente. Se levantó del suelo, adaptando con rapidez el tiempo de sus movimientos a la velocidad de vuelo del monstruo, dio tres pasos hacia adelante, un quiebro y una media vuelta, y después, rápido como un ratón, un golpe de espada con las dos manos. La hoja no encontró resistencia. Casi no encontró nada. Escuchó un chillido, pero esta vez fue un chillido de dolor, producido por el contacto con la plata.

La lamia, aullando, se metamorfoseaba sobre el lomo del delfín. En el vestido blanco, un poco por encima del pecho izquierdo, se veía una mancha roja bajo un rasguño no más largo que el dedo índice. El brujo apretó los dientes: el golpe, que debía haber partido en dos a la bestia, no había producido más que un arañazo.

—Grita, vampira —gruñó, limpiándose la sangre de la mejilla—. Grita lo que quieras. Pierde fuerzas. ¡Y entonces te cortaré tu preciosa cabeza!

Tú. Debilitas primero. Hechicero. Mato.

La boca de la lamia no se movió pero el brujo escuchó las palabras con claridad, resonaron en su cerebro explotando, vibrando sordamente, con un eco, como debajo del agua.

—Ya lo veremos —murmuró, mientras se dirigía encorvado hacia el estanque.

Mato. Mato. Mato.

—Ya lo veremos.

—¡Vereena!

Nivellen, con la cabeza baja, agarrándose con las dos manos al bastidor, salió pesadamente por la puerta del palacio. Con paso vacilante, avanzó hacia el estanque, agitando inseguro las manos. El cuello del caftán estaba manchado de sangre.

—¡Vereena! —gritó de nuevo.

La lamia dobló la cabeza en su dirección. Geralt, con la espada lista para golpear, saltó hacia ella, pero la reacción de la vampira fue bastante más rápida. Un grito agudo y una nueva onda hizo caer al brujo. Se derrumbó boca arriba, se arrastró sobre la gravilla del paseo. La lamia, combándose, se tensó para saltar, los colmillos en su boca centellearon como el puñal de un asesino. Nivellen, abriendo los brazos como un oso, intentó detenerla, pero ella le gritó directamente a la cara y le lanzó unos metros hacia atrás, contra un andamiaje de madera que había junto al muro. El andamio se rompió con un estampido tremendo y le enterró bajo una pila de madera.

Geralt ya se había levantado, corrió en un semicírculo, rodeando el patio, intentando alejar la atención de la lamia de Nivellen. La vampira, con el vestido blanco vibrando, voló directa hacia él, ligera como una mariposa, apenas rozando la tierra. No gritaba ya, no intentaba metamorfosearse. El brujo sabía que estaba cansada. Pero también sabía que incluso así era mortalmente peligrosa. A la espalda de Geralt, Nivellen salió con estruendo de entre las tablas, bramando.

Geralt saltó a la izquierda, se cubrió con un corto y desorientador molinete de la espada. La lamia se deslizó hacia él, blanquinegra, desbocada, terrible. No pudo apreciar la imagen: gritaba mientras corría. No alcanzó a realizar la Señal, voló hacia atrás, su espalda se aplastó contra el muro, el dolor de la columna se le traspasó hasta las puntas de los dedos, los brazos se le paralizaron, las piernas se doblaron. Cayó de rodillas. La lamia, lanzando un aullido melódico, saltó hacia él.

—¡Vereena! —gritó Nivellen.

Se dio la vuelta. Y entonces Nivellen la golpeó con fuerza entre los pechos con un palo afilado y roto de tres metros de longitud. No gritó. Suspiró solamente. Al oír el suspiro, el brujo tembló.

Estaban de pie. Nivellen, con las piernas bien asentadas, sujetaba el palo con las dos manos, apretando su extremo bajo la axila. La lamia, como

una blanca mariposa en un alfiler, colgaba al otro lado de la barra, aferrándola también con ambas manos.

La vampira suspiró terriblemente y de pronto cayó con fuerza sobre la estaca. Geralt vio como en su espalda, sobre el vestido blanco, crecía una mancha roja de la que entre un geiser de sangre sobresalía, indecente, asquerosa, una punta quebrada. Nivellen gritó, retrocedió un paso, luego otro, luego retrocedió rápidamente, pero sin soltar la barra, arrastrando consigo a la lamia. Un paso más y apoyó la espalda contra la pared del palacio. El extremo del palo, que mantenía bajo la axila, chirrió contra el muro.

La lamia, lentamente, como con mimo, colocó los pequeños dedos alrededor de la barra, extendió los brazos en toda su longitud, se impulsó con fuerza por el palo y se aferró a él de nuevo. Ya había dejado más de un metro de madera ensangrentada a sus espaldas. Tenía los ojos muy abiertos, la cabeza echada hacia atrás. Sus expiraciones se hicieron más frecuentes, cobraron ritmo, enronquecieron.

Geralt se había levantado pero, fascinado por la imagen, no podía decidirse a actuar. Escuchó unas palabras resonando sordamente en el interior de su cráneo, como bajo la bóveda de un subterráneo frío y húmedo.

Mío. O de nadie. Te quiero. Quiero.

Un nuevo suspiro, terrible, desgarrado, ahogado en sangre. La lamia se retorció, avanzó a lo largo del palo, extendió las manos. Nivellen bramó con fiereza, sin soltar la barra intentó mantener a la vampira lo más lejos posible de sí. En vano. Avanzó todavía más hacia adelante, lo agarró por la cabeza. Él aulló aún más terriblemente, agitó la peluda cabeza. La lamia de nuevo se deslizó por el palo, inclinó la cabeza hacia la garganta de Nivellen. Los colmillos brillaron con un blanco cegador.

Geralt saltó. Saltó como un muelle liberado, automáticamente. Cada movimiento, cada paso que debía realizarse ahora, era parte de su naturaleza, era aprendido, inevitable, inconsciente, mortalmente seguro. Tres rápidos pasos. El tercero, como cientos de tales pasos antes de ahora, termina en la pierna izquierda con un pisar decidido. Una torsión del tronco, un golpe agudo y enérgico. Vio sus ojos. Nada podía cambiarse. Escuchó una voz. Nada. Gritó, para ahogar las palabras que ella repetía. Nada podía hacerse. Golpeó.

Asestó seguro, como cientos de veces antes de ahora, con el centro de

la hoja e, inmediatamente, siguiendo el ritmo del movimiento, realizó un cuarto paso y una media vuelta. La hoja, ya liberada al final de la media vuelta, se deslizó ante él brillando, dejando tras de sí un abanico de gotitas rojas. Los cabellos negros como ala de cuervo ondearon deshaciéndose, fluyeron por el aire, fluyeron, fluyeron...

La cabeza cayó sobre la grava.

¿Cada vez hay menos monstruos?

¿Y yo? ¿Qué soy yo?

¿Quién grita? ¿Los pájaros?

¿Una mujer con una zamarra y un vestido azul celeste?

¿Una rosa de Nazair?

¡Qué silencio!

Qué vacío. Cuánto vacío.

En mi interior.

Nivellen, hecho un ovillo, estremeciéndose con calambres y temblores, estaba tendido junto a la pared del palacio entre las ortigas, cubriéndose la cabeza con los brazos.

—Levántate —dijo el brujo.

Un hombre joven, guapo, bien construido, de tez pálida, tendido junto a la pared, levantó la cabeza, miró a su alrededor. Tenía la mirada perdida. Se restregó los ojos con los puños. Miró a sus manos. Se tocó la cara. Dio un gemido, colocó los dedos sobre las orejas, los tuvo largo rato en las encías. De nuevo se acarició el rostro y de nuevo gimió al tocar cuatro ensangrentadas e hinchadas heridas en la mejilla. Rompió en sollozos, después se rió.

—¡Geralt! ¿Qué es esto? Cómo puede... ¡Geralt!

—Levántate, Nivellen. Levántate y ven. En las alforjas tengo medicinas que nos son precisas a los dos.

—Ya no tengo... ¿No tengo? ¿Geralt? ¿Cómo?

El brujo le ayudó a levantarse, intentando no mirar las pequeñas manos, tan blancas que parecían transparentes, apretadas al palo que atravesaba por entre los dos pequeños pechos, cubiertos con una tela húmeda y roja. Nivellen gimió de nuevo.

—Vereena...

—No mires. Vamos.

Cruzaron el patio, junto al rosal de las rosas azules, apoyándose el uno en el otro. Nivellen se tocaba el rostro incansablemente con la mano libre.

—No me lo creo, Geralt. ¿Después de tantos años? ¿Cómo es posible?

—En cada cuento hay una pizca de verdad —dijo el brujo en voz baja —. Amor y sangre. Ambos tienen mucha fuerza. Los magos y los sabios se rompen la cabeza con este problema desde hace años, pero nunca han conseguido llegar a ninguna conclusión, exceptuando que...

—¿Qué, Geralt?

—El amor debe ser verdadero.

La voz de la razón 3

—Soy Falwick, conde de Moën. Y éste es el caballero Tailles de Dorndal.

Geralt se inclinó con desgana, mirando a los caballeros. Ambos iban armados y vestían unas capas rojas con la señal de la Rosa Blanca en el brazo izquierdo. Se asombró un tanto, porque, que él supiera, en los alrededores no había ninguna comandancia de la orden.

Nenneke, con una sonrisa en apariencia abierta y despreocupada, percibió su asombro.

—Estos nobles caballeros —dijo maquinalmente, mientras se acomodaba en un sillón que más parecía un trono— están al servicio del poderoso señor de estas tierras, el duque Hereward.

—Príncipe —corrigió con énfasis Tailles, el más joven de los caballeros, clavando en la sacerdotisa unos claros ojos azules en los que se vislumbraba el odio—. El príncipe Hereward.

—No nos entretengamos en las peculiaridades de la onomástica. —Nenneke sonrió burlonamente—. En mis tiempos se solía llamar príncipe únicamente a aquéllos por cuyas venas corría sangre real pero hoy día eso no tiene, como se ve, mayor importancia. Volvamos a las presentaciones y a la explicación del objeto de la visita de los caballeros de la Rosa Blanca a mi modesto santuario. Has de saber, Geralt, que el capítulo está gestionando ante Hereward una concesión para la orden. Por eso muchos caballeros de la Rosa se han puesto al servicio del príncipe. Y no pocos de los caballeros de esta tierra, como Tailles aquí presente, han hecho el juramento y aceptado el manto rojo, que tan bien le sienta, por cierto.

—Es un honor para mí. —El brujo se inclinó de nuevo, con tanta desgana como antes.

—Lo dudo —afirmó fría la sacerdotisa—. Ellos no han venido aquí para dejarse honrar. Al contrario. Han venido con la exigencia de que te marches lo más pronto posible. Han venido para echarte, hablando pronto y mal. ¿Consideras que eso es un honor? Yo no. Yo considero eso una ofensa.

—Los nobles caballeros se han tomado molestias sin necesidad, por lo que oigo. —Geralt encogió los hombros—. No pienso quedarme a vivir aquí. Me iré sin necesidad de impulsos ni apremios, y además, en breve.

—En este momento —bramó Tailles—. Sin un minuto de demora. El príncipe ordena...

—En el terreno de este santuario las órdenes las doy yo —le interrumpió Nenneke con una fría voz de mando—. Normalmente intento que mis órdenes no se encuentren en excesiva contradicción con la política de Hereward. En la medida en que tal política sea lógica y comprensible, claro. En este caso concreto, opino que es irracional, por lo cual no pienso tratarla en serio, pues no se lo merece. Geralt de Rivia es mi huésped, señores. Su estancia en mi santuario me agrada. Por eso Geralt de Rivia permanecerá en mi santuario tanto como quiera.

—¿Tienes el descaro de desobedecer al príncipe, mujer? —gritó Tailles, después de lo cual se echó la capa sobre los hombros, mostrando en toda su pompa una coraza de acanalado y ribeteado latón—. ¿Te atreves a cuestionar la autoridad del poder?

—Silencio —dijo Nenneke y entrecerró los ojos—. Baja ese tono. Cuidado con lo que dices y a quién se lo dices.

—¡Sé a quién se lo digo! —El caballero dio un paso. Falwick, el mayor, le aferró con fuerza por la muñeca y le apretó hasta que crujió el guantelete reforzado. Tailles se soltó con rabia—. ¡Pronuncio palabras que son la voluntad del príncipe, señor de estas tierras! Sabe, mujer, que tenemos en tu patio doscientos soldados...

Nenneke echó mano a una bolsa que colgaba de su cinturón y sacó de ella un pequeño frasquito de porcelana.

—La verdad es que no sé —dijo con serenidad— que pasará si rompo este cacharro debajo de tus pies, Tailles. Puede que te estallen los pulmones. O puede que te cubras de vello. Y puede que lo uno y lo otro, ¿quién lo sabe? Quizás sólo la piadosa Melitele.

—¡No te atrevas a amenazarme con tus embrujos, sacerdotisa! Nuestros soldados...

—Vuestros soldados, si alguno de ellos toca a las sacerdotisas de Melitele, colgarán de las acacias a todo lo largo del camino hasta la ciudad, y esto antes de que el sol alcance el horizonte. Ellos lo saben muy bien. Y tú también lo sabes, Tailles, así que deja de comportarte como un cerdo. Asistí a tu nacimiento, mocoso estúpido, y me da pena tu madre, pero no tientes a tu suerte. ¡No me obligues a que te enseñe buenos modales!

—Basta ya, basta —terció el brujo, un tanto aburrido de toda esta historia—. Parece que mi modesta persona se ha convertido en causa de un conflicto de importancia, y yo no veo por qué haya de ser así. Señor Falwick, me parecéis más equilibrado que vuestro camarada, al cual, por lo que veo, le embarga el entusiasmo de la juventud. Escuchad, señor Falwick: juro que dejaré estos lugares pronto, en pocos días. Juro también que no tenía intención ni la tengo de trabajar aquí, de aceptar peticiones ni encargos. No estoy aquí como brujo, sino en privado.

El conde Falwick le miró a los ojos y Geralt comprendió su error al instante. En la mirada del caballero de la Rosa Blanca había un odio puro, inflexible y no contaminado por nada. El brujo comprendió, y estuvo seguro que no era el duque Hereward el que le expulsaba y le obligaba a irse, sino Falwick y los suyos.

El caballero se volvió hacia Nenneke, se inclinó con respeto, comenzó a hablar. Habló sereno y con educación. Habló con lógica. Pero Geralt sabía que Falwick mentía como un perro.

—Venerable Nenneke, os pido perdón, pero el príncipe Hereward, mi señor, no desea y no tolerará la presencia del brujo Geralt de Rivia en sus posesiones. No importa si Geralt de Rivia caza monstruos o si se considera a sí mismo en visita privada. El príncipe sabe que Geralt de Rivia no es una visita privada. El brujo atrae los problemas como el imán el hierro. Los hechiceros se enfadan y escriben peticiones, los druidas amenazan de nuevo con...

—No veo motivo por el que Geralt de Rivia tenga que sufrir las consecuencias del desenfreno de los hechiceros y druidas locales —le cortó la sacerdotisa—. ¿Desde cuándo a Hereward le interesa la opinión de unos y otros?

—Basta de discusión. —Falwick alzó la cabeza—. ¿Acaso no me expreso con suficiente claridad, venerable Nenneke? Lo diré entonces tan claro que más claro sea imposible: ni el príncipe Hereward, ni el capítulo de la orden desean tolerar ni un solo día más en Ellander al brujo Geralt de

Rivia, conocido como el carnicero de Blaviken.

—¡Esto no es Ellander! —La sacerdotisa se levantó del sillón—. ¡Esto es el santuario de Melitele! ¡Y yo, Nenneke, sacerdotisa mayor de Melitele, no deseo tolerar ni un solo segundo más la presencia de vuestras personas en el terreno del santuario, señores!

—Señor Falwick —el brujo habló en voz baja—. Escuchad la voz de la razón. No quiero problemas y a vos, pienso, tampoco os apetece especialmente tenerlos. Dejaré estos lugares como más tarde en tres días. No, Nenneke, calla, por favor. Es hora de irme, en cualquier caso. Tres días, señor conde. No pido más.

—Y bien haces en no pedir —dijo la sacerdotisa antes de que Falwick tuviera tiempo de reaccionar—. ¿Habéis oído, chicos? El brujo se quedará aquí tres días porque ése es su deseo. Y yo, sacerdotisa de la Gran Melitele, le ofreceré mi hospedaje durante estos tres días porque ése es mi deseo. Repetidle esto a Hereward. No, no a Hereward. Repetidle esto a su esposa, la noble Ermela, añadiendo que si le interesa seguir recibiendo los afrodisíacos de mi farmacia, que tranquilice mejor a su duque. Que le calme sus humores y antojos que cada vez parecen más que nada síntomas de idiotismo.

—¡Basta! —gritó Tailles y la voz se le quebró en un falsete—. ¡No pienso escuchar cómo una charlatana insulta a mi señor y a su esposa! ¡No dejaré sin su pago tal menosprecio! ¡Aquí va a gobernar ahora la orden de la Rosa Blanca, será el final de vuestros nidos de tiniebla y superstición! Y yo, caballero de la Rosa Blanca...

—Escucha, mocoso —le cortó Geralt, con una sonrisa siniestra—. Detén tu lengua desatada. Le hablas a una mujer a la que se le debe respeto. Sobre todo de un caballero de la Rosa Blanca. Es cierto que en los últimos tiempos, para convertirse en uno de ellos basta con pagar al tesoro del capítulo un millar de coronas novigradas. Por eso la orden se ha llenado de hijos de usureros y de sastres. Pero espero que todavía os queden algunas tradiciones. ¿O me equivoco?

Tailles palideció y dio un paso al frente.

—Señor Falwick —dijo Geralt, sin dejar de sonreír—. Si este gusarapo saca la espada, se la quitaré y le azotaré en el culo. Y luego le clavaré con ella a la puerta.

Tailles, con los dedos temblorosos, arrancó del cinturón los guantes de hierro y con un chasquido los lanzó al pavimento, justo bajo los pies del

brujo.

—¡Lavaré el insulto a la orden con tu sangre, engendro! —gritó—. ¡Sal a campo abierto! ¡Sal afuera!

—Algo se te ha caído, hijo —afirmó tranquila Nenneke—. Recógelo inmediatamente, aquí está prohibido ensuciar, esto es un santuario. Falwick, llévate de aquí a este idiota porque si no esta historia se acabará con una desgracia. Sabes lo que le tienes que repetir a Hereward. De todos modos le escribiré una carta personalmente, no me parecéis merecedores de la confianza de llevar mis mensajes. Largaos de aquí. Sois capaces de encontrar la salida vosotros solos, espero.

Falwick, sujetando al enfurecido Tailles con mano de hierro, se inclinó, haciendo resonar las armas. Luego miró a los ojos del brujo. El brujo no sonrió. Falwick se echó la capa roja sobre los hombros.

—Ésta no ha sido nuestra última visita, venerable Nenneke —dijo—. Volveremos.

—Justo eso me temía —respondió con frialdad la sacerdotisa—. Con mi más profundo disgusto, por cierto.

El mal menor

I

Como siempre, los primeros que le prestaron atención fueron los gatos y los niños. Un gato rayado que estaba durmiendo al sol sobre un montón de leña se estremeció, levantó la cabecita redonda, puso las orejas, resopló y se metió entre las ortigas. Un niño de tres años, Dragomir, hijo del pescador Trigli, quien delante de su palloza hacía lo que podía para ensuciar aún más su ya sucia camisola, se puso a berrear, clavando los ojos bañados de lágrimas en el jinete que pasaba cabalgando por delante de él.

El brujo cabalgaba despacio, sin intentar adelantar al carro del heno que taponaba la calle. Detrás de él, estirando el cuello, haciendo tensarse la cuerda a cada paso, atado al arzón de la silla, trotaba un asno bien cargado. Además de las albardas habituales, el orejudo animal arrastraba sobre los lomos un bulto bastante grande cubierto por una gualdrapa. Los costados entre gris y blanco del asno estaban cubiertos de oscuras manchas de sangre coagulada.

El carro dobló al fin por una calle perpendicular que llevaba al pósito y a los muelles, desde los que llegaba una brisa de alquitrán y orina de buey. Geralt se apresuró. No reaccionó ante el apagado grito de una verdulera que miraba fijamente la pata huesuda y con garras que sobresalía de la gualdrapa y que se balanceaba al ritmo del trote del asno. No miró a la multitud cada vez más densa que le iba siguiendo, ondulando en su agitación.

Junto a la casa del alcalde, como siempre, había muchos carros. Geralt saltó de la silla, arregló la espada de su espalda, echó las riendas a la cerca

de madera. La muchedumbre que le había seguido abrió un semicírculo en torno al asno.

Se podían oír los gritos del alcalde ya desde la puerta.

—¡Que está prohibido, digo! ¡Está prohibido, cojones! ¿No entiendes el cristiano, canalla?

Geralt entró. Delante del alcalde había un aldeano sujetando por el cuello un ganso que se agitaba violentamente. El aldeano era pequeño y rechoncho y estaba colorado de la rabia.

—De qué... ¡Por todos los dioses! ¿Eres tú, Geralt? ¿No me engaña la vista? —Y de nuevo, volviéndose al campesino—: ¡Llévate esto de aquí, sinvergüenza! ¿Estás sordo?

—M'han dicho —tartamudeó el aldeano, mirando de soslayo al ganso — qu'hay que dar algo al señor, que si no...

—¿Quién te ha dicho eso? —gritó el alcalde—. ¿Quién? ¿Que yo qué, que acepto mordidas? ¡Esto no lo permito, digo! ¡Largo de aquí, digo! Bienvenido, Geralt.

—Hola, Caldemeyn.

El alcalde, apretando la mano del brujo, le palmeó los hombros con la otra mano.

—Hace ya dos años, creo, que no pasabas por aquí, Geralt. ¿Eh? Eres un culo de mal asiento. ¿De dónde vienes? Ah, su puta madre, qué más da de dónde. ¡Chacho, tráenos un par de cervezas! Siéntate, Geralt, siéntate. Todo está muy liado, porque mañana es la feria. ¿Qué tal te va? ¡Cuenta!

—Luego. Primero salgamos.

En el exterior la multitud se había hecho dos veces mayor, pero el espacio libre alrededor del asno no se había reducido. Geralt retiró la gualdrapa. La masa gritó y retrocedió. Caldemeyn se quedó boquiabierto.

—¡Por todos los dioses, Geralt! ¿Qué es eso?

—Una kikimora. ¿No hay alguna recompensa por ella, señor alcalde?

Caldemeyn se apoyó en un pie y luego en el otro, mientras miraba la figura con aspecto de araña, la marchita piel negra, los ojos vidriosos con pupilas verticales, los dientes de aguja dentro de una boca ensangrentada.

—Dónde... de dónde...

—En el paredón, a cuatro leguas de la villa. En las ciénagas. Caldemeyn, allí debe de haber muerto gente. Niños.

—¡Y toma, es cierto! Pero nadie... Quién podía pensar... Eh, vecinos, ¡a casa, a trabajar! ¡Esto no es un circo! Tapa eso, Geralt. Se está llenando de

moscas.

En la isba, el alcalde, sin decir una palabra, agarró una jarra de cerveza y la apuró hasta las heces, sin apartarla de la boca. Suspiró pesadamente, se sonó la nariz.

—No hay recompensa —dijo sombrío—. Nadie se había imaginado siquiera que algo como eso podía esconderse en las marismas. Verdad que unas cuantas personas habían desaparecido por los alrededores, pero... Pocos son los que vagabundean por esos lodazales. ¿Y cómo apareciste tú por allí? ¿Por qué no ibas por el camino real?

—Por los caminos reales no me es fácil ganarme un jornal, Caldemeyn.

—Lo había olvidado. —El alcalde apagó un eructo, inflando los carrillos—. Y tan tranquilos que eran estos pagos. Si hasta los duendes sólo se les mean en la leche a las viejas muy de tarde en tarde. Y va y te sale por ande menos te lo esperas una kochiomora de ésas. Parece que tengo que darte las gracias. Porque pagarte, yo no te pago. No tengo un duro.

—Mala suerte. Me vendrían bien unas perras para pasar el invierno. —El brujo dio un sorbo de la jarra, rozó la boca con la espuma—. Pienso irme a Yspaden, pero no sé si voy poder antes de que la nieve cierre los caminos. Me puedo quedar atrapado en cualquier villorrio del camino de Lutonski.

—¿Te vas a entretener mucho en Blaviken?

—Poco. No tengo tiempo para entretenerme. Se acerca el invierno.

—¿Dónde te vas a quedar? ¿Quizás en mi casa? Hay un cuarto libre en la troje, por qué vas a tener que dejarte despellejar por los posaderos, menudos ladrones. Hablaremos un rato, me puedes contar qué pasa por el mundo.

—Con gusto. Pero, ¿que dirá a esto tu Libusza? La última vez se notaba que no me apreciaba demasiado.

—En mi casa las hembras no tienen voz. Pero, entre nosotros, no vuelvas a hacer delante de ella lo que hiciste la última vez, durante la cena.

—¿Te refieres a que le tiré un tenedor a una rata?

—No. Me refiero a que le acertaste, y eso que estaba oscuro.

—Pensé que sería gracioso.

—Y lo fue. Pero no lo hagas delante de Libusza. Escucha, y esa... como se... kiki...

—Kikimora.

—¿La necesitas para algo?

—¿Y para qué? Si no hay recompensa, puedes mandar que la tiren al

estercolero.

—No es mala idea. ¡Eh, Karelka, Borg, Nosikamyk! ¿Hay alguno de vosotros por ahí?

Entró un guardia con una alabarda sobre los hombros, rozando con estrépito la hoja en el marco de la puerta.

—Nosikamyk —dijo Caldemeyn—. Toma a alguien que te ayude, coge el asno con la guarrería ésa envuelta en la gualdrapa que está delante de la choza, llévatelo a las pocilgas y entierra eso en el muladar. ¿Entendido?

—Como usted mande. Pero... Señor alcalde...

—¿Qué?

—Puede que antes de enterrar esa porquería...

—¿Qué?

—Podríamos mostrársela al Maestro Irion. A lo mismo se le ocurre algo.

Caldemeyn se dio una palmada en la cabeza con la mano abierta.

—No es ninguna tontería, Nosikamyk. Escucha, Geralt, puede que nuestro hechicero local te afloje algo por esa carroña. Los pescadores le traen los peces raros, octópodos, klavatres y arenques, más de uno se ha sacado unos cuartos con ello. Venga, vamos a la torre.

—¿Os habéis hecho con un hechicero? ¿Fijo o de vez en cuando?

—Fijo. El Maestro Irion. Vive en Blaviken desde hace un año. Un mago poderoso, Geralt, con sólo mirarlo ya te das cuenta.

—Dudo que un mago poderoso dé algo por una kikimora —se enfadó Geralt—. Por lo que sé, no es necesaria para la producción de ningún elixir. Seguro que vuestro Irion tan sólo me insulta. Nosotros, los brujos, no nos llevamos bien con los hechiceros.

—Jamás he oído que el Maestro Irion haya insultado a nadie. No puedo jurar que pague algo, pero por probar, nada se pierde. Puede que haya más de los kikimores ésos en las ciénagas, ¿y entonces qué? Que el hechicero eche un vistazo al monstruo y si acaso que eche algún encantamiento al lodazal o así.

El brujo se lo pensó por un instante.

—Un punto para ti, Caldemeyn. Qué más da, arriesguémonos a un encuentro con el Maestro Irion. ¿Nos vamos?

—Nos vamos. Nosikamyk, echa a esos críos y coge al burro del ramal. ¿Dónde está mi sombrero?

II

La torre, construida con bloques de granito finamente labrado, coronada por los dientes de las almenas, se presentaba imponente, dominando sobre los destrozados tejados de las labranzas y las abombadas techumbres de paja de las pallozas.

—Ha hecho reforma, veo —dijo Geralt—. ¿Con hechizos u os obligó a trabajar?

—Con hechizos, principalmente.

—¿Cómo es, este Irion vuestro?

—De fiar. Ayuda a la gente. Pero huraño, solitario. Casi no sale de la torre.

Sobre las puertas, decoradas con rosetones de clara madera taraceada, colgaba una gigantesca aldaba con la forma de la cabeza de un pez aplastado de ojos saltones que sujetaba una rueda de latón con una boca dentada. Caldemeyn, se veía que ya bastante acostumbrado al uso del mecanismo, se acercó, se aclaró la voz y recitó:

—Saluda el alcalde Caldemeyn con un asunto para el Maestro Irion. Con él, saluda el brujo Geralt de Rivia, por el mismo asunto.

Durante un largo instante no sucedió nada, hasta que por fin la cabeza del pez abrió la dentada mandíbula y exhaló un par de nubecillas de vaho.

—El Maestro Irion no recibe. Idos, buena gente.

Caldemeyn se removió en el sitio, miró a Geralt. El brujo encogió los hombros. Nosikamyk, concentrado y serio, se rebuscaba en las narices.

—El Maestro Irion no recibe —repitió, metálica, la aldaba—. Idos, buena...

—No soy buena gente —interrumpió sonoramente Geralt—. Soy un brujo. Eso, sobre el asno, es una kikimora que maté muy cerca de la villa.

La obligación de cada hechicero residente es cuidar de la seguridad de los alrededores. El Maestro Irion no tiene que honrarme con una entrevista, no tiene que recibirme, si tal es su voluntad. Pero que eche un vistazo a la kikimora y saque sus conclusiones. Nosikamyk, empuja la kikimora y arrójala aquí, junto a la misma puerta.

—Geralt —dijo en voz baja el alcalde—. Tú te vas a ir y yo tengo que...

—Vámonos, Caldemeyn. Nosikamyk, sácate el dedo de la nariz y haz lo que te he dicho.

—Esperad —dijo la aldaba con una voz completamente distinta—. Geralt, ¿eres tú de verdad?

El brujo blasfemó por lo bajo.

—Estoy perdiendo la paciencia. Sí, soy de verdad yo. ¿Y qué pasa porque sea yo de verdad?

—Acércate a la puerta —dijo la aldaba, echando un par de nubecillas de vaho—. Solo. Te dejaré entrar.

—¿Y qué hay de la kikimora?

—Que le den por saco. Quiero hablar contigo, Geralt. Sólo contigo. Perdonadme, alcalde.

—Y a mí qué más me da, Maestro Irion. —Caldemeyn se despidió con la mano—. Adiós, Geralt. Nos vemos luego. ¡Nosikamyk! ¡El monstruo al muladar!

—Como usted mande.

El brujo se acercó a las puertas taraceadas, que se abrieron sólo un poquito, lo suficiente para que se pudiera introducir con un cierto esfuerzo. Después de ello, se cerraron de inmediato, dejándolo en la oscuridad más completa.

—¡Eh! —llamó, sin ocultar su rabia.

—Ya voy —contestó una voz extrañamente familiar.

La impresión fue tan inesperada que el brujo se tambaleó y extendió una mano buscando apoyo. No lo encontró.

Un jardín florecía blanco y rosa, olía a lluvia. Un arco iris de muchos colores atravesaba el cielo, uniendo las copas de los árboles con una lejana cordillera de tonos celestes. La casita en mitad del jardín, pequeña y modesta, se ahogaba en macizos de malvas. Geralt miró a sus pies y se dio cuenta de que estaba hasta las rodillas en un campo de amapolas.

—Venga, acércate, Geralt —sonó una voz—. Estoy delante de la casa.

Entró en el jardín atravesando los árboles. Percibió un movimiento a su

izquierda, miró. Una muchacha de cabellos claros, completamente desnuda, surgió de una fila de arbustos llevando una cesta llena de manzanas. El brujo se prometió a sí mismo no asombrarse más.

—Por fin. Bienvenido, brujo.

—¡Stregobor! —se asombró Geralt.

El brujo se había encontrado en su vida a ladrones que parecían concejales, a concejales que parecían abueletes normales y corrientes, a meretrices que parecían princesas, a princesas que parecían vacas preñadas y a reyes que parecían ladrones. Pero Stregobor siempre se veía justo tal y como según todos los estereotipos y todas las imágenes tenía que verse un hechicero. Era alto, delgado, cargado de hombros, tenía unas grandes cejas grises muy pobladas y una larga y curvada nariz. Para colmo vestía una túnica negra que arrastraba hasta el suelo, con unas mangas increíblemente anchas, y en la mano aferraba una larguísima varita con una bola de cristal en la punta. Ninguno de los hechiceros a los que Geralt conocía tenía el aspecto de Stregobor. Lo más raro era que Stregobor era de verdad un hechicero.

Se sentaron en el zaguán rodeado de malvas, en sillones de mimbre, junto a una pequeña mesa de mármol blanco. La rubia desnuda con la cesta de manzanas se acercó, sonrió, se dio la vuelta y volvió al jardín, moviendo las caderas.

—¿Eso es también una ilusión? —preguntó Geralt al contemplar los balanceos.

—También. Como todo aquí. Pero se trata, querido mío, de una ilusión de primera clase. Las flores tienen perfume, las manzanas se pueden comer, las avispas te pueden picar, y a ella —el hechicero señaló a la rubia— te la puedes...

—Puede que luego.

—Mejor. ¿Qué haces, Geralt? ¿Todavía te afanas en matar por dinero a los representantes de especies en peligro de extinción? ¿Cuánto te dieron por la kikimora? Seguro que nada, si no, no hubieras venido aquí. Y pensar que hay gente que no cree en el destino. A menos que supieras algo de mí. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía. Éste es el último lugar donde se me hubiera ocurrido buscarte. Si la memoria no me falla, antes vivías en Kovir, en una torre parecida.

—Mucho ha cambiado desde entonces.

—Por lo menos tu nombre. Al parecer ahora eres el Maestro Irion.

—Así se llamaba el autor de esta torre, falleció hace como doscientos años. Me figuré que era apropiado honrarlo de algún modo al ocupar su lugar. Oficio aquí de residente. La mayor parte de los vecinos se ganan la vida con el mar y, como sabes, mi especialidad, además de las ilusiones, es el tiempo. A veces acallo una tormenta, a veces la provoco, a veces atraigo hacia la playa gracias al viento del oeste grandes bancos de bacalao y de merluza. Se puede vivir. Quiero decir —añadió lóbrego—, se podía vivir.

—¿Por qué «se podía»? ¿Por qué te cambiaste el nombre?

—El destino tiene muchos rostros. Puede ser hermoso en el exterior y horrible por dentro. Ha extendido hacia mí sus garras ensangrentadas...

—No has cambiado en nada, Stregobor —se enojó Geralt—. Chocheas, al tiempo que haces momios de sabio y de importante. ¿No sabes hablar con normalidad?

—Sé —suspiró el nigromante—. Si esto te alegra, puedo hacerlo. Llegué aquí huyendo de un ser monstruoso que me quiere asesinar. La huida no me ha servido de nada, me ha encontrado. Según todas las probabilidades intentará matarme mañana, como muy tarde pasado.

—Ajá —dijo impasible el brujo—. Ahora entiendo.

—Me da la sensación de que la muerte que me amenaza no causa en ti la más mínima impresión.

—Stregobor —dijo Geralt—, así es el mundo. Mucho se aprende viajando. Dos campesinos se matan entre sí por un campo al que mañana pisotean los caballos de los destacamentos de dos condes que se quieren degollar el uno al otro. A lo largo de los caminos se balancean de los árboles los ahorcados, en los bosques los ladrones les cortan las gargantas a los mercaderes. En las ciudades te tropiezas cada dos pasos con cadáveres tendidos en las regueras. En los palacios se apuñalan con estiletes y en los banquetes cada dos por tres alguien cae debajo de la mesa, lívido a causa del veneno. Ya me he acostumbrado. Por eso, ¿por qué tendría que afectarme una amenaza de muerte, y para colmo que te amenaza a ti?

—Para colmo que me amenaza a mí —repitió con sarcasmo Stregobor —. Y yo que te tenía por un amigo. Contaba con tu ayuda.

—Nuestro último encuentro —dijo Geralt— tuvo lugar en el palacio del rey Idi en Kovir. Acudí a que me pagaran por haber acabado con un amfisbén que aterrorizaba los alrededores. Por entonces tú y tu compadre Zavist, a cuál mejor, me llamasteis charlatán, máquina de matar sin cerebro

y, si no recuerdo mal, carroñero. Como resultado, Idi no sólo no me pagó ni un real, sino que además me dio doce horas para irme de Kovir, y como tenía la clepsidra rota, por poco no lo cuento. Y ahora me dices que te ayude. Me dices que te persigue un monstruo. ¿De qué tienes miedo, Stregobor? Si te ataca, le dices que te gustan los monstruos, que los proteges y que cuidas de que ningún brujo carroñero les moleste. Y si el monstruo te destripa y te devora, será un monstruo muy desagradecido.

El hechicero se mantenía en silencio, con la cabeza vuelta. Geralt sonrió.

—No te pongas hecho una fiera, mago. Cuéntame lo que te amenaza. Veremos lo que se puede hacer.

—¿Has oído hablar de la Maldición del Sol Negro?

—Claro que he oído. Sólo que bajo el nombre de la Manía del Loco Eltibaldo. Así se llamaba el mago que comenzó la persecución durante la que mataron o encerraron en la cárcel a decenas de muchachas de nobles familias, incluso de la realeza. Según él estaban algo así como poseídas por demonios, malditas, contaminadas por el Sol Negro, como llamáis en vuestra pomposa jerga a un eclipse común y corriente.

—Eltibaldo, que en absoluto estaba loco, descifró las inscripciones de los menhires de Dauk y de las lápidas de las necrópolis de Wozgor, analizó las leyendas y las tradiciones de los bobolakos. Todas hablaban del eclipse en un modo que dejaba lugar a pocas dudas. El Sol Negro tenía que anunciar la pronta venida de Lilit, adorada aún en Oriente bajo el nombre de Niya, y el holocausto de la raza humana. El camino para Lilit habían de prepararlo «sesenta bestias de oro coronadas, que con ríos de sangre los valles llenarán».

—Sandeces —dijo el brujo—. Y para colmo ni siquiera rima. Toda profecía decente tiene que rimar. Lo que de verdad querían Eltibaldo y el Consejo de Hechiceros es del dominio público. Utilizasteis los delirios de un loco para fortalecer vuestro poder. Para deshacer alianzas, romper coaliciones, meter la zarpa en las dinastías, en pocas palabras, para tirar más fuerte de las cuerdas que sujetan a las marionetas con corona. Y tú aquí me echas una perorata sobre unas profecías que le darían vergüenza a un viejo de los de la feria.

—Se pueden tener reservas en torno a la teoría de Eltibaldo, a la interpretación de las profecías. Pero no hay forma de negar el hecho de la aparición de terribles mutaciones entre las muchachas nacidas a poco del

eclipse.

—¿Por qué no se va a poder poner en duda? He oído hablar de algo completamente distinto.

—Estuve presente en la disección de una de ellas —dijo el brujo—. Geralt, lo que descubrimos en el interior del cráneo y de la médula no se puede describir claramente. Una especie de esponja roja. Los órganos internos estaban mezclados, algunos faltaban por completo. Todo cubierto de cerdas móviles, hilachas de color azul rosáceo. Un corazón con seis ventrículos. Dos casi atrofiados, pero es igual. ¿Qué dices a esto?

—He visto personas que en vez de manos tenían garras de águilas, personas con colmillos de lobo. Personas con articulaciones de más, con órganos de más y pensamientos de más. Todo era resultado de vuestros devaneos con la magia.

—Viste distintas mutaciones, dices. —El nigromante alzó la cabeza—. ¿Y cuántas de ellas te cargaste por dinero, siguiendo tu vocación de brujo? ¿Qué? Porque se pueden tener colmillos de lobo y quedarse en alardear de ellos delante de las putas de la taberna, y se puede tener al mismo tiempo naturaleza de lobo y atacar niños. Y justo así era en este caso de las muchachas nacidas después del eclipse. En ellas se pudo reconocer una tendencia irracional a la crueldad, a la agresión, a explosiones irresponsables de rabia y también un temperamento irascible.

—En cada hembra se puede encontrar algo parecido —se mofó Geralt —. ¿Y qué me estás desbarrando aquí? Preguntas que cuántos mutantes he matado, ¿por qué no te interesa a cuántos he desencantado, a cuántos les liberé de su maldición? Yo, vuestro odiado brujo. ¿Y qué es lo que vosotros habéis hecho, poderosos nigromantes?

—Se utilizaron las magias más altas. Tanto las nuestras como las de las sacerdotisas de distintos santuarios. Todos los intentos terminaron con la muerte de las muchachas.

—Esto atestigua vuestro fracaso, no el de las muchachas. Y así tenemos los primeros cadáveres. ¿He de entender que sólo esos fueron diseccionados?

—No sólo. No me mires así, sabes de sobra que hubo más muertos. Al principio se decidió eliminar a todas. Retiramos dos... docenas. A todas se las diseccionó. Una fue viviseccionada.

—¿Y vosotros, hideputas, os atrevéis a criticar a los brujos? Eh, Stregobor, llegará el día en que los seres humanos se hagan más juiciosos y

os arranquen la piel.

—No creo que tal día llegue pronto —dijo el hechicero con aspereza—. No olvides que actuábamos en defensa de los humanos. Esas mutantes hubieran ahogado en sangre al país entero.

—Eso decís vosotros, los magos, y levantáis la nariz hasta el techo, más allá del nimbo de vuestra infalibilidad. Y, si ya estamos en ello, ¿no querrás afirmar que en vuestra caza de las supuestas mutantes no os equivocasteis ni una sola vez?

—Sea como quieras —dijo Stregobor al cabo de un largo rato de silencio—. Te seré sincero, aunque no debiera, por mero interés propio. Nos equivocamos. Y más de una vez. Su selección era bastante difícil. Por ello dejamos de... retirarlas y comenzamos a aislarlas.

—Vuestras famosas torres —suspiró el brujo.

—Nuestras torres. Sin embargo, esto fue un nuevo error. Las menospreciamos y un montón de ellas se nos escaparon. Entre los príncipes, especialmente entre los más jóvenes, aquéllos que no tenían nada que hacer, se impuso la estúpida moda de liberar bellezas prisioneras. La mayor parte, por suerte, se rompió la nuca.

—Por lo que sé, las que estaban encerradas en las torres morían muy pronto. Se dice que gracias a vuestra ayuda.

—Mentira. Es cierto, sin embargo, que mostraban apatía, rechazaban la comida... Lo que es más, poco antes de la muerte revelaban el don de la profecía. Otra prueba de la mutación.

—Como prueba no es de las más convincentes. ¿No tienes otras?

—Las tengo. Silvena, la señora de Narok, a la que nunca nos pudimos siquiera acercar, porque había llegado al poder muy pronto. Ahora suceden en ese país cosas horribles. Fialka, la hija de Evermir, que huyó de la torre con la ayuda de una cuerda hecha con sus trenzas y que ahora aterroriza Velhad del Norte. A Bernika de Talgar la liberó un príncipe idiota. Ahora, ciego, está en una mazmorra y el elemento más característico del paisaje de Talgar es el cadalso. Y hay más ejemplos.

—Seguro que los hay —dijo el brujo—. En Jamurlak, por ejemplo, gobierna un vejestorio, Abrad, que padece de escrófulas, no tiene un solo diente, nació lo menos cien años antes del eclipse, y no se va a dormir si no se tortura a alguien en su presencia. Exterminó a todos sus parientes y despobló la mitad del país en irresponsables, como las definiste, explosiones de rabia. Y hay incluso pruebas de temperamento irascible, al

parecer en su juventud le llamaban incluso Abrad el Destrozador. Eh, Stregobor, estaría bien que se pudiera explicar la crueldad de los gobernantes con mutaciones o maldiciones.

—Escucha, Geralt...

—Ni lo pienso. No me convencerás de tus razones, ni mucho menos de que Eltibaldo no era un loco grillado. Volvamos al monstruo que te amenaza. Por el prólogo que le has dado, sé consciente de que la historia no me gusta. Pero te escucharé hasta el final.

—¿No me vas a interrumpir con consideraciones maliciosas?

—No puedo prometerlo.

—¿Qué más da? —Stregobor escondió las manos en las mangas de la túnica—. Así durará más. En fin, la historia comenzó en Creyden, un pequeño condado en el norte. La mujer de Fredefalk, el conde de Creyden, era Aridea, una mujer sabia y bien educada. Tenía entre sus antecesores a muchos famosos adeptos del arte de la nigromancia y, seguramente por ello, había recibido en herencia un artefacto bastante raro y potente, un Espejo de Nehalena. Como sabes, los Espejos de Nehalena los usaban sobre todo profetas y adivinos porque eran capaces de vaticinar el futuro, sin fallos pero bastante confusamente. Aridea a menudo acudía al Espejo...

—Con la pregunta habitual, como me figuro —le interrumpió Geralt—: «¿Quién es la más hermosa del mundo?». Por lo que sé, todos los Espejos de Nehalena se dividen en dos tipos: los mentirosos y los rotos.

—Te equivocas. A Aridea le interesaba más el destino del país. Y a sus preguntas el Espejo respondía vaticinándole una muerte horrible a ella, y a una gran cantidad de personas, a manos o a causa de la hija del primer matrimonio de Fredefalk. Aridea se las arregló para que esta noticia llegara hasta el Consejo, y el Consejo me envió a mí a Creyden. No tengo que agregar que la primogénita de Fredefalk había nacido poco después del eclipse. Observé a la pequeña con discreción, durante un corto período. En este tiempo se las arregló para torturar un canario y dos cachorros de perro, y también para sacarle un ojo a una sirvienta con el mango de un peine. Realicé unas cuantas pruebas con ayuda de encantamientos, la mayoría confirmaron que la pequeña era un mutante. Acudí a Aridea con esto, porque Fredefalk estaba loco por su hija. Como dije, Aridea no era una mujer tonta...

—Está claro —interrumpió Geralt de nuevo—, y seguramente tampoco le gustaba demasiado la heredera. Quería que el trono lo heredaran sus

propios hijos. El resto me lo imagino. Que no se encontraba por allí nadie que le retorciera el pescuezo. Y ya puestos, a ti también.

Stregobor suspiró, alzó los ojos al cielo del cual todavía colgaba un arco iris multicolor y pintoresco.

—Yo era partidario de que solamente se la aislara, pero la condesa decidió otra cosa. Mandó la niña al bosque con un esbirro a sueldo, un cazador. Lo encontramos después entre la maleza. No llevaba pantalones, así que no fue difícil descubrir el curso de los acontecimientos. Le había clavado el alfiler de un broche en el cerebro a través de la oreja, seguro que cuando tenía la atención concentrada en algo completamente distinto.

—Si piensas que me da pena —murmuró Geralt—, te equivocas.

—Organizamos una batida, pero el rastro de la pequeña se había perdido. Yo tuve entonces que abandonar Creyden a toda prisa porque Fredefalk comenzó a sospechar algo. Hasta tres años más tarde no me llegaron noticias de Aridea. Había encontrado a la pequeña, vivía en Mahakam con siete gnomos, a los que había convencido de que era más lucrativo asaltar mercaderes por los caminos que envenenarse los pulmones en la mina. Era conocida como Córvida porque le gustaba ensartar a los que cogían vivos en una estaca afilada y echarlos a los cuervos. Aridea mandó varias veces asesinos a sueldo, pero ninguno volvió. Después resultó difícil encontrar quien estuviera dispuesto a hacerlo, la pequeña era ya bastante famosa. Aprendió a usar la espada de tal modo que pocos hombres podían enfrentársele. Me llamaron y acudí a Creyden para enterarme solamente de que alguien había envenenado a Aridea. Por lo general se consideraba que había sido el propio Fredefalk, quien se supone estaría preparando un matrimonio más joven y consistente, pero yo pienso que fue Renfri.

—¿Renfri?

—Así se llamaba. Como te dije, envenenó a Aridea. El conde Fredefalk murió poco después en un extraño accidente, y su hijo mayor desapareció sin dejar rastro. También todo ello fue seguramente obra de la pequeña. Digo «pequeña», pero tenía ya por entonces diecisiete años. Y no estaba mal desarrollada. Por entonces —añadió el hechicero tras un momento de pausa—, ella y sus gnomos eran ya el terror de todo Mahakam. Cierto día se pelearon por algo, no sé, el reparto del botín o el turno de noche para la semana, hasta que sacaron los cuchillos. Ninguno de los siete gnomos sobrevivió al debate de los cuchillos. Sólo sobrevivió Córvida. Ella sola.

Pero para entonces yo ya estaba por los alrededores. Nos encontramos cara a cara: en un abrir y cerrar de ojos me reconoció y se dio cuenta del papel que yo había jugado en Creyden. Ya te digo, Geralt, apenas alcancé a lanzar el hechizo y las manos me temblaban como no sé el qué, cuando aquella gata loca se tiró a por mí con la espada. La metí en un lindo bloque de cristal de roca, seis codos por nueve. Cuando cayó en letargo arrojé el bloque a una mina de gnomos y sellé el pozo.

—Vaya una chapuza —comentó Geralt—. Eso se puede desencantar. ¿No podías haberla reducido a cenizas? ¡Con todos los simpáticos hechizos que conocéis!

—Yo no. No es mi especialidad. Pero tienes razón, fue una chapuza. La encontró un príncipe idiota, aflojó un montón de cuartos por un contraembrujo, la desencantó y se la llevó triunfalmente a casa. Su padre, un viejo saqueador, mostró mejor entendimiento. Le dio una zurra al hijo y se propuso interrogar a Córvida sobre el tesoro que había logrado juntar con los gnomos y que, presumiblemente, había escondido. Su error radicó en que, cuando la tendieron desnuda en el potro de tortura, le asistía su hijo mayor. De algún modo todo acabó en que al día siguiente el hijo mayor, ya huérfano y habiendo perdido a toda su familia, comenzó a gobernar en el reino, y Córvida tomó el lugar de la primera favorita.

—Lo que quiere decir que no es fea.

—Cuestión de gusto. No fue favorita durante mucho tiempo, sólo hasta el primer motín de palacio, por hablar fino, que aquel palacio más recordaba a una cuadra que a otra cosa. Al poco resultó que no se había olvidado de mí. En Kovir perpetró tres intentos de asesinarme. Decidí no arriesgarme y aguardar en Pontar. Me encontró de nuevo. Esta vez huí a Angren, pero allí también me encontró. No sé cómo lo hace, siempre cubro bien mis huellas. Debe ser una característica de su mutación.

—¿Qué te impide meterla de nuevo en un cristal? ¿Remordimientos de conciencia?

—No. No tengo tal cosa. Sucede, sin embargo, que se ha hecho inmune a la magia.

—Eso no es posible.

—Lo es. Basta con tener el artefacto adecuado o un aura. También podría estar relacionado con su mutación, que avanza. Escapé de Angren y me escondí aquí en Arcomare, en Blaviken. Estuve tranquilo durante un año, pero de nuevo me ha encontrado.

—¿Cómo lo sabes? ¿Está ya en la villa?

—Sí. La vi en el cristal. —El mago alzó la varita—. No está sola, dirige una banda, señal de que prepara algo serio. Geralt, ya no sé a dónde huir, no sé dónde podría esconderme. Sí. El que hayas llegado aquí justo en este momento no puede ser coincidencia. Es el destino.

El brujo alzó las cejas.

—¿Qué es lo que quieres?

—Creo que está claro. Que la mates.

—No soy un esbirro a sueldo, Stregobor.

—Esbirro no eres, estoy de acuerdo.

—Mato monstruos por dinero. Bestias que amenazan a la gente. Espantajos liberados por embrujos y encantos como los tuyos. No seres humanos.

—Ella no es un ser humano. Es justo eso, un monstruo, un mutante, un maldito engendro. Me has traído aquí una kikimora. Córvida es peor que una kikimora. Las kikimoras matan por hambre y Córvida por gusto. Mátala y te pagaré cualquier suma que me pidas. Dentro de lo razonable, se entiende.

—Ya te he dicho que considero absurda la historia de las mutaciones y maldiciones de Lilit. La muchacha tiene motivos para pasarte la cuenta, yo no me voy a meter en ello. Acude al alcalde, a la guardia local. Eres el hechicero de la villa, te protegen las leyes de aquí.

—¡A la mierda con la ley, el alcalde y su ayuda! —estalló Stregobor—. ¡No necesito defensa, quiero que la mates! Nadie puede entrar en la torre, aquí estoy completamente seguro. Pero y qué más me da. No tengo intenciones de quedarme aquí hasta el fin de mis días. Córvida no se resignará mientras viva, lo sé. ¿Tengo que encerrarme en la torre y esperar a la muerte?

—Ellas estuvieron encerradas. ¿Sabes qué, mago? Tendrían que haber mandado a cazar a las muchachas a otros hechiceros más poderosos, tendrían que haber previsto las consecuencias.

—Por favor, Geralt.

—No, Stregobor.

El nigromante se calló. El falso sol en el falso firmamento no alcanzaba nunca el cenit, pero el brujo sabía que en Blaviken ya estaba anocheciendo. Sintió hambre.

—Geralt —dijo Stregobor—, cuando escuchábamos a Eltibaldo,

muchos de nosotros teníamos dudas. Pero decidimos escoger el mal menor. Ahora soy yo el que te pide una elección similar.

—El mal es el mal, Stregobor —afirmó serio el brujo mientras se levantaba—. Menor, mayor, mediano, es igual, las proporciones son convenidas y las fronteras borrosas. No soy un santo ermitaño, no siempre he obrado bien. Pero si tengo que elegir entre un mal y otro, prefiero no elegir en absoluto. Hora de irme. Nos veremos mañana.

—Puede ser —dijo el hechicero—. Si te das prisa.

III

La Puerta de Oro, el local representativo de la villa, estaba repleto y bullicioso. Los clientes, lugareños y forasteros, se ocupaban por lo general de asuntos típicos para las distintas naciones y profesiones. Serios mercaderes se peleaban con enanos por el precio de las mercancías y el porcentaje del crédito. Mercaderes menos serios pellizcaban el culo de las muchachas que repartían la cerveza y el potaje de garbanzos. Los tontos del pueblo hacían ver como que estaban muy bien informados. Las rameras trataban de gustar a los que tenían dinero pero a la vez intentaban alejar de sí a los que no lo tenían. Arrieros y pescadores bebían con tanta desmesura como si al día siguiente fuera a entrar en vigor una ley prohibiendo la fermentación del lúpulo. Los marineros cantaban canciones que celebraban las olas del mar, la valentía de los capitanes y la donosura de las sirenas, esto último con bastante pintoresquismo y abundancia de datos.

—Aguza la memoria, Setnik —dijo Caldemeyn al posadero, pasando por el mostrador para que se le oyera por encima del barullo—. Seis mozos y una muchacha, vestidos en piel negra con adornos de plata, a la moda novigrada. Los vi en los portazgos. ¿Se quedaron en tu casa o fueron a Los Atunes?

El posadero frunció el ceño mientras limpiaba una jarra de cerveza con un delantal a rayas.

—Aquí, alcalde —dijo al fin—. Me soltaron que venían a la feria, y todos traían espada, hasta la moza. Vestidos de negro, como hablasteis.

—Pues eso —afirmó con la cabeza el alcalde—. ¿Y dónde están ahora? Aquí no los veo.

—En la sala chica. Con oro pagaron.

—Iré solo —dijo Geralt—. No hay por qué hacer de esto un asunto

oficial, al menos de momento, delante de todos ellos. La traeré aquí.

—Pues mejor. Pero ojo, no quiero camorra.

—Tendré cuidado.

La canción de los marineros, a juzgar por la creciente saturación de imprecaciones, se acercaba a su gran final. Geralt entreabrió las cortinas que cubrían la entrada a la sala chica, tiesas y pegajosas de la suciedad.

A la mesa de la sala chica estaban sentados seis hombres. Aquélla a la que esperaba no estaba entre ellos.

—¿Qué? —dijo el que le vio primero, un calvorota con la faz destrozada por una cicatriz que discurría entre la ceja izquierda, la base de la nariz y la mejilla derecha.

—Quiero ver a Córvida.

De la mesa se levantaron dos figuras idénticas, con idénticos rostros inmóviles, claros cabellos desgreñados que llegaban hasta los hombros, idénticos trajes ajustados de piel oscura, adornos de plata brillante. Con idéntico movimiento los gemelos alzaron idénticas espadas.

—Tranquilo, Vyr. Siéntate, Nimir —dijo el hombre de la cicatriz, apoyando el codo en la mesa—. ¿A quién quieres ver, hermano? ¿Quién es esa Córvida?

—Sabes de sobra lo que quiero.

—¿Quién es este tío? —dijo un fortachón medio desnudo, empapado en sudor, el torso cruzado de cinturones, con púas protegiéndole los antebrazos—. ¿Lo conoces, Nohorn?

—No lo conozco —dijo el hombre de la cicatriz.

—Es un albino de ésos —se rió un hombre delgado de cabellos oscuros sentado junto a Nohorn. Sus rasgos delicados, grandes ojos negros y orejas terminadas en punta delataban sin error la mezcla de sangre de elfo—. Un albino, un mutante, un aborto de la naturaleza. Y que también a tales seres se permita entrar en las tabernas donde están las personas honradas.

—Yo ya le he visto antes —dijo un tipo achaparrado y tostado, con los cabellos en una trenza a la espalda, midiendo a Geralt con una furiosa mirada de sus ojos de largas pestañas.

—No importa dónde lo hayas visto, Tavik —dijo Nohorn—. Escucha, hermano. Civril te ha insultado hace un momento. ¿No le vas a retar? Es una noche tan aburrida.

—No —afirmó tranquilo el brujo.

—¿Y a mí, si te echo por la cabeza esta caldereta de pescado, me

retarías? —se rió el medio desnudo.

—Tranquilo, Quincena —dijo Nohorn—. Ha dicho que no, pues no. De momento. Venga, hermano, dinos lo que tengas que decir y lárgate. Tienes la oportunidad de irte. Si no la aprovechas, te echará el servicio.

—A ti no tengo nada que decirte. Quiero ver a Córvida. A Renfri.

—¿Habéis oído, muchachos? —Nohorn miró a sus compañeros—. Quiere ver a Renfri. ¿Y se puede saber con qué motivo, hermano?

—No se puede.

Nohorn alzó la cabeza y miró a los gemelos, estos entonces dieron un paso al frente, haciendo sonar las hebillas de plata de las altas botas.

—Ya sé —dijo de pronto el de las trenzas—. ¡Ya sé dónde le he visto antes!

—¿Qué barbullas, Tavik?

—Delante de la casa del alcalde. Traía una especie de dragón para venderlo, un cruce entre araña y cocodrilo. La gente decía que era un brujo.

—¿Qué es eso del brujo? —preguntó el desnudo, Quincena—. ¿Eh? ¿Civril?

—Un maldito hechicero —dijo el medio elfo—. Un prestidigitador por un puñado de monedas de plata. Ya os dije, un aborto de la naturaleza. Un insulto al orden humano y divino. A éstos habría que quemarlos.

—No nos gustan los hechiceros —murmuró Tavik sin quitar de Geralt sus ojos pestañosos—. Me da en la nariz, Civril, que vamos a tener más trabajo en esta cloaca de lo que pensábamos. Aquí hay más de uno y todo el mundo sabe que se protegen los unos a los otros.

—La cabra tira al monte —sonrió con maldad el mestizo—. Y que en el mundo haya cosas como tú. ¿Quién os cría, engendro?

—Más tolerancia, si no te importa —dijo con tranquilidad Geralt—. Tu madre, por lo que veo, debía de pasear sola por el bosque bastante a menudo para que tuvieras motivos de darle vueltas a tu propio origen.

—Puede ser —respondió el medio elfo sin dejar de sonreír—. Pero yo al menos conocí a mi propia madre. Tú, como brujo, no puedes decir lo mismo.

Geralt palideció ligeramente y apretó los labios. Nohorn, al que no se le había escapado el gesto, se rió con estruendo.

—Venga, hermano, no puedes dejar pasar tales agravios. Eso que tienes en el lomo parece una espada. ¿Y? ¿Vais a salir tú y Civril a la calle? Es una noche tan aburrida.

El brujo no reaccionó.

—Maldito cobarde —resopló Tavik.

—¿Qué ha dicho de la madre de Civril? —continuó monótono Nohorn, apoyando la barbilla en las manos entrelazadas—. Algo muy injurioso, si no entendí mal. Que se la follaban o algo así. Eh, Quincena, ¿acaso está bien escuchar como cualquier vagabundo insulta a la madre de un compañero? ¡Las madres, y sus chochos, son sagradas!

Quincena se levantó enérgicamente, desató la espada, tiró la mesa, sacó pecho, colocó las muñequeras de plata que le protegían los antebrazos, escupió y dio un paso hacia adelante.

—Por si tienes cualquier duda —dijo Nohorn—, te aviso de que Quincena te está retando a una lucha a puñetazos. Te dije que te iban a echar de aquí. Haced sitio.

Quincena se acercó, levantando los puños. Geralt puso la mano sobre la empuñadura de la espada.

—Ten cuidado —dijo—. Un paso más y vas a tener que buscar tus manos por el suelo.

Nohorn y Tavik se separaron, echando mano a la espada. Los silenciosos gemelos alzaron las suyas con idéntico movimiento. Quince retrocedió. El único que no se movió fue Civril.

—¿Qué coño pasa aquí? ¿No puedo dejaros solos ni un minuto?

Geralt se dio la vuelta muy despacio y se encontró mirando de frente a unos ojos del color del agua del mar.

Era casi tan alta como él. Llevaba los cabellos de color del heno cortados irregularmente, un poco por debajo de las orejas. Estaba de pie, apoyando una mano en la puerta, vestida con un caftán de terciopelo que se ajustaba con un cinturón plagado de ornamentos. Su falda era irregular, asimétrica, por el lado izquierdo alcanzaba las pantorrillas y por el derecho dejaba al descubierto un muslo poderoso y la caña de una bota alta de piel de alce. En el costado izquierdo portaba una espada, en el derecho un estilete con un gran rubí en el pomo.

—¿Os habéis quedado mudos?

—Es un brujo —masculló Nohorn.

—¿Y qué?

—Quería hablar contigo.

—¿Y qué?

—¡Es un hechicero! —vociferó Quincena.

—No nos gustan los hechiceros —ladró Tavik.

—Tranquilos, muchachos —dijo la chica—. No es un crimen el que quiera hablar conmigo. Vosotros seguid divirtiéndoos. Y sin escándalos. Mañana es día de mercado. ¿No querréis, supongo, que vuestras travesuras alteren la feria, un acontecimiento tan importante en la vida de esta simpática villa?

En el silencio que siguió pudo escucharse una terrible y apagada risa. Civril, todavía tendido indolente en el banco, se reía.

—Que te, Renfri... —balbució el mestizo—, ¡un acontecimiento... importante!

—Cállate, Civril. Inmediatamente.

Civril dejó de reírse. Inmediatamente. Geralt no se asombró. En la voz de Renfri resonaba algo muy extraño. Algo que se relacionaba con el rojo reflejo de las llamas en las hojas de las espadas, con el grito de los asesinados, con el relincho de los caballos y el perfume de la sangre. Los demás debían de tener parecidas sensaciones porque la palidez cubrió hasta el bronceado rostro de Tavik.

—Venga, peloblanco —Renfri interrumpió el silencio—. Vamos a la sala grande, unámonos al alcalde con el que has venido. Seguro que él también quiere hablar conmigo.

Caldemeyn, que estaba esperando junto al mostrador, al verlos venir interrumpió la conversación con el posadero, se enderezó y colocó la mano sobre el pecho.

—Escuchad, señora —habló con dureza, sin perder el tiempo en el intercambio de las trivialidades habituales—. Sé por parte del aquí presente brujo de Rivia lo que os ha traído a Blaviken. Al parecer guardáis algún rencor a nuestro hechicero.

—Puede. ¿Y qué pasa con eso? —preguntó en voz baja Renfri, también en un tono poco cortés.

—Pues pasa que para tales ofensas hay juzgados de villa y de castillo. Al que aquí en Arcomare quiera vengar alguna ofensa con el yerro, se le toma por un vulgar asesino. Y pasa que u os vais tempranito por la mañana de Blaviken con toda vuestra negra compaña u os meto en la mazmorra pre... ¿Cómo se llama eso, Geralt?

—Preventiva.

—Justo. ¿Habéis comprendido, señorita?

Renfri tomó una bolsita que colgaba del cinturón, extrajo un pergamino

varias veces doblado.

—Leed vos mismo, alcalde, si sabéis leer. Y no me llaméis nunca más «señorita».

Caldemeyn cogió el pergamino, leyó largo rato, luego se lo dio a Geralt sin decir una palabra.

—«A mis condes, vasallos y súbditos libres —leyó el brujo en voz alta —. Ante todo y todos aseveramos que Renfri, princesa creydena, a nuestro servicio se halla y querida es a nuestros ojos, y por ello aquél que le ocasionara pergüicio, se atraerá nuestra cólera sobre su cabeza. Audoen, rey...» «Perjuicio» se escribe de otra manera. Pero el sello parece auténtico.

—Porque es auténtico —dijo Renfri, quitándole el pergamino—. Lo puso Audoen, vuestro poderoso señor. Por eso os aconsejo que no me causéis perjuicio. Independientemente de cómo se escriba, las consecuencias pueden ser deplorables. No me vais a meter, señor alcalde, en ninguna mazmorra. Ni me vais a llamar más «señorita». No he quebrado ninguna ley. De momento.

—Si la quiebras siquiera una pulgada —Caldemeyn parecía que fuera a escupir—, te meto en la trena junto con el pergamino. Encomiéndate a todos los dioses, señorita. Vamos, Geralt.

—Contigo, brujo —Renfri tocó los hombros de Geralt—, todavía unas palabritas.

—No llegues tarde a la cena —dijo el alcalde desde la puerta—, porque Libusza se pondrá furiosa.

—No llegaré tarde.

Geralt se apoyó en el mostrador. Miró a la muchacha de ojos verdiazules mientras jugueteaba con el medallón con una faz de lobo que llevaba colgado del cuello.

—He oído hablar de ti —dijo—. Eres Geralt de Rivia, el brujo de cabellos blancos. ¿Stregobor es tu amigo?

—No.

—Entonces eso facilita el asunto.

—No tanto. No tengo intenciones de quedarme mirando.

Los ojos de Renfri se estrecharon.

—Stregobor morirá mañana —afirmó en voz baja, quitándose de la frente los cabellos irregularmente cortados—. El mal sería menor si sólo muriera él.

—Sí, pero antes de que Stregobor muera, morirán también unas cuantas

personas más. No veo otra posibilidad.

—Unas cuantas, brujo, es decir poco.

—Para asustarme hacen falta algo más que palabras, Córvida.

—No me llames Córvida. No me gusta. La cosa es que yo veo otras posibilidades. Valdría la pena hablar de ello, pero bueno, Libusza espera. ¿Al menos es guapa esa Libusza?

—¿Esto es todo lo que tenías que decirme?

—No. Pero ahora vete. Libusza espera.

IV

Había alguien en su cuarto de la troje. Geralt lo supo incluso antes de acercarse a la puerta, lo reconoció en la ligera vibración del medallón. Sopló la lamparilla con la que iluminaba las escaleras. Sacó el estilete de la bota, se lo colocó por detrás, en el cinturón. Alzó el picaporte. En la habitación reinaba la oscuridad. Pero no para el brujo.

Cruzó el umbral premeditadamente despacio, indolente, cerró la puerta con lentitud detrás de sí. Al segundo siguiente, con un poderoso reflejo, saltó un largo trecho, se arrojó sobre la figura que estaba sentada en su cama, la apretó contra las sábanas mientras la sujetaba con el antebrazo izquierdo por debajo de la barbilla. Tanteó en busca del estilete. No lo encontró. Algo no funcionaba.

—No esta mal para empezar —habló ella con una voz apagada, tendida debajo de él sin moverse—. Contaba con ello, pero no juzgué que fuéramos a acabar tan pronto en la cama. Quita la mano de mi garganta, si no te importa.

—Eres tú.

—Soy yo. Escucha, hay dos opciones. La primera: te sientas a mi lado y hablamos. La segunda: nos quedamos en esta posición, pero al menos me gustaría quitarme las botas.

El brujo escogió la primera opción. La muchacha suspiró, se levantó, se colocó los cabellos y la falda.

—Enciende la luz —dijo—. Yo no veo en las tinieblas, como tú, y me gusta ver a mi interlocutor.

Se acercó a la mesa, alta, delgada, vivaracha, se sentó, extendiendo delante de sí los pies metidos en altas botas. No tenía ningún arma a la vista.

—¿Tienes aquí algo para beber?

—No.

—En ese caso me alegro de haber traído esto —sonrió mientras ponía sobre la mesa un galápago de viaje y dos vasos de cuero.

—Es casi medianoche —dijo Geralt con frialdad—. ¿No podemos ir al grano?

—Ahora. Ten, bebe. A tu salud, Geralt.

—A la tuya, Córvida.

—Me llamo Renfri, joder. —Alzó la cabeza—. Te permito omitir el título de princesa, ¡pero deja de llamarme Córvida!

—Más bajo, que despiertas a toda la casa. ¿Me voy a enterar por fin con qué objeto te has colado aquí por la ventana?

—Vaya poca imaginación que tienes, brujo. Quiero evitar que en Blaviken haya una matanza. Para ponerme de acuerdo contigo, me he arrastrado por los tejados como si fuera un gato. Valora el hecho.

—Lo valoro —dijo Geralt—. Sólo que no sé lo que puede salir de tal conversación. La situación está clara. Stregobor vive en una torre encantada, para llegar hasta él tendrías que sitiarlo. Si haces esto, de nada te servirá tu salvoconducto. Audoen no te protegerá si violas abiertamente la ley. El alcalde, la guardia, todo Blaviken se pondrá contra ti.

—Todo Blaviken, si se pone contra mí, lo lamentará terriblemente. —Renfri se sonrió, mostrando unos feroces dientes blancos—. ¿Has echado un vistazo a mis muchachos? Te juro que conocen su oficio. ¿Te imaginas lo que pasaría si se llega a un combate entre ellos y esos imbéciles de la guardia, que se tropiezan a cada paso con sus propias alabardas?

—¿Y tú, Renfri, te imaginas que yo me voy a quedar sentado mirando tranquilamente el desarrollo de esa lucha? Como ves, vivo en casa del alcalde. En caso necesario me pondré de su lado.

—No dudo —Renfri adoptó un tono más serio— que lo harás. Aunque con toda seguridad estarás solo, porque el resto se esconderá en los sótanos. No hay en el mundo un alcalde que sea capaz de vencer a siete espadachines. Ningún individuo sería capaz. Pero, peloblanco, dejemos de asustarnos el uno al otro. Te dije: la carnicería y el derramamiento de sangre se pueden evitar. En concreto, hay dos personas que pueden evitarlos.

—Soy todo oídos.

—Una —dijo Renfri— es el propio Stregobor. Sale voluntariamente de

su torre, yo me lo llevo a algún lugar desierto y Blaviken se sumerge de nuevo en su bienaventurada apatía y se olvida rápidamente de todo este asunto.

—Stregobor puede parecer chiflado, pero no hasta ese punto.

—Quién sabe, brujo, quién sabe. Existen argumentos que no se pueden refutar, existen proposiciones que no se pueden rechazar. A ellos pertenece, por ejemplo, el ultimátum tridamo. Le lanzaré al hechicero un ultimátum tridamo.

—¿Y en qué consiste ese ultimátum?

—Ése es mi secreto.

—Como quieras. Sin embargo, dudo de su efectividad. Cuando Stregobor habla de ti, le castañetean los dientes. Un ultimátum que le hiciera entregarse voluntariamente en tus preciosas manos tendría que ser de verdad considerable. Pasemos entonces a la segunda persona que puede evitar una masacre en Blaviken. Intentaré adivinar quién es.

—Ardo de curiosidad por comprobar tu perspicacia, peloblanco.

—Eres tú, Renfri. Tú misma. Muestras tu verdadera magnanimidad de princesa, ¿qué digo?, de reina, y renuncias a tu venganza. ¿Lo he adivinado?

Renfri echó la cabeza hacia atrás y se rió roncamente, tapándose a trechos la boca con una mano. Luego se puso seria, clavó en el brujo unos ojos centelleantes.

—Geralt —dijo—, yo era princesa, pero en Creyden. Tenía todo lo podía soñar, no tenía ni que pedirlo. Servicio a mi llamada, vestidos, zapatos. Bragas de batista. Alhajas y brillantes, un potrillo bayo, peces de colores en el estanque. Muñecas y una casita para ellas, más grande que este cuarto tuyo. Y así era hasta el día en que tu Stregobor y esa puta de Aridea le mandaron al cazador llevarme al bosque, degollarme y traerles el corazón y el hígado. Bonito, ¿no es cierto?

—No, más bien horrible. Me alegro de que entonces te las arreglaras con el cazador, Renfri.

—¡Y una mierda me las arreglé! Le dio pena y me soltó. Pero antes de ello me violó, el hideputa, y me robó los pendientes y la diadema de oro.

Geralt la miró directamente a los ojos, jugueteando con el medallón. Ella no apartó la mirada.

—Y ése fue el fin de la princesita —continuó—. El vestido se rompió, la batista perdió irremediablemente su blancura. Y luego hubo suciedad,

hambre, frío, palos y puntapiés. Dejarse hacer por cualquier cerdo a cambio de un plato de sopa o de un techo sobre la cabeza. ¿Sabes cómo tenía yo el cabello? Como terciopelo, y me llegaba hasta un palmo por debajo del trasero. Una vez pillé piojos y me lo cortaron con tijeras de esquilar ovejas, hasta la misma piel. Nunca más me volvió a crecer como es debido.

Se calló por un instante, se retiró de la frente los rizos desiguales.

—Robaba para no morir de hambre —comenzó—. Mataba para que no me matasen. Estuve en mazmorras que apestaban a orina, sin saber si al día siguiente me iban a colgar o simplemente a darme de azotes y expulsarme. Y durante todo este tiempo mi madrastra y tu hechicero me pisaban los talones, mandándome asesinos, intentándome envenenar, me lanzaban encantamientos. ¿Mostrar magnanimidad? ¿Otorgarle el perdón como una reina? Como una reina le voy a cortar yo la cabeza y puede que antes los dos pies, ya veremos.

—¿Aridea y Stregobor te intentaron envenenar?

—Por supuesto. Con una manzana empapada en extracto de ortigas. Me salvó cierto gnomo. Me dio un antídoto después del cual pensé que me daría la vuelta como una media. Pero sobreviví.

—¿Era uno de los siete gnomos?

Renfri, que justo en aquel momento estaba sirviendo, se quedó quieta, con el galápago sobre el vaso.

—Ajá —dijo—. Sabes mucho de mí. ¿Y qué? ¿Tienes algo contra los gnomos? ¿O contra otros humanoides? Si hay que ser precisos, diré que fueron para mí mejores que la mayor parte de la gente. Pero esto no tiene que importarte. Como te he dicho, Stregobor y Aridea me persiguieron como a una fiera salvaje mientras pudieron. Luego dejaron de poder, yo misma me convertí en el cazador. Aridea estiró la pata en su propia cama, tuvo suerte de que no la pillara antes, tenía preparado para ella un programa especial. Y ahora lo tengo para el hechicero. Geralt, en tu opinión, ¿se merece o no la muerte? Di.

—No soy juez. Soy brujo.

—Por eso. He dicho que hay dos personas que pueden evitar el derramamiento de sangre en Blaviken. La segunda eres tú. El hechicero te dejará entrar en la torre. Y luego lo matas.

—Renfri —dijo tranquilo Geralt—, ¿acaso te has caído de cabeza del tejado cuando venías hacia aquí?

—¿Eres un brujo o no, joder? Dicen que mataste una kikimora, que la

trajiste en un asno para tasarla. Stregobor es peor que cualquier kikimora, que al fin y al cabo es sólo una bestia irracional y que mata porque así la hicieron los dioses. Stregobor es un salvaje, un maniaco, un monstruo. Tráemelo en un asno y no repararé en oro.

—No soy un esbirro a suelo, Córvida.

—No, no lo eres —afirmó con una sonrisa. Se echó hacia atrás apoyada en el escabel y cruzó las piernas sobre la mesa, sin hacer el mínimo esfuerzo por ocultar el muslo con la falda—. Eres un brujo, defensor de la gente, a la que proteges del Mal. Y en este caso el Mal es el hierro y el fuego que empezarán a correr en cuanto estemos frente a frente. ¿No te das cuenta de que te propongo el mal menor, la mejor de las soluciones? Incluso para ese hideputa de Stregobor. Puedes matarlo con compasión, de un golpe, de sopetón. Morirá sin saber que muere. Y yo eso no se lo garantizo. Antes al contrario.

Geralt estaba en silencio. Renfri se estiró, alzando las manos bien arriba.

—Comprendo tus titubeos —dijo—. Pero debo conocer la respuesta ahora mismo.

—¿Sabes por qué Stregobor y la condesa quisieron matarte, entonces, en Creyden, y luego?

Renfri se incorporó violentamente, bajó los pies de la mesa.

—Creo que está claro —estalló—. Querían librarse de la primogénita de Fredefalk porque era la heredera del trono. Los hijos de Aridea procedían de una unión morganática y no tenían ningún derecho a...

—Renfri, no hablo de eso.

La muchacha bajó la cabeza, pero sólo un momento. Sus ojos destellaron.

—Va, venga. Dicen que estoy como maldita. Contaminada desde el seno materno. Dicen que soy...

—Termina.

—Un monstruo.

—¿Y lo eres?

Durante un corto momento pareció indefensa y derrotada. Y muy triste.

—No lo sé, Geralt —susurró, después de lo que sus rasgos se endurecieron de nuevo—. ¿Por qué y cómo coño lo voy a saber? Si me hiero en un dedo, sangro. Sangro también cada mes. Si me atraco de comer, me duele la tripa y si bebo demasiado, la cabeza. Si estoy contenta, canto, y

si estoy triste, blasfemo. Si odio a alguien, lo mato y si... Aj, joder, basta ya. Responde, brujo.

—Mi respuesta es: «No».

—¿Recuerdas lo que te he dicho? —preguntó al cabo de un rato de silencio—. Hay proposiciones que no se pueden rechazar, las consecuencias son terribles. Te advierto muy en serio, la mía es de ese tipo. Piénsatelo bien.

—Lo he pensado bien. Y tómame en serio porque yo te advierto también en serio.

Renfri calló durante un rato, jugando con el collar de perlas que rodeaba por tres veces el contorno de su cuello. El collar caía burlón entre dos hermosas semiesferas visibles por encima del escote del caftán.

—Geralt —dijo—. ¿Stregobor te pidió que me mataras?

—Sí. Pensaba que sería el mal menor.

—¿Puedo suponer que le rechazaste como a mí?

—Puedes.

—¿Por qué?

—Porque no creo en el mal menor.

Renfri sonrió ligeramente, después de lo cual los labios se le torcieron en un gesto bastante poco agradable a la luz amarilla de las velas.

—No crees, dices. Sabes, tienes razón, pero sólo en parte. Sólo existen el Mal y el Mal Mayor, y sobre ellos dos, en las tinieblas, está el Mal Muy Mayor. El Mal Muy Mayor, Geralt, es algo que no puedes ni imaginarte, aunque pienses que ya nada puede sorprenderte. Y sabes, Geralt, a veces resulta que el Mal Muy Mayor te agarra por la garganta y te dice: «Elige, hermano, o yo, o aquel otro, un poco menor».

—¿Se puede saber a dónde quieres llegar?

—A ningún lugar. He bebido de más y me entretengo en filosofar, busco las verdades supremas. Justo acabo de encontrar una: el mal menor existe, pero no podemos elegirlo nosotros solos. El Mal Muy Mayor consigue imponernos tal elección. Lo queramos o no.

—Está claro que yo he bebido demasiado poco. —El brujo sonrió ásperamente—. Y la medianoche, como suele suceder con las mediasnoches, ha pasado en un suspiro. Concretemos. No vas a matar a Stregobor en Blaviken, no te lo permito. No te permito que se llegue aquí a luchas y masacres. Por segunda vez te propongo: olvídate de la venganza. Renuncia a matarlo. De esta forma le probarás a él, y no sólo a él, que no

eres un monstruo inhumano sediento de sangre, un mutante, un engendro. Le probarás que se equivocó. Que su error te causó un gran daño.

Renfri miró durante un momento al medallón del brujo, que se balanceaba en la cadena enrollada en sus dedos.

—Y si te digo, brujo, que no soy capaz de perdonarle ni de renunciar a la venganza, significará que le doy a él, y no sólo a él, la razón, ¿verdad? ¿Le probaré también que al fin y al cabo soy un monstruo, un demonio inhumano maldito por los dioses? Escucha, brujo. En el mismo comienzo de mis vagabundeos me acogió cierto labrador. Le gusté. Como él a mí no me gustaba para nada, y antes al contrario, cada vez que me quería tener, me apaleaba de tal modo que apenas podía arrastrarme del camastro. Un día me levanté cuando todavía estaba oscuro y le corté la garganta al labrador. Con una guadaña. No tenía entonces tanta destreza como tengo ahora y el cuchillo me parecía demasiado pequeño. Y sabes, Geralt, escuchando como el labrador gorgoteaba y se ahogaba, mirando como pataleaba, sentí que las huellas de sus palos y puntapiés no dolían ya más, y que me sentía bien, tan bien que... Me fui temprano, silbando, sana, alegre y feliz. Y luego, a cada vez, fue lo mismo. Si fuera distinto, entonces, ¿quién iba perder tiempo en la venganza?

—Renfri —dijo Geralt—. Independientemente de tus razones y de tus motivos, no te irás de aquí silbando y no te vas a sentir «tan bien que». No te irás alegre y feliz, pero te irás viva. Mañana temprano, como mandó el alcalde. Ya te lo he dicho, pero lo repito. No matarás a Stregobor en Blaviken.

Los ojos de Renfri brillaron a la luz de las velas, brillaron las perlas en el escote del caftán, brilló el medallón con las fauces de lobo vibrando en la cadena de plata.

—Lo siento por ti —dijo de pronto la muchacha con lentitud, mirando el disco centelleante y plateado—. Afirmas que no existe el mal menor. Estás de pie en la plaza, sobre el empedrado ahogado en sangre, solo, tan absolutamente solo, porque no supiste elegir. No supiste, pero lo hiciste. Nunca, nunca vas a llegar a saber, nunca vas a tener la completa seguridad, nunca, escuchas... Y tu pago serán piedras, insultos. Me das pena.

—¿Y tú? —preguntó el brujo en voz baja, casi un susurro.

—Yo tampoco sé elegir.

—¿Quién eres?

—Soy quien soy.

—¿Dónde estás?

—Tengo... frío.

—¡Renfri! —Geralt apretó el medallón con las manos.

Agitó la cabeza como si se despertara de un sueño, parpadeó varias veces, asombrada. Durante un momento, muy corto, pareció asustada.

—Has vencido —dijo de pronto con sequedad—. Has vencido, brujo. Mañana temprano me iré de Blaviken y nunca más volveré a esta asquerosa villa. Nunca. Echa más, si es que queda algo en la botella.

Su habitual sonrisa pícara y burlona había vuelto a sus labios cuando dejó el vaso vacío sobre la mesa.

—¿Geralt?

—Qué.

—Este maldito tejado es muy abrupto. Preferiría salir al amanecer. En la oscuridad podría caerme y romperme algo. Soy una princesa, tengo un cuerpo delicado, soy capaz de percibir un guisante debajo de un colchón de paja. Si no está muy lleno de paja, por supuesto. ¿Qué dices a esto?

—Renfri —Geralt sonrió sin quererlo—, ¿acaso lo que dices es digno de una princesa?

—¿Qué sabes tú de princesas, joder? Yo era una princesa y sé que lo más agradable de ser una es poder hacer lo que se quiera. ¿Tengo que decirte claramente lo que quiero o te lo imaginas?

Geralt, aún sonriendo, no respondió.

—No quiero ni siquiera pensar que no te gusto —se enfadó la muchacha—. Prefiero suponer que tienes miedo de que te alcance el mismo destino que al labrador. Eh, peloblanco. No tengo nada afilado. O mejor, compruébalo tú mismo.

Le puso los pies en las rodillas.

—Quítame las botas. La caña de las botas es el mejor lugar para guardar un cuchillo.

Descalza, se levantó, se desató la hebilla del cinturón.

—Aquí tampoco escondo nada. Ni aquí, como ves. Apaga esa maldita lámpara.

En el exterior en la oscuridad maullaba un gato.

—¿Renfri?

—¿Qué?

—¿Esto es batista?

—Por supuesto, joder. ¿Soy una princesa o no?

V

—Papi —repetía monótonamente Marilka—, ¿cuándo vamos a ir a la feria? ¡A la feria, papi!

—Silencio, Marilka —gruñó Caldemeyn, rebañando el plato con un trozo de pan—. ¿Y qué dices, Geralt? ¿Se van de la villa?

—Sí.

—Va, no pensaba que fuera a ser tan fácil. Con ese pergamino sellado por Audoen me tenían agarrado por el pescuezo. Les puse una cara brava, pero en verdad no podría hacerles ni pizca.

—¿Incluso si quebrasen abiertamente la ley?

—Incluso. Audoen, Geralt, es un rey muy quisquilloso, te manda al cadalso por cualquier cosa. Yo tengo mujer, hija, me va bien en mi cargo, no me tengo que romper la cabeza en saber de dónde voy a sacar mañana el tocino para las gachas. En una palabra, que está bien que se vayan. Y por cierto, ¿cómo ha salido así?

—¡Papi, yo quiero ir a la feria!

—¡Libusza! ¡Llévate de aquí a Marilka! Sí, Geralt, no lo creía yo. Pregunté a Setnik, el tabernero de La Puerta de Oro sobre la banda novigrada ésa. No es mala cuadrilla. A algunos se les ha reconocido.

—¿Ajá?

—Ése de la raja en los morros es Nohorn, antiguo privado de Abergardo, de las así llamadas «compañías libres de Angren». ¿Has oído hablar de tales compañías? Claro, quién no ha oído algo. Ese buey al que llaman Quincena también era de ellas. Incluso si no lo hubiera sido, no creo que su apodo le venga de haber hecho quince obras de caridad en su vida. Ese medioelfo negruzco es Civril, ladrón y asesino profesional. Parece que tuvo algo que ver con la masacre de Tridam.

—¿De dónde?

—De Tridam. ¿No has oído hablar de ello? Se habló mucho entonces, tres... Sí, hace tres años, porque Marilka tenía entonces dos. El barón de Tridam tenía en las mazmorras a unos ladrones. Sus camaradas, entre ellos al parecer ese mestizo de Civril, se hicieron con una barcaza cargada hasta las bordas de peregrinos, era por la Fiesta de Nis. Le pidieron al barón que soltara a los suyos. El barón, por supuesto, se negó, y entonces ellos comenzaron a matar peregrinos, de uno en uno, uno tras otro. Hasta que el barón se reblandeció y soltó a los de las mazmorras, ya habían echado de la barca a más de diez. Al barón le amenazó luego el destierro y hasta el hacha, algunos le tuvieron a mal que no cediera hasta que habían ya matado a tantos, otros alborotaron que había causado un gran mal, que pre... precedente o algo así, que tenía que haber asaetado a todos aquéllos junto con los rehenes o bien tomar al asalto la barca, no ceder ni un palmo. El barón se defendió en el juicio diciendo que había elegido el mal menor, porque en la barcaza había como veinticinco personas, hembras, críos.

—Un ultimátum tridamo —susurró el brujo—. Renfri...

—¿Qué?

—Caldemeyn, la feria.

—¿Qué?

—¿No lo entiendes, Caldemeyn? Me engañó. No se van a ir. Obligarán a Stregobor a salir de la torre como obligaron al barón de Tridam. O me obligarán a mí a... ¿No lo entiendes? Comenzarán a matar gente en el mercado. ¡Vuestra plaza, con estas murallas, es una verdadera trampa!

—¡Por todos los dioses, Geralt! ¡Siéntate! ¿A dónde vas, Geralt?

Marilka, asustada por los gritos, rompió en sollozos acurrucada en un rincón de la cocina.

—¡Te lo dije! —gritó Libusza señalando al brujo—. ¡Te lo dije! ¡Por su culpa sólo desgracias!

—¡Calla, mujer! ¡Geralt, siéntate!

—Hay que detenerlos. Ahora, antes de que la gente entre en la plaza. Llama a los guardias. Cuando vayan a salir de la venta, por el pescuezo y de una vez.

—Geralt, sé razonable. Así no se debe, no podemos tocarlos si no han liado ninguna. Se defenderán, se verterá sangre. Son profesionales, me destrozarán a mi gente. Si se entera Audoen, pagaré con mi cabeza. Vale, voy a coger a la guardia, me voy al mercado, les tendré la vista encima...

—Eso no servirá de nada, Caldemeyn. Si la multitud entra ya en la plaza, no podrás conjurar el pánico ni la carnicería. Hay que neutralizarlos ahora, mientras la plaza está vacía.

—Eso es un abuso. No puedo permitirlo. Lo del medioelfo y Tridam puede ser un falso rumor. Puedes equivocarte, ¿y entonces qué? Audoen me despellejará vivo.

—¡Hay que elegir el mal menor!

—¡Geralt! ¡Te lo prohíbo! ¡Como alcalde, te lo prohíbo! ¡Suelta la espada! ¡Estate quieto!

Marilka gritaba tapándose la boca con sus manitas.

VI

Civril, tapándose los ojos con las manos, miró al sol que surgía por entre los árboles. La plaza comenzaba a animarse, traqueteaban los carros y las carretas, los primeros vendedores ya habían llenado de mercancías los tenderetes. Golpeaba el martillo, cantaba el gallo, chillaban agudas las gaviotas.

—Parece que va a hacer un día precioso —dijo Quincena meditabundo. Civril le miró sesgadamente pero no dijo nada.

—¿Y los caballos, Tavik? —preguntó Nohorn, tirando de los guantes.

—Listos, ensillados. Civril, todavía hay pocos en la plaza.

—Habrá más.

—Convendría comer algo.

—Luego.

—Seguro. Tendrás luego tiempo. Y ganas.

—Mirad —dijo de pronto Quincena.

El brujo entró desde la calle principal y atravesó por entre los tenderetes. Se dirigía directamente hacia ellos.

—Ajá —dijo Civril—. Renfri tenía razón. Dame la ballesta, Nohorn.

Se enderezó, tensó la cuerda, sujetando el estribo con el pie. Con esmero colocó la flecha en la estría. El brujo seguía andando. Civril levantó la ballesta.

—¡Ni un paso más, brujo!

Geralt se detuvo. Apenas catorce pasos le separaban del grupo.

—¿Dónde está Renfri?

El mestizo deformó su hermoso rostro.

—Debajo de la torre, le está haciendo cierta proposición al hechicero. Sabía que vendrías aquí. Me pidió que te dijera dos cosas.

—Habla.

—La primera cosa es un refrán que dice: «Soy quien soy. Elige. O yo, o eso otro, menor». Al parecer tienes como que saber de qué va.

El brujo afirmó con la cabeza, luego alzó la mano, asiendo la empuñadura de la espada que sobresalía por su hombro derecho. La hoja brilló, describiendo un círculo por encima de su cabeza. Se dirigió hacia el grupo a paso ligero.

Civril adoptó una sonrisa terrible, cruel.

—Y qué le vamos a hacer. Ella también previó esto, brujo. Y ahora te daré la segunda cosa que me encargó darte. Justo entre los ojos.

El brujo se acercó. El semielfo alzó la ballesta hasta sus mejillas. Se hizo el silencio.

La cuerda resonó. El brujo dio un mandoble con la espada, se oyó un prolongado gemido de metal golpeado, la flecha voló hacia lo alto cabreteando, cayó seca sobre el tejado, retumbó en un canalón. El brujo siguió avanzando.

—La ha parado... —gimió Quincena—. La ha parado en el aire...

—Todos a una —ordenó Civril. Silbaron las espadas al salir de sus vainas, el grupo se apretó hombro con hombro, las hojas erizadas.

El brujo aceleró el paso, su andar, de extraordinaria ligereza y fluidez, se convirtió en carrera, no directamente hacia el collar de espinas de las espadas del grupo, sino de lado, rodeándoles con espirales cada vez más cerradas.

Tavik no aguantó, se lanzó hacia él, reduciendo la distancia. Detrás de él saltaron los gemelos.

—¡No os separéis! —gritó Civril doblando la cabeza, perdiendo al brujo de su campo de visión. Maldijo, saltó hacia un lado viendo que el grupo se disgregaba completamente y daba vueltas entre los tenderetes en un loco cortejo.

Tavik fue el primero. Todavía un segundo antes iba persiguiendo al brujo, ahora de pronto percibió que éste se le acercaba por el lado izquierdo, corriendo en dirección contraria. Intentó frenarse pero el brujo se deslizó a su lado antes de que tuviera tiempo de levantar la espada. Tavik sintió un fuerte golpe por encima de las caderas. Se retorció y advirtió que caía. Ya de rodillas contempló asombrado sus caderas y comenzó a gritar.

Los gemelos atacaron al mismo tiempo a la negra y sucia forma que se arrastraba hacia ellos, se movieron el uno hacia el otro, chocaron sus

hombros, perdiendo durante un segundo el ritmo. Fue suficiente. Vyr, herido a todo lo largo del pecho, se dobló en dos, con la cabeza agachada todavía alcanzó a dar un par de pasos y se estrelló contra un puesto de verduras. Nimir recibió un tajo en la sien, giró en el mismo sitio y se derrumbó sobre la reguera, pesado, inerte.

La plaza empezó a agitarse, los vendedores huían, resonaron los tenderetes que se derrumbaban, se alzaron humo y gritos. Tavik intentó levantarse otra vez apoyándose en las manos temblorosas, cayó.

—¡Por la izquierda, Quincena! —gritó Nohorn, corriendo en semicírculo para asaltar al brujo por detrás.

Quincena se dio la vuelta muy deprisa. Pero no lo suficiente. Recibió un tajo en la barriga, aguantó, se dobló para golpear, entonces recibió un segundo tajo a un lado del cuello, justo por debajo de la oreja. Rígido, dio cuatro tambaleantes pasos y se derrumbó sobre un carro lleno de pescado. El carro echó a rodar. Quincena se deslizó sobre el pavimento plateado de escamas.

Civril y Nohorn golpearon al mismo tiempo desde dos direcciones, el elfo con un enérgico tajo desde arriba, Nohorn apoyado en la rodilla, con un golpe bajo y plano. Los dos fueron parados, dos chirridos metálicos unidos en uno. Civril saltó, dio un paso en falso, se mantuvo en pie apoyándose en el parapeto de madera de un puestecillo. Nohorn se tiró y le hizo sombra una espada sostenida perpendicularmente. Rechazó el golpe, con tanta fuerza que le echó para atrás, tuvo que blasfemar. Al incorporarse, hizo una parada, demasiado lento. Recibió un tajo en el rostro, en perfecta simetría con la vieja cicatriz.

Civril se impulsó con la espalda en el tenderete, saltó sobre Nohorn cuando éste caía, atacó en media vuelta, con las dos manos, no acertó, saltó inmediatamente. No sintió el impacto, se le doblaron las rodillas justo cuando, después de una parada, forzó la finta pasando a un nuevo ataque. La espada se le cayó de la mano cortada desde el interior, por encima del codo. Cayó de hinojos, agitó la cabeza, quería levantarse, no pudo. Descansó la cabeza sobre las rodillas, así murió, en un charco rojo, entre coles desparramadas, entre rosquillas y peces.

Renfri entró en la plaza.

Se acercó lenta, a paso leve, felino, evitando carros y puestos. La multitud, que en las callejas y junto a los muros de las casas zumbaba como un enjambre de abejas, se quedó muda. Geralt estaba de pie, inmóvil, con la

espada en la mano bajada. La muchacha se acercó hasta estar a diez pasos, se detuvo. Vio que debajo de la camisa llevaba una cota de malla, corta, que apenas cubría sus caderas.

—Hiciste tu elección —afirmó—. ¿Estás seguro que fue correcta?

—No habrá aquí un segundo Tridam —dijo Geralt con énfasis.

—No lo hubiera habido. Stregobor se rió de mí. Dijo que puedo matar a todo Blaviken y añadir unas cuantas aldeas de los alrededores si quiero, pero que él no saldrá de la torre. Y no permitirá entrar a nadie, incluyéndote a ti. ¿Por qué me miras de ese modo? Sí, te engañé. Toda la vida he estado engañando cuando ha sido necesario, ¿por qué iba a hacer una excepción contigo?

—Vete de aquí, Renfri.

Se rió.

—No, Geralt. —Tomó la espada, rápida y hábilmente.

—Renfri.

—No, Geralt, tú realizaste tu elección. Ahora es mi turno.

Con un movimiento seco arrancó la falda de sus caderas, la hizo girar en el aire, enredando el material en torno a su antebrazo derecho. Geralt retrocedió, alzó el brazo, formando la Señal con los dedos. Renfri se rió de nuevo, breve y roncamente.

—No servirá de nada, peloblanco. Eso no funciona conmigo. Sólo la espada.

—Renfri —repitió—. Vete. Si cruzamos las armas yo... ya no... podré...

—Lo sé —dijo—. Pero yo... Tampoco puedo hacer otra cosa. Somos lo que somos. Tú y yo.

Se movió hacia él con un paso ligero, cimbreante. En la mano derecha, extendida, dirigida hacia un lado, brillaba la espada, con la izquierda arrastraba la falda por el suelo. Geralt retrocedió dos pasos.

Saltó, maniobró con la mano izquierda, la falda se agitó en el aire, siguiéndola a ella, cubriendo de sombra la espada, ésta relumbró en un corto y áspero golpe. Geralt saltó, la tela ni siquiera le rozó, y la hoja de Renfri se deslizó a lo largo de una parada oblicua. Respondió mecánicamente con el centro del filo, unió las dos espadas en un breve molinete, intentando hacerle perder su arma. Eso fue un error. Repelió su hoja y de inmediato, con las rodillas flexionadas y cimbreando las caderas golpeó, apuntando al rostro. Apenas pudo parar este ataque, saltó para evitar la tela de la falda que le caía encima. Giró en una pirueta, evitando la

hoja que brillaba en golpes relampagueantes, saltó de nuevo. Ella le cayó encima, le lanzó la falda directa a los ojos, atacó en un tajo llano, de cerca, en media vuelta. Él se zafó del golpe dándose la vuelta casi pegado a ella. Ella conocía esta maniobra. Se volvió junto con él y, de cerca, tanto que podía sentir su aliento, le recorrió el pecho con la espada. El dolor le mordió pero no quebró el ritmo. Se dio la vuelta otra vez, en dirección contraria, rechazó la espada que volaba hacia su sien, hizo una rápida finta y contraatacó. Renfri saltó, se preparó para un golpe desde arriba. Geralt hizo una genuflexión, la atacó repentinamente desde abajo, con la misma punta de la espada, a través del muslo descubierto y de la ingle.

No gritó. Cayendo de rodillas hacia un costado soltó la espada, aferró con las dos manos el muslo herido. Por entre los dedos la sangre se extendió en clara corriente sobre el cinturón ornamentado, sobre las botas de piel de alce, sobre el sucio pavimento. La multitud apiñada en las callejuelas se removió y gritó.

Geralt envainó la espada.

—No te vayas... —gimió, haciéndose un ovillo.

No respondió.

—Tengo... frío...

No respondió. Renfri gimió de nuevo, enroscándose aún más. Impetuosas corrientes de sangre iban llenando los huecos entre las piedras.

—Geralt... abrázame...

No respondió.

Volvió la cabeza y quedó inmóvil, con la mejilla sobre el empedrado. Un estilete de hoja muy estrecha, hasta entonces escondido debajo del cuerpo, relució en sus dedos muertos.

Al cabo de un rato que parecía una eternidad, el brujo alzó la cabeza ante el ruido del bastón de Stregobor sobre el pavimento. El hechicero se acercó con presteza, evitando los cadáveres.

—Vaya carnicería —resolló—. Lo vi, Geralt, lo vi todo en el cristal...

Se acercó, se inclinó. Con su larga túnica arrastrando por el suelo, apoyado en su vara, parecía viejo, muy viejo.

—No se puede creer —agitó la cabeza—. Córvida completamente muerta.

Geralt no respondió.

—Venga, Geralt. —El hechicero se enderezó—. Ve a por un carro. Nos la llevamos a la torre. Hay que diseccionarla.

Miró al brujo, sin esperar respuesta se inclinó sobre el cuerpo.

Alguien a quien el brujo no conocía echó mano a la espada, la desenvainó muy rápidamente.

—Tócale un pelo, hechicero —dijo alguien a quien el brujo no conocía—. Tócale sólo un pelo, y tu cabeza volará al suelo.

—¿Qué te pasa, Geralt? ¿Te has vuelto loco? ¡Estás herido, tienes un shock! La disección es el único modo de confirmar...

—¡No la toques!

Stregobor, viendo la espada en alto, saltó, agitando el bastón.

—¡Está bien! —gritó—. ¡Como quieras! ¡Pero nunca lo sabrás! ¡Nunca tendrás esa seguridad! Nunca, ¿me escuchas, brujo?

—Largo.

—Como quieras. —El hechicero se dio la vuelta, golpeó con el bastón en el empedrado—. Me vuelvo a Kovir, no pienso estar ni un sólo día más en este agujero. Vente conmigo, no te quedes aquí. Esta gente no sabe nada, sólo han visto cómo matabas. Y tú matas de una forma horrible, Geralt. ¿Qué, vienes?

Geralt no respondió, ni siquiera le miraba. Envainó la espada. Stregobor encogió los hombros, se fue a paso vivo, golpeteando rítmicamente con el bastón.

De la multitud surgió una piedra, resonó sobre el pavimento. Luego otra, volando casi hasta los hombros de Geralt. El brujo se enderezó, unió ambas manos, hizo con ellas un gesto muy rápido. La multitud comenzó a susurrar, las piedras volaron cada vez con más densidad, pero la Señal las desviaba hacia los lados, evitando el objetivo que estaba protegido por una coraza invisible.

—¡Basta! —gritó Caldemeyn—. ¡Se acabó, la madre que os parió!

La multitud murmuró como olas de la marea, pero las piedras dejaron de volar. El brujo estaba de pie, inmóvil.

El alcalde se acercó a él.

—¿Esto —dijo, señalando con un amplio gesto a los cuerpos inmóviles esparcidos por la plaza— es todo? ¿Así se ve ese mal menor que elegiste? ¿Ya has hecho todo lo que creías necesario?

—Sí —contestó Geralt, con lentitud, al cabo.

—¿Tu herida es seria?

—No.

—Entonces lárgate de aquí.

—Sí —dijo el brujo. Estuvo de pie aún un segundo, evitando los ojos del alcalde. Luego se dio la vuelta despacio, muy despacio.

—Geralt.

El brujo le miró.

—No vuelvas aquí nunca —dijo Caldemeyn—. Nunca.

La voz de la razón 4

—Hablemos, Iola.

Necesito esta charla. Dicen que el silencio es oro. Puede. No sé si vale tanto. En cualquier caso, tiene su precio. Hay que pagar por ello.

A ti te es más fácil, sí, no lo niegues. Al fin y al cabo, tú callas por elección propia, con tu silencio ofreces un sacrificio a tu diosa. No creo en Melitele, no creo tampoco en la existencia de otros dioses, pero valoro tu sacrificio, lo valoro y además respeto tus creencias. Porque tu sacrificio y ofrecimiento, el precio de tu silencio, hacen de ti una persona mejor, más valiosa. O al menos pueden llegar a hacerlo. Mi incredulidad no puede nada. Carece de poder alguno.

¿Preguntas que en qué creo entonces?

Creo en la espada.

Como ves, llevo dos. Todos los brujos llevan dos espadas. Algunos malintencionados afirman que la de plata es para los monstruos y la de acero para los seres humanos. Eso es falso, por supuesto. Hay monstruos a los que sólo se puede dominar con la espada de plata, pero los hay también para los que el acero es mortal. No, Iola, no todo el hierro, sólo aquél que procede de un meteorito. ¿Preguntas qué es un meteorito? Es una estrella fugaz. Seguro que has visto más de una vez una estrella fugaz, una breve y brillante estela en el firmamento nocturno. Al verla, pedirías seguro algún deseo, puede que para ti significara una prueba más de la existencia de los dioses. Para mí un meteorito es tan sólo un pedazo de metal que al caer se estrella contra la tierra. Un metal del que se puede hacer una espada.

Puedes, por supuesto que puedes, toma mi espada en la mano. ¿Ves qué ligera es? Incluso tú la levantas sin esfuerzo. ¡No! No toques la hoja, te cortarías. Está más afilada que una navaja de afeitar. Tiene que estarlo.

Sí, claro, me entreno a menudo. En cada minuto libre. No me puedo permitir el perder la forma. Por eso vine aquí, al rincón más escondido del parque del santuario, para moverme, para quemar con ejercicios este terrible, odioso entorpecimiento que me embarga, este frío que me rodea. Y aquí me has encontrado. Es gracioso, hace varios días que yo intento encontrarte. Te buscaba. Quería...

Necesito esta conversación, Iola. Sentémonos, charlemos un rato.

Tú no me conoces en absoluto, Iola.

Me llamo Geralt. Geralt de... No. Sólo Geralt. Geralt de ningún lado. Soy brujo.

Mi casa es Kaer Morhen, el Nido de los Brujos. De allí provengo. Es... Era una especie de plaza fuerte. No queda mucho de ella.

Kaer Morhen... Allí se producían seres tales como yo. Ya no se hace y en Kaer Morhen no vive nadie. Nadie excepto Vesemir. ¿Preguntas quién es Vesemir? Es mi padre. ¿Por qué me miras con esa cara? Todo el mundo tiene padre. El mío es Vesemir. ¿Y qué importa que no sea mi verdadero padre? Nunca conocí al verdadero, a mi madre tampoco. Ni siquiera sé si están vivos. Y, de hecho, tampoco me interesa demasiado.

Sí, Kaer Morhen... Allí sufrí la mutación habitual. La Prueba de las Hierbas, y luego lo normal. Hormonas, infusiones, infección de virus. Y de nuevo. Y luego otra vez. Hasta que se obtenga resultado. Al parecer soporté el Cambio muy bien, estuve poco tiempo enfermo. Me consideraron un crío extraordinariamente resistente y me eligieron para ciertos... experimentos más complicados. Eso fue peor. Mucho peor. Pero como ves, sobreviví. Fui el único superviviente de aquéllos que habían sido elegidos para los experimentos. Desde entonces tengo el pelo blanco. Completa desaparición de los pigmentos. Como se dice, efectos secundarios. Minucias. Casi no molesta.

Luego me enseñaron distintas habilidades. Bastante tiempo. Hasta que por fin llegó el día en que dejé Kaer Morhen y me puse en camino. Tenía ya entonces mi medallón, este mismo. La Señal de la Escuela del Lobo. Llevaba también dos espadas: de plata y de hierro. Además de las espadas llevaba conmigo convicciones, entusiasmo, motivación y... fe. Fe en que yo era necesario y útil. Porque el mundo, Iola, como que tenía que estar lleno de monstruos y de bestias, y mi obligación era defender a aquéllos a los que tales bestias amenazaban. Cuando me fui de Kaer Morhen soñaba con encontrar mi primer monstruo, no podía aguardar al momento en que me

hallaría cara a cara frente a él. Y lo encontré.

Mi primer monstruo, Iola, era calvo y tenía unos dientes bastante feos y podridos. Me lo encontré en el camino real, donde, junto con otros compañeros monstruos, desertores de no sé qué ejército, había detenido un carro de campesinos y había sacado del carro a una muchacha, quizá de trece años, quizá menor. Los compañeros sujetaban al padre de la niña y el calvo le estaba rasgando el vestido y gritaba que ya iba siendo hora de que supiera lo que era un hombre de verdad. Me acerqué, bajé del caballo y le dije al calvo que a él también le había llegado la hora. Esto me pareció entonces extraordinariamente divertido. El calvo dejó a la mocosa y se echó sobre mí con una maza. Era muy lento, pero resistente. Tuve que golpearle dos veces para que cayera. No fueron tajos demasiado limpios, pero bastante, diría, espectaculares, tanto que los colegas del calvo salieron huyendo viendo lo que la espada de un brujo le podía hacer a un ser humano.

¿No te aburro, Iola?

Necesito hablar contigo, lo necesito de verdad.

¿Dónde me he quedado? Ajá, mi primera acción caballeresca. Ves, Iola, en Kaer Morhen me habían metido en la cabeza que no me mezclara en tales asuntos, que los evitara, que no jugara al caballero andante y que no ejerciera de guardián de las leyes. Me había puesto en camino no para hacer alarde, sino para realizar el trabajo que me fuera encargado por dinero. Y yo me había metido en ello como un tonto, sin haberme alejado ni siquiera cincuenta millas de las faldas de la montaña. ¿Sabes por qué lo hice? Quería que la muchacha anegara sus ojos en lágrimas de agradecimiento y me besara las manos a mí, su salvador, y que su padre me diera las gracias de rodillas. Y sin embargo el padre había salido corriendo junto con los desertores y la muchacha, sobre la que había caído la mayor parte de la sangre del calvo, se puso a vomitar y luego le dio un ataque de histeria, y cuando me acerqué a ella se desmayó de miedo. Desde entonces, muy pocas veces me he vuelto a entrometer en tales historias.

Hice mi tarea. Aprendí pronto cómo. Cabalgaba hasta los bardales de las aldeas, me detenía junto a las empalizadas de los pueblos y los huertos. Y esperaba. Si me escupían, insultaban y arrojaban piedras, me iba. Si en cambio alguien salía y me hacía un encargo, lo realizaba.

Visitaba villas y castillos, buscaba proclamas clavadas en los postes de los cruces de caminos. Buscaba anuncios: «Se necesita brujo

urgentemente». Y luego había, por lo general, algún dolmen, calabozo, necrópolis o ruina, alguna garganta cubierta de bosque o alguna gruta en las montañas llena de huesos y apestando a carroña. Y había algo que vivía sólo para matar. De hambre, por gusto, impulsada por alguna voluntad enferma o por cualquier otro motivo. Manticora, wywerno, nebulor, abejorro, girador, espanto, silvia, vampiro, ghul, graveir, lobisome, gigaskorpion, estrige, tragaldabas, kikimora, vipper. Y había un baile en la oscuridad y el vuelo de una espada. Y había miedo y asco en los ojos de aquéllos que me entregaban luego el pago ofrecido.

¿Errores? Por supuesto. Los tuve.

Pero seguía las reglas. No, no el código. Solía utilizar el código como excusa. A la gente le gusta. A aquéllos que tienen algún código y se rigen por él, se les respeta y se les estima.

No hay tal código. Jamás se promulgó ningún código de los brujos. Yo me inventé el mío. Simplemente. Y me regía por él. Siempre...

No siempre.

Porque hubo momentos en que parecía que no había espacio para ninguna duda. En que habría que decirse a uno mismo: «Y qué me importa a mí todo esto, no es asunto mío, yo soy brujo». En que habría que haber escuchado a la voz de la razón. Escuchar al instinto o, si no, a lo que dicta la experiencia. O incluso y a menudo, el más corriente de los miedos.

Tendría que haber escuchado la voz de la razón, entonces...

No lo hice.

Pensé que escogía el mal menor. Escogí el mal menor. ¡Mal menor! Soy Geralt de Rivia. También llamado el Carnicero de Blaviken.

No, Iola. No toques mi mano. El contacto puede evocar en ti... Puedes ver...

Y yo no quiero que lo veas. No quiero saber. Conozco mi destino, que gira a mi alrededor como un vórtice. ¿Mi destino? Me sigue paso a paso, pero yo nunca miro hacia atrás.

¿Un nudo? Sí, Nenneke lo percibe, dice. ¿Qué me impulsó entonces en Cintra? ¿Cómo pude arriesgarme tan estúpidamente?

No, no y mil veces no. Nunca miro hacia atrás. Y jamás volveré a Cintra, voy a evitar Cintra como si fuera la peste. No volveré jamás.

Ja, si no me equivoco al contar, el niño éste debe de haber nacido en mayo, hacia la fiesta de Belleteyn. Si esto sucedió en verdad así, tendríamos que vérnoslas con un interesante cúmulo de circunstancias.

Porque Yennefer también nació en Belleteyn...

Vámonos ya, Iola. Está anocheciendo.

Gracias por hablar conmigo.

Gracias, Iola.

No, no me pasa nada. Me siento bien.

Completamente bien.

Cuestión de precio

I

El brujo tenía un cuchillo en la garganta.

Estaba tendido, inmerso en agua jabonosa, con la cabeza echada hacia atrás, sobre la resbaladiza superficie de una bañera de madera. Sentía en los labios el amargo sabor del jabón. El cuchillo, de filo embotado, recorrió dolorosamente la nuez de adán, se deslizó con un susurro hacia el mentón.

El barbero, con gesto de artista consciente del nacimiento de una obra maestra, le pasó otra vez la navaja, limpiamente, después de lo cual le acarició el rostro con pedazos de una telilla de lino humedecida en algo que quizá fuera esencia de angélica.

Geralt se levantó, permitió que el paje le echara encima una tina de agua, se secó, salió de la bañera, dejando en el pavimento las huellas de humedad de sus pasos.

—Una toalla, señor. —El paje miró a hurtadillas su medallón.

—Gracias.

—Aquí hay ropa —dijo Haxo—. Camisa, calzón, pantalones, jubón. Y aquí están las botas.

—Habéis pensado en todo, alcaide. ¿Y no podría usar mis botas?

—No. ¿Cerveza?

—Con gusto.

Se vistió despaciosamente. El contacto de una ropa ajena, de grueso cuero, áspera e incómoda, le destrozó el buen humor que le había dejado el chapuzón en agua caliente.

—¿Alcaide?

—Os escucho, don Geralt.

—¿No sabéis por qué todo esto? Bueno, ¿para qué se me necesita?

—No es asunto mío —dijo Haxo, mirando de reojo a los pajes—. Yo sólo tengo que vestiros...

—Disfrazarme, queréis decir.

—...vestiros y conduciros al banquete, con la reina. Poneos el jubón, señor. Y ocultad bajo él vuestro medallón de brujo.

—Aquí estaba mi estilete.

—Pero ya no está. Lo hemos puesto en un lugar más seguro, tal y como vuestras dos espadas y todas vuestras posesiones. Allá donde vais se va sin armas.

El brujo encogió los hombros mientras se ponía el ajustado jubón púrpura.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando al bordado que había en la parte delantera de la prenda.

—Ah, es verdad —dijo Haxo—. Casi lo olvido. Durante el banquete seréis el noble Ravix de Cuatrocuernos. Como huésped de honor, os sentaréis a la derecha de la reina, tal es su deseo. Y esto sobre el jubón es vuestro escudo. En campo de oro un oso negro, marchante, sobre él, una doncella en manto celeste, con los cabellos sueltos y las manos alzadas. Debierais recordarlo, por si alguno de los huéspedes tuviera alguna manía en punto a heráldica, lo que ocurre a menudo.

—Claro, me acordaré —dijo Geralt con seriedad—. ¿Y dónde está Cuatrocuernos?

—Suficientemente lejos. ¿Listo? ¿Podemos ir?

—Podemos. Decidme aún, don Haxo, ¿cuál es la ocasión para este banquete?

—La princesa Pavetta cumple quince años, según la costumbre se reúne a los que compiten por su mano. La reina Calanthe quiere casarla con alguien de Skellige. Necesitamos una alianza con los isleños.

—¿Por qué justo con ellos?

—Porque no atacan tan a menudo a aquéllos con los que tienen alianza como a los que no.

—Una razón de importancia.

—Pero no la única. En Cintra, don Geralt, la tradición no permite que gobiernen las hembras. Nuestro rey Roegner murió hace algún tiempo de un aire pestilente y la reina no quiere otro marido. Nuestra reina Calanthe

es sabia y es justa, pero en tanto que rey, pues es rey al fin y al cabo. El que se case con la princesa se sentará en el trono. Estaría bien que le tocara a un mozo con toda la barba. Y tales hay que buscarlos siempre en las islas. Es un pueblo de gentes valerosas. Vámonos ya.

Geralt se detuvo en medio de una galería que rodeaba un pequeño y vacío patio interior. Miró alrededor.

—Alcaide, estamos solos —dijo Geralt en voz baja—. Decidme para qué necesita la reina un brujo. Algo sabréis. ¿Quién, si no vos?

—Para lo mismo que todos —bufó Haxo—. Cintra es como cualquier otro país, lo mismo. Tenemos aquí lobisomes, basiliscos, y hasta se pueden encontrar manticoras, si se busca bien. Por eso un brujo puede ser útil.

—No divaguéis, alcaide. Me refiero a un brujo en un banquete, y además disfrazado de oso celeste con cabellos sueltos.

Haxo también miró hacia todos lados e incluso se inclinó bajo la balaustrada de la galería.

—No es bueno lo que está pasando, don Geralt —murmuró—. En el castillo, me refiero. Algo espantoso.

—¿Qué?

—¿Y qué va a espantar? Pues un espanto. Dicen que pequeño, encorvado, armado de espinas como un erizo. Andurrea por la noche por todo el castillo, hace sonar cadenas. Aúlla y gime en las habitaciones.

—¿Vos lo habéis visto?

—No. —Haxo escupió—. Y no quiero verlo.

—Decís tonterías, alcaide —se enfadó el brujo—. Esto no se lo cree nadie. Vayamos al convite. ¿Y qué tengo que hacer yo allí? ¿Vigilar que no salga el encorvado de debajo de la mesa y se ponga a gemir? ¿Sin armas? ¿Vestido como un bufón? ¡Venga, don Haxo!

—Pensad lo que queráis. —El alcaide se puso mohíno—. Me ordenaron no deciros nada. Preguntasteis y os lo conté. Y vos, que son tonterías. Muchísimas gracias.

—Perdonad, no quería heriros, alcaide. Sólo me extraña que...

—Dejad de extrañaros entonces. —Haxo volvió la cabeza, aún mohíno—. No estáis aquí para extrañaros. Y os doy un buen consejo, señor brujo: si la reina os manda que os desnudéis, os pintéis el culo de color azul y os colguéis del techo con la cabeza hacia abajo como un candelabro, hacedlo entonces sin extrañezas ni vacilaciones. De otro modo podéis encontraros con desgracias de no poca monta. ¿Habéis entendido?

—Lo he entendido. Vamos, don Haxo. Sea lo que sea, el baño me dio hambre.

II

Si no se cuenta el trivial saludo de ceremonias con el que le recibiera como «el Señor de Cuatrocuernos», la reina Calanthe no intercambió con el brujo ni una palabra. El banquete todavía no había comenzado, seguían entrando convidados, anunciados con grandes voces del heraldo.

La mesa era enorme, rectangular, podían sentarse a ella más de cuarenta caballeros. A su cabecera se encontraba Calanthe, sentada en un trono con una gran base. A su derecha se sentaba Geralt, a su izquierda un bardo de cabellos grises con un laúd, llamado Drogodar. Las otras dos sillas de la cabecera real, situadas a la izquierda de la reina, se hallaban vacías.

A la derecha de Geralt, junto al borde más largo de la mesa, se sentaban el alcaide Haxo y un voievoda de nombre difícil de recordar. Después de ellos había invitados del principado de Attre: el tétrico y silencioso caballero Rainfarn y el príncipe Windhalm, un mofletudo niño de doce años que se encontraba bajo su tutela. Windhalm era uno de los pretendientes a la mano de la princesa. Más allá había caballeros de Cintra con diversos colores y estandartes y algunos vasallos de los alrededores.

—¡El barón Eylembert de Tigg! —anunció el heraldo.

—¡Clococo! —murmuró Calanthe, dándole con el codo a Drogodar—. Nos vamos a reír.

El caballero delgado, bigotudo y bien vestido se inclinó bastante, pero sus ojos vivos y alegres y su sonrisa en los labios negaban toda sumisión.

—Bienvenido seáis, señor Clococo —dijo ceremonialmente la reina. Por lo visto el apodo del barón era más aceptado que su propio nombre—. Estoy contenta de que hayáis venido.

—Más lo estoy yo de haber sido convidado —afirmó Clococo, y suspiró—. Así le echaré un vistazo a la princesa, si lo permites, reina. Es

triste vivir solo, señora.

—Ay, ay, señor Clococo. —Calanthe se sonrió ligeramente mientras enrollaba un rizo de su pelo en un dedo—. Mas vos aún estáis casado, como todos sabemos.

—Eh —se estremeció el barón—. Sabes, señora, cómo es de debilucha y delicada mi mujer, y ahora la viruela campa por nuestra tierra. Apuesto mi cinturón y mi espada contra una alpargata vieja a que en un año ya habrá pasado hasta el luto.

—Pobrecillo Clococo, pero, y al mismo tiempo, también eres un suertudo. —Calanthe sonrió aún más cortésmente—. Tu mujer es, de hecho, debilucha. He oído que cuando la última cosecha te pilló con una moza, te persiguió con un vierno durante menos de una milla y no te alcanzó. Tienes que darle mejor de comer y mimarla y cuidar de que no se le enfríen las espaldas por las noches. Y en un año, verás como se recupera.

Clococo se amorriñó de forma poco convincente.

—Entiendo la alusión. Pero, ¿puedo quedarme en el banquete?

—Me place, barón.

—¡Embajada de Skellige! —gritó el heraldo, ya bastante ronco.

Los cuatro isleños se acercaron con paso gallardo y sonoro. Iban vestidos con jubones de cuero brillante con forros de piel de foca, ceñidos con echarpes de lana a cuadros. Los dirigía un fibroso guerrero de rostro oscuro y nariz de águila, que tenía a un lado a un costilludo muchacho de cabellera pelirroja. Todos se inclinaron ante la reina.

—Grande es nuestro honor —dijo Calanthe, ligeramente ruborizada— al saludar de nuevo en mi castillo a tan dotado caballero como es Eist Tuirseach de Skellige. Si no fuera de sobra conocido el hecho de que desprecias el matrimonio, me haría feliz la esperanza de que hubieras venido a pedir la mano de Pavetta. ¿Acaso al fin y al cabo te atormenta la soledad, señor?

—Ni una sola vez, hermosa Calanthe —respondió el moreno hombre de las islas, mirando a la reina con unos ojos relampagueantes—. Demasiado azarosa es mi forma de existencia para pensar en una relación estable. Si no fuera que... Pavetta es todavía joven doncella, una flor todavía inmadura, pero...

—¿Pero qué, caballero?

—De tal palo tal astilla —sonrió Eist Tuirseach, haciendo brillar el blanco de sus dientes—. Basta mirarte a ti, reina, para saber qué belleza

cobrará la princesa cuando alcance la edad que una mujer ha de tener para hacer feliz a un guerrero. Sin embargo, en este momento, a su mano han de aspirar los jóvenes. Tales como el aquí presente Crach an Craite, sobrino de nuestro rey Bran, que con ese objeto ha venido con nosotros.

Crach, inclinando la cabeza pelirroja, dobló una rodilla delante de la reina.

—¿A quién más has traído, Eist?

Un hombre achaparrado y fuerte con una barba como una escobilla y un mozallón con una cornamusa a la espalda se pusieron junto a Crach an Craite.

—He aquí a nuestro valeroso druida Myszowor, el cual, tal como yo, es amigo y consejero del rey Bran. Y éste es Draig Bon-Dhu, nuestro famoso skald. Además, treinta marineros de Skellige esperan en el patio, devorados por la esperanza de que la hermosa Calanthe se les muestre, siquiera desde la ventana.

—Sentaos, nobles invitados. Tú, don Tuirseach, aquí.

Eist ocupó uno de los lugares libres en la cabecera de la mesa, separado de la reina sólo por una silla vacía y por Drogodar. Los otros isleños se sentaron juntos, a la izquierda, entre el mariscal Vissegerd y los tres hijos del noble Strept, que se llamaban Murmurón, Comegatos y Cargamontes.

—Éstos son más o menos todos. —La reina se inclinó en dirección al mariscal—. Comencemos, Vissegerd.

El mariscal dio una palmada. Los pajes, portando fuentes y cántaros, se movieron hacia las mesas en una larga fila, siendo recibidos con alegría por los comensales.

Calanthe casi no comía, recorría sin gana con su tenedor de plata los manjares servidos. Drogodar, tragándose algo con ansia, siguió tañendo el laúd. Los otros invitados saquearon los cochinillos asados, las aves, los peces y moluscos, tarea en la que el pelirrojo Crach an Craite se mostró como líder. Rainfarn de Attre amonestaba severamente al joven príncipe Windhalm, incluso una vez le dio en las manos por intentar coger una jarra de sidra. Clococo, dejando por un momento de roer unos huesos, alegró a los vecinos con la imitación del silbido de la tortuga de los pantanos. La fiesta se volvió cada vez más alegre. Se pronunciaron los primeros brindis, cada vez más incoherentes.

Calanthe compuso la delgada diadema de oro sobre sus cabellos cenicientos y peinados en rizos, se volvió ligeramente en dirección a

Geralt, que estaba ocupado en abrir el caparazón de un enorme y pesado cangrejo rojo.

—Bueno, brujo —dijo—. A nuestro alrededor hay ya suficiente ruido para que podamos intercambiar unas palabras discretamente. Comencemos con las cortesías. Me alegro de conocerte.

—Es una alegría para mí también, majestad.

—Después de las cortesías, a lo concreto. Tengo un trabajo para ti.

—Lo imagino. Pocas veces me invitan a banquetes por pura simpatía.

—Bah, quizás no eres un invitado interesante. ¿Piensas que pueda ser alguna otra cosa?

—Sí.

—¿Qué es ello?

—Te lo diré cuando me entere de la tarea que tienes para mí, reina.

—Geralt —dijo Calanthe, retorciendo con los dedos un collar de esmeraldas de las cuales la menor era como un grueso abejorro de mayo—, ¿cuál, piensas, puede ser el tipo de tarea que se puede tener para un brujo? ¿Qué? ¿Cavar un pozo? ¿Arreglar un agujero en el tejado? ¿Tejer un tapiz mostrando todas las posiciones que el rey Vridank y la hermosa Cerro intentaron en su noche de bodas? Creo que sabes mejor que nadie de qué trata tu profesión.

—Sí, lo sé. Y ahora puedo decir lo que me imagino, reina.

—Siento curiosidad por oírlo.

—Me imagino que, como muchos otros, equivocas mi oficio con una profesión completamente distinta.

—Oh. —Calanthe, inclinada en dirección al bardo tañedor de laúd, daba la impresión de estar pensativa y ausente—. ¿Y quiénes, Geralt, son esos otros de los que hay tantos y a los que tuviste la bondad de comparar conmigo en ignorancia? ¿Y con qué profesión confunden tu oficio tales tontos?

—Reina —dijo Geralt con tranquilidad—, cuando venía a Cintra me encontré a aldeanos, mercaderes, enanos buhoneros, caldereros y leñadores. Me hablaron de una tragaldabas que tiene su guarida aquí en estos bosques, una casa sobre el trípode de una pata de pollo. Mencionaron un espanto que anida en las montañas. Hablaron de abejorros y escolopendromorfos. Al parecer, si se busca bien, hay hasta manticoras. Tantas tareas que podría realizar un brujo sin necesidad de vestirse con plumas y escudos ajenos.

—No has contestado a mis preguntas.

—Reina, no dudo de que la alianza con Skellige, sellada con el matrimonio de tu hija, sea necesaria para Cintra. Es posible también que los intrigantes que quieran interferir en ello se merezcan una lección, y de tal forma que el gobernante no se vea mezclado. Seguro que sería lo mejor que esta lección se la diera cierto caballero de Cuatrocuernos, desconocido para todos y que luego desaparece de escena. Y ahora responderé a tu pregunta. Equivocas mi oficio con la profesión de asesino a sueldo. Esos otros de los que hay tantos son aquéllos que gobiernan. No es la primera vez que me llaman a un palacio en el que los problemas de los gobernantes precisan de unos rápidos tajos de espada. Pero yo jamás he matado a nadie por dinero, independientemente de si se trata de una causa buena o mala. Y nunca lo haré.

La atmósfera de la sala se avivaba a medida que corría la cerveza. El pelirrojo Crach an Craite encontró agradecidos espectadores para su relato sobre la batalla de Thwyth. A grito limpio, señalaba los movimientos tácticos en un mapa que había dibujado sobre la mesa con la ayuda de huesos de carne que chorreaban salsa. Clococo, probando lo acertado de su apodo, cloqueó de pronto como una verdadera gallina clueca, provocando general alegría entre los comensales y consternación entre el servicio, quienes estaban convencidos de que el ave, burlando su vigilancia, había logrado pasar del patio a la sala.

—Por lo visto, el destino me ha castigado con un brujo demasiado imaginativo. —Calanthe sonrió, pero sus ojos estaban entrecerrados y mostraban enojo—. Un brujo que, sin sombra de respeto, ni siquiera de cortesía común y corriente, desenmascara mis intrigas y mis viles planes de asesinato. ¿Por casualidad la fascinación de mi belleza y de mi arrebatadora personalidad no te han privado del uso de razón? No vuelvas a hacer eso nunca más, Geralt. No te dirijas así a aquéllos que tienen poder. Más de uno podría no perdonarte esas palabras, y conoces a los reyes, sabes que disponen de diversos medios. Estilete. Veneno. Mazmorras. Tenazas al rojo vivo. Hay cientos, miles de métodos a los que los reyes se aferran a la hora de vengar su orgullo herido. No querrás creer, Geralt, cuán fácil es herir el orgullo de ciertos gobernantes. Raro el que soporta con tranquilidad palabras tales como: «No», «No lo haré» o «Nunca». Eso es decir poco, basta con interrumpir a uno de ésos cuando está hablando o introducir una advertencia poco adecuada, y ya se tiene asegurada una vueltecita de la rueda.

La reina juntó las blancas y delgadas manos y apoyó en ellas los labios ligeramente, haciendo una pausa bastante dramática. Geralt no la interrumpió, ni añadió nada.

—Los reyes —siguió Calanthe— dividen a las personas en dos categorías. A unos les ordenan y a otros los compran. Actúan siguiendo la antigua y banal verdad de que se puede comprar a todo el mundo. A todos. Sólo es cuestión de precio. ¿Estás de acuerdo? Ah, vaya pregunta. Al fin y al cabo eres brujo, haces tu trabajo y te ganas tu sueldo. Hablando de ti la palabra «comprar» pierde su sentido peyorativo. También en tu caso la cuestión del precio es algo que se da por supuesto, relacionada con el grado de dificultad de la tarea, la cualidad de la ejecución, el grado de maestría. Y de tu fama, Geralt. Los viejos de los mercados cantan las hazañas del brujo de cabellos blancos venido de Rivia. Si siquiera la mitad de ello es cierto, puedo apostar a que el precio de tus servicios no es pequeño. Contratarte a ti para tan sencillos y banales asuntos como una intriga de palacio o un asesinato sería tirar el dinero. Se puede resolver el asunto con otras manos más baratas.

—¡Braaak! ¡Ghaaa—braaak! —gritó de pronto Clococo, arrancando violentos aplausos por su nueva imitación de los sonidos de un animal. Geralt no sabía de cuál, pero no le gustaría tener que encontrarse alguna vez con algo como eso. Volvió la cabeza, observando tranquilamente la mirada virulenta y verde de la reina. Drogodar, con la cabeza baja y la faz invisible detrás de la cortina de cabellos grises que caían sobre las manos y sobre el instrumento, rasgueó bajito el laúd.

—Ah, Geralt —dijo Calanthe, prohibiendo con un gesto a los pajes que volvieran a llenar su copa—. Yo hablo y tú callas. Estamos en un banquete, todos se quieren divertir. Diviérteme. Empiezo a echar de menos tus aceradas advertencias y tus imaginativos comentarios. Estarían bien también uno o dos cumplidos, alabanzas y ofertas de servicio. En el orden que prefieras.

—Reina —afirmó el brujo—, sin duda soy un invitado poco interesante. No puedo dejar de asombrarme de que justo a mí me hayas hecho el honor de ocupar este lugar. Hubiera sido posible sentar aquí a una persona mucho más adecuada. A cualquiera que desearas. Bastaría con ordenárselo a alguien o comprar a alguien. Es sólo una cuestión de precio.

—Habla, habla. —Calanthe inclinó la cabeza hacia atrás, entrecerró los ojos, dando a los labios la forma de una hermosa sonrisa.

—Por ello estoy asombrado y orgulloso de que sea justo yo quien se siente junto a la reina Calanthe de Cintra, a cuya belleza sólo supera su inteligencia. También considero un gran honor el que la reina haya oído hablar de mí y de que, a causa de lo que escuchara, no quiera utilizarme para tan banales asuntos. El invierno pasado el príncipe Hrobarik, que no es tan benévolo, intentó contratarme para que le encontrara a una hermosa doncella que, harta de sus vulgares requiebros, se escapó del baile y perdió una zapatilla. Me fue difícil convencerle de que para eso le era preciso un buen cazador y no un brujo.

La reina escuchaba con una sonrisa enigmática.

—También otros gobernantes, menos dotados que tú, doña Calanthe, en lo relativo a inteligencia, no se guardaron de proponerme tareas banales. Por lo general se trataba de privar banalmente de su vida a un hijastro, padrastro, madrastra, tío, tía, es difícil contarlos a todos. Alguno opinaba que sólo era cuestión de precio.

La sonrisa de la reina podía significar cualquier cosa.

—Repito, pues —Geralt inclinó la cabeza ligeramente—, que no quepo en mí de orgullo por poder sentarme junto a ti, señora. El orgullo significa muchísimo para nosotros, los brujos. No podrías creer cuánto, reina. Cierto gobernante hirió una vez el orgullo de un brujo con una proposición de trabajo que no concordaba con el honor ni con el código de los brujos. Aún más, no aceptando la cortés negativa del brujo, quiso impedirle que saliera de su castillo. Todos los que comentaron después lo sucedido estuvieron de acuerdo en afirmar que no fue aquélla la mejor de las ideas del gobernante.

—Geralt —dijo Calanthe después al cabo de un rato de silencio—. Te has equivocado. Eres un invitado muy interesante.

Clococo, con los bigotes y el cuello del caftán manchado de espuma de cerveza, alzó la cabeza y aulló penetrantemente en una imitación muy bien conseguida de un lobo en época de celo. Los perros del patio y de los alrededores respondieron con aullidos.

Uno de los hermanos Strept, quizás Cargamontes, trazó con un dedo manchado de cerveza una gruesa línea junto a la formación dibujada por Crach an Craite.

—¡Error e ineficacia! —gritó—. ¡No habría que haber hecho eso! ¡Aquí, por el ala, habría que haber dirigido la caballería, y atacar en el flanco!

—¡Ja! —mugió Crach an Craite, tomando el hueso de la mesa y

salpicando en la cara y la túnica de los invitados con gotas de salsa—. ¿Y debilitar el centro? ¡La posición clave! ¡Absurdo!

—¡Sólo un ciego o un loco no usa de esa maniobra en tal situación!

—¡Así es! ¡Cierto! —gritó Windhalm de Attre.

—¿Quién te preguntó, idiota?

—¡Idiota tú!

—¡Cierra el pico, que te doy con este hueso!

—Siéntate y calla, Crach —dijo Eist Tuirseach, interrumpiendo su conversación con Vissegerd—. Basta ya de estas discusiones. ¡Eh, don Drogodar! ¡Una pena vuestro talento! Por desgracia, es necesaria mucha concentración y atención para escuchar vuestras hermosas, si bien demasiado bajas, notas. ¡Draig Bon-Dhu, deja de engullir y de sorber! No impones a nadie en esta mesa ni con lo uno ni con lo otro. Agarra pues tu cornamusa y alegra nuestros oídos con música de verdad, guerrera. ¡Con tu permiso, noble Calanthe!

—Ay, madre mía —susurró la reina a Geralt, alzando un momento la vista al techo en muda resignación. Pero asintió afirmativamente, sonriendo de un modo natural y benevolente.

—Draig Bon-Dhu —dijo Eist—. ¡Tócanos la canción de la batalla de Chociebuz! ¡Ésta no nos causará la menor duda en punto a las decisiones tácticas del comandante! ¡Ni en torno a quién se cubrió allí de gloria eterna! ¡Salud a la heroica Calanthe de Cintra!

—¡Salud! ¡Gloria! —gritaron los invitados, alzando copas y vasos de barro.

La gaita de Draig Bon-Dhu expulsó un zumbido malévolo que luego se convirtió en un gemido terrible, prolongado, modulado. Los comensales recibieron la canción siguiendo el ritmo, es decir, golpeando en la mesa con lo que tuvieran a mano. Clococo clavó una mirada ávida en el fuelle de piel de cabra, seguramente enfrascado en el pensamiento de añadir a su repertorio alguno de los molestos tonos salidos de su interior.

—Chociebuz —dijo Calanthe, mirando a Geralt—, mi primera batalla. Aunque temo provocar el enojo y el desprecio del orgulloso brujo, te confesaré que entonces nos peleamos por dinero. El enemigo quemó una aldea que nos pagaba tributo y nosotros, insaciables y rapaces, en vez de permitírselo, salimos al campo. Un motivo banal, una batalla banal y banales también los tres mil cadáveres devorados por los cuervos. Y mírame, en vez de avergonzarme, estoy sentada, orgullosa como un pavo,

porque se canta una canción sobre mí. Incluso aunque sea con el acompañamiento de una música tan horrible y tan bárbara.

De nuevo plantó en su cara la parodia de una sonrisa, llena de felicidad y benevolencia, alzando una jarra vacía para contestar a los brindis que provenían de toda la mesa. Geralt se mantenía en silencio.

—Continuemos. —Calanthe tomó el muslo de faisán que le ofrecía Drogodar y comenzó a morderlo con zalamería—. Como te dije, has despertado mi interés. Me dijeron que vosotros, los brujos, sois una casta interesante. No me lo creí entonces, pero ahora lo creo. Al golpearos emitís un sonido que atestigua que se os forjó de acero y no de excremento de pájaro. No cambia esto, sin embargo, el hecho de que estás aquí para realizar una tarea. Y la realizarás sin dártelas de listo.

Geralt no adoptó una sonrisa siniestra ni de desprecio aunque tenía muchas ganas. Continuó en silencio.

—Pensaba —murmulló la reina, haciendo como que dedicaba toda su atención exclusivamente al muslo de faisán— que ibas a decir algo. O que te sonreirías. ¿No? Mejor. ¿Puedo considerar cerrado nuestro trato?

—Una tarea que no está clara —habló con sequedad el brujo— no se puede realizar claramente, reina.

—¿Qué es lo que hay aquí que no está claro? Al fin y al cabo te diste cuenta de todo enseguida. Cierto que tengo planes en lo tocante a establecer una alianza con Skellige y en cuanto al matrimonio de mi hija Pavetta. Tampoco te has equivocado al suponer que estos planes están amenazados, y tampoco en que te necesito para eliminar esta amenaza. Pero aquí se terminó tu perspicacia. La suposición de que equivoco tu oficio con la profesión de esbirro a sueldo me ha herido. Acepta, Geralt, que me cuento entre los pocos gobernantes que saben de qué se ocupan los brujos y para qué se les puede contratar. Por otra parte, alguien que mata personas tan hábilmente como tú, aunque no sea por dinero, no debiera asombrarse de que tanta gente le impute profesionalismo en este campo. Tu fama te precede, Geralt, y es más sonora que la maldita gaita de Draig Bon-Dhu. Y de igual modo hay en ella pocas notas agradables.

El gaitero, aunque no podía haber escuchado las palabras de la reina, terminó su concierto. Los comensales le premiaron con una ovación sonora y caótica, después de la cual, con nuevo apasionamiento, se dedicaron a la destrucción de existencias de comida y bebida, a rememorar el discurrir de diversas batallas y a hacer poco corteses bromas acerca de las mujeres.

Clococo emitió unos fuertes sonidos pero no era posible saber si se trataba de otra imitación de un nuevo animal o del intento de aligerar sus repletas tripas.

Eist Tuirseach se inclinó al otro lado de la mesa.

—Reina —dijo—, existen con toda seguridad importantes razones para que tengas que ofrecer toda tu atención exclusivamente al señor de Cuatrocuernos, pero ha llegado la hora de que contemplemos a la princesa Pavetta. ¿A qué esperamos? No creo que sea a que Crach an Craite se emborrache. Y ese momento está cerca.

—Tienes razón, como siempre, Eist. —Calanthe sonrió con calidez. Geralt no dejaba de asombrarse de cuán rico era el arsenal de sus sonrisas —. Cierto es que tengo que hablar con el noble Ravix de asuntos en extremo importantes. No temas, también a ti te dedicaré tiempo. Pero conoces mi lema: primero el deber, luego el placer. ¡Don Haxo!

Levantó la mano, le asintió al alcaide. Haxo se levantó sin una palabra y corrió con rapidez por las escaleras, desapareciendo en la oscuridad de la galería. La reina se volvió de nuevo al brujo.

—¿Has oído? Hablamos demasiado tiempo. Si Pavetta ha terminado ya de hacer melindres delante del espejo, estará aquí enseguida. Abre bien las orejas, porque no voy a repetirlo. Quiero conseguir lo que he planeado, que es lo que tú, en cierta medida, adivinaste. No puede haber ninguna otra solución. En cuanto a ti, tienes la posibilidad de elegir. Puedes ser obligado a actuar a mis órdenes... No considero necesario referirme a las consecuencias de la desobediencia. Pero la obediencia, se entiende, será recompensada con honor. O puedes realizar para mí un servicio pagado. Fíjate que no he dicho: «Puedo comprarte», porque he decidido no herir tu orgullo de brujo. ¿Verdad que es una diferencia enorme?

—La enormidad de esta diferencia se escapa de algún modo a mi atención.

—Haz entonces un esfuerzo de atención cuando te hablo. La diferencia, querido mío, estriba en que al que se compra se le paga a capricho, mientras que el que ofrece sus servicios establece él mismo el precio. ¿Está claro?

—En cierta medida. Pongamos pues que elijo la forma de servicios pagados. Creo que debiera al menos saber en qué ha de consistir este servicio.

—No, no debieras. Una orden debe ser concreta e inequívoca. Un

servicio de pago es otra cosa. Me interesa el efecto. Nada más. Los medios con que lo realizas son asunto tuyo.

Geralt, al levantar la cabeza, encontró la oscura y aguda mirada de Myszowor. El druida de Skellige, sin apartar la vista del brujo, mordisqueó como pensativo un pedazo de pan que tenía en la mano, dejando caer unas migas. Geralt miró hacia abajo. Delante de él, sobre la mesa de roble, unos granos de cereales y los rojizos fragmentos del caparazón del cangrejo se movieron rápidos como hormigas. Formaron unas runas. Las runas se unieron —por un momento— en palabras. En una pregunta.

Myszowor esperaba, sin apartar de él la vista. Geralt, apenas perceptible, asintió con la cabeza. El druida bajó los párpados y limpió las migas de la mesa con un rostro pétreo.

—¡Nobles señores! —gritó el heraldo—. ¡Pavetta de Cintra!

Los invitados se alzaron, volviendo la cabeza en dirección a las escaleras.

Seguida por el alcaide y un paje rubio vestido con un jubón escarlata, la princesa entró con lentitud, manteniendo la cabeza baja. Tenía los cabellos del mismo color que su madre, gris ceniza, pero los llevaba en forma de dos largas trenzas que alcanzaban hasta más abajo de la cintura. Aparte de la pequeña diadema con una gema artísticamente elaborada y un cinturón con una diminuta cadena de oro, que ceñía a las caderas un largo traje azul plateado, Pavetta no llevaba ningún adorno.

Escoltada por el paje, el heraldo, el alcaide y Vissegerd, la princesa ocupó la silla libre entre Drogodar y Eist Tuirseach. El caballero de las islas se ocupó inmediatamente de su copa y la entretuvo con su conversación. Geralt no alcanzaba a ver si le respondía con más de una palabra. Mantuvo los ojos bajos, ocultos por larguísimas pestañas, todo el tiempo, incluso durante los ruidosos brindis que se le dirigieron desde distintos puntos de la mesa. Sin duda, su belleza había causado impresión en los comensales: Crach an Craite dejó de gritar y miraba en silencio a Pavetta, olvidando incluso su jarra de cerveza. Windhalm de Attre también devoraba a la princesa con la mirada, su tez intercambiaba distintos niveles de rojo, como si sólo unos granos de arena en la clepsidra le separaran de arrastrarse por el suelo. Con sospechosa atención estudiaban también la pequeña faz de la muchacha los hermanos Strept y Clococo.

—Ajá —dijo en voz baja Calanthe, claramente satisfecha del efecto—. ¿Y qué dices, Geralt? La muchacha sale a la madre, sin falsa modestia.

Hasta me da un poco de pena ese tarugo pelirrojo de Crach. Toda mi esperanza es que de ese cachorro salga alguien de la clase de Eist Tuirseach. Al fin y al cabo es la misma sangre. ¿Me escuchas, Geralt? Cintra ha de aliarse con Skellige porque lo requiere el interés de estado. Mi hija ha de casarse con la persona adecuada porque es mi hija. Justo éste es el resultado que me has de conseguir.

—¿Cómo tengo que conseguirlo? ¿No basta tu voluntad, reina, para que esto sea así?

—El asunto puede torcerse de tal modo que no baste.

—¿Qué puede ser más fuerte que tu voluntad?

—El destino.

—Ajá. Y por eso yo, un pobre brujo, he de plantarle cara a un destino más fuerte que la voluntad real, ¡Un brujo luchando contra el destino! Vaya una ironía.

—¿Cuál es esa ironía?

—Casi nada. Reina, parece que ese servicio al que te refieres ronda lo imposible.

—Si rondara con lo posible —refunfuñó Calanthe desde detrás de unos labios sonrientes—, me las arreglaría yo sola y no necesitaría al famoso Geralt de Rivia. Deja de hacerte el listo. Todo se puede arreglar, sólo es cuestión de precio. Al diablo, en tu lista de precios brujeriles debe de figurar el precio para aquello que ronda lo imposible. Me imagino que no será barato. Consígueme el resultado del que te he hablado y te daré lo que me pidas.

—¿Cómo has dicho, reina?

—Te daré lo que me pidas. No me gusta que nadie me mande repetir algo. Estoy dándole vueltas, brujo: ¿antes de cada trabajo al que te dispones intentas siempre hacer desistir al cliente igual que a mí? El tiempo vuela. Contesta, ¿sí o no?

—Sí.

—Mejor. Mejor, Geralt. Tus respuestas están cada vez más cerca del ideal, cada vez recuerdan más a lo que espero cuando planteo una pregunta. Y ahora alza discretamente la mano izquierda y toca en la base de mi trono.

Geralt introdujo la mano bajo la tela azul y amarilla. Casi al momento dio con una espada, que yacía apoyada en el cordobán de la base. Una espada que conocía muy bien.

—Reina —habló en voz baja—, dejando aparte lo que dije antes acerca

de matar a seres humanos, te das cuenta por supuesto de que contra el destino no basta la espada.

—Me doy cuenta. —Calanthe volvió la cabeza—. Pero todavía es necesario un brujo que sostenga en la mano el pomo de una espada. Como ves, me he ocupado de ello.

—Reina...

—Ni una palabra más, Geralt. Ya conspiramos durante demasiado tiempo. Nos miran, y Eist se está enfadando. Habla durante un rato con el alcaide. Come algo, bebe. Pero no demasiado. Quiero que tengas la mano firme.

Hizo caso. La reina se unió a la conversación que estaban llevando Eist, Vissegerd y Myszowor, bajo la silenciosa y somnolienta participación de Pavetta. Drogodar soltó el laúd y recuperó su atraso en la comida. Haxo no estaba muy conversador. El voievoda de nombre difícil de recordar, al que por lo visto le sonaban de algo los problemas y asuntos de Cuatrocuernos, preguntó cortésmente si parían bien las yeguas. Geralt respondió que sí, que bastante mejor que los sementales. No estuvo seguro de si la broma había sido bien recibida. El voievoda no preguntó nada más.

Los ojos de Myszowor aún buscaban contacto con los ojos del brujo, pero las migas en la mesa no se movieron más.

Crach an Craite se fue haciendo poco a poco amigo de dos de los hermanos Strept. El tercero, el más joven, ya no era de mucho uso después de la apuesta que le había hecho Draig Bon-Dhu de intentar mantener su tempo de bebida. El skald parecía haber salido de la prueba sin el más mínimo perjuicio.

Los condes más jóvenes y menos importantes, que estaban reunidos al fondo de la mesa, ligeramente achispados, malentonaron una famosa canción sobre una cabritilla cornuda y una vengativa abuelilla privada de sentido del humor.

Un paje de cabello rizado y el capitán de la guardia vestido con los colores amarillo y azul de Cintra se acercaron apresuradamente a Vissegerd. El mariscal, con el ceño fruncido, escuchó la noticia, se levantó, se puso delante del trono y, agachándose, murmuró algo a la reina. Calanthe miró con rapidez a Geralt, respondió con brevedad, con una sola palabra. Vissegerd se inclinó aún más, susurró, la reina le miró con sequedad, sin decir nada apretó la mano abierta sobre la base del trono. El mariscal se inclinó, pasó la orden al capitán de la guardia. Geralt no

escuchó la orden. Vio sin embargo que Myszowor se movía intranquilo y miraba a Pavetta. La princesa se sentaba inmóvil, con la cabeza baja.

En la sala resonaron unos pasos pesados, metálicos, alzándose por encima del murmullo de la mesa. Todos levantaron las cabezas y las volvieron.

La figura que se acercaba estaba vestida con una armadura de placas de hierro combinadas con cuero envuelto en cera. Una envejecida coraza azul y negra, abombada, granulosa, estaba embutida en el faldar, una especie de delantal segmentado y corto, que le protegía los muslos. Unas hombreras acorazadas estaban erizadas de afiladas púas de acero, lo mismo que la visera, con una rejilla muy densa, modelada en forma de morro de perro, que estaba llena de púas como la cáscara de una castaña.

Chirriando y craqueando, el extraño personaje se acercó a la mesa, permaneciendo inmóvil frente al trono.

—Venerable reina, nobles señores —dijo desde detrás de la visera del yelmo, al tiempo que se inclinaba torpemente—. Perdonad que interfiera en el banquete. Me llamo Erizo de Erlenwald.

—Seas bienvenido, Erizo de Erlenwald —dijo lentamente Calanthe—. Siéntate a la mesa. En Cintra nos alegramos de cada huésped.

—Gracias, reina. —Erizo de Erlenwald se inclinó otra vez, se tocó el pecho con el puño dentro del guantelete metálico—. Sin embargo, no vengo a Cintra como huésped, sino por un asunto importante y que no admite dilación. Si la reina Calanthe me lo permite, expondré este asunto inmediatamente para no haceros perder más tiempo.

—Erizo de Erlenwald —dijo la reina con sequedad—. Tu loable preocupación por nuestro tiempo no justifica tu falta de respeto. Y como tal considero el que me hables a través de ese harnero de metal. Quítate el yelmo. Soportaremos de alguna manera la pérdida de tiempo que te produce esta acción.

—Mi rostro, reina, debe mantenerse cubierto de momento. Con tu permiso.

Entre los allí reunidos se alzaron murmullos de cólera, susurros, acentuados acá y allá por maldiciones ahogadas entre los dientes. Myszowor, agachando la cabeza, movió mudo los labios. El brujo percibió cómo un hechizo electrizaba el aire durante un segundo y cómo se removía su medallón. Calanthe miró a Erizo, entrecerrando los ojos, golpeteó con los dedos sobre los brazos de su trono.

—Te lo permito —dijo por fin—. Quisiera creer que el motivo que te impulsa es suficientemente importante. Di entonces qué es lo que te ha traído hasta aquí, Erizo sin rostro.

—Gracias por tu permiso —dijo el intruso—. Aunque no pueda cambiar tu juicio de que se trata de una falta de respeto, te explicaré que se debe a un voto de caballero. No me está permitido mostrar mi rostro antes de la medianoche.

La reina aceptó la explicación con un leve movimiento de la mano. Erizo avanzó, haciendo chirriar la armadura.

—Hace unos quince años —proclamó en voz alta—, tu esposo, doña Calanthe, el rey Roegner, se perdió durante una cacería en Erlenwald. Vagando por los senderos, se cayó con el caballo por un barranco y se rompió una pierna. Yació tendido en el fondo de la garganta y pidió ayuda a grandes voces, pero sólo le respondieron el silbido de la víbora y el aullido cada vez más cercano de los lobisomes. Hubiera muerto indefectiblemente si no se le hubiera proporcionado ayuda.

—Sé que fue así —afirmó la reina—. Y si tú lo sabes, imagino que fuiste tú quien le proporcionó esa ayuda.

—Sí. Sólo gracias a mí pudo volver sano y salvo al castillo. A ti, señora.

—Te debo por ello agradecimiento, Erizo de Erlenwald. Mi agradecimiento no disminuye por el hecho de que Roegner, señor de mi corazón y de mi cama, haya dejado ya este mundo. Sería feliz de preguntarte en qué forma podría mostrarte mi agradecimiento; temo sin embargo que a un noble caballero, que hace votos de caballero y que se guía en todos sus actos por las leyes de la caballería, tal pregunta podría resultarle ofensiva. Apostaría por otro lado a que la ayuda que le prestaste no fue desinteresada.

—Bien sabes, reina, que no fue desinteresada. Sabes también que vengo a por la recompensa que el rey me prometió por salvarle la vida.

—¿Ah, sí? —Calanthe sonrió pero en sus ojos brillaban llamitas verdes —. Te encontraste a un rey en el fondo de un barranco, desarmado, herido, abandonado como presa para víboras y monstruos. ¿Y sólo cuando él te prometió una recompensa le ofreciste ayuda? ¿Y si no hubiese querido o podido prometerte una recompensa, le hubieras dejado allí y yo no hubiera sabido hasta hoy dónde blanquean sus huesos al sol? Ah, qué noble. Sin duda, tu proceder se atuvo entonces a algún curioso voto caballeresco.

El murmullo entre los comensales creció.

—¿Y hoy vienes a por tu recompensa, Erizo? —continuó la reina, adoptando una sonrisa cada vez más siniestra—. ¿Quince años después? ¿Cuentas con los intereses de la cantidad que se hayan acumulado durante este tiempo? Esto no es un banco de enanos, Erizo. ¿Dices que la recompensa te la prometió Roegner? Vaya, va a ser difícil traerlo aquí para te pague. Será más fácil mandarte a ti con él, al otro mundo. Allí podéis arreglároslas, quién le debe qué a quién. Amaba demasiado a mi marido, Erizo, para dejar de pensar en que podría haberlo perdido entonces, hace quince años, si no hubiera querido regatear contigo. Pensar en ello me despierta escasos sentimientos de simpatía hacia tu persona. Intruso enmascarado, ¿sabes acaso que en este momento, aquí, en Cintra, en mi castillo y en mi poder, estás tan impotente y cercano a la muerte como Roegner entonces, en la garganta? ¿Qué me propones, qué precio, qué recompensa, si te prometo que saldrás de aquí vivo?

El medallón en el cuello de Geralt tembló, vibró. El brujo echó una rápida mirada a Myszowor, encontró su penetrante mirada, visiblemente inquieta. Agitó leve la cabeza, alzó las cejas en señal de interrogación. El druida negó también, con un movimiento apenas perceptible de la ensortijada barba señaló a Erizo. Geralt no estaba seguro.

—Tus palabras, reina —habló Erizo—, sólo van dirigidas a asustarme. Y a producir en los nobles caballeros aquí reunidos sentimientos de rabia. Y desprecio en tu hermosa hija Pavetta. Y, sobre todo, tus palabras no son ciertas. ¡Bien lo sabes!

—En otras palabras, miento como un perro. —En los labios de Calanthe apareció un gesto poco hermoso.

—Bien sabes, reina —continuó inmutable el intruso—, lo que sucedió entonces en Erlenwald. Sabes que salvé a Roegner yo mismo, por propia voluntad, que él juró darme lo que le pidiera. ¡Pongo a todos por testigos de lo que ahora voy a decir! Cuando el rey, salvado de su malaventura, ya en las cercanías de su séquito, preguntó por segunda vez qué es lo que yo quería, le respondí. Le pedí que me prometiera que me daría lo que dejó en su casa, de lo que no sabía y no se esperaba. Y el rey juró que así sería. Y al volver al castillo te encontró a ti, Calanthe, en la cuarentena después del parto. Sí, reina, he esperado estos quince años, y los réditos de mi recompensa han crecido. ¡Hoy, cuando contemplo a la hermosa Pavetta, veo que ha merecido la pena la espera! ¡Señores y caballeros! Algunos de

vosotros vinisteis a Cintra para pretender a la mano de la princesa. Os anuncio que vinisteis para nada. Desde el día de su nacimiento, por la fuerza del juramento real, la hermosa Pavetta me pertenece.

Entre los comensales estalló una barahúnda. Uno gritó, otro maldijo, un tercero dio un puñetazo a la mesa, tirando la vajilla. Cargamontes de Strept sacó el cuchillo del asado de carnero y lo blandió en el aire. Crach an Craite, inclinado, intentaba ver si era capaz de arrancar un palo de las patas de la mesa.

—¡Esto es increíble! —gritó Vissegerd—. ¿Qué pruebas tienes? ¡Las pruebas!

—¡El rostro de la reina —dijo Erizo en alta voz, apuntando con el dedo del guante metálico— es la mejor prueba!

Pavetta estaba sentada, inmóvil, sin alzar la cabeza. En el ambiente se estaba fraguando algo muy extraño. El medallón del brujo se agitaba en su cadena, por debajo del jubón. Vio cómo la reina con un gesto llamó al paje que estaba de pie a su lado y con un susurro le daba una corta orden. Geralt no pudo escucharla. Sin embargo, le dio qué pensar la sorpresa que se dibujó en el rostro del joven y el hecho de que la orden hubo de ser repetida. El paje corrió hacia la salida.

El tumulto en la mesa no desaparecía. Eist Tuirseach se volvió a la reina.

—Calanthe —dijo, tranquilo—. ¿Dice la verdad?

—E incluso si así fuera —rezongó la reina, mordiéndose los labios y tirando de la cinta verde de su hombro—, ¿qué?

—Si dice la verdad —Eist frunció el entrecejo—, habrá que mantener la promesa.

—¿Ciertamente?

—¿He de entender —preguntó siniestro el isleño— que tratas todas tus promesas de la misma forma? ¿Incluida la que tan bien se quedó grabada en mi mente?

Geralt, quien no se había imaginado que fuera posible contemplar a Calanthe por completo ruborizada, con los ojos húmedos y los labios temblorosos, se quedó sorprendido.

—Eist —susurró la reina—. Eso es otra cosa...

—¿Ciertamente?

—¡Ah, tú, hijo de una perra! —gritó inesperadamente Crach an Craite, alzándose de la mesa—. ¡Al último idiota que dijo que hice algo para nada

lo devoraron los cangrejos en el fondo del golfo de Allenker! ¡No vine en mi barco aquí desde Skellige sólo para volver con las manos vacías! ¡Apareció la competencia, tú, hideputa! ¡Venga, que alguien me traiga mi espada y dadle una también a ese bolato! Ahora vamos a ver quién...

—¿No podrías cerrar el pico, Crach? —dijo acre Eist, apoyando ambos puños sobre la mesa—. ¡Draig Bon-Dhu! ¡Te hago responsable del comportamiento del sobrino del rey!

—¿También a mí me harás callar, Tuirseach? —gritó Rainfarn de Attre levantándose—. ¿Quién se atreve a impedirme lavar en sangre la ofensa que se le ha causado a mi príncipe? ¡Y a su hijo Windhalm, el único que es digno de la mano y el lecho de Pavetta! ¡Dadme una espada! ¡Aquí y ahora le enseñaré a ese Erizo, o como se llame, de qué forma vengamos nosotros en Attre tales ofensas! Será interesante ver si habrá alguien que sea capaz de impedírmelo.

—Por supuesto que sí. Por consideración a las buenas maneras —dijo con tranquilidad Eist Tuirseach—. No se deben entablar aquí pendencias ni retar a nadie sin obtener primero el permiso de la señora de la casa. ¿Qué es esto, acaso la sala del trono de Cintra es una taberna, donde puede uno zurrarse y tirar de cuchillo si le viene en gana?

Todos comenzaron de nuevo a gritar, uno por encima del otro, a echar sapos y gusarapos y a agitar los brazos. El barullo enmudeció de pronto como cortado por un cuchillo cuando en la sala se oyeron de pronto unos cortos y rabiosos gritos de bisonte enfurecido.

—Sí —dijo Clococo, aclarándose la voz y levantándose de la silla—, Eist se equivocó. Esto ya no es siquiera una taberna. Esto es algo más parecido a una casa de fieras y por eso hasta un bisonte está en su sitio. Venerable Calanthe, permite que exprese mi parecer acerca del problema que aquí tenemos.

—Muchas personas, por lo que veo —dijo espaciadamente Calanthe—, tienen sus propios pareceres acerca de este problema y los expresan, incluso sin mi permiso. Me extraña que no os interesen los míos. Según mi parecer, antes se me caerá este maldito castillo sobre la cabeza que darle Pavetta a este engendro. No tengo ni la más mínima intención...

—La promesa de Roegner... —comenzó Erizo, pero la reina le interrumpió inmediatamente golpeando furiosamente contra la mesa con una copa de oro.

—¡La promesa de Roegner me importa tanto como la nieve del invierno

pasado! Y en cuanto a ti, Erizo, todavía no he decidido si permitiré a Crach o a Rainfarn encontrarse contigo en el campo de honor o si simplemente te mandaré ahorcar. ¡Interrumpiéndome cuando hablo influyes en un grado elevado en mi decisión final!

Geralt, aún intranquilo por la vibración del medallón, recorría con la mirada la sala cuando encontró de pronto los ojos de Pavetta, verde esmeralda como los de su madre. La princesa no los ocultaba ya bajo sus largos rizos: los dirigía de Myszowor al brujo sin desviar su atención a otros. Myszowor se removió, encorvado, murmuró algo.

Clococo, aún de pié, carraspeó.

—Habla —afirmó la reina—. Pero al grano y lo más corto posible.

—A la orden, reina. ¡Hermosa Calanthe y vos, caballeros! Cierto que extraña fue la petición que le hiciera Erizo de Erlenwald al rey Roegner y extraña la recompensa que pidiera, cuando el rey le declaró que satisfaría cualquier deseo. Pero no hagamos de ver que no hemos oído hablar de tales demandas, de algo tan viejo como la humanidad, como es el Derecho de la Sorpresa. Del precio que puede exigir aquél que salva la vida a otro que se encuentra en una situación, diríamos, sin esperanza. «Me darás aquello que salga primero a saludarte cuando llegues». Digamos que esto puede ser un perro, el alabardero de la puerta, incluso la suegra, impaciente por malmeter al yerno que regresa a casa. O bien: «Me darás aquello que encuentres en casa y que no te esperas». Después de un largo viaje, nobles señores, y de un regreso inesperado, lo más seguro es que esto sea el querido de tu mujer en tu propia cama. Pero a veces resulta que se trata de un niño. Un niño señalado por el destino.

—Resume, Clococo —frunció el ceño Calanthe.

—A la orden. ¡Señores! ¿Acaso no habéis oído hablar de los niños señalados por el destino? ¿Acaso al legendario héroe Zatret Voruta no le dieron, siendo niño, a los enanos, porque fue él el primero a quién encontró su padre cuando regresaba a la fortaleza? ¿Y el Loco Deï, quien obtuvo durante el viaje aquello que dejó en casa y de cuya existencia no sabía? Esa sorpresa era el famoso Supree, quien, más tarde, liberó al Loco Deï del hechizo que se cernía sobre él. Recordad también a Zivelena, la cual se convirtió en reina de Metinna gracias a la ayuda del gnomo Rumplestelt y a cambio le prometió su primer hijo. Zivelena no mantuvo su promesa cuando Rumplestelt acudió a por la recompensa, le obligó a huir a base de hechizos. Poco tiempo después ella y el niño murieron de una peste. ¡No se

juega impunemente con el destino!

—No me asustas, Clococo —se enojó la reina—. Se acerca la medianoche, la hora de los miedos. ¿Recuerdas alguna leyenda más de tu sin duda difícil infancia? Si no, siéntate.

—Ruego me permitáis la gracia —el barón retorció sus largos bigotes— de poder estar de pie un poco más. Querría recordar a todos una leyenda más. Es una antigua y olvidada leyenda, creo que todos la oímos durante nuestras difíciles infancias. En esta leyenda los reyes mantenían sus promesas. Y a nosotros, pobres vasallos, no nos une con el rey más que la palabra real: en ella se basan tratados, alianzas, nuestros privilegios, nuestros feudos. ¿Y qué? ¿Vamos a tener que dudar de todo esto? ¿Dudar de la inmutabilidad de la palabra real? ¿Llegar a ver que signifique tanto como la nieve del invierno pasado? ¡A decir verdad, si esto ha de ser así, a nuestra niñez difícil le espera una vejez no menos difícil todavía!

—¿De que lado estás, Clococo? —gritó Rainfarn de Attre.

—¡Silencio! ¡Dejadle hablar!

—¡Este zopenco cacareador insulta a su majestad!

—¡El barón de Tigg tiene razón!

—Silencio —dijo Calanthe de pronto mientras se levantaba—. Permitidle terminad.

—Infinitas gracias —se inclinó Clococo—. Pero justo he terminado.

Se hizo el silencio, extraño después del tumulto que habían levantado las palabras del barón. Calanthe se levantó de nuevo. Geralt no pensaba que nadie aparte de él hubiera visto el temblor de la mano con la que se secó la frente.

—Señores míos —dijo por fin—, os merecéis una explicación. Sí, este... Erizo... dice la verdad. Ciertamente Roegner le prometió aquello que no se esperaba. Parece que nuestro llorado rey era más bien cateto en lo tocante a asuntos de mujeres y no sabía contar hasta nueve. Y a mí sólo me confesó la verdad cuando estaba en su lecho de muerte. Porque sabía lo que le hubiera hecho si me hubiera hablado antes de este juramento. Sabía de lo que es capaz una madre de cuyo hijo se dispone con tan poco seso.

Los caballeros y nobles callaron. Erizo estaba de pie, inmóvil como una estatua de acero breada de púas.

—Y Clococo —siguió Calanthe—, en fin, Clococo me recordó que no soy una madre, sino una reina. Está bien, entonces. Como reina, mañana convocaré al consejo. Cintra no es una tiranía. El consejo decidirá si el

juramento de un rey muerto ha de decidir la suerte de la heredera del trono. Se anunciará si habrá que dársela a ella y al trono de Cintra al intruso o si se procederá de acuerdo con los intereses del reino.

Calanthe se calló por un segundo, miró de reojo a Geralt.

—Y en lo que respecta a los nobles caballeros que han acudido a Cintra con la esperanza de la mano de la princesa... Sólo me queda expresar mi dolor por el cruel desprecio y menoscabo de su honor que aquí se les hace. Los absurdos que aquí se han descubierto. No soy yo la culpable de ello.

Entre el tumulto de voces que se alzó entre los invitados el brujo percibió el susurro de Eist Tuirseach.

—Por todos los dioses del mar —murmulló el isleño—. Esto no es justo. Esto es un claro llamamiento al derramamiento de sangre. Calanthe, simplemente les estás azuzando...

—Cállate, Eist —siseó con rabia la reina—. O me harás enojar.

Los ojos negros de Myszowor centellaron cuando el druida señaló con ellos a Rainfarn de Attre, que se preparaba para levantarse con una expresión terrible y furiosa. Geralt reaccionó al punto, se le adelantó, se levantó el primero, haciendo un fuerte ruido con la silla.

—Puede que no sea necesario convocar al consejo —dijo en alta y sonora voz.

Todos se callaron, mirándolo con asombro. Geralt sintió sobre él los ojos esmeralda de Pavetta, la mirada de Erizo desde detrás de las rejillas de su negra visera, percibió también la Fuerza acumulándose como las ondas de un diluvio, vibrando en el aire. Vio cómo bajo el influjo de esta Fuerza el humo de antorchas y candiles comenzaba a tomar formas fantásticas. Vio que Myszowor también lo veía. Y vio también que nadie más era capaz de verlo.

—He dicho —repitió con calma— que puede que no sea necesario convocar al consejo. ¿Entiendes lo que tengo en mente, Erizo de Erlenwald?

El caballero de las púas dio dos pasos craqueantes hacia el frente.

—Entiendo —dijo desde detrás de la cortina de su yelmo—. Sería tonto si no lo entendiera. He oído lo que dijo hace un momento nuestra noble y piadosa señora Calanthe. Ha encontrado un modo excelente para librarse de mí. ¡Acepto tu reto, caballero desconocido!

—No recuerdo —dijo Geralt— que te haya retado. No tengo intenciones de batirme en duelo contigo, Erizo de Erlenwald.

—¡Geralt! —gritó Calanthe, torciendo el gesto y olvidando titular al brujo como «noble Ravix»—. ¡No tires demasiado de la cuerda! ¡No pongas a prueba mi paciencia!

—Ni la mía —añadió Rainfarn con enojo. Sin embargo, Crach an Craite sólo refunfuñó. Eist Tuirseach le mostró el puño cerrado en un gesto elocuente. Crach refunfuñó en voz aún más alta.

—Todos han escuchado —habló Geralt— cómo el barón de Tigg nos narraba las historias de famosos héroes separados de sus padres por la fuerza de tales juramentos como el que Erizo le forzó al rey Roegner. ¿Por qué, sin embargo, con qué objetivo, alguien exige tales juramentos? Tú conoces la respuesta, Erizo de Erlenwald. Ese juramento es capaz de crear un potente e indestructible lazo de destino entre el que lo exige y el objeto de ello, la criatura de la sorpresa. Tal niño, señalado por la suerte ciega, puede estar destinado a cosas extraordinarias. Puede ser capaz de jugar un papel increíblemente importante en la vida de aquél al que le liga su destino. Justo por ello, Erizo, le exigiste a Roegner el precio que hoy reclamas. Tú no quieres el trono de Cintra. Quieres llevarte a la princesa.

—Es justo así como dices, caballero desconocido. —Erizo se echó a reír—. ¡Eso es lo que reclamo! ¡Dadme aquélla que es mi destino!

—Eso —dijo Geralt— habrá que probarlo.

—¿Te atreves a dudar de ello? ¿Después de que la reina haya confirmado mis palabras? ¿Después de lo que tú mismo dijeras hace un momento?

—Sí. Porque no nos lo has contado todo. Roegner, Erizo, conocía la fuerza del Derecho de la Sorpresa y el peso del juramento que hizo. Y lo hizo porque sabía que el derecho y la costumbre tienen el poder de proteger tales juramentos. Vigilando para que se cumplan sólo cuando lo confirme la fuerza del destino. Sabes, Erizo, que de momento no tienes ningún derecho a la princesa. Lo conquistarás sólo después de que...

—¿De qué?

—De que la princesa misma acceda a irse contigo. Así lo dispone el Derecho de la Sorpresa. Es la conformidad del niño, no de los padres, lo que confirma el juramento y prueba que el niño nació verdaderamente bajo la sombra del destino. Por eso volviste después de quince años, Erizo. Ésta fue la condición que te impuso el rey Roegner después de jurar.

—¿Quién eres?

—Me llamo Geralt de Rivia.

—¿Quién eres, Geralt de Rivia, que quieres presentarte como una autoridad en cuestiones de derechos y costumbres?

—Él conoce este derecho mejor que nadie —dijo ronco Myszowor— porque a él se lo aplicaron hace tiempo. A él le arrancaron de la casa de sus padres porque era aquél cuyo padre no se esperaba encontrarlo a su regreso. Porque estaba destinado a algo distinto. Y por la fuerza del destino llegó a ser lo que es.

—¿Y qué es?

—Brujo.

En el silencio que se hizo golpeó la campana del cuerpo de guardia, anunciando la medianoche con acento siniestro. Todos se estremecieron y alzaron las cabezas. Myszowor, mirando a Geralt, hizo un gesto extraño y sorprendido. Pero el más visiblemente sobrecogido e intranquilo era Erizo. Las manos en los guantes de la armadura le cayeron sin fuerza a los lados, el yelmo se balanceó inseguro.

Una extraña y desconocida Fuerza, invadiendo la sala como una nube de niebla, se hizo violentamente densa.

—Es cierto —dijo Calanthe—. Geralt de Rivia, aquí presente, es brujo. La suya es una profesión que digna es de respeto y aprecio. Se sacrificó para protegernos de monstruos y pesadillas que pueblan la noche, creados por fuerzas enemigas y perjudiciales para los humanos. Él mata a todos los engendros y fenómenos que nos acechan en bosques y despoblados. También a aquéllos que tienen la osadía de entrar en nuestras moradas.

Erizo se mantenía en silencio.

—Y después de esto —siguió la reina, alzando una mano llena de anillos—, que se realice la ley, que se verifique el juramento cuyo cumplimiento reclamas, Erizo de Erlenwald. Ha sonado la medianoche. Tu voto ya no te obliga. Quítate el yelmo. Antes de que mi hija declare su voluntad, antes de que decida sobre su destino, que vea tu rostro. Todos deseamos ver tu rostro.

Erizo de Erlenwald alzó lentamente la mano, desató la sujeción del yelmo, se lo quitó, asiéndolo del cuerno de hierro, y lo arrojó resonando al suelo. Hubo quien gritó, quien lanzó una maldición, quien tomó aliento con un silbido. En el rostro de la reina apareció una sonrisa maligna, terriblemente maligna. Una horrible sonrisa de triunfo.

Por encima de la amplia y semicircular chapa de la coraza miraban hacia ellos los botones negros de dos ojos saltones, colocados en un hocico

largo y romo cubierto por los dos lados de cerdas rojizas y armado de temblorosos y vibrantes pinchos blancos y muy agudos. La cabeza y la nuca del ser que estaba de pie en mitad de la sala estaban erizadas de púas encrespadas, cortas, grises y móviles.

—Éste es mi aspecto —pronunció el ser—, del que tú ya sabías, Calanthe. Roegner, cuando te contó la aventura que le sucedió en Erlenwald, no puede haber eludido describir a aquél al que le debía la vida. Aquél a quien, pese a su aspecto, prometió lo que le prometió. Bien te preparaste para mi visita, reina. Tus propios vasallos te han recriminado tu soberbio y despectivo rechazo a mantener la palabra dada. Por si no tenía éxito el intento de azuzarme a otros pretendientes, tenías aún en la manga a un brujo asesino, que se sentaba a tu derecha, en el lugar de honor. Y al final el engaño simple y rastrero. Querías humillarme, Calanthe. Sabe que te humillaste a ti misma.

—Basta. —Calanthe se levantó, apoyó el puño cerrado en la cadera—. Terminemos con esto. ¡Pavetta! Ves quién, y mejor dicho qué, está delante de ti y te pretende. Por el Derecho de la Sorpresa y la costumbre secular la decisión te pertenece. Contesta. Basta una palabra tuya. Si dices «sí» te convertirás en posesión, en botín, de este monstruo. Si dices «no», nunca más volverás a verlo.

La Fuerza palpitante en la sala apretaba las sienes de Geralt con una tenaza de acero, le retumbaba en los oídos, le erizaba los cabellos de la nuca. El brujo miró las blanquecinas falanges de los dedos de Myszowor, que apretaban la orilla de la mesa. El delgado hililllo de sudor que bajaba por la mejilla de la reina. Las migajas de pan en la mesa, que se movían como gusanos formando runas, deshaciéndose y volviéndose a agrupar en un mensaje muy claro: ¡CUIDADO!

—¡Pavetta! —repitió Calanthe—. Contesta. ¿Quieres irte con este engendro?

Pavetta alzó la cabeza.

—Sí.

La Fuerza que llenaba la sala la acompañó, zumbando muda en las cimbras del techo. Nadie, absolutamente nadie, emitió el más mínimo sonido.

Calanthe cayó sobre su trono, despacio, muy despacio. Su rostro estaba por completo falto de expresión.

—Todos han oído —en el silencio se extendió la calma voz de Erizo—.

Tú también, Calanthe. Y tú, brujo, codicioso asesino a sueldo. Mis derechos han sido confirmados. La verdad y el destino han vencido a la mentira y a las artimañas. ¿Qué os queda, noble reina, disfrazado brujo? ¿El frío acero?

Nadie habló.

—Mi mayor deseo sería —siguió Erizo, agitando las púas y chasqueando las cerdas— dejar este lugar inmediatamente junto con Pavetta, pero no me negaré a mí mismo cierto placer. Tú, Calanthe, serás quien traiga a tu hija aquí, donde estoy, y colocarás su blanca mano sobre la mía.

Calanthe volvió lentamente su cabeza en dirección al brujo. En sus ojos había una orden. Geralt no se movió, mientras sentía y veía cómo la Fuerza condensada en el aire se concentraba en él. Sólo en él. Ya sabía. Los ojos de la reina se agrandaron, los labios le temblaron.

—¿Qué? ¿Qué es esto? —gritó de pronto Crach an Craite levantándose de su asiento—. ¿Manos blancas? ¿Sobre su mano? ¿La princesa con este apestoso lleno de pelos? ¿Con este... cerdo con púas?

—¡Y yo quería luchar con él como un caballero! —le secundó Rainfarn —. ¡Con este horror, con este animal! ¡Echadle los perros! ¡Los perros!

—¡Guardia! —gritó Calanthe.

Luego todo sucedió a toda velocidad. Crach an Craite tomó el cuchillo de la mesa, con un estruendo dejó caer la silla. A una orden de Eist, Draig Bon-Dhu le golpeó en la sien con la bolsa de la gaita, con todas sus fuerzas. Crach cayó sobre la mesa, entre el esturión en salsa verde y las curvadas costillas que habían sobrado del jabalí asado.

Rainfarn saltó hacia Erizo, brillando el estilete que había tenido escondido en la manga. Clococo, levantándose, lanzó un taburete de un puntapié justo a sus pies. Rainfarn saltó el obstáculo con habilidad, pero ese segundo de distracción bastó para que Erizo le evitara con una corta maniobra y le pusiera de rodillas con un potente golpe de sus puños acorazados. Clococo se lanzó con intención de quitarle a Rainfarn el estilete, pero le detuvo el príncipe Windhalm, agarrándose a su muslo como un perro de caza.

Unos soldados de la guardia entraron corriendo, armados de picas y lanzas. Calanthe, en pie y amenazante, les señaló a Erizo con un violento gesto de mando. Pavetta comenzó a gritar. Eist Tuirseach a maldecir. Todos se alzaron de sus sitios sin saber muy bien qué hacer.

—¡Matadlo! —gritó la reina.

Erizo, resoplando rabiosamente y mostrando los colmillos, se lanzó sobre los guardias. No tenía armas, pero estaba cubierto por el acero que, con estruendo, desviaba las puntas de las picas. Sin embargo, el golpe le lanzó hacia atrás, directamente hacia Rainfarn, que se estaba levantando y aprovechó para inmovilizarle agarrándole por los pies. Erizo bramó, parando con la protección de los antebrazos los golpes de las hojas que se derramaron sobre su cabeza. Rainfarn le acuchilló con el estilete pero el filo resbaló por las planchas de la coraza. Los guardias, cruzando sus palos, empujaron a Erizo hasta la chimenea labrada. Rainfarn, colgado de su cinturón, buscó en la coraza una rendija y clavó el puñal en ella. Erizo se dobló.

—¡Dunyyyyyy! —gritó con voz aguda Pavetta, saltando de la silla.

El brujo, con la espada en la mano, corrió por encima de la mesa hacia los que luchaban, derribando platos, cuencos y jarras. Sabía que no había mucho tiempo. El grito de Pavetta adoptaba un tono cada vez menos natural. Rainfarn alzó el estilete para clavar otra vez.

Geralt dio un tajo al saltar de la mesa, doblando al mismo tiempo las rodillas. Rainfarn aulló, se tambaleó hasta la pared. El brujo giró, con el centro de la hoja golpeó a un guardia que intentaba introducir la afilada lengua de la lanza por entre el faldar y la coraza de Erizo. El guardián cayó al suelo, perdiendo su yelmo plano. Por la puerta entraron más.

—¡No lo acepto! —gritó Eist Tuirseach, aferrando una silla. Con violencia destrozó el incómodo mueble contra el suelo y con lo que le quedó en las manos se lanzó hacia los que entraban.

Erizo, pinchado al mismo tiempo por dos de las picas, se derrumbó con alboroto, gritó y aulló, arrastrándose por el suelo. El tercer guardia saltó, alzó la lanza para clavarla. Geralt le tascó en la sien con la misma punta de la espada. Los que rodeaban a Erizo retrocedieron, arrojando las picas. Los que entraban por la puerta retrocedieron ante el pedazo de silla que blandía Eist, como si fuera la espada mágica Balmur en la mano del legendario Zatret Voruta.

El grito de Pavetta alcanzó su cenit y de pronto pareció romperse. Geralt presintió lo que sucedía y se tiró al suelo, alcanzando a captar con los ojos un relámpago verde. Sintió un dolor terrible en los oídos, escuchó un terrible ulular y gritos de espanto que surgían de muchas gargantas. Y luego el aullido vibrante, uniforme y monótono de la princesa.

La mesa, dispersando a su alrededor la vajilla y las viandas, se elevó, giraba, pesadas sillas volaron por la sala destrozándose contra las paredes, los tapices y las alfombras aletearon levantando nubes de polvo. Desde la salida se podía escuchar el tumulto, el estruendo y el seco chasquido de los mástiles de las lanzas rompiéndose como cerillas.

El trono, junto con la reina sentada en él, echó a rodar y como una flecha recorrió la sala, chocó con un sonoro golpe contra la pared y se desarmó. La reina cayó sin fuerzas como una muñeca de trapo. Eist Tuirseach, apenas sosteniéndose sobre sus pies, saltó hacia ella, la aferró en sus brazos y con su propio cuerpo la protegió de los cascotes que se desprendían de techos y paredes.

Geralt, apretando el medallón en la mano, tan rápido como pudo, se arrastró hacia Myszowor, quien, no se sabe gracias a qué milagro aún de rodillas y no sobre la barriga, alzó una corta varita de rama de espino. Al final de la varita había un cráneo de rata. En la pared a espaldas del druida el tapiz que mostraba el sitio y quema de la fortaleza de Ortagor ardía con fuego de verdad.

Pavetta aullaba. Volviéndose, golpeaba con su grito como si fuera un bate a todo y a todos. Si alguno de los que yacían en el suelo intentaba levantarse, lo tiraba al suelo y lo hacía rodar o lo estrellaba contra la pared. Ante los ojos de Geralt una enorme salsera de plata, esculpida en forma de nave de muchos mástiles con una proa afilada, revoloteó por el aire y fue a dar en los pies al voievoda de nombre difícil de recordar. El revoco de los techos se iba deshaciendo poco a poco. Bajo el techo giraba la mesa y Crach an Craite, que estaba tendido sobre ella, vomitaba hacia abajo blasfemias horribles.

Geralt se unió a Myszowor, ambos cayeron detrás del montículo que, contando desde abajo, formaban Comegatos de Strept, un barrilete de cerveza, Drogodar, una silla y el laúd de Drogodar.

—¡Es Fuerza pura y primigenia! —gritó el druida, por encima del barullo y el griterío—. ¡Ella no la controla!

—¡Lo sé! —le contestó Geralt, también gritando. Un faisán asado, todavía conservando algunas plumas rayadas sobre el trasero, cayó de no se sabe dónde, golpeándolo en el pecho.

—¡Hay que pararla! ¡Los muros empiezan a agrietarse!

—¡Lo veo!

—¿Listo?

—¡Sí!

—¡Una! ¡Dos! ¡Ahora!

La golpearon los dos a la vez, Geralt con la Señal de Aard, Myszowor con un terrible hechizo de tres niveles a causa del que, daba la impresión, parecía que se iba a hundir el suelo. La silla en la que se sentaba la princesa se deshizo en astillas. Pavetta, como si no lo hubiera advertido, colgaba todavía en el aire, en el interior de una diáfana esfera verde. Sin dejar de gritar, volvió la cabeza hacia ellos y su pequeño rostro se arrugó de pronto en un gesto ominoso.

—¡Por todos los demonios! —gritó Myszowor.

—¡Cuidado! —gritó el brujo, encogiéndose—. ¡Bloquéala, Myszowor! ¡Bloquéala, o vendrá a por nosotros!

La mesa dio pesadamente contra el suelo, destrozando bajo ella las patas y todo lo que se hallaba bajo ella. Crach an Craite, que estaba subido sobre la mesa, fue impulsado tres codos hacia arriba. Una lluvia de platos y restos de comida cayó alrededor con fuerza, explotaron con estrépito sobre el suelo las garrafas de cristal. La cornisa arrancada del muro resonó como un trueno al chocar contra el suelo del castillo.

—¡Está soltando todo! —gritó Myszowor, apuntando con la varita hacia la princesa—. ¡Lo suelta todo! ¡Ahora toda la Fuerza irá a por nosotros!

Geralt, con un golpe de espada, desvió un tenedor de dos dientes que volaba directo hacia el druida.

—¡Bloquéala, Myszowor!

Los ojos esmeralda les enviaron dos relámpagos verdes. Los relámpagos se retorcieron formando unos torbellinos cegadores, unos vórtices desde cuyo interior fluía hacia ellos la Fuerza, como un ariete que hacía saltar los cráneos, cegaba los ojos, cortaba el aliento. Junto con la Fuerza, volaron hacia ellos cristal, mayólica, cuencos, candelabros, huesos, mendrugos de pan mordisqueados, bandejas, bandejitas y leños aún requemándose del hogar. El alcaide Haxo, gritando salvajemente, pasó volando sobre sus cabezas como si fuera un gran urogallo. La enorme cabeza de una carpa cocida se esparció por el pecho de Geralt, sobre el campo de oro, el oso y la doncella de Cuatrocuernos.

Por encima de las paredes de la sala agitadas por el hechizo de Myszowor, por encima de sus propios gritos y de los aullidos de los heridos, el ulular, el tumulto, la barahúnda, por encima de los aullidos de

Pavetta, el brujo escuchó de pronto el más horrible sonido que le hubiera sido dado escuchar jamás.

Clococo, de rodillas, apretaba con manos y piernas la gaita de Draig Bon-Dhu. Él mismo, gritando por encima del monstruoso estruendo que surgía de la bolsa, con la cabeza echada hacia atrás, aullaba y resoplaba, gruñía y croaba, balaba y gorjeaba en una mezcla de las voces de todos los animales conocidos, desconocidos, domésticos, salvajes y hasta míticos.

Pavetta enmudeció aterrorizada, mirando al barón con la boca muy abierta. La Fuerza se debilitó violentamente.

—¡Ahora! —gritó Myszowor, moviendo la varita—. ¡Ahora, brujo!

La golpearon. La esfera verdosa que rodeaba a la princesa estalló bajo el ataque como si fuera una pompa de jabón, el vacío absorbió en un momento la Fuerza que se retorcía por la sala. Pavetta chocó con fuerza contra el pavimento y se echó a llorar.

Al cabo de un rato de calma en el que los oídos retumbaban después del recién terminado pandemónium, por encima de los escombros y los destrozos, por encima de la vajilla deshecha y de los cuerpos inmóviles, con esfuerzo y a duras penas, comenzaron a alzarse voces.

—Cuach on arse, ghoul y badraigh mal an cuach —repetía Crach an Craite, escupiendo la sangre que le brotaba de la ceja.

—Contrólate, Crach —dijo con énfasis Myszowor, limpiando sus vestidos de gachas de trigo—. Aquí hay señoras.

—Calanthe. Mi amada. Mía. ¡Calanthe! —repetía Eist Tuirseach entre beso y beso. La reina abrió los ojos pero no intentó librarse de su abrazo.

—Eist. La gente nos mira —dijo.

—Que miren.

—¿Alguien querría explicarme qué fue todo esto? —preguntó el mariscal Vissegerd, mientras se arrastraba de debajo de un tapiz descolgado.

—No —dijo el brujo.

—¡Un médico! —gritó agudamente Windhalm de Attre, inclinado sobre Rainfarn.

—¡Agua! —gritó uno de los hermanos Strept, Cargamontes, apagando con su propio caftán un tapiz que estaba ardiendo. ¡Agua, rápido!

—¡Y cerveza! —dijo roncamente Clococo.

Algunos caballeros que eran capaces de mantenerse en pie intentaron levantar a Pavetta; ésta, sin embargo, rechazó sus manos, se levantó sola y

con paso vacilante se dirigió a la chimenea, delante de la cual estaba sentado Erizo, quien, apoyando la espalda en la pared, intentaba quitarse torpemente la coraza manchada en sangre.

—¡La juventud de hoy! —jadeó Myszowor, mirando en su dirección—. ¡Pronto empiezan! Sólo tienen una cosa en la cabeza.

—¿El qué?

—¿Qué pasa, brujo, no sabes que una doncella, es decir intacta, no podría usar la Fuerza?

—Que el diablo se lleve su virginidad —murmulló Geralt—. ¿De dónde ha sacado tales habilidades? Por lo que sé ni Calanthe ni Roegner...

—Las heredó de un salto, por así decirlo —dijo el druida—. Su abuela, Adalia, alzaba un puente levadizo con un movimiento de las cejas. ¡Hey, Geralt, mira eso! ¡Aún no tiene bastante!

Calanthe, todavía colgada de los brazos de Eist Tuirseach, señaló a los guardias al herido Erizo. Geralt y Myszowor se acercaron deprisa, pero no era necesario. Los guardias se alejaron de la figura semipostrada, retrocedieron susurrando y murmurando.

El monstruoso morro de Erizo se deformó, se retorció, comenzó a perder contorno. Las púas y las cerdas ondularon y se transformaron en unos brillantes cabellos negros y en una rizada barba que rodeaban un pálido y anguloso rostro masculino, dotado de una poderosa nariz.

—Qué... —se atragantó Eist Tuirseach—. ¿Quién es? ¿Erizo?

—Duny —dijo Pavetta con voz suave. Calanthe, con los labios apretados, volvió la cabeza.

—¿La maldición? —murmuró Eist—. Pero cómo...

—Ha sonado la media noche —dijo el brujo—. Justo en este momento. La campana que escuchamos antes fue una equivocación y un error. Del campanero. ¿Verdad, Calanthe?

—Verdad, verdad —jadeó el hombre llamado Duny, respondiendo en lugar de la reina quien, de todos modos, no tenía intenciones de responder —. Al mismo tiempo, podría ser que en vez de hablar tanto, alguien me ayudara a quitarme estas latas y llamara al médico. Ese loco de Rainfarn me pinchó bajo las costillas.

—¿Para qué necesitamos un médico? —dijo Myszowor, sacando su varita.

—Basta. —Calanthe se enderezó, alzando la cabeza con orgullo—. Basta. Una vez todo haya terminado, quiero veros en mi habitación. A

todos los que estáis aquí de pie. Eist, Pavetta, Myszowor, Geralt y tú... Duny. ¿Myszowor?

—Sí, reina.

—Acaso con esa vara tuya... Me di un golpe en la columna. Y sus alrededores.

—A la orden, reina.

III

—...el maleficio —siguió Duny, tocándose la sien—. De nacimiento. Nunca he llegado a saber por qué ni quién me lo hizo. Desde la medianoche hasta el amanecer un hombre normal, desde el amanecer... visteis el qué. Akerspaark, mi padre, quiso esconderlo. En Maecht la gente es supersticiosa, los embrujos y las maldiciones en la familia real podrían haber resultado fatales para la dinastía. Uno de los caballeros de mi padre se me llevó del castillo, me crió, los dos vagabundeamos por el mundo, el caballero andante con su escudero, luego, cuando él murió, viajé solo. Ya no recuerdo a quién le oí decir que de la maldición me podía librar un niño-sorpresa. Poco después encontré a Roegner. El resto ya lo sabéis.

—El resto ya lo sabemos o nos lo imaginamos —afirmó con la cabeza Calanthe—. Especialmente que no esperaste los quince años acordados con Roegner y le calentaste la cabeza a mi hija antes de tiempo. ¡Pavetta! ¿Desde cuándo?

La princesa bajó la cabeza y subió un dedo.

—Vaya, mira. Pequeña bruja. ¡Delante de mis narices! ¡Como me entere de quién lo dejó entrar de noche al castillo! ¡Como pille a las dueñas del castillo con las que ibas a coger prímulas! ¡Prímulas, y un cuerno!

—Calanthe —comenzó Eist.

—Poco a poco, Tuirseach. Aún no he terminado. Duny, el asunto se ha complicado mucho. Estás con Pavetta desde hace un año, ¿y qué? Y nada. Eso quiere decir que le sacaste una promesa al padre equivocado. El destino se ha reído de ti. Qué ironía, como dice el aquí presente Geralt de Rivia.

—A la porra con el destino, las promesas y la ironía —se encolerizó Duny—. Amo a Pavetta y ella me ama a mí, sólo eso cuenta. No puedes,

reina, interponerte en el camino de nuestra felicidad.

—Puedo, Duny, puedo y no sabes cómo —sonrió Calanthe con una de sus indescifrables sonrisas—. Por suerte para ti, no quiero. Tengo cierta deuda para contigo, Duny. Por aquello, sabes. Estaba decidida a... Debería pedir perdón pero odio hacerlo. Así que te doy a Pavetta y estamos en paz. ¿Pavetta? ¿No has cambiado de opinión?

La princesa negó con pasión, agitando la cabeza.

—Gracias, señora. Gracias —sonrió Duny—. Eres una reina inteligente y bondadosa.

—Por supuesto que sí. Y hermosa.

—Y hermosa.

—Podéis quedaros los dos en Cintra, si queréis. La gente de aquí es menos supersticiosa que los habitantes de Maecht y se acostumbra a todo rápido. Al fin y al cabo, incluso como Erizo eras bastante simpático. Sólo que de momento no puedes contar con el trono. Tengo intención de gobernar todavía un poco al lado del nuevo rey de Cintra. El noble Eist Tuirseach de Skellige me hizo una cierta proposición.

—Calanthe...

—Sí, Eist, accedo. Todavía no había oído una declaración de amor hecha mientras yacía en el suelo, entre los escombros del propio trono, pero... ¿Cómo has dicho antes, Duny? Sólo cuenta eso, y mejor que nadie se interponga en el camino de mi felicidad, le aconsejo. ¿Y qué miráis vosotros? No soy todavía tan vieja como creéis cuando miráis a mi casi casada hija.

—La juventud de hoy —murmulló Myszowor—. De tal palo...

—¿Qué murmuras, hechicero?

—Nada señora.

—Eso está bien. Aprovechando la ocasión, Myszowor, tengo una proposición para ti. Pavetta va a necesitar un maestro. Ha de aprender a manejar su extraordinario don. Me gusta este castillo, preferiría que siguiera siendo como es. En el próximo ataque de histeria de mi dotada hija puede que se venga abajo. ¿Qué dices a esto, druida?

—Será un honor para mí.

—Lo imagino. —La reina volvió la cabeza hacia la ventana—. Ha amanecido. Es hora ya de...

Se dio la vuelta violentamente en dirección a donde Pavetta y Duny se susurraban el uno al otro, aferrándose las manos y rozándose levemente las

frentes.

—¡Duny!

—¿Sí, reina?

—¿Has oído? ¡El amanecer! ¡Ya ha amanecido! Y tú...

Geralt miró a Myszowor, Myszowor a Geralt y ambos comenzaron a sonreír.

—¿Y qué es lo que os parece tan gracioso, hechiceros? ¿Acaso no veis...?

—Hemos esperado hasta que tú misma lo vieras —rezongó Myszowor—. Estaba interesado en ver cuándo te ibas a dar cuenta.

—¿Darme cuenta de qué?

—Deshiciste el maleficio. Tú misma has sido —dijo el brujo—. En el momento en que dijiste: «Te doy a Pavetta», se cumplió el destino.

—Justo —confirmó el druida.

—Por todos los dioses —dijo lentamente Duny—. Por fin. Demonios, pensé que me iba a alegrar más, que sonarían clarines y trompetas o que... La costumbre. ¡Reina! Gracias. ¿Pavetta, has oído?

—Mnnn —dijo la princesa sin alzar los párpados.

—Así que —suspiró Calanthe, mirando a Geralt con ojos cansados— todo ha acabado bien. ¿No es cierto, brujo? El maleficio deshecho, se preparan dos bodas, la reforma de la sala del trono durará meses, cuatro muertos, un montón de heridos, Rainfarn de Attre apenas respira. Alegrémonos. Sabes, brujo, hubo un momento en que tuve ganas de mandar que te...

—Lo sé.

—Ahora tengo que darte la razón. Te pedí un resultado y tengo un resultado. Cintra se aliará con Skellige. Mi hija se casará y no de mala manera. Hace un momento pensaba en todo esto y se me ocurrió que en cualquier caso se hubiera cumplido todo siguiendo el destino, incluso si no te hubiera cogido de la oreja y no te hubiera sentado junto a mí. Pero me equivocaba. El destino lo pudo haber cambiado el estilete de Rainfarn. Y a Rainfarn le detuvo la espada en la mano del brujo. Has trabajado dignamente, Geralt. Ahora es cuestión de precio. Di lo que pides.

—Un momento —dijo Duny, masajeándose el costado cubierto de vendas—. Cuestión de precio, decís. Yo soy el deudor, a mí me pertenece...

—No me interrumpas, yerno. —Calanthe entornó los ojos—. Tu suegra no aguanta que se la interrumpa. Recuérdalo. Y sabe que no eres deudor de

nadie. Tal vino a suceder que fuiste algo así como el objeto de un contrato que cerré con Geralt de Rivia. Dije que estamos en paz y no veo la razón para que tuviera que estar eternamente pidiéndote perdón. Pero estoy todavía ligada por el contrato. Venga, Geralt. Tu precio.

—Bien —dijo el brujo—. Pido tu fajín verde. Para que siempre me recuerde el color de los ojos de la más hermosa de las reinas que conozco.

Calanthe sonrió, se quitó del cuello el collar de esmeraldas.

—Esta bisutería —dijo— tiene piedras de un tono más preciso. Guárdala junto con los hermosos recuerdos.

—¿Puedo decir algo? —preguntó con modestia Duny.

—Pero por supuesto, yerno, venga, venga.

—Sigo afirmando que yo te debo algo, brujo. Fue mi vida la que amenazaba el estilete de Rainfarn. A mí me hubieran atravesado los guardias si no lo hubieras impedido. Si se habla de algún precio, soy yo el que debiera pagar. Os juro que puedo hacerlo. ¿Qué quieres, Geralt?

—Duny —dijo con lentitud Geralt—. Un brujo al que se le hace tal pregunta debe pedir que se la repitan.

—La repito, pues. Porque, ¿sabes?, te debo algo también por otra causa. Cuando supe allí, en la sala, quién eras, te odié y pensé muy mal de ti. Te tuve por un asesino ciego y sediento de sangre, por alguien que sin pensarlo y sin remordimientos mata, limpia la hoja de sangre y cuenta el dinero. Y ahora me he convencido de que la profesión de brujo es en verdad digna de respeto. Nos proteges no sólo del Mal que se esconde entre las sombras, sino también del que está oculto en nosotros mismos. Una pena que seáis tan pocos.

Calanthe sonrió. Por primera vez en aquella noche Geralt estaba dispuesto a reconocer que era su sonrisa natural.

—Mi yerno lo ha dicho de una forma muy bonita. Tengo que añadir a ello dos palabras más. Justo dos palabras. Perdona, Geralt.

—Y yo, repito —dijo Duny—. ¿Qué es lo que quieres?

—Duny —habló Geralt con seriedad—, Calanthe, Pavetta. Y tú, honesto caballero Tuirseach, futuro rey de Cintra. Para ser brujo hace falta nacer a la sombra del destino, y no muchos nacen así. Por eso somos tan pocos. Envejecemos, morimos, y no tenemos a quién transmitir nuestra ciencia, nuestras habilidades. Nos hacen falta sucesores. Y este mundo está repleto de Mal, que espera solamente que nosotros faltemos.

—Geralt —susurró Calanthe.

—Sí, no te equivocas, reina. ¡Duny! Me darás aquello que ya posees y de lo que aún no sabes. Volveré a Cintra dentro de seis años, para comprobar si el destino me ha sido benigno.

—Pavetta —Duny abrió mucho los ojos—. Tú no estás...

—Pavetta —gritó Calanthe—. Acaso tú... Acaso tú estás...

La princesa bajó los ojos y enrojeció. Y luego contestó a la pregunta.

La voz de la razón 5

—¡Geralt! ¡Eh! ¿Estás aquí?

Levantó la cabeza de las amarillentas y ásperas páginas de la *Historia del Mundo* de Roderick de Novembre, interesante obra, aunque algo controvertida, que estudiaba desde el día anterior.

—Estoy. ¿Qué pasa, Nenneke? ¿Me necesitas?

—Tienes un invitado.

—¿De nuevo? ¿Quién, esta vez? ¿El duque Hereward en persona?

—No. Esta vez es Jaskier, tu colega, ese trotamundos, ese zángano y haragán, aquel sacerdote de las artes, brillante y clara estrella de las baladas y los versos amorosos. Como siempre, resplandeciente de gloria, hinchado como una vejiga de cerdo y apestando a cerveza. ¿Quieres verlo?

—Por supuesto. Al fin y al cabo, es mi amigo.

Nenneke se indignó, encogió los hombros.

—No comprendo tales amistades. Él es tu absoluto opuesto.

—Los opuestos se atraen.

—Está clarísimo. Oh, por favor, ahí viene —señaló con un movimiento de cabeza—. Tu famoso poeta.

—Él es de verdad un poeta famoso, Nenneke. No me querrás decir que nunca has oído sus baladas.

—Las he oído —se enfadó la sacerdotisa—. Y cómo. En fin, no sé mucho de eso, puede que a la habilidad para saltar libremente de la lírica sentimentaloide a la cerdada más obscena se le llame talento. No importa. Perdona, pero no os haré compañía. No estoy hoy como para aguantar sus poesías ni sus bromas vulgares.

Desde el pasillo se escuchó una risa perlada, el rasguido de un laúd y en la entrada de la biblioteca apareció Jaskier, vestido con una almilla de color

lila con mangas de encaje y un sombrerito ladeado. A la vista de Nenneke el trovador se inclinó exageradamente, barriendo el entarimado con la pluma de garza prendida a su sombrero.

—Mis más profundos respetos, venerable madre —gorjeó tontamente —. Gloria a la Gran Melitele y a sus sacerdotisas, guardianas de la virtud y la inteligencia...

—Deja de molestar, Jaskier —bramó Nenneke—. Y no me llames madre. Me aterra el simple pensamiento de que pudieras ser mi hijo.

Se dio la vuelta de repente y salió, arrastrando la túnica por el pavimento con un siseo. Jaskier, con un gesto de mono, parodió una inclinación.

—No ha cambiado en nada —dijo serenamente—. Sigue sin entender una broma. Se ha enfadado conmigo porque al llegar platiqué un poquillo con la portera, una simpática rubia de largas pestañas, con unos rizos que alcanzan hasta un hermoso culito, el cual no pellizcar sería un pecado. Así que pellizqué, y Nenneke, que justo entonces apareció... Ah, qué más da. Hola, Geralt.

—Hola, Jaskier. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

El poeta se enderezó, se tiró de los pantalones.

—Estaba en Wyzima —dijo—. Oí lo de la estrige, me enteré de que estabas herido. Anduve pensando dónde podrías ir a pasar la convalecencia. Como veo, estás ya sano.

—Bien ves. Pero intenta explicarle esto a Nenneke. Siéntate, charlaremos un rato.

Jaskier se sentó, echó un vistazo a los libros que yacían en el púlpito.

—¿Historia? —se sonrió—. ¿Roderick de Novembre? Lo he leído, lo he leído. Cuando estudié en la academia de Oxenfurt, la historia ocupaba el segundo lugar en la lista de mis materias favoritas.

—¿Y qué estaba en el primer lugar?

—Geografía —dijo serio el poeta—. El atlas del mundo era más grande y resultaba más fácil esconder detrás de él las damajuanas de vodka.

Geralt se rió secamente, se levantó, tomó de una estantería *Los Arcanos de la Magia y de la Alquimia* de Lunini y Tyrss y sacó a la luz del día un recipiente rechoncho y envuelto en paja que estaba escondido tras el grueso volumen.

—Ohó —se alegró el bardo con claridad—. La inteligencia y la inspiración aún se esconden en las bibliotecas. ¡Aaaaj! ¡Me gusta! ¿De

cerezas, verdad? Sí, esto es alquimia, vaya una maravilla. Ésta es la piedra filosofal, el verdadero valor de los estudios. A tu salud, hermano. ¡Aaaaj! ¡Es fuerte de la leche!

—¿Qué te trae por aquí? —Geralt recogió la damajuana de manos del poeta, echó un trago y tosió, tocándose el cuello vendado—. ¿A dónde te diriges?

—A ningún lado. Es decir, podría ir allí a donde tú vas. Podría acompañarte. ¿Piensas entretenerte mucho aquí?

—No mucho. El duque local me ha dado a entender que no estoy bien visto en sus posesiones.

—¿Hereward? —Jaskier conocía a todos los reyes, príncipes, gobernantes y señores desde el Jaruga hasta las Montañas del Dragón—. No te importe un pito. No se atreverá a meterse con Nenneke, con la diosa Melitele. El pueblo llano le quemaría el castillo.

—No quiero problemas. Y además llevo aquí ya demasiado tiempo. Me voy al sur, Jaskier. Muy al sur. Aquí ya no encuentro trabajo. La civilización. ¿Quién necesita un brujo aquí? Cuando pregunto por algún trabajo me miran como si estuviera loco.

—Qué chorradas dices. Qué hablas de una civilización. Atravesé el Buina hace una semana y yendo por el país oí hablar de muy distintas cosas. Parece que hay por aquí geniecillos del agua, wijunos, espantos, cometas, toda clase de guarrerías. Tendrías que estar de trabajo hasta las orejas.

—También he oído esas historias. La mitad son o imaginadas o exageradas. No, Jaskier. El mundo está cambiando. Algo se acaba.

El poeta tiró de la damajuana, entrecerró los ojos, suspiró pesadamente.

—¿De nuevo empiezas a llorar por tu triste destino de brujo? ¿Y a filosofar sobre ello? Percibo las consecuencias nocivas de lecturas inadecuadas. Porque eso de que el mundo cambia ya se le había ocurrido hasta a aquel viejo gilipollas de Roderick de Novembre. Tal mutabilidad del mundo es, dicho entre paréntesis, la única tesis de su tratado con la que se puede estar de acuerdo sin reservas. Pero no es ésta una tesis tan nueva como para que me tengas que agasajar con ella aquí, efectuando además gestos de gran pensador que no pegan para nada con tu cara.

Geralt, en lugar de contestar, le dio un tiento a la garrafa.

—Sí, sí —suspiró de nuevo Jaskier—. El mundo cambia, el sol sale y la vodka se acaba. ¿Qué más, en tu opinión, se acaba? Dijiste algo acerca de

un final, filósofo.

—Te daré algunos ejemplos —dijo Geralt al cabo de un rato de silencio —. Sacados de los últimos dos meses que he pasado a este lado del río Buina. Un día, voy a caballo, miro, y un puente. Bajo el puente hay un troll que pide dinero a todo el que pasa. A los que se niegan, les rompe un pie, y a veces los dos. Así que me voy al alcalde, cuánto me dais, le digo, por el troll éste. El alcalde se queda boquiabierto de la sorpresa. ¿Qué dices?, pregunta, ¿y quién va a arreglar el puente si no está el troll? El troll cuida del puente, lo arregla a menudo, con su propio trabajo, bien sólido, como se ve. Sale barato pagarle un peaje. Sigo entonces para adelante, miro, un doblecolas. No muy grande, unas diez varas de la cresta de la nariz a la punta de la cola. Vuela, lleva una oveja en sus garras. Voy al pueblo, pregunto, cuánto pagáis por la culebra. Los aldeanos, de rodillas, no, gritan, es el dragón favorito de la hija menor de nuestro barón, como se le caiga una sola escama de los lomos el barón arrea y le prende fuego al pueblo, y a nosotros nos saca la piel a tiras. Sigo adelante, y me va entrando cada vez más hambre. Pido trabajo por acá y por allá, claro que sí, hay, pero, ¿cuál? A éste, capturarle una náyade, al otro una ninfa, a aquél una rariesposa. Se han vuelto idiotas por completo, en las aldeas hay más putas que patatas y el tío quiere una inhumana. Otro me pide que le mate una libélula y le suministre los huesecillos de sus manos, porque molidos y añadidos a la sopa al parecer aumentan la potencia...

—Eso es una patraña —intercaló Jaskier—. Lo he probado. No la aumentan ni pizca, y encima las sopas saben a agua de fregar. Pero si la gente cree en ello y está dispuesta a pagar...

—No pienso matar libélulas. Ni ninguna criatura inofensiva.

—Pues entonces vas a pasar hambre. Hazte sacerdote. No estaría mal con tus escrúpulos, con tu moralidad, con tu conocimiento de la naturaleza humana y todas esas cosas. El que no creas en ningún dios no tendría que ser ningún problema. Conozco pocos sacerdotes que crean. Hazte sacerdote y deja de compadecerte a ti mismo.

—No me compadezco. Constato hechos.

Jaskier cruzó los pies y observó con interés el dibujo de una suela.

—Me recuerdas, Geralt, a un viejo pescador que al final de su vida descubre que los peces apestan y que el agua hace que crujan y duelan los huesos. Sé consecuente. Charlotear y compadecerse no va a arreglar nada. Yo, si me diera cuenta de que se había acabado la demanda de poesía,

colgaba el laúd en una percha y me hacía hortelano. Cultivaría rosas.

—Tonterías. No serías capaz de renunciar así.

—Quizás no fuera capaz —accedió el poeta, mirando todavía la suela del zapato—. Pero nuestras profesiones se diferencian en algo. Nunca se acabará la demanda de poesía ni del sonido de las cuerdas del laúd. Tu profesión es peor. Vosotros mismos, brujos, vais acabando con vuestro trabajo, lentamente, pero con continuidad. Cuanto mejor y más a conciencia trabajéis, menos trabajo os queda. Al fin y al cabo vuestro objetivo, la razón de vuestra existencia, es un mundo sin monstruos, un mundo tranquilo y seguro. Es decir, un mundo donde los brujos sean superfluos. Una paradoja, ¿no es cierto?

—Cierto.

—Antes, cuando todavía existían unicornios, había una gran cantidad de muchachas que cuidaban su virtud para poder cazarlos. ¿Te acuerdas? ¿Y los cazarratas de las flautas? La gente se pegaba por sus servicios. Los alquimistas acabaron con ellos cuando encontraron venenos eficaces, a lo que se añadió la domesticación general de gatos, hurones y comadrejas. Los animalitos eran más baratos, más simpáticos y no trasegaban tanta cerveza. ¿Captas la analogía?

—La capto.

—Escarmienta entonces en cabeza ajena. Las vírgenes de los unicornios se desvirgaron inmediatamente en cuando perdieron el trabajo. Algunas, anhelando recuperar tantos años de renuncias, adquirieron luego amplia fama por su técnica y ardor. A los cazarratas... Bueno, a ésos mejor que no los imites, porque se dieron a la bebida como un solo hombre y se dejaron pudrir. Y así, parece que ahora les ha llegado la hora a los brujos. Estás leyendo a Roderick de Novembre, ¿no? Hay ahí, si no recuerdo mal, referencias a los brujos, a aquellos primeros que comenzaron a ir por esos mundos hace así como trescientos años. Eran tiempos en los que los campesinos iban a segar en grupos armados, las aldeas estaban ceñidas por empalizadas de tres cuerpos, las reatas de mercaderes semejaban una marcha de ejércitos mercenarios y en las murallas de innumerables castillos había catapultas listas para disparar noche y día. Porque nosotros, los humanos, éramos intrusos. Esta tierra era de los dragones, las manticoras, los grifos y los amfisbenos, los vampiros, los lobisomes y las estriges, las kikimoras, las quimeras y las cometas. Y hubo que quitarles esta tierra a trechos, cada valle, cada desfiladero, cada bosque y cada calvero. Y esto lo

conseguimos gracias a la poco valorada ayuda de los brujos. Pero esos tiempos, Geralt, se han ido para no volver. El barón no permite matar el doblecolas porque seguramente se trate del último dracónido en un radio de mil leguas y ya no causa miedo sino compasión y nostalgia por el tiempo pasado. El troll del puente convive con la gente, ya no es el monstruo con el que se asusta a los niños, es una reliquia y una atracción local, y además provechosa. ¿Y los espantos, manticoras, amfisbenos? Se esconden en espesuras y montañas inaccesibles...

—Como ves, tenía yo razón. Algo se acaba. Te guste o no, algo se acaba.

—No me gusta que repitas lugares comunes. No me gusta el gesto con que lo haces. ¿Qué pasa contigo? No te reconozco, Geralt. Eh, diablos, cabalguemos pronto hacia el sur, hacia esos países indómitos. En cuanto te ganes el jornal con un par de monstruos, se te pasará la morriña. Y al parecer allí hay monstruos de sobra. Dicen que si una vieja está cansada de la vida, se va más sola que la una al bosque a por carrascas sin llevarse astralejas. Resultado garantizado. Deberías asentarte allí permanentemente.

—Quizás debiera. Pero no lo haré.

—¿Por qué? Allí es más fácil para un brujo el ganarse la vida.

—Ganar dinero, más fácil —Geralt echó un trago—, pero gastarlo, más difícil. Además allí sólo se come cebada y mijo, la cerveza sabe a meado, las muchachas no se lavan y los mosquitos se te comen.

Jaskier se rió con fuerza, apoyando el codo sobre una estantería, sobre el lomo de un libro encuadernado en piel.

—¡... y mosquitos! Esto me recuerda nuestra primera aventura juntos, en el confín del mundo —dijo—. ¿Te acuerdas? Nos conocimos en el festival de Gulet y me convenciste...

—Tú me convenciste a mí. Tenías que largarte de Gulet todo lo deprisa que pudiera tu caballo, porque la moza que te camelaste bajo el estrado de los músicos tenía cuatro hermanos bien crecidos. Te buscaron por todo el lugar amenazando que te echarían y te embadurnarían de serrín y alquitrán. Por eso te pegaste a mí entonces.

—Y tú por poco no te saliste de los pantalones de alegría por encontrar quien te acompañara. Pero como quieras, tienes razón, fue como tú dices. Es cierto que tuve entonces que desaparecer por algún tiempo y el Valle de las Flores me parecía que ni pintado para ello. Decían que era el confín del mundo habitado, la avanzadilla de la civilización y de lo nuevo, el punto

más alejado de la frontera entre los dos mundos. ¿Recuerdas?

—Recuerdo, Jaskier.

El confín del mundo

I

Jaskier bajó con cuidado los escalones de la taberna, llevando dos jarras que chorreaban espuma. Maldiciendo en voz baja, se abrió paso por entre el grupo de niños curiosos que se apretaban en torno a él. Atravesó oblicuamente el corral, evitando las numerosas plastas de las vacas.

Alrededor de una mesa puesta en la calle, ante la que el brujo hablaba con el estarosta de la villa, se habían reunido ya unas decenas de colonos. El poeta colocó las jarras, se sentó. Enseguida se dio cuenta de que durante su corta ausencia la conversación no había avanzado ni siquiera una pulgada.

—Soy brujo, señor estarosta —repitió por no se sabe qué vez Geralt, hundiendo los labios en la espuma de la cerveza—. No mercadeo nada. No me ocupo de alistar para el ejército y no sé curar los muermos. Soy brujo.

—Es una especie de profesión —aclaró por no se sabe qué vez Jaskier —. Brujo, ¿comprendéis? Mata estriges, espectros también. Extirpa toda porquería. Como un profesional, por dinero, ¿Comprendéis, estarosta?

—¡Ajá! —La frente del estarosta, surcada por las arrugas provocadas por pensamientos demasiado complicados, se relajó—. ¡Brujo! ¡Haber empezado por ahí!

—Pues claro —afirmó Geralt—. Por eso pregunto: ¿hay faena para mí por estos alrededores?

—Aaah... —El estarosta comenzó a pensar de nuevo en un modo bastante visible—. ¿Faena? Como cuál... Bueno... ¿Elementalos? ¿Preguntáis si no haya acá elementalos?

El brujo se sonrió y asintió con la cabeza, rascándose ligeramente con una falange el párpado cubierto de polvo.

—Haya —concluyó el estarosta al cabo de un buen rato—. Mirar allá, ¿veis aquellas sierras? Allá moran los elfos, allá tienen su reino. Los palacios suyos, os digo, por entero son de oro puro. ¡Ay, señores! Los elfos, os digo. Peligro. Quien allá acude, jamás regresa.

—Así lo creo —dijo Geralt con frialdad—. Por eso es por lo que no pienso ir allá.

Jaskier se rió con insolencia. El estarosta, como Geralt se esperaba, se lo pensó durante un largo rato.

—Ajá —dijo por fin—. Clarito, claro. Pero hay otros elementalos acá. De las tierras de los elfos se nos cuelan, por lo visto. Oh, señores, hay de ellos, los hay. Ni se puen contar. Y la peor es la Muaré, ¿acaso miento, paisanos?

Los «paisanos» se reanimaron, rodearon la mesa por todos lados.

—¡La Muaré! —dijo uno—. Sí, sí, con toda razón habla el estarosta. Una moza descolorida, que corre por las casas al alba, ¡y los críos se mueren!

—Y trasgos —añadió otro, soldado en la guardia local—. ¡Les enredan las crines a las caballerías en las cuadras!

—¡Y murciégalos! ¡Murciégalos hay!

—¡Y calvorotes! ¡Por su culpa la gente se llena de granos!

Los siguientes minutos fueron ocupados por un intensivo recuento de los seres que importunaban a los lugareños con sus innobles actos o con su mera existencia. Geralt y Jaskier se enteraron de datos acerca de los trastornones y las mamillas, seres debido a los cuales un labrador honrado no puede encontrar su casa cuando está borracho, sobre las cometas, que vuelan y beben la leche de las vacas, sobre las cabezas con patas de araña que corren por los bosques, sobre los joboldag, que llevan un sombrerito rojo, y sobre los peligrosos lucios, que arrancan la ropa blanca de las manos de las mujeres que están lavando y mira, igual les da por liarse con las propias mujeres. No se quedaron, como era habitual, sin que les informaran de que la vieja Naradkova vuela por las noches subida al atizador y de día provoca abortos, que el molinero mezcla la harina con polvo de bellotas y que un cierto Duda, hablando del capataz real, le llamó a éste ladrón y granuja.

Geralt escuchó con tranquilidad, asintiendo con la cabeza en fingida

atención, realizó unas cuantas preguntas relativas sobre todo a los caminos y la topografía del terreno, después de lo cual se levantó y le hizo una seña a Jaskier.

—Entonces, con los dioses, buenas gentes —dijo—. Pronto volveré, entonces veremos qué se deja hacer.

Se fueron en silencio, entre los chozos y las tapias, acompañados del ladrido de los perros y la algarada de los niños.

—Geralt —habló Jaskier, levantándose sobre los estribos y arrancando unas hermosas manzanas de unas ramas que sobresalían por encima de las paredes de un huerto—. Todo el camino te has estado quejando de que cada vez te es más difícil encontrar trabajo. Y por lo que escuché hace unos instantes resulta que podrías trabajar aquí hasta el invierno, y sin descanso. Aquí te ganarías unos duros y yo encontraría bonitos temas para mis romances. Entonces, explícame, ¿por qué seguimos andando?

—No me ganaría aquí ni un real, Jaskier.

—¿Por qué?

—Porque ni una sola palabra de todo lo que dijeron era verdad.

—¿Qué dices?

—Ninguno de los monstruos de los que hablan existe.

—¡Te burlas de mí! —Jaskier escupió las pipas y echó los restos a un perro callejero que estaba muy pegado a los cascos del caballo—. No, no es posible. Me fijé en esas gentes y yo conozco bien a las personas. No mentían.

—No —aceptó el brujo—. No mentían. Creen ciegamente en ello. Lo que no cambia las cosas.

El poeta se mantuvo un rato en silencio.

—Ninguno de esos monstruos... ¿Ninguno? No puede ser. Alguno de los que mencionaron tiene que existir. ¡Aunque no sea más que uno! Reconócelo.

—Lo reconozco. Es seguro que por aquí hay uno de ellos.

—¡Lo ves! ¿Cuál?

—El murciélago.

Dejaron atrás la última cerca y salieron a una calzada entre bancales amarillos de colza y campos ondulados de trigo. El camino, en dirección contraria, lo recorrían carros cargados. El bardo colocó la pierna sobre el arzón de la silla, apoyó el laúd en la rodilla y rasgueó una nostálgica melodía. De hito en hito, saludaba con la mano a las mozas risueñas y

arremangadas que caminaban por los rebordes del camino llevando rastrillos en sus hombros poderosos.

—Geralt —dijo de pronto—. Pero hay monstruos. Puede que no sean tantos como antes, puede que no acechen detrás de cada árbol en el bosque, pero hay. Existen. ¿A qué se debe entonces que la gente además se invente los que no hay? Y por si fuera poco, incluso creen en aquello que se inventaron. ¿Eh? ¿Geralt de Rivia, famoso brujo? ¿No pensaste nunca en ello?

—Pensé en ello, famoso poeta. Y conozco la causa.

—Interesante.

—A la gente —Geralt volvió la cabeza— le gusta inventarse monstruos y monstruosidades. Entonces se parecen menos monstruosos a sí mismos. Cuando beben como una esponja, engañan, roban, le dan de palos a su mujer, matan de hambre a su vieja abuelilla, golpean con un hacha a la raposa atrapada en el cepo o acribillan a flechazos al último unicornio del mundo, les gusta pensar que sin embargo todavía es más monstruosa que ellos la Muaré que entra en las casas a la aurora. Entonces, como que se les quita un peso de encima. Y les resulta más fácil vivir.

—Lo recordaré —dijo Jaskier al cabo de un rato de silencio—. Sacaré unas rimas y compondré un romance sobre ello.

—Componlo. Pero no cuentes con grandes aplausos.

Cabalgaban despacio pero al poco perdieron de vista la última aldea de chozos. No mucho después alcanzaron la línea de unas lomas pobladas de bosques.

—Ah. —Jaskier detuvo el caballo, miró a los lados—. Contempla, Geralt. ¿No es hermoso? Un idilio, así me lleve el diablo. ¡La vista se alegra!

El terreno más allá de las lomas caía levemente en distintas direcciones, formando llanuras a medias cubiertas de un mosaico de cultivos de muchos colores. En medio, redondos y regulares como hojas de trébol, brillaban tres lagos bordeados por oscuros cinturones de matorrales de alisos. El horizonte estaba marcado por una nebulosa línea de montañas de color azul oscuro, alzándose sobre una oscura e informe extensión de bosque.

—Vamos, Jaskier.

La calzada conducía directa hacia los lagos a través de diques de tierra y bandadas de chillones patos salvajes, cercetas, garzas y somorgujos que estaban escondidos en las alisedas. La riqueza de plumíferos asombraba

ante la huella evidente de actividad humana: los diques estaban bien cuidados, cubiertos de fajina, las esclusas reforzadas con piedras y maderos. Las compuertas junto a los estanques no estaban podridas en absoluto, el agua corría alegremente. En los juncos de las orillas se veían canoas y embarcaderos, y desde las profundidades se erguían pértigas donde estaban colgadas redes y mallas.

De pronto, Jaskier miró hacia atrás.

—Alguien va detrás de nosotros —dijo nervioso—. ¡En un carro!

—Inaudito —se mofó el brujo sin mirar—. ¿En un carro? Y yo que pensaba que los de aquí iban en murciélagos.

—¿Sabes lo que te digo? —refunfuñó el trovador—. Cuando más cerca del confín del mundo, más agudas se vuelven tus bromas. ¡Asusta pensar a dónde llegarás!

Cabalgaban sin prisa, y como el carro al que iban enganchados dos caballos píos no llevaba carga, les alcanzó muy pronto.

—Prrrrr. —El hombre que conducía sujetó los caballos justo detrás de ellos. Llevaba una zamarra de borrego sobre la piel desnuda y los cabellos le alcanzaban hasta las cejas—. ¡Alabados sean los dioses, caballeros!

—¡Alabados sean! —contestó Jaskier, entendido en costumbres.

—No por mí —masculló el brujo.

—Tapadera me nombran —declaró el arriero—. Os vi a vos, cómo platicasteis con el estarosta de la Posada de Arriba. Sé que brujo sois.

Geralt dejó pasar el carro, permitió a la yegua ramonear las hierbas del camino.

—Oí —continuó el hombre de la zamarra— cómo el estarosta os contó tamaños cuentos. Os lo conocí en vueso gesto y no me fue raro, que ha tiempo que no oía tales mentiras ni embustes.

Jaskier se sonrió. Geralt miró al aldeano atentamente, sin decir nada. El aldeano llamado Tapadera carraspeó.

—¿No querríais liaros con una faena de las buenas, verdadera, señor brujo? —preguntó—. Algo tendría para vos.

—¿El qué?

Tapadera no bajó los ojos.

—Mal se habla de negocios por los caminos. Vayamos a mi casa, a Posada de Abajo. Allá platicaremos. Al cabo, éste es también vueso camino.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—Porque aquí no hay otro camino, y vuesos caballos el morro tienen en aquesta dirección, y no a la contraria.

Jaskier se sonrió de nuevo.

—¿Qué dices a esto, Geralt?

—Nada —contestó el brujo—. Mal se habla por los caminos. En marcha pues, señor don Tapadera.

—Atar los caballos a las estacas y encaramaos al carro —propuso el aldeano—. Os será más cómodo. ¿Por qué cansar el culo con la silla?

—Verdad de la buena.

Se subieron al carro. El brujo se tumbó sobre la paja con voluptuosidad. Jaskier, temiendo ensuciar su elegante jubón verde, se sentó en el asiento. Tapadera silbó a los caballos, el vehículo avanzó rechinando por sobre los maderos que reforzaban los diques.

Cruzaron un puente sobre los canales repletos de nenúfares y lentejas de río, atravesaron una franja de campos segados. A todo su alrededor, hasta donde la vista alcanzaba, se extendían campos labrados.

—No se puede creer que esto sea el confín del mundo, el fin de la civilización —dijo Jaskier—. Echa un vistazo, Geralt. Centeno como oro, y entre ese maíz podría esconderse un hombre a caballo. Y mira los nabos, son enormes.

—¿Sabes algo de agricultura?

—Nosotros los poetas debemos saber de todo —afirmó Jaskier con soberbia—. En caso contrario nos comprometeríamos cuando escribimos. Hace falta estudiar, querido mío, estudiar. De la agricultura depende el destino del mundo, por ello está bien saber algo de agricultura. La agricultura proporciona alimento, viste, guarda del frío, provee de entretenimiento y ayuda a las artes.

—Con lo del entretenimiento y las artes creo que te has pasado un poco.

—¿Y de dónde se saca el aguardiente?

—Comprendo.

—Nada comprendes. Estudia. Mira esas florecillas violetas. Son altramuces.

—En verdad que eso son arvejas —le contradijo Tapadera—. ¿Acaso no visteis nunca altramuces? Pero en algo acertasteis, señor. Todo se cría aquí con mucha fuerza y crece que da gloria. Por ello lo llaman el Valle de las Flores y por ello nuesos agüelos se asentaron acá, y echaráronse de aquí

a los elfos.

—El Valle de las Flores, es decir Dol Blathanna. —Jaskier le dio con el codo al brujo tendido en sobre la paja—. ¿Te das cuenta? A los elfos echaráronse pero los antiguos nombres elfos no creyeréronse necesario cambiárarse. Les falta fantasía. ¿Y cómo se vive aquí con los elfos, jefe? Al fin y al cabo los tenéis con las montañas de por medio.

—No nos mezclamos los unos con los otros. Ellos con ellos, nostros con nostros.

—La mejor solución —dijo el poeta—. ¿No es cierto, Geralt?

El brujo no contestó.

II

—Gracias por el convite. —Geralt relamió la cuchara de hueso y la colocó en el cuenco vacío—. Miles de gracias, señor. Y ahora, si permitís, vayamos al asunto.

—Va, venga —se mostró de acuerdo Tapadera—. ¿Qué, Dhun?

Dhun, el Anciano de Posada de Abajo, un enorme hombre de lúgubre mirada, inclinó la cabeza a las mozas; éstas, a toda prisa recogieron de la mesa la vajilla y dejaron la sala del concejo, para evidente tristeza de Jaskier, el cual desde el principio del banquete les había mostrado sus blancos dientes y les había empujado a soltar risitas a base de bromas bastante vulgares.

—Escucho entonces —dijo Geralt, mirando por la ventana desde la que le llegaba el golpetear del hacha y el sonido de la sierra. En el exterior se estaba haciendo algo con madera, un fuerte olor a resina llegaba hasta la isba—. Decidme en qué os puedo ayudar.

Tapadera miró a Dhun. El viejo colono asintió, carraspeó.

—Va, esto es así —dijo—. Hay acá una cierta haza...

Geralt dio un puntapié por debajo de la mesa a Jaskier, el cual se disponía ya a soltar un comentario malintencionado.

—Haza —continuaba Dhun—. ¿No digo bien, Tapadera? Estuvo esta haza por largo tiempo baldía, pero la aramos y ahora sembramos allá cáñamo, centeno y lino. Un pedazo de terreno, os digo. Hasta el mesmo monte que alcanza...

—¿Y qué? —no resistió el poeta—. ¿Qué hay en esa haza?

—Va. —Dhun bajó la cabeza, se arrascó detrás de una oreja—. Va, allá campa un diablo.

—¿Qué? —resopló Jaskier—. ¿El qué?

—Lo dicho, el Diablo.

—¿Qué diablo?

—¿Y qué diablo va a ser? El Diablo y basta.

—¡Pero si los diablos no existen!

—No interrumpas, Jaskier —dijo Geralt con voz serena—. Y vos, seguid adelante, señor Dhun.

—Pues si lo dije: un diablo.

—Esto ya lo sé. —Geralt, cuando quería, sabía ser paciente hasta el extremo—. Decidme qué aspecto tiene, de dónde salió, en qué os estorba. Una cosa tras la otra, si no os importa.

—Va. —Dhun alzó una mano nudosa y comenzó a contar, doblando los dedos de uno en uno con grandes trabajos—. Una cosa tras la otra, cuán vivo y sabio home sois. Va, venga. Aspecto tiene, señor, pues de diablo, un diablo tal que ni pintado. ¿De dónde salió? Pues de lugar ninguno. Pam, paf, chas, y miro: diablo. Y estorbar, lo que es estorbar, lo cierto es que no mucho. Y hay veces en que hasta ayuda.

—¿Ayuda? —se rió Jaskier mientras intentaba sacar una mosca de la cerveza—. ¿El diablo?

—No interrumpas, Jaskier. Seguid, señor Dhun. En qué forma os ayuda ese, como decís...

—Diablo —repitió con énfasis el aldeano—. Va, ayuda de tal modo: estercola el campo, remueve el terreno, mata los topos, asusta a los pájaros, vela por los nabos y los rabanillos. Ah, y las hojillas que se resecan se come de las coles. Pero por cierto que también la col entera se come. No es que se embuche otra cosa. Así es este diablo.

Jaskier se rió de nuevo, después de lo cual chasqueó los dedos y disparó la mosca bañada en cerveza hacia el gato que dormía junto al hogar. El gato abrió un ojo y miró al bardo con reproche.

—En cualquier caso —habló con tranquilidad el brujo—, estaríais dispuestos a pagarme para libraros de ese diablo, ¿o no? En otras palabras, ¿no lo queréis por estos alrededores?

—¿Y quién —Dhun le miró lúgubremente— querría un diablo en la tierra de sus padres? Nuesa es esta tierra, de nuesos antepasados, por cesión del rey, y nada pinta acá un diablo. Al cuerno con su ayuda, ¿qué pasa, qué no tenemos manos nostros mesmos? Y no de diablo, señor brujo, sino de malevada bestia tiene en la cabeza tales, con perdón, mierdas, que no se puede aguantar. No sabes por la mañana lo que le vendrá a la cabeza por la

noche. Y allá, señores, que ensucia el pozo, y acá que corre a una moza, la asusta, la amenaza que la va a encular. Roba, señores, los avíos de la casa y de la cosecha. Destruye y rompe, importuna, mete el morro en el dique, patea en los bajos como un castor o un hurón cualequiera, el agua de un estanque se escurrió del todo y las carpas se murieron. En el hórreo quemó unos escobeños, el hideputa, y hizo cenizas la mies toda...

—Entiendo —le cortó Geralt—. Veo entonces que sí que estorba.

—No —agitó la cabeza Dhun—. No estorba. Diabluras hace y no más.

Jaskier se volvió hacia la ventana, ahogando las risas. El brujo callaba.

—Y a qué más plática —dijo el hasta entonces silencioso Tapadera—. ¿Vos sois brujo, no? Pues entonces meteislo en cintura a aqueste diablo. Buscabais faena en Posada de Arriba, yo mismo lo oí. Pues acá tenéis faena. Os pagaremos lo preciso. Pero guardaos, no querríamos que matarais al diablo. Eso sí que no.

El brujo alzó la cabeza y mostró una sonrisa siniestra.

—Interesante —dijo—. Aun diría más, no muy habitual.

—¿Qué? —Dhun arrugó el rostro.

—Una condición no muy habitual. ¿Por qué tanta piedad?

—No se le debe matar. —A Dhun se le arrugó aún más el rostro—. Porque en aqueste Valle...

—No se le debe matar y basta —le interrumpió Tapadera—. Agarraislo sólo, señor, o bien echaislo al quinto cuerno. Y no os quejaréis de la paga.

El brujo callaba sin dejar de sonreírse.

—¿Aceptáis el trato? —preguntó Dhun.

—Primero me gustaría echar un vistazo a ese vuestro diablo.

Los aldeanos se miraron el uno al otro.

—Vueso derecho —dijo Tapadera, después de lo que se levantó—. Y vuesa voluntad. Por todos los alrededores andurrea el diablo a las noches, pero de día suele estar allá por los cañaverales. O entre los sauces viejos, en el pantano. A voluntad podréis verlo allá. No os vamos a urgir. Si queréis descansar, descansaiste tan largo como queráis. Ni comodidades ni viandas os ahorraremos, tal y como es el derecho del huésped. Con los dioses.

—Geralt. —Jaskier se levantó del escabel, contempló a los aldeanos que se alejaban de la casa—. No entiendo nada. No ha pasado ni un día desde que hablábamos de monstruos imaginarios y tú de pronto te contratas para cazar diablos. Y que justo los diablos son invenciones, criaturas míticas, lo sabe todo el mundo, descontando por lo que veo algunos

aldeanos analfabetos. ¿Qué significa este inesperado entusiasmo tuyo? Apuesto, como te conozco un poco, a que no te rebajaste a solucionarnos de este modo alojamiento, manutención y lavado de ropa.

—Por supuesto —se enfadó Geralt—. Parece que ya me conoces un poco, pallador.

—En tal caso no lo entiendo.

—¿Y qué hay que entender aquí?

—¡No existe el diablo! —gritó el poeta, sacando definitivamente al gato de su sueño—. ¡No hay! ¡Los diablos no existen, diablos!

—Cierto —se sonrió Geralt—. Pero yo, Jaskier, nunca pude resistir la tentación de ver algo que no existe.

III

—Una cosa es cierta —murmuró el brujo recorriendo con la vista la enmarañada jungla de cañas que se extendía ante ellos—. Este diablo no es tonto.

—¿Por qué lo dices? —se interesó Jaskier—. ¿Porque se esconde en una espesura impenetrable? Una liebre común y corriente tiene suficiente cerebro para ello.

—Me refiero a las propiedades especiales del cañaveral. Un campo tan enorme emite una potente aura antimágica. La mayor parte de los encantamientos resultan aquí inútiles. Y mira allí, ¿ves esas hierbas? Eso es lúpulo. El polen del lúpulo actúa de forma parecida. Apuesto a que no es casualidad. El bellaco siente el aura y sabe que aquí está seguro.

Jaskier tosió, se colocó los pantalones.

—Me interesa ver —dijo, rascándose la frente, debajo del sombrerillo— cómo te pondrás a ello, Geralt. Todavía no tuve ocasión de verte nunca en el tajo. Apuesto a que sabes un tanto de la caza de diablos. Intentaré recordar un antiguo romance. Había uno sobre un diablo y una moza, indecoroso, pero divertido. Moza, piensas...

—Olvídate de la moza, Jaskier.

—Como quieras. Quería ayudar, nada más. Y no hay que menospreciar los cantos antiguos, está oculta en ellos la sabiduría recogida por generaciones. Hay un romance sobre un jornalero llamado Yolop, el cual...

—Cierra el pico. Es hora de ponerse al tajo. Hay que ganarse la manutención y el lavado de ropa.

—¿Qué quieres hacer?

—Fisgaré un poco en los cañaverales.

—Muy original —rebufó el trovador—. Aunque no muy refinado.

—¿Y tú qué harías?

—Algo inteligente —se burló Jaskier—. Brillante. Con una batida de caza. Echaría al diablo de entre los arbustos y en campo abierto lo acosaría a caballo y lo atraparía con un lazo. ¿Qué te parece?

—Una concepción muy interesante. Quién sabe, puede que se pudiera usar si quisieras participar, porque para tal operación hacen falta por lo menos dos personas. Pero por ahora no vamos de caza. De momento quiero tan sólo orientarme, saber qué cosa es el diablo éste. Por eso me tengo que meter en los cañaverales.

—¡Eh! —El bardo se dio cuenta sólo ahora—. ¡No llevas la espada!

—¿Y para qué? Yo también conozco los romances sobre el diablo. Ni la moza ni el jornalero llamado Yolop llevaban espada.

—Hmm... —Jaskier miró a su alrededor—. ¿Tenemos que meternos en el mismo centro de esa espesura?

—Tú no tienes. Puedes volver a la aldea y esperarme allí.

—Oh, no —protestó el poeta—. ¿Cómo voy a perderme tamaña ocasión? Yo también quiero ver al diablo, convencerme de si en verdad es tan fiero como lo pintan. Pregunté si obligatoriamente tenemos que atravesar por el cañaveral porque allí hay una trocha.

—Cierto. —Geralt se hizo sombra con la mano—. Hay una trocha. La usaremos.

—¿Y si es la trocha del diablo?

—Mejor. Así no andaremos de más.

—Sabes, Geralt —parloteó el bardo mientras atravesaba detrás del brujo el estrecho e irregular sendero entre las cañas—. Siempre pensé que «diablo» era una metáfora, creada para que fuera como una maldición. «Vaya un diablillo», «Que se vaya al diablo», «Qué diablos». Así decimos nosotros en la lengua común. En mi tierra se usa «allá donde el diablo dijo buenas noches» para referirse al quinto pino. Los duendes, cuando ven que se acerca alguien a caballo, dicen: «De nuevo los diablos traen a alguien». Los enanos maldicen «Düvvel hoáel», cuando algo no les sale, y a las mercancías defectuosas las llaman «Düvvelsheyss». Y en la Antigua Lengua hay un dicho: «A d'yaebl aép arse», que quiere decir...

—Sé lo que quiere decir. Deja de cotorrear, Jaskier.

Jaskier se calló, se quitó el sombrerito adornado con una pluma de ganso, se abanicó con él y se secó la frente sudorosa. En la espesura hacía un calor pesado, húmedo, asfixiante, incrementado incluso por el perfume

de hierbas y matorrales en flor que flotaba en el ambiente. El sendero se torcía ligeramente y, al otro lado de la curva, se terminaba en un pequeño claro lleno de malas hierbas.

—Mira, Jaskier.

En el mismo centro del claro se erguía una piedra grande y plana sobre la que había unos cuantos cuenquecillos de barro. Entre los cuencos resaltaba una vela de sebo quemada casi hasta el final. Geralt vio, pegados a las plastas de grasa desecha, unos granos de maíz y de habas, así como otros pipos y semillas, ya irreconocibles.

—Como me imaginaba —murmuró—. Le ofrecen aquí sacrificios.

—Cierto —afirmó el poeta señalando a la vela—. Y le encienden fuego al diablo. Pero por lo que veo lo alimentan de semillas como a una gallina. Joder, vaya una pocilga asquerosa. Todo está pegajoso de brea y miel. Qué...

Las siguientes palabras del bardo se ahogaron en un berrido sonoro y amenazador. En los cañaverales algo se removió y pataleó, después de lo cual de la espesura surgió el más extraño ser que a Geralt le hubiera sido dado contemplar.

El ser tenía algo más de cuatro codos de altura, ojos saltones, cuernos y barbas de cabra. También los labios, vivos, partidos y blandos, recordaban una cabra rumiando. La parte inferior del cuerpo del ser estaba oculta por pelos largos, densos, de color rojo oscuro que alcanzaban hasta unas pezuñas bifurcadas. El engendro también estaba provisto de una cola terminada en un bordón apincelado, que agitaba enérgicamente.

—¡Uk! ¡Uk! —castañeteó el monstruo, moviendo las pezuñas—. ¿Qué aquí? Largo, largo, que os ensarto en mis cuernos, ¡uk, uk!

—¿Te ha dado alguien alguna vez una patada en el culo, cabroncillo? —no resistió Jaskier.

—¡Uk! ¡Uk! ¡Beeeee! —baló el cuernocabra. Resultaba difícil discernir si esto era una afirmación, una negación o incluso un menosprecio de la pregunta.

—Cállate, Jaskier —habló el brujo—. No digas ni una palabra.

—¡Blebleblebeeeee! —gorjeó con rabia el ser, alzando tanto los labios que dejó al descubierto unos amarillentos dientes de caballo—. ¡Uk! ¡Uk! ¡Uk! ¡Bleubeeeubleuuubeeeee!

—Seguro, seguro —afirmó Jaskier—. El organillo y la campanilla son tuyos. Cuando te vayas a ir a casa, los recoges.

—Déjalo ya, joder —gritó Geralt—. Lo vas a estropear todo. Guarda para ti tus estúpidas bromas...

—¡Bromas! —berreó sonoramente el cuernocabra y dio un salto—. ¡Bromas, beee, beeee! Nuevos bromeadores vinieron, ¿qué? ¿Trajeron bolitas de metal? ¡Ya os daré yo bolitas de metal a vosotros, canallas, uk, uk! ¿No queríais bromas, beeee? ¡Aquí tenéis bromas! ¡Tenéis vuestras bolitas! ¡Tenéis!

El ser saltó y agitó violentamente la mano. Jaskier aulló y cayó en la trocha tentándose la frente. El ser dio un balido, agitó de nuevo la mano. Junto a la oreja de Geralt algo pasó silbando.

—¡Tenéis vuestras bolitas! ¡Beeee!

Una bolita de metal de una pulgada de diámetro le asestó al brujo en el hombro, la siguiente le acertó a Jaskier en la rodilla. El poeta soltó una imprecación y emprendió la huida. Geralt se lanzó delante de él sin esperar, mientras las bolitas le silbaban por encima de la cabeza.

—¡Uk! ¡Uk! ¡Beee! —gritó el cuernocabra, saltando—. ¡Ya os daré bolitas! ¡Bromistas de mierda!

Una bolita silbó en el aire. Jaskier lanzó una maldición aún más fea y se agarró el codo. Geralt se echó a un lado, entre los cañaverales, pero no escapó al impacto que le acertó en el omóplato. Había que reconocer que el diablo tenía una puntería asombrosa y que parecía tener un depósito inagotable de bolitas. El brujo, arrastrándose por entre la espesura, escuchó aún el balido triunfal del diablo victorioso y, enseguida, el silbido de otra bolita, la blasfemia y el pataleo de Jaskier escapando de la vereda.

Y luego se hizo el silencio.

IV

—Bueno, sabes, Geralt. —Jaskier apretó contra la frente una herradura enfriada en un cubo de agua—. No me esperaba esto. Un simple monstruillo cornudo con barbas de chivo, un simple morueco peludo, y te echó de allí como a cualquier mocoso. Y a mí me abrió la cabeza. ¡Mira qué chichón tengo!

—Es la sexta vez que me lo enseñas. No parecía interesante ni siquiera la primera vez.

—¡Qué amable! ¡Y yo que pensaba que iba a estar seguro contigo!

—No te pedí que corrieras detrás de mí a los cañaverales. Te pedí, sin embargo, que escondieras detrás de los dientes tu lengua de verdulera. No me hiciste caso, ahora sufre. En silencio, si no te importa, porque justo están entrando.

A la sala del concejo entraron Tapadera y el imponente Dhun. Tras ellos se arrastraba una abuelilla de cabellos grises y tan crujiente como un hojaldre, conducida por una muchacha rubia y terriblemente delgada.

—Señor Dhun, señor Tapadera —comenzó el brujo sin preámbulos—. Antes de ponernos en camino pregunté si habíais intentado hacer algo vosotros solos con ese diablo vuestro. Dijisteis que no habíais hecho nada. Tengo motivos para pensar que fue de otro modo. Espero vuestras explicaciones.

Los colonos murmuraron entre ellos, después de lo cual Dhun tosió y dio un paso.

—Razón tenéis, señor, perdón pedimos. No lo dijimos pues la vergüenza se nos comía. Queríamos por nuesa propia mano engañar al diablo, obligailo a que se fuera con...

—¿De qué modo?

—Aquí en nueso valle —Dhun hablaba con lentitud— ya en tiempos rebullían las monstruosidades. Dragones de aire, wijunos de tierra, camorreros, fantasmones, arañas gigantes y tarascas de varias clases. Y nostros, cura de nuesos males siempre en nueso libro bucábamos.

—¿En qué libro?

—Saque usté el libro, agüela. ¡El libro digo, el libro! ¡Me se cuece la sangre! ¡Sorda como tapia! ¡Lille, dile a la agüela que enseñe el libro!

La muchacha de cabellos claros arrancó un gran libro de los dedos de la viejecilla y se lo dio al brujo.

—En aqueste libro —siguió Dhun—, el cual en la nuesa familia desde tiempos inmemoriales guardamos, hay remedios para todo monstruo, brujería y prodigio como hubo o haya en el mundo.

Geralt dio vueltas en sus manos al volumen pesado, grueso y cubierto de polvo. La muchacha estaba todavía delante de él, limpiándose las manos en el delantal. Era de más edad de lo que al principio había pensado, le había engañado su delicada figura, tan diferente de la sólida postura de otras muchachas del poblado que serían seguramente de su tiempo.

Colocó el libro sobre la mesa y abrió la pesada cubierta de madera.

—Échale un vistazo a esto, Jaskier.

—Runas Primeras —valoró el trovador, mirando por encima de sus hombros, con la muchacha siempre enfrente—. La escritura más antigua, utilizada hasta el momento de la introducción del nuevo alfabeto. Basada en las runas de los elfos y en los ideogramas de los enanos. Divertida sintaxis, pero así se hablaba entonces. Interesantes dibujos e ilustraciones. No se ve algo así a menudo, Geralt, y en caso afirmativo, sólo en bibliotecas de santuarios, no en poblachos en el confín del mundo. Por todos los dioses, ¿de dónde habeislo sacado, aldeanos míos? Creo que no querréis contarnos que sabéis leer esto. ¿Abuela? ¿Sabes leer Runas Primeras? ¿Sabes leer cualquier runa?

—¿Quéééééé?

La muchacha de cabellos claros se acercó a la abuelilla y le susurró algo directamente al oído.

—¿Leer? —La viejecilla mostró al reírse sus encías desdentadas—. ¿Yo? No, majete. Esas artes no las tengo yo, no.

—Explicadme —dijo Geralt con frialdad, volviéndose hacia Dhun y Tapadera— de qué forma utilizáis el libro si no sabéis leer las runas.

—La vieja más vieja siempre sabe lo que en el libro está puesto —

afirmó lóbrego Dhun—. Y aquesto que sabe, a alguna moza lo enseña, cuando le llega la hora de ir a la tierra. Vos mismos comprendéis que a nuesa abuela la hora se le acerca. La abuela por eso tomó a Lille y la enseña. Pero trastanto, la abuela lo sabe mejor todo.

—La vieja bruja y la bruja joven —murmulló Jaskier.

—Si no he entendido mal —dijo Geralt con incredulidad—, ¿la abuela se sabe el libro entero de memoria? ¿Es así, abuela?

—Entera no, qué es lo que dices —respondió la abuela, de nuevo por intercesión de Lille—: aquesto sólo que enrededor de los santos se encuentra.

—Ajá. —Geralt abrió el libro al azar. La imagen que se veía en la destrozada página mostraba un cerdo con manchas y con cuernos en forma de lira—. Permitid entonces, abuela. ¿Qué hay escrito aquí?

La abuela ceceó, miró los grabados y luego cerró los ojos.

—Auroch cornudo o taurus —recitó—. Ítem por los iletrados nombrado con error bisomte. Cuernos posee y con ellos embiste...

—Basta. Muy bien, a decir verdad. —El brujo dio la vuelta a unas cuantas páginas pegajosas—. ¿Y aquí?

—Nubecillas y planetillas varios son. Éste lluvia provoca, aqueste vientos hace soplar, aquelotro cría truenos. Quisierais guardar de su acción la cosecha, tomaréis un cuchillo de fierro, nuevo, tres medias onzas de boñiga de oso, sebo de garza gris...

—Bien, bravo. Hmm... ¿Y aquí? ¿Qué es esto?

El dibujo mostraba un engendro desgreñado, montado a caballo, con ojos enormes y aún mayores dientes. En la mano derecha el ser asía una espada considerable, en la izquierda, una bolsa de monedas.

—Brujeador —murmuró la vieja—. Por algunos nombrados brujos. Llamarlo es harto peligroso, anque necesario, pues si contra las monstruosidades y las plagas nada más puede, el brujeador puede. Guardarse es, sin embargo, preciso...

—Basta —murmuró Geralt—. Basta, abuela. Gracias.

—No, no —protestó Jaskier con una sonrisa malvada—. ¿Cómo sigue? ¡Pero qué interesante es este libro! Hablad, abuela, hablad.

—Eeeh... Guardarse es, sin embargo, preciso, de tentarlo y tocarlo al brujeador, porque ello puede ser causa de ensarnecerse. Y hay que las mozas esconder, que el brujeador lujurioso es, más allá de toda medida...

—Coincide como que ni pintado —se rió el poeta, y Lille, le pareció al

brujo, se sonrió en forma apenas visible.

—...Anque el brujeador gran rapaz es, que tras el oro va —murmuraba la abuela, entrecerrando los ojos—, no daile más que: por el utopes, real de plata o real y medio. Por el gatolako: dos reales de plata. Por el vampero, cuatro reales de plata...

—Aquéllos eran tiempos —murmuró el brujo—. Gracias, abuela. Y ahora mostradnos dónde se discurre aquí del diablo y qué se cuenta sobre los diablos en el libro. En este caso me sería de más agrado escuchar, porque en ello interés tengo, qué remedio con él utilizasteis.

—Cuidado, Geralt —se rió Jaskier—. Comienzas a caer en su jeringonza. Es un dialecto contagioso.

La abuela, moviendo las manos con dificultad, volvió unas cuantas páginas. El brujo y el poeta se inclinaron sobre la mesa. En efecto, en el grabado figuraba el lanzador de bolitas, cornudo, peludo, con su cola y su sonrisa pérfida.

—Diablo —recitó la abuela—. Ítem nombrado cojuelo o bien silvan. Contra las posesiones y las bestias de corral es grande dañino y enfadoso. Si se lo quiere echar de los campos, hay que tal obrar...

—Sí, sí —murmulló Jaskier.

—Toma de nueces un puño —siguió la abuela, moviendo su índice por el pergamino—. Toma de bolas de fierro otro. De miel un cantarillo, de brea otro. De jabón gris una escudilla, de requesón otra. Entretanto el diablo está quieto, acude a él en horas nocturnas. Para principiar has de comer las nueces. Entonces el diablo, que goloso es, acudirá y preguntará acaso sean deliciosas. Al efecto a él le has de dar las bolitas de fierro.

—Seréis cabrones —murmulló Jaskier—. Seréis locos...

—Silencio —dijo Geralt—. Venga, abuela. Seguid.

—...Pondréis la miel en los labios, el diablo, viendo que es miel, tal miel se le antojará. Daile a él la brea y tú el requesón has de comer. Escucharás cómo al diablo le zumban y retumban las entrañas, pero como si nada has de obrar. Y si se le antoja al diablo requesón, daile a él jabón. Después del jabón, el diablo no habrá de resistirlo...

—¿Llegasteis hasta el jabón? —le interrumpió Geralt con rostro de piedra, volviéndose hacia Dhun y Tapadera.

—Quiá. Ni pensailo —gruñó Tapadera—. Más que a las bolas. Ay, señor, nos dio él candela, cuando mordió las bolas...

—Pero, ¿quién os mandaba —se enojó Jaskier— darle tantas bolas?

Está en el libro escrito que un puñado sólo. ¡Y vosotros un saco de las bolas le disteis! ¡Munición para dos años sin exagerar le disteis, pedazo de bolos!

—Cuidado —se sonrió el brujo—. Comienzas a caer en su jeringonza. Es un dialecto contagioso.

—Gracias.

Geralt levantó de pronto la cabeza y miró a los ojos de la muchacha que estaba al lado de la anciana. Lille no bajó los ojos. Los tenía de un azul claro y radiante.

—¿Por que le hacéis ofrendas de semillas? —preguntó con aspereza—. Se ve perfectamente que es un típico comedor de plantas.

Lille no contestó.

—Te he hecho una pregunta, muchacha. No tengas miedo, no se infecta uno de sarna sólo por hablar conmigo.

—Nada le preguntéis, señor —habló Tapadera con visible embarazo en la voz—. Lille... ella... rara es. No os contestará, no la obliguéis.

Geralt todavía miraba a los ojos de Lille, Lille seguía sin apartar la mirada. Sintió un escalofrío recorriéndole la espalda, arrastrándose por la nuca.

—¿Por qué no fuisteis a por el diablo con estacas y viernos? —alzó la voz—. ¿Por qué no le pusisteis cepos? Si lo hubierais querido, su cabeza de cabra ya estaría colgando de un palo como espantapájaros. A mí me avisasteis de que no lo intentara matar. ¿Por qué? Tú se lo prohibiste, ¿no es cierto, Lille?

Dhun se levantó del banco. La cabeza casi alcanzaba el techo.

—Vete, moza —gritó—. Coge a la agüela y vete de acá.

—¿Quién es ella, señor Dhun? —preguntó el brujo cuando la abuela y Lille cerraron la puerta tras de sí—. ¿Quién es esta muchacha? ¿Por qué ella goza de más respeto entre vosotros que este maldito libro?

—No es asunto vueso. —Dhun le miró, y su mirada no era amigable—. Si queréis perseguir a las hembras sabias allá en vuesas ciudades, quemarlas en hogueras allá, no acá. En nuesa tierra tal cosa no hubo y no habrá.

—No me habéis entendido —dijo con frialdad el brujo.

—Porque no quiero.

—Ya lo he observado —rezongó el brujo, hablando también con franqueza—. Pero una cosa importante habréis de saber, señor Dhun. De

momento no nos obliga ningún contrato, de momento no me he comprometido a nada con vosotros. No tenéis razones para pensar que os habéis comprado un brujo que, por un real de plata o uno y medio, hará todo lo que vosotros no sabéis. O no queréis. O no se os permite. Así es, señor Dhun. No habéis comprado un brujo y no pienso que vayáis a conseguir comprarlo. No, desde luego con vuestra falta de gana por entender.

Dhun calló, midiendo a Geralt con ojos terribles. Tapadera carraspeó, se removió en el banco, dio unas sonoras palmadas, luego, de pronto, se incorporó.

—Señor brujo —dijo—. No os enojéis. Os lo contaremos de cabo a rabo. ¿Dhun?

El Anciano del poblado hizo un gesto afirmativo y se sentó.

—Cuando hacia acá veníamos —comenzó Tapadera— oservaisteis cómo se cría acá de todo y como las cosechas son acá de buenas. Tales se crían acá cosas, que en otros rincones mal se dan o ni se dan siquiera. Pues eso, en aquesta tierra nuesa son los esquejes y las semillas de sementera cosas de importancia, pues y de ellos pagamos los tributos y vendemos y mercamos...

—¿Qué tiene que ver esto con el diablo?

—Tiene. El diablo antes nomás molestaba y tontas jugarretas hacía, hasta que empezó a arramplar grano a lo bruto. A lo primero le trajíamos un poco a la piedra en los cañizos, pensamos, se llena y nos deja en paz. Pero nada: siguió arramplando más, a reventar. Y como quiera que echamos a esconder los depósitos que teníamos en pajares y hórreos que cerrábamos a cal y canto, pues él se enrabietó tanto, señor, que venga a balar, bramar, gritar «uk-uk», y cuando él «uk-uk», no, pues más vale salir pitando. Amenazó con que...

—...por culo os daría —interrumpió Jaskier con sonrisa burlona.

—También —asertó Tapadera—. ¡Y hasta las nuesas madres mentó! Para no darle más güeltas: como no podía robar, pues nos cargó un tributo. Mandó que le llevaran grano y otros enseres a sacos enteros. Entonces, cierto es que rabiosos nos puso y anduvimos tramando atizarle en el culo con el rabo. Pero...

El labriego carraspeó, bajó la cabeza.

—No hay que vacilar —habló de pronto Dhun—. Mal le calamos al brujo. Va, desembucha todo, Tapadera.

—La agüela, atizarle al diablo nos prohibió —dijo Tapadera muy deprisa—, pero sabemos, sin embargo, que es Lille, pues la agüela... La agüela sólo dice lo que Lille le manda. Y nostros... vos mismo lo visteis, señor brujo. Nostros la obedecemos.

—Ya lo he observado. —Geralt deformó los labios en una sonrisa—. La abuela es capaz sólo de mover las barbas y recitar un texto que no entiende ella misma. Y sin embargo miráis a la muchacha como si fuera una forma de la diosa, con la boca abierta. Evitáis sus ojos, pero intentáis prever sus deseos. Y sus deseos son órdenes para vosotros. ¿Quién es, esa Lille vuestra?

—Pues lo hais adivinado ya, señor. Veedora. Es dicir, Sabia. Pero no le habléis de ello a nadie. Os lo pedimos. Si esto llegara a oídos del corregidor, o no lo permitan los dioses, del virrey...

—No temáis —afirmó serio Geralt—. Sé de lo que habláis y no os traicionaré.

Las extrañas mujeres y muchachas llamadas veedoras o Sabias, que a veces se encuentran por las aldeas, no gozaban de la mayor simpatía de los magnates que recogían tributo u obtenían ganancias de la agricultura. Los labradores siempre pedían consejo a las profetisas, sobre casi cada asunto. Les creían ciegamente y sin límites. Pero las decisiones tomadas sobre la base de tales consejos resultaban a menudo opuestas a la política de señores y gobernantes. Geralt había oído hablar de casos absolutamente radicales e incomprensibles: del exterminio de todo el ganado reproductor, de no llevar a cabo la siembra o la cosecha, e incluso de migraciones de aldeas enteras. Los gobernantes perseguían por ello «las supersticiones», a menudo sin reparar en medios. Por eso los labriegos habían aprendido muy deprisa a esconder a las Sabias. Pero no habían dejado de escuchar sus consejos. Porque, como probaba la experiencia, una cosa estaba más allá de toda duda: a largo plazo siempre resultaba que las Sabias tenían razón.

—Lille al diablo cargarnos no nos dejó —siguió Tapadera—. Mandó hacer tal como en el libro se manda. Como sabéis, no salió. Y ya tuvimos problemas con el corregidor. Cuando le dimos menos grano que de costumbre, los morros se le retorcieron, gritó, injurió. Del diablo ni pío le soltamos, que el corregidor serio es y poco aguanta las bromas. Y entonces vos aparecistes. Pregunté a la Lille si sos podía... alquilar...

—¿Y?

—Dijo, por la agüela, que primero os ha de mirar.

—Y nos miró.

—Os miró. Y sos aceptó, se lo conocimos, sabemos ver lo que Lille acepta y lo que no.

—No me dijo ni palabra.

—A nadie, si no es a la agüela, nunca jamás dijera palabra. Pero si no os aceptara, de la sala no se hubiera ido como si nada.

—Humm... —pensó Geralt—. Esto es interesante. Una profetisa que, en vez de profetizar, calla. ¿De dónde vino a vosotros?

—No sabemos, señor brujo —murmulló Dhun—. Pero con la agüela, tal y como los viejos recuerdan, también así fue. La agüela de antes también una moza poco habladora se sacó, una que salió de no se sabe ónde. Y aquesta moza, es justo nuesa agüela de ahora. El mi agüelo dicía, que la agüela se ennueva en tal forma. Del mesmo modo que la luna que en el cielo se ennueva y cada vez nueva es. No sos riáis...

—No me río —agitó la cabeza Geralt—. Demasiado he visto ya para que me hagan de reír tales cosas. Tampoco pienso meter la nariz en vuestros asuntos, señor Dhun. Mi pregunta va dirigida a establecer el vínculo entre Lille y el diablo. Creo que vosotros mismos ya habéis comprendido que existe tal vínculo. Si vuestra veedora os es tan necesaria, entonces, en lo tocante al diablo puedo daros un único consejo: tenéis que quererlo.

—Saber, señor —dijo Tapadera—, que no sólo del diablo se trata. Lille matar no nos deja. Ni una criatura sola.

—Por supuesto —terció Jaskier—. Las profetisas de aldea proceden del mismo tronco que los druidas. Y un druida, cuando un tábano le está chupando la sangre, hasta le desea buen provecho.

—Acertaisteis —se sonrió ligeramente Tapadera—. Acertaisteis en el medio. Lo mesmo nos pasó con unos jabalines que se jamaban las verduras. ¿Y qué? Mirar por la ventana: verduritas como de pintura. Se halló el medio. Lille no sabe siquiera cuál. Ojos que no ven, corazón que no siente. ¿Lo cogéis?

—Lo cojo —murmulló Geralt—. Y cómo. Pero no importa. Lille o no, vuestro diablo es un silván. Una criatura extraordinariamente rara, pero dotada de razón. No lo mataré, mi código no me lo permite.

—Si razona —habló Dhun—, tonces hacerle de razonar.

—Por supuesto —le apoyó Tapadera—. Si el diablo tiene razón, quiere dicir que el grano con razón lo roba. Vos, señor brujo, enteraros qué es lo

que quiere. Pues el grano no se come, al menos no tanto. Entonces, ¿para qué cojones quiere el grano? ¿Por hacernos mal, o qué? ¿Qué quiere? Enteraros y echailo de los alredores con remedios brujeriles. ¿Lo haréis?

—Lo intentaré —se decidió Geralt—. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Vuestro libro, queridos míos, está anticuado. ¿Entendéis a dónde quiero llegar?

—Pues la verdad —murmuró Dhun— es que no mucho.

—Os lo explicaré. Pues, señor Dhun, señor Tapadera, si pensabais que mi ayuda os va a costar un real de plata o uno y medio, entonces os equivocáis completamente.

V

—¡Hey!

De la espesura surgió un siseo, un colérico «uk-uk» y un agitar del ramaje.

—¡Hey! —repitió el brujo, cautelosamente oculto—. Venga, muéstrate, Cojuelo.

—Cojuelo tu padre.

—¿Y entonces cómo? ¿Diablo?

—Diablo tu padre. —El cuernocabra asomó la cabeza por entre las cañas, mostrando los dientes—. ¿Qué quieres?

—Hablar.

—¿Bromeas o qué? —baló el diablo—. ¿Piensas que no sé quién eres? Los labriegos te han alquilado para que me eches de aquí, ¿o no?

—Cierto —aceptó Geralt con indiferencia—. Y justo de eso quería hablar contigo. ¿Y si llegamos a un acuerdo?

—Ahí te duele —barritó el diablo—. Querrías escurrir el bulto a bajo coste, ¿eh? ¿Sin esfuerzo? ¡Conmigo no hay tales numeritos, beee! La vida, humano, es pura competencia. Gana el mejor. Si quieres ganarme, prueba que eres mejor. En vez de ponernos de acuerdo, competencia. El que gane pone las condiciones. Propongo una carrera desde aquí al sauce viejo que está sobre la tumba.

—No sé dónde está la tumba ni dónde el sauce viejo.

—Si lo supieras no te propondría la carrera. Me gusta competir pero no me gusta perder.

—Ya lo he visto. No, no vamos a correr. Hace calor, hoy.

—Una pena. ¿Puede que compitamos de otro modo? —El diablo mostró los dientes amarillos y cogió del suelo un montón de cantos rodados

—. ¿Conoces el juego «Quién grita más fuerte»? Yo tiro primero. Cierra los ojos.

—Tengo otra propuesta.

—Soy todo oídos.

—Te largas de aquí sin competencias, sin carreras y sin gritos. Por ti mismo, sin imposiciones.

—Métete esa propuesta a d'yeabl aép arse —el diablo demostró su conocimiento de la Antigua Lengua—. No me voy de aquí. Me gusta.

—Pero has hecho demasiadas travesuras. Te has pasado con tus bromas.

—Düvvelsheyss con mis bromas. —El silván, como se veía, conocía también el idioma de la gente pequeña—. Y tus propuestas también son Düvvelsheyss. Nunca me iré de aquí. A menos que me venzas en algún juego. ¿Te doy una oportunidad? Vamos a jugar a las adivinanzas, si no te gustan los juegos de acción. Ahora te pondré una adivinanza, si la aciertas, habrás ganado y me iré de aquí. Si no lo consigues, yo me quedo y tú te vas. Piénsatelo bien, porque la adivinanza no es fácil.

Antes de que Geralt acertara a protestar, el diablo dio un balido, golpeteó con las pezuñas, barrió la tierra con la cola y recitó:

No lejos del río, crece en blando barro
una flor manchada en un tallo largo.
Hojitas rositas, de vainas bien llenas.
No la enseñes al gato, que la devora entera

—Venga, ¿qué es? Adivina.

—No tengo ni idea —reconoció indiferente el brujo, sin intentarlo siquiera—. ¿Quizás los guisantes trepadores?

—Mal. Perdiste.

—¿Y cuál es la respuesta correcta? ¿Qué cosa tiene... humm... vainas bien llenas?

—La col.

—Escucha —gritó Geralt—. Empiezas a ponerme nervioso.

—Te avisé —se rió el diablo— de que la adivinanza no iba a ser fácil. Lo siento. Gané, luego me quedo. Y tú te vas. Le despido a usted calurosamente.

—Un momento. —El brujo metió con disimulo la mano en un bolsillo —. ¿Y mi adivinanza? Creo que tengo derecho a la revancha.

—No —protestó el diablo—. ¿Por qué razón? Podría no acertarla. ¿Me

tienes por tonto?

—No —agitó la cabeza Geralt—. Te tengo por un zopenco malvado y arrogante. Ahora nos vamos a divertir con un juego nuevo, que desconoces.

—¡Ja! ¡Por fin! ¿Qué juego es?

—El juego se llama —dijo el brujo muy despacio— «No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti». No tienes que cerrar los ojos.

Geralt se enderezó en un golpe relampagueante, la bolita de acero silbó agudamente en el aire y con un chasquido le golpeó al diablo justo entre los cuernos. El ser se derrumbó de espaldas como atravesado por un rayo. Geralt se tiró de cabeza entre las cañas y lo agarró por la pata velluda. El silván berreó y coceó, el brujo escondió la cabeza detrás de los brazos, pero incluso así le campanilleaban los oídos, pues el diablo, pese a su incómoda postura, pateaba con la fuerza de una mula rabiosa. Intentó atrapar la pezuña coceadora pero no pudo. El cuernocabra se agitó, martilleó la tierra con las manos y lo coceó de nuevo, directamente en la frente. El brujo lanzó una maldición al sentir cómo el pie del diablo se le escapaba de entre los dedos. Al separarse, los dos cayeron en dos direcciones distintas, volteando con un chasquido las cañas y enredándose en las hierbas del pantano.

El diablo se liberó primero y cargó, bajando la testa cornuda. Pero Geralt ya estaba sobre sus pies y evitó el ataque sin problemas, asió al ser por los cuernos, empujó fuerte, le echó al suelo y le sujetó con las rodillas. El diablo barritó y le escupió en los ojos de tal forma que no hubiera avergonzado a un camello afligido de ptialismo. El brujo se echó hacia atrás automáticamente, pero sin soltar los cuernos del diablo. El silván, intentando proyectar la cabeza, coceó con las dos patas y, lo que es más extraño, con las dos acertó. Geralt maldijo, pero no le soltó. Alzó al diablo de la tierra, lo apoyó sobre las cañas temblorosas y con todas sus fuerzas le dio de patadas en las rodillas velludas, después de lo cual se inclinó y le escupió en la oreja. El diablo aulló y chasqueó los dientes.

—¡No hagas a los demás... —jadeó el brujo—... lo que no quieras que te hagan a ti! ¿Seguimos jugando?

—¡Bleblebleeeeee! —El diablo gorgoteó, aulló y escupió rabioso, pero Geralt le tenía fuertemente cogido por los cuernos y empujó la cabeza hacia abajo, gracias a lo cual los escupitajos le dieron al diablo en sus propias patas, mientras arañaban la tierra y levantaban nubes de polvo y hierbajos.

Los siguientes minutos transcurrieron en un forcejeo intensivo,

intercambio de variados insultos y de patadas. Si de algo podía alegrarse Geralt era únicamente del hecho de que nadie lo veía, pues la escena era completamente estúpida.

El ímpetu de la última patada separó a ambos luchadores y les envió en direcciones distintas, a lo profundo del cañaveral. El diablo, de nuevo, precedió al brujo y se levantó. Emprendió la huida, cojeando visiblemente. Geralt, jadeando y enjugándose el rostro, se lanzó a perseguirlo. Atravesaron el cañaveral y entraron en el campo de centeno. El brujo escuchó los cascos de un caballo al galope. Un sonido que estaba esperando.

—¡Aquí, Jaskier! ¡Aquí! —gritó—. ¡En el centeno!

De pronto vio el pecho del caballo justo delante de él y seguidamente resultó atropellado. Rebotó contra el caballo como contra un muro y cayó de espaldas. Del golpe contra el suelo se le nublaron los ojos. Pese a ello alcanzó a echarse a un lado, detrás de los tallos del centeno, para evitar los cascos. Se levantó rápidamente, pero en aquel momento le atropelló un segundo jinete, tumbándole de nuevo. Y luego, de pronto, alguien se le lanzó encima, aplastándole contra la tierra.

Y luego hubo un relámpago y un terrible dolor en la cabeza.

Y oscuridad.

VI

Tenía arena en los labios. Cuando quiso escupirla, se dio cuenta de que estaba tendido con el rostro sobre la tierra. Cuando quiso moverse, se dio cuenta de que estaba atado. Alzó ligeramente la cabeza. Escuchaba voces.

Estaba tendido en una cama de hojas secas, junto a un tocón de pino. A unos veinte pasos había varios caballos desensillados. Los veía a través de las hojas de unos helechos, bastante borrosos, pero uno de aquellos caballos era sin duda la yegua castaña de Jaskier.

—Tres sacos de maíz —escuchó—. Bien, Torque. Muy bien. Has cumplido.

—Y eso no es todo —dijo un balido que sólo podía ser la voz del diablo silván—. Mira eso, Galarr. Son judías, pero completamente blancas. ¡Y qué grandes! Y esto, esto se llama colza. De ella se saca aceite.

Geralt apretó fuertemente los párpados y los abrió de nuevo. El diablo y Galarr, quienquiera que fuese, utilizaban la Antigua Lengua, el idioma de los elfos. Pero las palabras «maíz», «judía» y «colza» las habían pronunciado en la lengua común.

—¿Y esto? ¿Qué es esto? —preguntó el llamado Galarr.

—Semillas de lino. Lino, ¿comprendes? Para hacer camisas. Es mucho más barato que la seda y más resistente. La forma de usarlo es, me parece, muy complicada, pero me enteraré de cómo hacerlo.

—Sólo con que lo pudiéramos emplear, este lino tuyo, sólo con que no se nos echara a perder como los nabos —le acusó Galarr, utilizando de nuevo aquel extraño volapük—. Intenta conseguir más esquejes de nabo, Torque.

—No tengas miedo —baló el diablo—. Aquí no hay problema con eso, aquí crece todo de la leche. Os los conseguiré, no te preocupes.

—Y todavía algo más —dijo Galarr—. Entérate por fin en qué consiste ese sistema suyo de los barbechos.

El brujo levantó la cabeza con cuidado e intentó darse la vuelta.

—Geralt... —escuchó un susurro—. ¿Te despertaste?

—Jaskier... —respondió—. Dónde estamos... Qué nos ha pasado...

Jaskier sólo le chitó que se mantuviera en silencio. Geralt estaba ya harto. Blasfemó, se tensó y se dio la vuelta hacia el otro lado.

En el centro del claro estaba el diablo que tenía, como ahora sabía, el sonoro nombre de Torque. Estaba ocupado en cargar en un caballo sacos, costales y alforjas. En ello le ayudaba un hombre delgado y alto que sólo podía ser Galarr. Éste, al escuchar el movimiento del brujo, se dio la vuelta. Sus cabellos eran negros, con un tono visiblemente granate. Poseía unos rasgos agudos y unos ojos grandes y brillantes. Y unas orejas terminadas en punta.

Galarr era un elfo. Elfo de las montañas. Sangre pura de Aén Seidhe, un representante del Antiguo Pueblo.

Galarr no era el único elfo al alcance de la vista. Al borde del campo estaban sentados otros seis. Uno se ocupaba de rebuscar en las alforjas de Jaskier, otro jugueteaba con el laúd del trovador. El resto, alrededor de un saco abierto, se ocupaba en devorar ávidamente nabos y zanahorias crudas.

—¡Vanadáin, Toruviel! —dijo Galarr, señalando a los prisioneros con un ademán de la cabeza—. ¡Vedrái! ¡Enn'le!

Torque dio un salto y berreó.

—¡No, Galarr! ¡No! ¡Filavandrel lo prohibió! ¿Lo has olvidado?

—No, no lo he olvidado. —Galarr echó dos bolsas atadas por encima del lomo de un caballo—. Pero hay que comprobar que las ataduras no se han aflojado.

—¿Qué queréis de nosotros? —gritó el trovador mientras uno de los elfos, poniéndole de rodillas, comprobaba las ataduras—. ¿Por qué nos atáis? ¿Qué buscáis? Soy Jaskier, poe...

Geralt escuchó el sonido de un golpe. Se dio la vuelta, torció la cabeza.

La elfa que estaba de pie junto a Jaskier tenía los ojos negros y cabellos de cuervo que caían abundantemente sobre los hombros y estaban ligados a la altura de las sienes con dos finas trenzas. Vestía un corto chaleco de cuero sobre la camisa de satén verde y unas ceñidas calzas de lana metidas dentro de unas botas de montar. Tenía cubiertas las caderas con un pañuelo de colores que alcanzaba hasta el medio muslo.

—¿Qué glosse? —preguntó, mirando al brujo y jugueteando con la empuñadura de un largo estilete que colgaba del cinturón—. ¿Qué l'en pavienn, ell'ea?

—Nell'ea —negó—. T'en pavienn, Aén Seidhe.

—¿Has oído? —La elfa se volvió hacia su camarada, un altísimo Seidhe que, sin hacer el esfuerzo de controlar las ligaduras de Geralt, rasgueaba el laúd de Jaskier con un gesto de indiferencia en su rostro oblongo—. ¿Has oído, Vanadáin? ¡El hombremono sabe hablar! ¡Incluso sabe ser descarado!

El Seidhe se encogió de hombros. Las plumas que decoraban su chaqueta tremolaron.

—Un motivo más para amordazarlo, Toruviel.

La elfa se inclinó hacia Geralt. Tenía largas pestañas, una tez pálida y poco natural y labios agrietados y hendidos. Llevaba un collar largo de pedazos de abedul dorado y tallado engarzado en una cadena que daba varias vueltas al cuello.

—Venga, di algo más, hombremono —silbó—. Veremos lo que vale tu costumbre de hacer sonar la laringe.

—¿Qué pasa, que necesitas un pretexto —el brujo se puso de espaldas con un esfuerzo, escupió la arena— para golpear a alguien atado? Golpea sin pretexto, ya he visto que te gusta. Descárgate.

La elfa se enderezó.

—Ya me descargué sobre ti, y eso fue cuando tenías las manos libres —dijo—. Yo fui quien te atropelló con el caballo y te dio en la testa. Has de saber que también acabaré contigo cuando llegue el momento.

No contestó.

—Lo que más me gustaría sería atravesarte de cerca, mirándote a los ojos —siguió la elfa—. Pero apestas terriblemente, humano. Te dispararé con mi arco.

—Como quieras. —El brujo encogió los hombros tanto como se lo permitían las ligaduras—. Haz lo que quieras, noble Aén Seidhe. No será difícil acertarle a un objetivo atado e inmóvil.

La elfa estaba delante de él con las piernas abiertas, se agachó, le brillaban los dientes.

—No será difícil —siseó—. Acierto en lo que quiero. Pero puedes estar seguro de que no morirás al primer disparo. Ni al segundo. Intentaré que te enteres de que estás muriendo.

—No te acerques tanto —frunció el ceño, haciendo como que le daba asco—. Apestas terriblemente, Aén Seidhe.

La elfa dio un paso atrás, se balanceó en sus anchas caderas y con rabia le dio una patada en el muslo. Geralt se encogió viendo el lugar al que tenía intenciones de patear seguidamente. Lo consiguió, le dio en la cadera, pero de tal modo que hasta los dientes le dolían.

El elfo que estaba al lado aplaudió los golpes con agudos acordes de las cuerdas del laúd.

—¡Déjalo, Toruviel! —berreó el diablo—. ¿Te has vuelto loca? ¡Galarr, dile que lo deje!

—¡Thaésse! —gritó Toruviel y pateó al brujo otra vez. El alto Seidhe rasgó las cuerdas con violencia, una se rompió lanzando un agudo gemido.

—¡Basta ya! ¡Basta, por los dioses! —dijo Jaskier revolviéndose y forcejeando con las cuerdas—. ¿Por qué lo torturas así, puta zorra? ¡Dejadnos en paz! Y tú deja en paz mi laúd, ¿vale?

Toruviel se volvió hacia él con una perversa mueca en sus labios agrietados.

—¡Un músico! —aulló—. ¡Ser humano y músico! ¡Tocador de laúd!

Sin una palabra arrancó el instrumento de las manos del elfo y con rabia lo estrelló contra el tocón del pino. Luego echó los restos enredados de cuerdas sobre el pecho de Jaskier.

—En los cuernos de una vaca tienes que tocar, salvaje, y no en un laúd.

El poeta palideció mortalmente, los labios le temblaban. Geralt, sintiendo crecer allá en su interior una rabia fría, atrapó con su mirada los ojos negros de Toruviel.

—¿Y tú qué miras? —silbó la elfa, agachándose—. ¡Sucio hombremono! ¿Quieres que te arranque esos ojos saltones?

Su collar colgaba justo delante de él. El brujo se tensó, se lanzó de repente, agarró el collar con los dientes y tiró de él con fuerza, juntando los pies y echándose hacia un lado. Toruviel perdió el equilibrio, cayó sobre él. Geralt se revolvió en las ligaduras como un pez en la orilla, arrastró a la elfa sobre él, echó la cabeza hacia atrás de tal modo que hasta le crujieron los huesos del cuello y, con todas sus fuerzas, le golpeó en el rostro con la frente. Toruviel aulló, se atragantó.

Se la arrancaron brutalmente, tomándola por los cabellos y las ropas, la levantaron. Alguien le golpeó, sintió como unos anillos le rasgaban la piel sobre la barbilla, el bosque bailó y fluyó ante sus ojos. Observó cómo

Toruviel se arrodillaba, vio la sangre que brotaba de su nariz y su boca. La elfa sacó el estilete de la funda, pero de pronto rompió en sollozos, se enderezó, se echó las manos al rostro y puso la cabeza entre las rodillas.

El alto elfo de la abigarrada chaqueta cubierta de plumas le quitó el estilete de las manos y se encaminó hacia el brujo. Se sonrió, alzando la hoja. Geralt lo veía todo en un tono rojizo, la sangre de la frente herida por los dientes de Toruviel le resbalaba por las cuencas de los ojos.

—¡No! —barritó Torque, echándose sobre el elfo y colgándose de su brazo—. ¡No lo mates! ¡No!

—Voe'rle, Vanadáin —se escuchó de pronto una sonora voz—. ¿Quéss aén? ¡Caélm, evelliénn! ¡Galarr!

Geralt volvió la cabeza hacia atrás todo lo que le permitía el puño aferrado a sus cabellos.

El caballo que entraba en el calvero era blanco como la nieve, tenía un lomo grande, blando, aterciopelado como cabello de mujer. Los cabellos del jinete sentado en una rica silla eran de idéntico color, ceñidos en la frente por una cinta con zafiros engarzados.

Torque, balando, alcanzó el caballo, se aferró al estribo y ahogó al elfo de cabellos blancos con un diluvio de palabras. El Seidhe le interrumpió con un gesto de majestad, bajó de la silla. Se acercó a Toruviel, a quien sostenían dos elfos. Con cuidado, le retiró del rostro un pañuelo ensangrentado. Toruviel dio un gemido desgarrador. El Seidhe agitó la cabeza, se volvió en dirección al brujo, se acercó. Sus negros y penetrantes ojos, brillantes como estrellas en su pálida faz, estaban ojerosos, como si no hubiera sido capaz de conciliar el sueño durante varias noches seguidas.

—Muerdes incluso atado —dijo en voz baja en una común desprovista de acento—. Como un basilisco. Sacaré mis conclusiones de ello.

—Toruviel empezó —baló el diablo—. Lo pateó, atado, como si hubiera perdido la razón...

El elfo le ordenó silencio de nuevo. A una corta orden otros Seidhe arrastraron al brujo y a Jaskier junto al tocón y les ataron a él con cinturones. Luego todos se agruparon en torno a Toruviel, que estaba tendida en el suelo, impidiendo que la vieran. Geralt escuchó como en cierto momento ella dio un grito agitándose en sus manos.

—No quería esto —dijo el diablo, que seguía junto a ellos—. No quería, humano. No sabía que ellos iban a aparecer aquí justo cuando nosotros... Cuando te derribaron y a tu amigo lo ataron con la cuerda, les

pedí que os echaran allí, en el centeno. Pero...

—No podían dejar testigos —murmulló el brujo.

—No nos van a matar, ¿verdad? —gritó Jaskier—. No nos van a...

Torque callaba, agitando ligeramente la nariz.

—Joder —gritó de nuevo el poeta—. ¿Nos van a matar? ¿De qué va esto, Geralt? ¿De qué fuimos testigos?

—Nuestro amigo el cuernocabra cumple en el Valle de las Flores una misión concreta. ¿No es cierto, Torque? A petición de los elfos roba semillas, esquejes, técnicas de agricultura... ¿Qué más, diablo?

—Lo que se puede —baló Torque—. Todo lo que ellos necesitan. Y dime qué es lo que ellos no necesitan. Se mueren de hambre allá en las montañas, sobre todo en invierno. Y no tienen ni idea de agricultura. Antes de que aclimaten el ganado o las aves de corral, antes de que puedan criar algo en los bancales... No tienen tiempo para ello, humano.

—Una mierda me importa a mí su tiempo. ¿Qué les hice yo? —gritó Jaskier—. ¿Qué mal les hice yo?

—Piensa bien —dijo el elfo de cabellos blancos acercándose sin ruido — y puede que seas capaz de encontrar tú solo la respuesta a esa pregunta.

—Él simplemente se venga de todo el daño que los elfos han recibido de los humanos —se sonrió con sarcasmo el brujo—. Le da igual en quién se venga. No te dejes engañar por su noble postura y su elaborado lenguaje, Jaskier. No se diferencia en nada de ésa de los ojos negros que nos pateó. Tiene que descargar sobre alguien su odio inútil.

El elfo alzó el destrozado laúd de Jaskier. Durante un instante contempló en silencio el roto instrumento, por fin lo arrojó sobre los matorrales.

—Si quisiera dar rienda suelta a mi odio o a mi deseo de venganza —dijo, mientras jugueteaba con sus guantecillos de blanca y delicada piel—, caería sobre el valle de noche, quemaría el poblado y degollaría a sus habitantes. Un juego de niños, ellos ni siquiera ponen guardia. No nos ven y no nos escuchan cuando van al bosque. ¿Qué puede ser más fácil, más simple, que un rápido y silencioso disparo desde los árboles? Pero nosotros no os damos caza. Eres tú, humano de ojos extraños, quien dio caza a este nuestro amigo, el silván Torque.

—Eeeeh, qué exagerado —baló el diablo—. Vaya una caza. Nos entreteníamos un rato...

—Sois vosotros, humanos, los que odiáis a todo lo que se diferencia de

vosotros, aunque sea sólo en la forma de las orejas —siguió tranquilo el elfo sin prestarle atención al cuernocabra—. Por eso nos quitasteis nuestras tierras, nos expulsasteis de nuestras casas, nos obligasteis a vivir en montañas inhóspitas. Ocupasteis nuestro Dol Blathanna, el Valle de las Flores. Me llamaba Filavandrel aén Fidháil de la Torre de Plata, de la familia de los Feleaorn de los Navíos Blancos. Ahora, expulsado y perseguido hasta el confín del mundo, me llamo Filavandrel del Confín del Mundo.

—El mundo es grande —murmuró el brujo—. Cabemos todos. Hay sitio de sobra.

—El mundo es grande —repitió el elfo—. Eso es cierto, humano. Pero vosotros cambiasteis el mundo. Al principio lo cambiasteis a la fuerza, obrasteis con él como con todo lo que ha caído en vuestras manos. Ahora resulta que el mundo ha comenzado a adaptarse a vosotros. Se ha plegado ante vosotros. Os obedece.

Geralt no respondió.

—Torque dijo la verdad —siguió Filavandrel—. Sí, nos morimos de hambre. Sí, nos amenaza la destrucción. El sol brilla de otro modo, el aire es distinto, el agua no es el mismo agua que era antes. Todo lo que antes comíamos, lo que usábamos, muere, se empequeñece, se echa a perder. Nosotros nunca cultivábamos la tierra, no la heríamos con la azada y el arado, al contrario que vosotros. A vosotros la tierra os paga un sangriento tributo. A nosotros nos lo regalaba. Vosotros arrancáis a la tierra sus tesoros por la fuerza. Para nosotros, la tierra misma los criaba y florecía, porque nos amaba. En fin, no hay amor que dure eternamente. Pero nosotros queremos perdurar.

—En vez de robar grano, se puede comprar. Tanto como necesitéis. Todavía tenéis multitud de enseres que los humanos consideran extraordinariamente valiosos. Podéis comerciar.

Filavandrel sonrió insultante.

—¿Con vosotros? Nunca.

Geralt movió los músculos del rostro, haciendo crujir la sangre pegada a la mejilla.

—Iros al diablo junto con vuestra arrogancia y vuestro desprecio. Si no queréis convivir, os condenáis vosotros mismos a la destrucción. Convivir, adaptarse, es vuestra única oportunidad.

Filavandrel se inclinó hacia adelante, los ojos le brillaban.

—¿Convivir en las condiciones impuestas por vosotros? —preguntó algo trastornado pero aún con una voz tranquila—. ¿Reconocer vuestra dominación? ¿Perder nuestra identidad? ¿Convivir como qué? ¿Esclavos? ¿Parias? ¿Convivir con vosotros desde fuera de las murallas de las ciudades que levantáis para aislaros de nosotros? ¿Convivir con vuestras mujeres e ir por ello al cadalso? Basta con ver lo que les espera a cada paso a los hijos nacidos de tal convivencia. ¿Por qué evitas mi mirada, hombre extraño? ¿Cómo te parece la convivencia con el prójimo del cual te diferencias tan sólo un poco?

—Me las apaño. —El brujo le miró directamente a los ojos—. De algún modo, consigo apañármelas. Porque tengo que hacerlo. Porque no tengo otra salida. Porque de algún modo expulsé de mí cualquier orgullo y cualquier arrogancia por mi diferencia, porque comprendí que el orgullo y la arrogancia, aunque son una defensa para ser diferente, son una lamentable defensa. Porque comprendí que el sol brilla de otra forma, que algo cambia y yo no soy el eje de estos cambios. El sol brilla de otra forma y seguirá brillando y de nada sirve intentar cazarlo con una red. Hay que aceptar los hechos, elfo, hay que aprender de ellos.

—¿Justo eso es lo que queréis, verdad? —Filavandrel se limpió el sudor con la muñeca, encima de la pálida frente y sobre las blancas cejas—. ¿Eso es lo que queréis imponerles a otros? ¿La convicción de que ha llegado vuestro tiempo, la era y la época de los humanos, que lo que le hacéis a otras razas es tan natural como la salida y la puesta del sol? ¿Que todos tienen que hacerse cargo de ello, aceptarlo? ¿Y tú me acusas de orgullo? ¿Y qué son esas ideas que proclamas? ¿Por qué vosotros, los humanos, no os dais cuenta por fin del hecho de que en vuestro dominio del mundo hay tanto de inevitable como en las pulgas que se reproducen sobre una manta? Con idéntico resultado me podrías proponer la convivencia con las pulgas, con la misma concentración escucharía a las pulgas que, a cambio del reconocimiento de su supremacía, consintieran en el uso común de la manta.

—No pierdas entonces más tiempo en la discusión con tan desagradables insectos, elfo —dijo el brujo, controlando su voz con esfuerzo—. Me extraña cuánto valor le das a esta pulga como para despertar en ella un sentimiento de culpa y de arrepentimiento. Eres lamentable, Filavandrel. Estás amargado, sediento de venganza y testigo de tu propia impotencia. Sigue, clávame la espada. Véngate de la raza

humana. Verás como te sientes mejor. Dame patadas en los huevos o en los dientes como tu Toruviel.

Filavandrel volvió la cabeza.

—Toruviel está enferma —dijo.

—Conozco esa enfermedad y sus síntomas. —Geralt escupió por encima del hombro—. El medicamento que le apliqué la aliviará.

—Ciertamente, no tiene sentido esta conversación. —Filavandrel se levantó—. Lo siento, pero tenemos que mataros. La venganza no tiene nada que ver con esto, se trata de una pura decisión práctica. Torque debe seguir ejerciendo su función y nadie tiene derecho a imaginarse para quién lo hace. No estamos para guerras con vosotros y no nos meteremos en el comercio y el intercambio. No somos tan ingenuos para no saber de qué son avanzadilla vuestros mercaderes. Quién acude tras ellos. Y qué tipo de convivencia trae consigo.

—Elfo —habló con voz baja el hasta entonces silencioso Jaskier—. Tengo amigos. Gente que dará un rescate por nosotros. Si lo quieres, también en forma de víveres. En cualquier forma. Piensa en ello. Sabes que esos granos robados no os salvarán...

—Nada los puede salvar ya —le interrumpió Geralt—. No llores delante de él, Jaskier, no le niegues. No tiene sentido y es indigno.

—Para alguien que vive tan poco —sonrió forzadamente Filavandrel—, muestras un sorprendente desprecio por la muerte, humano.

—Naces una vez y una vez te mueres —dijo con serenidad el brujo—. Una buena filosofía para las pulgas, ¿verdad? ¿Y tu longevidad? Me das pena, Filavandrel.

El elfo alzó las cejas.

—Explica por qué.

—Sois lamentables y risibles, vosotros, con vuestras bolsas robadas de sementera en las alforjas de los caballos, con semillas de guisantes, con esa pizca con la que queréis perdurar. Y con esa misión vuestra que tiene que alejar vuestros pensamientos del cercano holocausto. Porque tú mismo sabes que esto es ya el final. Nada se cría y nada crece en los altiplanos, nada os salvará. Pero gozáis de larga vida, viviréis mucho, mucho tiempo, en vuestro arrogante aislamiento, elegido por vosotros mismos, cada vez menos numerosos, más débiles, cada vez más amargados. Y tú sabes lo que sucederá entonces, Filavandrel. Sabes que entonces los jóvenes desesperados, de ojos viejos como siglos, y muchachas marchitas, estériles

y enfermas como Toruviel, llevarán al valle a aquéllos que todavía puedan sostener en las manos espadas y arcos. Cabalgaréis hacia el valle florecido al encuentro de la muerte, anhelando morir con dignidad, en lucha, y no en vuestros lechos, donde os derriba la anemia, la tuberculosis o el escorbuto. Entonces, longevo Aén Seidhe, me recordarás. Recordarás que me diste pena. Y comprenderás que tenía razón.

—El tiempo dirá quién tenía razón —habló en voz baja el elfo—. Y en esto, la ventaja la posee la longevidad. Yo tengo la oportunidad de convencerme de ello. Aunque sea gracias a esas semillas de guisante robadas. Tú no tendrás tal oportunidad. Morirás en unos instantes.

—Déjale al menos a él. —Geralt señaló a Jaskier con un movimiento de cabeza—. No, no por alguna misericordia patética. Por razonamiento. Nadie se acordará de mí, pero a él querrán vengarlo.

—Poco valoras mi razón —dijo indeciso el elfo—. Si él sobrevive gracias a ti, sin duda se sentirá en la obligación de vengarse.

—¡Puedes estar seguro! —estalló Jaskier, pálido como la muerte—. Puedes estar seguro hijo de perra. Mátame también porque te prometo que de otro modo levantaré contra vosotros al mundo entero. ¡Verás para lo que sirven las pulgas de la manta! ¡Os aniquilaremos aunque tengamos que igualar con la tierra esas montañas vuestras! ¡Puedes estar seguro!

—Cuidado que eres tonto, Jaskier —suspiró el brujo.

—Naces una vez y una vez te mueres —afirmó con dureza el poeta, aunque el efecto de dureza lo estropearon un tanto los castañeteos de los dientes.

—Esto cierra el asunto. —Filavandrel sacó los guantes del cinturón y se los enfundó—. Es hora de terminar este episodio.

A una orden suya, unos elfos con arcos se colocaron de frente. Llevaron a cabo esto muy deprisa, debían de estar esperando desde hacía tiempo. Uno, observó el brujo, roía todavía un nabo. Toruviel, con los labios y la nariz vendados en cruz con cintas de tela y corteza de abedul, estaba de pie delante de los arqueros. Sin arco.

—¿Os vendamos los ojos? —preguntó Filavandrel.

—Largo. —El brujo volvió la cabeza—. Lárgate.

—A d'yeabl aép arse —terminó Jaskier, con los dientes como castañuelas.

—¡Oh, no! —berreó de pronto el diablo, corriendo y poniéndose delante de los condenados—. ¿Habéis perdido la razón? ¡Filavandrel! ¡Esto

no es lo que convinimos! ¡No así! Tenías que llevarlos a las montañas, guardarlos en alguna cueva hasta que terminemos aquí...

—Torque —dijo el elfo—. No puedo. No puedo arriesgarme. ¿Viste lo que hizo a Toruviel estando atado? No puedo arriesgarme.

—¡No me interesa lo que puedes o lo que no! ¿Qué es lo que os imagináis? ¿Pensáis que os permitiré cometer un asesinato? ¿Aquí, en mi tierra? ¿Junto a mi pueblo? ¡Vosotros, malditos tontos! Largo de aquí con vuestros arcos, porque si no os ensarto en mis cuernos, ¡uk, uk!

—Torque. —Filavandrel apoyó las manos en el cinturón—. Esto que tenemos que hacer es necesario.

—¡Düvvelsheyss es, y no necesidad!

—Échate a un lado, Torque.

El cuernocabra movió las orejas, berreó aún más fuerte, abrió desmesuradamente los ojos y dobló el codo en un gesto insultante muy popular entre los enanos.

—¡Aquí no vais a matar a nadie! ¡Subíos a los caballos y largaos a vuestras montañas, al otro lado del puerto! ¡Si no, vais a tener que matarme a mí también!

—Sé razonable —dijo despacio el elfo de cabellos blancos—. Si les dejamos vivos los humanos se enterarán de lo que haces. Te atraparán y te torturarán. Los conoces.

—Los conozco —bramó el diablo, todavía cubriendo con su cuerpo a Geralt y Jaskier—. ¡Resulta que los conozco mucho mejor que vosotros! ¡Y a decir verdad no sé quién es mejor de los dos! ¡Lamento haberme aliado con vosotros, Filavandrel!

—Tú mismo lo quisiste —habló con frialdad el elfo, dando una señal a los arqueros—. Tú lo quisiste, Torque. ¡L'sparelleán! ¡Evellién!

Los elfos sacaron las flechas de las aljabas.

—Vete, Torque —dijo Geralt, apretando los dientes—. Esto no tiene sentido. Échate a un lado.

El diablo, sin moverse del sitio, le hizo el gesto de los enanos.

—Escucho... una música... —sollozó de pronto Jaskier.

—Suele suceder —afirmó el brujo, mirando a las puntas de las flechas —. No te preocupes. No es ninguna vergüenza volverse tonto del miedo.

El rostro de Filavandrel se transformó, se contrajo en un gesto extraño. El Seidhe de cabellos blancos se dio la vuelta con violencia, gritó a los arqueros, breve y precipitadamente. Los arqueros bajaron los arcos.

Lille entró en el claro.

Ya no era la delgada muchacha de aldea vestida con un traje de lana cardada. A través de la alta hierba del calvero venía, no, no venía, fluía hacia ellos una Reina, resplandeciente, de cabellos de oro, de ojos de fuego, la maravillosa Reina de los Campos, decorada con guirnaldas de flores, espigas, tallos de hierba. A su izquierda renqueaba sobre unas patitas inseguras un cervatillo, a su derecha se arrastraba un enorme erizo.

—Dana Méadbh —dijo con veneración Filavandrel, y luego inclinó la cabeza y se hincó de rodillas.

El resto de los elfos se puso también de rodillas, lentamente, como con desgana, uno tras otro cayeron sobre las rodillas, inclinaron la cabeza rindiendo homenaje. La última que se arrodilló fue Toruviel.

—Haél, Dana Méadbh —repitió Filavandrel.

Lille no respondió al saludo. Se detuvo algunos pasos por delante de los elfos. Posó su mirada celeste en Jaskier y Geralt. Torque, aunque también de rodillas e inclinado, inmediatamente se puso a liberar a los prisioneros. Ninguno de los Seidhe se movió.

Lille estaba delante de Filavandrel. No habló, no produjo el mínimo sonido, pero el brujo vio los cambios en el rostro del elfo, percibió el aura que les envolvía y no tuvo ninguna duda de que entre ellos se estaba llevando a cabo un intercambio de pensamientos. El diablo lo agarró de pronto por las manos.

—Tu amigo —baló en baja voz— decidió desmayarse. Justo a tiempo. ¿Qué hacemos?

—Dale un par de soplamocos.

—Con gusto.

Filavandrel se levantó. A una orden suya los elfos se lanzaron a ensillar los caballos.

—Ven con nosotros, Dana Méadbh —dijo el elfo de cabellos blancos —. Te necesitamos. No nos abandones, Eterna. No nos prives de tu amor. Sin él moriremos.

Lille giró lentamente la cabeza, apuntó hacia el oriente, en dirección a las montañas. El elfo se inclinó, dando agua en la mano a su caballo de crines blancas.

Jaskier apareció, pálido y enmudecido, apoyado en el silván. Lille le contempló, se sonrió. Miró a los ojos del brujo, miró largo rato. No dijo ni una sola palabra. Las palabras no eran necesarias.

Casi todos los elfos estaban ya sobre sus monturas cuando se acercaron Filavandrel y Toruviel. Geralt miró a la elfa, a sus ojos negros, visibles detrás de los vendajes.

—Toruviel... —comenzó. Y no terminó.

La elfa agitó la cabeza. Sacó de un lado de su silla un laúd, un maravilloso instrumento de madera ligera, artísticamente taraceada, con un grifo labrado en el mástil. Sin una palabra le alcanzó el laúd a Jaskier. El poeta aceptó el instrumento, se inclinó. También sin una sola palabra, pero sus ojos decían mucho.

—Salud, hombre extraño —dijo en voz baja Filavandrel a Geralt—. Tenías razón. No son necesarias las palabras. No cambiarán nada.

Geralt se mantuvo en silencio.

—Después de pensarlo —añadió el Seidhe—, llegué a la conclusión de que tenías razón. Antes, cuando decías que te dábamos pena. Hasta la vista, entonces. Hasta la vista dentro de poco, en el día en que bajaremos de las colinas para morir con honor. Te buscaremos entonces, yo y Toruviel. No nos falles.

Se miraron el uno al otro durante un largo rato. Y luego el brujo respondió con claridad y brevedad.

—Lo intentaré.

VII

—¡Por todos los dioses, Geralt! —Jaskier dejó de tocar, acarició el laúd, lo tocó con la mejilla—. ¡Esta madera canta sola! ¡Estas cuerdas están vivas! ¡Vaya un tono maravilloso! Truenos, por este laúd es un precio muy barato el soportar un par de patadas y un poco de miedo. Me hubiera dejado patear del amanecer a la puesta de sol si hubiera sabido lo que iba a ganar. ¿Geralt? ¿Me estás escuchando?

—Es difícil no oíros. —El brujo sacó la cabeza de las páginas del libro, miró al diablo, el cual seguía empeñado en soplar un extraño caramillo hecho de pedazos de cañas de distinto tamaño—. Os oigo yo, y os oyen por todos los alrededores.

—Düvvelsheyss es, que no alrededores. —Torque soltó la flauta—. Desierto y eso es todo. Despoblado. Culo del mundo. ¡Ay, echo de menos mis cañaverales!

—Echa de menos los cañaverales —se rió Jaskier, mientras recorría con cuidado los misteriosos relieves de la caja del laúd—. Entonces habría que haberse quedado en aquella espesura como el ratón en su ratonera en vez de asustar mozas, destrozar enseres y cagarse en el pozo. Pienso que ahora serás más cuidadoso y te abstendrás de más chanzas, ¿no, Torque?

—Me gustan las chanzas —afirmó el diablo mostrando los dientes—. Y no me imagino vivir sin ellas. Pero como queráis, os prometo que en mis nuevos territorios seré más precavido. Haré travesuras con discreción.

La noche era nublada y borrascosa, el viento doblaba las cañas, susurraba en las ramas de los matorrales entre los que habían acampado. Jaskier echó unos leños al fuego. Torque se atrafagó en su lecho, espantando los mosquitos con su rabo. En el lago, un pez dio un salto.

—Describiré en un romance toda esta nuestra aventura en el confín del

mundo —proclamó Jaskier—. Y a ti también te describiré en ella, Torque.

—No pienses que te vas a ir de rositas —graznó el diablo—. Porque entonces yo haré también un romance y te describiré a ti, y de tal modo que durante veinte años no te vas a poder mostrar delante de personas decentes. Así que ten cuidado. ¿Geralt?

—¿Qué?

—¿Has leído algo interesante en ese libro que sonsacaste de forma vergonzosa a los labriegos?

—Por supuesto.

—Pues léenoslo, mientras el fuego aún alumbra.

—Sí, sí. —Jaskier rasgueó las sonoras cuerdas del laúd de Toruviel—. Lee, Geralt.

El brujo se apoyó en los codos, acercó el libro a la lumbre.

—Contemplarla se puede —comenzó— en el estío, desde los Días de Maio y Iunio fasta los días de Otubre, mas lo más corriente es en la Festa de Augusto, a la que los antigos nombraban «Lammas». Aparécese ella como la Doncella de Pelo Claro, envuelta toda en flores, y todo lo vivo acude a ella y siente apego a ella, tanto las verduras y yerbas como las animalias. Por eso su nombre de ella es «Vivia». Los antigos la nombraron «Danamebi» y la adoraban con gran devoción. Y fasta los Barbudos, contra que viven dentro de las sierras y no en la mitad de los campos, la veneran y la nominan «Bloëmenmagde».

—Danamebi —murmulló Jaskier—. Dana Méadbh, la Doncella de los Campos.

—Por ende Vivia anda, la tierra pare y florece y rebulle de todas las criaturas, tal es su poder. Las naciones todas le entregan ofrendas con veneración, en vana esperanza de que a ellos, y no a campos ajenos, Vivia los visite. Porque también se dice que vendrá el tiempo en que al fin Vivia asiento tome entre aquestas gentes que ella mesma escoja, pero es esto sólo cuento de mulleres. Pues los sabios dicen que Vivia las tierras todas ama, y todo lo que se cría y crece en ella, por igual, sin diferencia, el pequeño árbol o el gusano cualquier, y las gentes todas no son para ella más que el árbol delgado, pues y también ellos habrán de pasar algún día, y nuevos vendrán, otras tribus y gentes. Y Vivia eterna es, fue y será, siempre, por los siglos de los siglos.

—¡Por los siglos de los siglos! —cantó el trovador y tañó el laúd. Torque se le unió con un agudo tono de su silbato de caña—. ¡Sé alabada,

Doncella de los Campos! Por la belleza, por las flores de Dol Blathanna, pero también por la piel del que suscribe, por la piel que salvaste de que la agujerearan con la punta de una flecha. ¿Sabéis? Os diré algo.

Dejó de tocar, abrazó el laúd como si fuera un niño y se puso triste.

—Creo que no hablaré en mi romance de los elfos y de las dificultades con las que tienen que bregar. No faltarían buitres dispuestos a irse a las montañas... Por qué adelantar...

El trovador se calló.

—Termina —dijo Torque con amargura—. Querías decir: adelantar aquello que es inexorable. Inevitable.

—No hablemos de eso —les cortó Geralt—. ¿Para qué hablar? Las palabras no son necesarias. Tomad ejemplo de Lille.

—Se comunicaba telepáticamente con los elfos —murmuró el bardo—. Lo sentí. ¿No es cierto, Geralt? Tú eres capaz de percibir tal comunicación... ¿Entendiste de qué...? ¿Lo que le comunicaba el elfo?

—Un tanto.

—¿De qué hablaba?

—De la esperanza. De que todo se renueva y no deja de renovarse.

—¿Sólo eso?

—Es suficiente.

—Humm... ¿Geralt? Lille vive en la aldea, entre los humanos. ¿Crees que...?

—¿...que se quedará entre ellos? ¿Aquí, en Dol Blathanna? Puede ser. Si...

—¿Si qué?

—Si los humanos se muestran dignos de ello. Si el confín del mundo continúa siendo el confín del mundo. Si somos capaces de respetar las fronteras. Venga, basta de tanto hablar, muchachos. Es hora de dormir.

—Cierto. La medianoche se acerca, el fuego se marchita. Me quedaré un rato todavía, siempre me salen mejor las rimas junto a un fuego que se apaga. Y necesito un título para mi romance. Un título bonito.

—¿Quizás «El confín del mundo»?

—Demasiado banal —bufó el poeta—. Incluso si se trata de hecho del confín del mundo, hay que definir este lugar de otro modo. Una metáfora. Doy por hecho que sabes lo que es una metáfora, ¿eh, Geralt? Humm. Dejadme pensar... «Allá donde...» Joder. «Allá donde...»

—Buenas noches —dijo el diablo.

La voz de la razón 6

El brujo desató la camisa, despegó el lino mojado de su nuca. En la cueva hacía calor, mucho incluso. En el aire flotaba un vapor húmedo y pesado que goteaba sobre las musgosas peñas y las planchas de basalto de las paredes.

Alrededor todo eran plantas. Crecían en gavetas en el suelo, en cavidades rellenas de turba, en grandes cajones, dornajos y jardineras, se encaramaban por las paredes de piedra, apoyadas en andamios y varas de madera. Geralt las miró con interés, reconociendo algunas bastante raras, aquéllas que entraban dentro de la composición de los elixires y medicamentos de los brujos, filtros mágicos y pociones de hechicería. Había otras, todavía más extrañas, cuyas propiedades podía poco más que imaginarse. E incluso algunas que no conocía en absoluto y de las que jamás había oído hablar. Vio masas de nostrix de hojas estrelladas cubriendo las paredes de la cueva, compactas bolas de cabecivientos que sobresalían de enormes urnas, vástagos de arenarias llenos de bayas tan rojas como la sangre. Reconoció las jaspeadas y carnosas hojas de la escorocela, las ovaladas y amarillo—burdeos de la nomeintentes, y las oscuras agujas de la piloritka. Alcanzó a ver las moles de musgo de hojas pingadas de la sangripuesta, los bulbos brillantes del ojo de cuervo y los pétalos rayados como tigre de la orquídea ratonera.

En la parte más oscura de la cueva se percibían los abombados ejemplares de los hongos shytnacca, grises como una chimenea obstruida. No lejos crecía la sieyigrona, una hierba capaz de neutralizar cada toxina o veneno conocido. Saliendo de urnas empotradas profundamente en el suelo, unas escuálidas escobillas de un amarillo grisáceo traicionaban al ranog, una raíz de poderosas y universales virtudes medicinales.

El centro de la cueva lo ocupaban plantas acuáticas. Geralt vio cubas llenas de rogatka y pestañas de tortuga y estanques cubiertos de una densa piel de bajotierras, plantas útiles para proteger de los parásitos. Colecciones de vasos llenos de retorcidos rizomas de doblerejos alucinógenos, esbeltos kriptokores verde oscuro y ovillos de nematodos. Estaba también la fangosa y encenagada koryta, y había cultivos incontables de mohos, algas y líquenes pantanosos.

Nenneke, con las mangas del hábito de sacerdotisa recogidas, sacó de una cesta unas tijeras y un pequeño rastrillo de hueso y, sin una palabra, se puso a trabajar. Geralt se sentó en un banco entre dos columnas de luz que caían atravesando sendas placas de cristal en el techo de la caverna.

La sacerdotisa murmuraba y ronroneaba en voz baja mientras introducía hábilmente las manos en la espesura de hojas y tallos, hacía chasquear las tijeras y llenaba la cesta de manojos de hierbas. Arreglaba también las varitas y los marcos que sujetaban las plantas, removía la tierra de vez en cuando con el rastrillo. A veces, murmurando con cólera, arrancaba tallitos resecos o podridos, los arrojaba a unos esportillos repletos de humus para disfrute de hongos y de otras plantas provistas de vainas y tortuosamente retorcidas, que el brujo no conocía. Ni siquiera estaba seguro de si se trataba de plantas: le parecía que los brillantes rizomas se movían ligeramente, tendiendo en dirección a las manos de la sacerdotisa unos plantones peludos.

Hacía calor. Mucho calor.

—¿Geralt?

—¿Sí? —Combatió la somnolencia que le amenazaba. Nenneke, jugueteando con las tijeras, le contemplaba desde detrás de unas plumosas hojas de espergularia.

—No te vayas todavía. Quédate. Unos cuantos días más.

—No, Nenneke. Es hora ya de que me ponga en camino.

—¿Qué te hace apresurarte? No tienes que preocuparte de Hereward. Y ese vagabundo de Jaskier bien se puede ir solo a romperse la crisma por ahí. Quédate, Geralt.

—No, Nenneke.

La sacerdotisa hizo chasquear las tijeras.

—¿Acaso tienes tanta prisa por irte del santuario porque tienes miedo de que ella te encuentre aquí?

—Sí —reconoció, no sin resistencia—. Lo has adivinado.

—No era una adivinanza muy difícil —murmuró—. Pero tranquilízate. Yennefer ya estuvo aquí. Hace dos meses. No volverá pronto porque discutimos. No, no por ti, ni siquiera preguntó por ti.

—¿No preguntó?

—Ahí te duele —se rió la sacerdotisa—. Eres egocéntrico como todo hombre. No hay nada peor que el desinterés, ¿no es cierto? ¿La indiferencia? Pero no, no te deprimas. Conozco demasiado bien a Yennefer. No preguntó por nada, pero miraba a todos lados, buscando huellas tuyas. Y estaba muy enfadada contigo, lo percibí.

—¿Por qué discutisteis?

—Por nada que a ti te interese.

—De cualquier modo, ya lo sé.

—No lo creo —afirmó con tranquilidad Nenneke, arreglando unas varitas—. Lo que sabes de ella es bastante superficial. Lo que ella sabe de ti, dicho sea entre paréntesis, también. Lo cual es típico de una relación como la que os une u os ha unido. Ambos no prestáis atención a nada, excepto a una valoración en extremo emocional de los resultados mientras ignoráis las causas.

—Estuvo aquí para intentar curarse —afirmó con frialdad—. Por eso os peleasteis, reconócelo.

—No reconozco nada.

El brujo se levantó, se enderezó bajo la luz de uno de los tragaluces.

—Permíteme un momento, Nenneke. Echa un vistazo a esto.

Abrió un bolsillo secreto en su cinturón, extrajo un pequeño bulto, un saquito en miniatura hecho de piel de cabra, derramó el contenido sobre una mano.

—Dos diamantes, un rubí, tres hermosos jades, una interesante ágata. —Nenneke sabía de todo—. ¿Cuánto te han costado?

—Dos mil quinientos ducados temerios. La paga por la estrige de Wyzima.

—Por un cuello desgarrado —se enojó la sacerdotisa—. Qué más da, cuestión de precio. Pero hiciste bien en invertir el dinero en estas piedras preciosas. Los ducados tienen hoy día una cotización muy baja y el precio de las piedras en Wyzima no es muy alto, demasiado cerca de las minas de los enanos en Mahakam. Si vendes estas piedras en Novigrado te darán por lo menos quinientas coronas novigradas y la corona está en este momento a seis ducados y medio, y subiendo.

—Me gustaría que lo aceptaras.

—¿En depósito?

—No. El jade puedes guardarlo para el santuario como, digamos, mi sacrificio a la diosa Melitele. Y el resto de las piedras son... para ella. Para Yennefer. Dáselas cuando vuelva por aquí, que con toda seguridad será pronto.

Nenneke le miró directamente a los ojos.

—Yo no lo haría en tu lugar. Créeme, la harás enfadarse aún más, si esto es posible. Deja todo tal y como está, porque no estás en posición de cambiar ni de mejorar nada. Huyendo de ella te comportaste... digamos que de una forma no especialmente digna de un hombre adulto. Intentando borrar tu propia culpa con alhajas, te comportas como un hombre demasiado maduro, hasta pasado, diría yo. La verdad es que no sé qué tipo de hombre soporto menos.

—Era demasiado opresiva —murmuró, volviendo el rostro—. No podía soportarlo. Me trataba como a...

—Basta —dijo con sequedad—. No me llores en el regazo. No soy tu madre, ¿cuántas veces tendré que decirlo? Tampoco tengo intención de ser tu confidente. Me importa un pimiento cómo te trató y menos todavía me importa cómo la trataste tú a ella. Y no tengo ni la más mínima intención de hacer de celestina ni de entregarle esas estúpidas piedras. Si quieres hacer el tonto, hazlo sin mi intercesión.

—No me has entendido. No pienso andar rogándole ni comprarla. Sin embargo, le debo algo y el tratamiento que ella pretende es al parecer muy caro. Quiero ayudarle, eso es todo.

—Eres más tonto de lo que pensaba. —Nenneke soltó la cesta en el suelo—. ¿Un tratamiento caro? ¿Ayudar? Geralt, para ella tus piedrecillas son minucias que no valen un escupitajo. ¿Sabes acaso lo que Yennefer puede cobrar por hacerle desaparecer el embarazo a una gran dama?

—Eso, en concreto, lo sé. Y también que por el tratamiento de la infertilidad cobra incluso más. Lástima que no se pueda ayudar a sí misma. Por eso busca ayuda en otros lados, como, por ejemplo, contigo.

—Nadie le puede ayudar a ella. Es absolutamente imposible. Es una hechicera. Como la mayoría de los magos, tiene las gónadas atrofiadas, por completo insuficientes, y esto no es recuperable. Jamás podrá tener un niño.

—No todas las hechiceras son estériles. Algo sé sobre ello y tú también.

—También. —Nenneke entrecerró los ojos—. Lo sé.

—No puede ser una regla aquello para lo que hay excepciones. Por favor, no me cuentes ahora banales mentiras sobre excepciones que confirman las reglas. Cuéntame algo sobre las excepciones en sí.

—Sobre las excepciones —respondió con frialdad— se puede decir solamente una cosa. Que las hay. Y no más. Y Yennefer... Por desgracia, ella no es una excepción. Al menos no en cuanto a la esterilidad de la que hablamos. Porque en otros aspectos sería difícil hallar mayor excepción que ella.

—Los hechiceros —Geralt no tomó en cuenta ni su frialdad ni sus alusiones— han conseguido ya resucitar a los muertos. Conozco casos bien documentados. Y la resurrección de los muertos es bastante más difícil que la reparación de la atrofia de miembros u órganos, me parece a mí.

—Mal te parece. Porque yo no conozco ni un solo caso documentado del éxito de una reparación de atrofias o de una regeneración de glándulas endocrinas. Geralt, basta ya, esto comienza a recordar a una consulta. Tú no tienes ni idea de medicina y yo sí. Y si te digo que Yennefer pagó por ciertas capacidades el precio de perder otras, entonces esto es así.

—Si es tan evidente, no entiendo por qué ella todavía intenta...

—Tú entiendes poco —le interrumpió la sacerdotisa—. Poquísimo. Deja de preocuparte por las aflicciones de Yennefer y piensa en las propias. También tu organismo fue sometido a cambios que son irreversibles. La forma de proceder de Yennefer te extraña, pero, ¿qué dices de ti mismo? Para ti también tendría que ser evidente que nunca serás un ser humano, y sin embargo todo el tiempo intentas serlo. Cometiendo errores humanos. Errores que un brujo no debería cometer.

Él se apoyó en la pared de la cueva, se limpió el sudor de las cejas.

—No contestas —afirmó Nenneke, sonriéndose ligeramente—. No me extraña. No se discute fácilmente con la voz de la razón. Estás enfermo, Geralt. Eres un minusválido. Reaccionas mal a los elixires. Tienes la respiración acelerada, la acomodación del ojo es demasiado lenta, tus reflejos también. No te salen ni las Señales más sencillas. ¿Y tú quieres ponerte en camino? Lo que tienes que hacer es ponerte en tratamiento. Es necesaria una terapia. Y antes de ella un trance.

—¿Por ello me enviaste a Iola? ¿Como parte de la terapia? ¿Para facilitar el trance?

—¡Eres tonto!

—Pero no hasta ese punto.

Nenneke se dio la vuelta, introdujo la mano entre unos tallos carnosos desconocidos para el brujo.

—Bien, como quieras —habló con mayor libertad—. Sí, te la envié. Como parte de la terapia. Y por cierto que funcionó. Al día siguiente reaccionaste mejor. Estabas más tranquilo. Aparte de eso, Iola también necesitaba terapia. No te enfades.

—No me enfado con la terapia ni con Iola.

—¿Pero sí con la voz de la razón que estás escuchando?

No respondió.

—El trance es necesario —repitió Nenneke, midiendo con la mirada su jardín cavernario—. Iola está dispuesta. Ha establecido contacto físico y psíquico contigo. Si quieres irte, lo haremos esta noche.

—No. No quiero. Entiende, Nenneke, que en el trance Iola puede comenzar a ver. A profetizar, a leer el futuro.

—Justo de eso se trata.

—Justo. Y yo no quiero conocer el futuro. ¿Cómo podría hacer lo que hago si lo conociera? Y de todos modos, yo ya lo conozco.

—¿Estás seguro?

No respondió.

—Bueno, de acuerdo —suspiró—. Vámonos. Ah, ¿Geralt? No quiero ser indiscreta, pero cuéntame... Cuéntame cómo os conocisteis. Tú y Yennefer. ¿Cómo comenzó?

El brujo sonrió.

—Comenzó con que Jaskier y yo no teníamos nada para el desayuno y decidimos pescar.

—¿He de entender que en vez de un pez pescaste a Yennefer?

—Te contaré cómo fue. Pero mejor después de la cena, porque me ha entrado un poco de hambre.

—Vamos pues. Ya tengo todo lo que necesitaba.

El brujo se dirigió a la salida, paseó otra vez la vista por la caverna-invernadero.

—¿Nenneke?

—¿Ajá?

—La mitad de lo que tienes aquí son plantas que no crecen ya en ningún otro lugar del mundo. No me equivoco, ¿verdad?

—No te equivocas. Más de la mitad.

—¿Cómo explicas eso?

—Si te digo que por voluntad de la diosa Melitele, seguro que no te basta.

—Seguro que no.

—Me lo imaginaba. —Nenneke se sonrió—. Sabes, Geralt, nuestro hermoso sol todavía alumbra. Pero ya no como antes. Si quieres, léete un libro. Pero si no quieres perder tiempo en ello, puede que te satisfaga la explicación de que el cristal de que está hecho el techo actúa como un filtro. Elimina las radiaciones mortales de las que cada vez hay más en la luz del sol. Por eso crecen aquí plantas que ya no verás crecer en su estado natural en ningún otro lugar del mundo.

—Comprendo —afirmó con la cabeza el brujo—. ¿Y nosotros, Nenneke? ¿Qué nos pasará? El sol también luce sobre nosotros. ¿Acaso no debiéramos nosotros también escondernos debajo de un tejado parecido?

—De hecho debiéramos hacerlo —suspiró la sacerdotisa—. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero ya es demasiado tarde.

El último deseo

I

El siluro sacó al aire su cabeza y sus bigotes, tiró con fuerza, salpicó, removió el agua, su blanco vientre destelló al sol.

—¡Cuidado, Jaskier! —gritó el brujo, apoyándose con los tacones en la arena mojada—. ¡Sujeta, hombre!

—Sujeto —resolló el poeta—. ¡Madre mía, qué monstruo! ¡Un leviatán y no un pez! ¡Nos vamos a poner las botas, por los dioses!

—¡Suelta, suelta, que se rompe el sedal!

El siluro se hundió hasta el fondo y con un repentino ataque se movió bajo la corriente, en dirección a los meandros del río. El sedal silbó, los guantes de Jaskier y Geralt echaron humo.

—¡Tira, Geralt, tira! ¡No sueltes porque se enredará en alguna raíz!

—¡Que se rompe el sedal!

—¡No se rompe! ¡Tira!

Se enderezaron, tiraron. Con un silbido, el sedal cortó el agua, vibró, lanzó gotitas que destellaban como mercurio bajo el fuego del sol naciente. De pronto el siluro emergió, se agitó sobre la superficie, la tensión de la cuerda disminuyó. Comenzaron a recuperar espacio.

—¡Lo ahumaremos! —jadeó Jaskier—. ¡Lo llevaremos a la aldea y mandaremos que lo ahumen! ¡Y con la cabeza haremos una sopa!

—¡Cuidado!

Notando el fondo del río bajo su vientre, el siluro sacó del agua la mitad de su cuerpo de una arroba, retorció la cabeza, removió el agua con su cola plana y se hundió abruptamente en las profundidades. De nuevo salió humo

de los guantes.

—¡Tira, tira! ¡A la orilla con él, hijo de puta!

—¡El sedal tiembla! ¡Suelta, Jaskier!

—¡Aguanta, no tengas miedo! Con la cabeza... haremos una sopa...

Arrastrado de nuevo a la orilla, el siluro agitó y tiró con rabia, como señalando que no se iba a dejar meter en la olla con tanta facilidad. Las salpicaduras alcanzaron más de una braza por encima.

—Vamos a vender la piel... —Jaskier, apoyándose, tiró del sedal con ambas manos, rojo por el esfuerzo—. Y con los bigotes... con los bigotes vamos a hacer...

Nadie jamás llegó a enterarse de lo que pensaba hacer el poeta con los bigotes del siluro. El sedal se rompió con un chasquido y ambos pescadores perdieron el equilibrio y cayeron sobre la arena mojada.

—¡Me cagüen la puta! —gritó Jaskier, mientras que el eco resonaba por entre los juncos—. ¡Tanta comida que se ha perdido! ¡Así revientes, hijo de siluro!

—Te lo dije —Geralt se limpiaba la culera de los pantalones—, te dije que no tiraras con tanta fuerza. Te has cargado el asunto, compañero. De ti se saca un pescador lo mismo que del culo de una cabra una trompeta.

—No es cierto —se enfadó el trovador—. El que ese monstruo picara fue cosa mía.

—Interesante. No moviste un dedo para ayudarme a colocar el sedal. Tocabas el laúd y le dabas la lata a todos estos alrededores, más no hiciste.

—Te equivocas —sonrió Jaskier—. Porque, sabes, cuando te quedaste dormido, quité del anzuelo el gusano y puse un cuervo muerto que encontré entre las yerbas. Quería ver tu cara por la mañana cuando sacaras el cuervo. Y el siluro se tragó el cuervo. Ni una mierda hubiera picado en tu gusano.

—Picó, picó. —El brujo escupió al agua, mientras enrollaba el sedal a una horquilla de madera—. Pero se rompió, porque alguien tiraba como un idiota. En vez de hablar, recoge los otros sedales. El sol ya ha salido, es hora de ponerse en camino. Voy a hacer el equipaje.

—¡Geralt!

—¿Qué?

—En el otro sedal hay algo también... No, leches, sólo se había enganchado. ¡Cojones, pesa como una piedra, no soy capaz! Vaaa, la saqué... ¡Ja, ja, mira qué he sacado! ¡Es un barco naufragado en tiempos del rey Dezmod! ¡Vaya una mierda! ¡Mira, Geralt!

Jaskier, por supuesto, exageraba. La maraña que había sacado del agua, formada por cuerdas retorcidas, restos de redes y algas, era impresionante pero estaba muy lejos de las medidas de los barcos de tiempos del legendario rey. El bardo echó el montón de fusca sobre la playa y comenzó a escarbar en él con la punta de la bota. Las algas casi se movían solas de todas las sanguijuelas, gusanos y pequeños cangrejos que tenían.

—¡Eh! ¡Mira lo que he encontrado!

Geralt se acercó con curiosidad. El hallazgo resultó ser un jarro de barro descascarillado, una especie de ánfora de dos asas, enredada en una red, oscurecida a causa de las algas podridas y las colonias de moluscos y caracoles, chorreando apestoso cieno.

—¡Ja! —gritó de nuevo, orgulloso, Jaskier—. ¿Sabes acaso qué es esto?

—Por supuesto. Es un cacharro viejo.

—Te equivocas —anunció el trovador, rascando con un pedacito de madera los moluscos y el barro apelmazado y petrificado—. Esto es nada más y nada menos que una jarra encantada. Dentro de ella hay un genio que cumplirá mis tres deseos.

El brujo resopló.

—Puedes reírte. —Jaskier terminó la limpieza, se inclinó y golpeteó el ánfora—. Pero en la boca tiene un sello, y en el sello, un símbolo de hechicería.

—¿Cuál? Muéstramelo.

—De eso nada. —El poeta escondió el jarro detrás de su espalda—. Y qué más, Nicolás. Yo lo encontré y necesito todos y cada uno de los deseos.

—¡No toques ese sello! ¡Déjalo!

—¡Largo, digo! ¡Es mío!

—¡Jaskier, ten cuidado!

—¡Ni pensarlo!

—¡No lo toques! ¡Ay, la madre que te echó!

Del jarro, que durante el forcejeo había caído en la arena, fluyó un humo brillante y rojo.

El brujo dio un salto y se fue en dirección al campamento a por su espada. Jaskier, cruzando las manos sobre el pecho, ni siquiera se atrevía a respirar.

El humo rebulló, se concentró en una bola irregular que colgaba a la altura de la cabeza del poeta. La bola tomó la forma de una cabeza

caricaturesca, sin nariz, con grandes ojos y algo parecido a un pico. La cabeza tenía alrededor de una braza de diámetro.

—¡Genio! —habló Jaskier, con los pies temblándole—. Yo te he liberado y desde ahora soy tu amo. Mis deseos son...

La cabeza chasqueó el pico, que no era un pico, sino algo en forma de labios caídos, deformes y cambiantes.

—¡Huye! —gritó el brujo—. ¡Huye, Jaskier!

—Mis deseos —continuó el poeta— son los siguientes: en primer lugar, que a Valdo Marx, trovador de Cidaris, le caiga un rayo. En segundo lugar, en Caelf vive la condesa Virginia, la cual no quiere dárselo a nadie. Que me lo dé a mí. En tercer lugar...

Nadie llegó a enterarse jamás de cuál era el tercer deseo de Jaskier. La monstruosa cabeza expulsó de sí dos garras aún más monstruosas y agarró al bardo por la garganta. Jaskier chilló.

Geralt se llegó a la cabeza en tres saltos, aferró la espada de plata y cortó desde la oreja, atravesándola por el centro. El aire aulló, la cabeza estalló en humo y creció violentamente, doblando su diámetro. La monstruosa boca, ahora sensiblemente más grande, se abrió, chasqueó y baladró, las garras sacudieron violentamente a Jaskier, que se agitaba como loco, y lo golpearon contra la tierra.

El brujo colocó los dedos en la Señal de Aard y descargó en la cabeza la máxima energía que fue capaz de movilizar. La energía, materializándose en el espacio que rodeaba a la cabeza en forma de un resplandor cegador, dio en su objetivo. Hubo un alarido tal que a Geralt le silbaron los oídos y del aire lanzado por la implosión hasta se doblaron los juncos. El monstruo gritó ensordecedoramente, creció aún más, pero soltó al poeta, flotó hacia arriba, se bamboleó y voló sobre la superficie del agua agitando las garras.

El brujo se dirigió a atender a Jaskier, que yacía inmóvil. En ese momento sus dedos tocaron un objeto circular semienterrado en la arena.

Se trataba de un sello de latón decorado con la señal de una cruz quebrada y una estrella de nueve puntas.

La cabeza que colgaba sobre el río había tomado ya el tamaño de un montón de heno. El morro abierto y berreante recordaba más la puerta de un establo de tamaño mediano. Sacando las garras, el monstruo atacó.

Geralt, sin saber qué hacer, apretó el sello en el puño y apuntando los brazos en dirección al atacante murmuró la fórmula de un exorcismo que le

había enseñado una vez cierta sacerdotisa. Nunca hasta entonces había usado esta fórmula, puesto que, por principio, no creía en supersticiones.

El efecto sobrepasó sus expectativas.

El sello silbó y se calentó con violencia, quemando la mano. La gigantesca cabeza se detuvo en el aire, colgó inmóvil sobre el río. Colgó así por un instante, al final aulló, gritó y se disolvió en una humareda pulsante, en una gran nube de humo. La nube se hizo muy fina y con asombrosa velocidad se lanzó volando por encima del río, dejando en la superficie del agua una estela vibrante. En unos pocos segundos desapareció en la lejanía, sólo el agua traía de vez en cuando algún aullido apagado.

El brujo se inclinó sobre el poeta, que estaba hecho una bola sobre la arena.

—¿Jaskier? ¿Estás vivo? ¡Jaskier, voto a dios! ¿Qué te pasa?

El poeta movió la cabeza, agitó las manos y separó los labios para gritar. Geralt adoptó una expresión preocupada y entrecerró los ojos. Jaskier tenía una voz de tenor bien educada y sonora, y bajo la influencia del miedo era capaz de alcanzar sonidos de extraordinarios registros. Pero lo que se alzó de la garganta del bardo fue un graznido ronco y apenas audible.

—¡Jaskier! ¿Qué te pasa? ¡Responde!

—Jjjj... eeee... pepepe... puuuuuta...

—¿Te duele algo? ¿Qué te pasa? ¡Jaskier!

—Jjjj... Puuu...

—No digas nada. Si todo está bien, afirma con la cabeza.

Jaskier apretó los músculos del rostro y con grandes esfuerzos afirmó con la cabeza, e inmediatamente se dobló hacia un lado, cayó y vomitó sangre, atosigándose y tosiendo.

Geralt blasfemó.

II

—¡Por los dioses! —El guardia retrocedió y soltó el candil—. ¿Qué le sucede?

—Déjanos pasar, buen hombre —dijo en voz baja el brujo, sujetando a Jaskier, que estaba encogido en la silla—. Tenemos prisa, como ves.

—Lo veo. —El guardia tragó saliva, mirando el pálido rostro del poeta y su barbilla cubierta de negras manchas de sangre—. ¿Herido? Se ve terrible, señor.

—Tengo prisa —repitió Geralt—. Estamos en el camino desde el amanecer. Dejadnos pasar, por favor.

—No podemos —dijo el segundo guardia—. Por la puerta sólo de la salida a la puesta de sol se puede. Por las noches nada. Tales son las órdenes. No dejar a ninguno, a menos que tenga la señal real o del burgomaestre. O si es un noble con título.

Jaskier gimió, se encogió aún más, apoyando la cabeza en las crines del caballo, tembló, se sacudió, forcejeó en un vano intento por vomitar. Por el ramificado dibujo de sangre coagulada en el cuello del jinete fluyó una nueva línea.

—Gente —dijo Geralt lo más tranquilo que sabía—. Veis que le va mal. Tengo que encontrar a alguien que le cure. Dejadnos pasar, por favor.

—No pidáis. —El guardia se apoyó en la alabarda—. Las órdenes son órdenes. Si os dejo pasar, me pondrán en la picota y luego me echarán del servicio. ¿Y qué les voy a dar entonces de comer a los críos? No, señor, no puedo. A vuestro amigo bajad del caballo y en la cámara de la barbacana metedlo. Le traeremos de comer, y aguantará hasta el alba, si así está escrito. Mucho no queda.

—No basta con que le den de comer. —El brujo apretó los dientes—.

Es necesario un sanador, un capellán, un buen médico...

—A ésos de la cama por la noche no los levantaríais —dijo el otro guardia—. Más por vosotros hacer no podemos, sino que no tengáis que acampar bajo la puerta. En la cámara se está caliente y donde tender al herido también hay, más blando le vendrá que no en la silla. Va, os ayudaremos a bajarlo del caballo.

La cámara del interior de la barbacana era en verdad caliente, sofocante, acogedora. El fuego crepitaba alegremente en el hogar, y más allá del hogar cantaban obstinadamente los grillos.

A una pesada mesa cuadrada donde se hallaban dispuestos copas y platos se sentaban tres hombres.

—Perdonad que os molestemos, nobles señores —dijo el guardia que sostenía a Jaskier—. Espero que no estéis en contra... Aquí el caballero, hummm... Y el otro, herido, pensé...

—Y bien pensaste. —Uno de los hombres volvió hacia él un rostro delgado, agudo y expresivo, se levantó—. Seguid, colocadle sobre el jergón.

El hombre era un elfo. Y también el otro sentado en la mesa. Ambos, como mostraban sus ropas, una mezcla de moda humana y elfa, eran elfos sedentarios, asimilados. El tercer hombre, a primera vista el más viejo, era un ser humano. Un caballero, a juzgar por las ropas y por los cabellos entrecanos, cortados de forma que cupieran dentro del yelmo.

—Me llamo Chireadan —se presentó el más alto de los elfos, el del rostro expresivo. Como siempre, no había manera de estimar la edad de un representante del Antiguo Pueblo, podía tener tanto veinte como ciento veinte años—. Y éste es mi pariente Errdil. Este noble caballero se llama Vratimir.

—Noble —murmuró Geralt, pero una mirada más atenta al escudo de armas bordado en la túnica desbarató sus esperanzas: el escudo cuartelado con lilas de oro estaba cortado al bies por una barra de plata. Vratimir no sólo era hijo ilegítimo sino también nacido de un vínculo mestizo, humano y no humano. Como tal, aunque con escudo, no podía tenerse por un noble con todos los derechos y sin duda no le pertenecía el privilegio de atravesar las puertas de la ciudad después del anochecer.

—Por desgracia —al elfo no se le escapó la mirada del brujo—, también nosotros tenemos que esperar hasta el amanecer. La ley no hace excepciones, por lo menos para tales como nosotros. Le invitamos al grupo,

señor caballero.

—Geralt de Rivia —se presentó el brujo—. Soy brujo, no caballero.

—¿Qué le pasa? —Chireadan apuntó a Jaskier, al cual los guardias acababan de tender sobre el jergón—. Parece un envenenamiento. Si es así, puedo ayudarle. Tengo una excelente medicina.

Geralt se sentó, después de lo cual ofreció una comedida y rápida relación de lo sucedido en el río. Los elfos se miraron el uno al otro. El caballero de cabellos grises dejó escapar la saliva por entre los dientes, mientras se masajeaba la cara.

—Increíble —dijo Chireadan—. ¿Qué pudo haber sido?

—Un genio de una botella —murmuró Vratimir—. Como en un cuento...

—No del todo. —Geralt señaló a Jaskier, acurrucado en el camastro—. No conozco ningún cuento que termine así.

—Las heridas de este pobre —dijo Chireadan— son evidentemente de naturaleza mágica. Me temo que mis fármacos no sirvan de mucho. Pero puedo por lo menos aliviar sus sufrimientos. ¿Le has dado algún medicamento, Geralt?

—Elixir contra el dolor.

—Ven, me ayudarás. Sujétale la cabeza.

Jaskier bebió con avidez el potingue mezclado con vino, se atosigó con el último trago, barbotó, escupió en el almohadón de cuero.

—Yo lo conozco —dijo el otro elfo, Errdil—. Es Jaskier, trovador y poeta. Lo vi una vez, cuando tocaba en el palacio del rey Ethain de Cidaris.

—Trovador —repitió Chireadan, mirando a Geralt—. Mala cosa. Muy mala. Tiene infectados los músculos del cuello y de la laringe. Hay que cortar lo más rápido posible la acción del encantamiento, porque si no... Puede ser irrecuperable.

—Quiere decir esto que... ¿Quiere decir que no va a poder hablar?

—Hablar sí. Puede. Pero cantar no.

Geralt, sin decir ni una palabra, se sentó a la mesa, apoyó la frente en los puños cerrados.

—Un hechicero —dijo Vratimir—. Es necesario un filtro mágico o un hechizo de sanación. Tienes que llevarlo a otra ciudad, brujo.

—¿Por qué? —Geralt alzó la cabeza—. ¿Y aquí, en Rinde? ¿No hay hechiceros aquí?

—Es difícil encontrar un mago en toda Redania —dijo el caballero—.

¿No es cierto, señores elfos? Desde el momento en que el rey Heribert empezó a exigir un tributo digno de un ladrón por cada hechizo, los magos boicotean la capital y las ciudades que se distinguen por su afán en cumplir la voluntad real. Y los concejales de Rinde, por lo que he oído, son famosos por sus afanes en lo tocante a este asunto. ¿No es cierto? Chireadan, Errdil, ¿tengo razón?

—La tienes —confirmó Errdil—. Pero... Chireadan, ¿puedo?

—Incluso debes —habló Chireadan, mirando al brujo—. No hay que hacer un secreto de ello, y en cualquier caso, todo el mundo lo sabe, toda Rinde. En la ciudad, Geralt, está pasando algún tiempo cierta hechicera.

—¿De incógnito, seguramente?

—No del todo —se sonrió el elfo—. La persona de la que hablo es muy individualista. Se burla tanto del boicot que el Consejo de Hechiceros decretara sobre Rinde como de las exigencias de los concejales de aquí, y esto le está resultando provechoso, pues a causa del boicot, hay aquí una gran demanda de servicios mágicos. Por supuesto, la hechicera no paga impuesto alguno.

—¿Y el concejo municipal lo tolera?

—La hechicera vive en la residencia de cierto mercader, factor de comercio de Novigrado, el cual es, al mismo tiempo, embajador titular. Nadie la puede tocar allí. Está en asilo.

—Se trata más de un arresto domiciliario que de un asilo —le corrigió Errdil—. Está prácticamente encerrada. Pero no puede quejarse de que le falten clientes. Clientes ricos. Gusta de mostrar, provocativamente, que los concejales le traen sin cuidado, monta bailes y zambras...

—Los concejales, por su lado, están furiosos, ponen contra ella a quien pueden, le crean mala fama de la forma que les es dado —añadió Chireadan—. Difunden terribles rumores sobre ella, seguramente en la esperanza de que el jerarca de Novigrado prohíba al mercader concederle asilo.

—No me gusta pillarme los dedos con tales puertas —murmuró Geralt —. Pero no tengo elección. ¿Cómo se llama ese mercader—embajador?

—Beau Berrant. —Al brujo le pareció que Chireadan torcía el gesto al pronunciar el nombre—. Bueno, de hecho es tu única oportunidad. O mejor dicho, la única oportunidad de este pobre que está ahí tendido en la cama. Pero que la hechicera te quiera ayudar... No sé.

—Ten cuidado cuando entres allí —habló Errdil—. Los chivatos del

burgomaestre observan la casa. Si te detuvieran, ya sabes qué hacer. El dinero abre todas las puertas.

—Iré en cuanto que abran las puertas. ¿Cómo se llama la hechicera?

A Geralt le pareció percibir un ligero rubor en la tez de Chireadan. Pero puede que fuera únicamente el reflejo del fuego en el hogar.

—Yennefer de Vengerberg.

III

—El amo duerme —repitió el portero mirando a Geralt desde arriba. Era una cabeza más alto y casi dos veces más ancho de hombros—. ¿Estás sordo, vagabundo? El amo duerme, te digo.

—Déjale que duerma —accedió el brujo—. No tengo asuntos para tu señor sino para la dama que está aquí alojada.

—Tienes un asunto, dices. —El portero, al parecer, era una persona bromista, lo que resultaba sorprendente para alguien de su postura y apariencia—. Entonces vete a la mancebía, vagabundo, y haz uso de ella. Largo.

Geralt descolgó de su cinturón un saquito y lo sostuvo en la mano, agarrándolo por la correa.

—No me vas a poder sobornar —dijo con orgullo el cancerbero.

—Ni lo pienso.

El portero era demasiado voluminoso para tener reflejos que le permitieran esquivar o protegerse del golpe imprevisto de una persona común y corriente. Ante el golpe del brujo no le dio tiempo ni a cerrar los ojos. El pesado saquito se aplastó contra su sien con un sonido metálico. Se desplomó sobre la puerta, apoyándose con las dos manos en el marco. Geralt lo separó de allí a base de patadas en las rodillas, le empujó con el hombro y descargó de nuevo el saquito contra él. Los ojos del portero se enturbiaron y bizquearon de una forma cómica, los pies se abrieron como un cortaplumas. El brujo, viendo como el mozallón, aunque ya casi inconsciente, agitaba todavía los brazos alrededor de él, lo golpeó con fuerza por tercera vez, directamente en la coronilla.

—El dinero —murmuró— abre todas las puertas.

El zaguán estaba oscuro. Desde una puerta a la izquierda le llegaban

unos ronquidos. El brujo miró con cuidado. En un desordenado camastro dormía, silbando por la nariz, una gorda con un camisón levantado por encima de las caderas. No era la vista más hermosa del mundo. Geralt metió al portero en la habitacioncilla y cerró la puerta con el cerrojo.

A la derecha había otra puerta, entreabierta, y detrás de ella unas escaleras de piedra que conducían arriba. El brujo iba ya a pasarlas por alto cuando desde arriba le alcanzaron unas apagadas maldiciones, un estrépito y un ruido seco de vajilla rompiéndose.

El cuarto era una cocina muy grande, llena de utensilios, con olor a hierbas y maderas resinosas. Sobre el suelo de piedra, entre fragmentos de un jarro de barro, blasfemaba un hombre completamente desnudo con la cabeza bajada.

—Zumo de manzana, su puta madre —balbuceó, agitando la cabeza como un carnero que por error hubiera embestido la muralla de una fortaleza—. Zumo... de manzana. ¿Dónde... dónde está el servicio?

—¿Qué dice? —preguntó con voz cortés el brujo.

El hombre alzó la cabeza y tragó saliva. Tenía los ojos perdidos y muy enrojecidos.

—Ella quiere zumo de manzana —anunció, después de lo cual, levantándose con grandes trabajos, se sentó en un taburete cubierto de una piel de cordero y se apoyó en la estufa—. Tengo que... llevárselo arriba, porque si no...

—¿Tengo el honor de hablar con el mercader Beau Berrant?

—Más bajo. —El hombre torció el gesto dolorosamente—. No grites. Escucha, ahí en el barrilete... Zumo. De manzana. Échalo en algo... y ayúdame a llegar a la escalera, ¿vale?

Geralt se encogió de hombros, luego movió la cabeza con compasión. Él, por lo general, evitaba los excesos alcohólicos, pero el estado en que se encontraba el mercader no le era desconocido del todo. Encontró entre los cacharros un jarrón y un vaso de cinc, sacó el zumo del barrilete. Escuchó ronquidos y se dio la vuelta. El hombre desnudo dormía, con la cabeza echada sobre el pecho.

Por un momento al brujo le entraron ganas de echarle el zumo encima para despertarlo, pero se lo pensó mejor. Salió de la cocina, llevando el jarrón. El pasillo se terminaba en unas pesadas puertas labradas. Entró cautelosamente, abriéndolas sólo en la medida en que era necesario para meterse dentro. Estaba oscuro, así que abrió sus pupilas. Y arrugó la nariz.

En el ambiente había un fuerte olor a vino agrio, velas y frutas pasadas. Y algo más que le recordaba una mezcla de perfume de lilas y de grosellas.

Miró a su alrededor. La mesa en el centro de la habitación soportaba un verdadero campo de batalla de jarros, garrafas, copas, platos y páteras de plata, cuencos y cubiertos con guarniciones de marfil. El arrugado mantel estaba completamente anegado de vino, lleno de manchas violetas y restos de cera que habían fluido desde los candelabros. Las cortezas de naranjas resaltaban casi como flores entre huesos de cerezas y melocotones, rabos de peras y ásperos racimos de uvas pelados de frutos. Una copa yacía derribada y rota. Otra estaba entera, llena hasta la mitad, pero de ella sobresalía un hueso de ganso. Junto a la copa había una zapatilla negra de tacón alto. Estaba hecha de piel de basilisco. No había materia prima más cara que se usase en zapatería.

La otra zapatilla yacía bajo una silla y sobre un vestido negro adornado con volantes blancos y bordados de flores que había sido arrojado con negligencia.

Geralt se quedó de pie durante un momento, indeciso, luchando con un sentimiento de turbación, con ganas de darse la vuelta y salir. Pero esto hubiera significado que había dejado grogui al cancerbero en el zaguán innecesariamente. Al brujo no le gustaba hacer nada innecesariamente. En un rincón de la habitación distinguió una retorcida escalera.

En los escalones encontró cuatro marchitas rosas blancas y una servilleta manchada de vino y maquillaje carmín. El olor a lila y grosella creció.

Las escaleras conducían a un dormitorio cuyo suelo estaba cubierto por una gran piel muy peluda. Sobre la piel yacía una camisa blanca con mangas de puntilla y unas cuantas rosas blancas. Y una media negra.

La otra media colgaba de uno de los cuatro pilares que sostenían un baldaquino en forma de cúpula sobre la cama. Unas tallas sobre los pilares mostraban faunos y ninfas en diferentes posiciones. Algunas de ellas eran interesantes. Otras bastante ridículas. Mucho se repetía en ellas. Hablando en general.

Geralt carraspeó ruidosamente, contemplando un montón de rizos negros que se entreveían por debajo de la colcha de damasco. La colcha se movió y gimió. Geralt carraspeó aún más fuerte.

—¿Beau? —preguntó confusamente el montón de rizos negros—. ¿Has traído el zumo?

—Lo he traído.

De por debajo de los rizos negros surgieron un rostro pálido y triangular, unos ojos violetas y unos labios grandes y ligeramente torcidos.

—Aaaaj... —Los labios se torcieron aún más—. Aaaaj... Me muero de sed...

—Tenga.

La mujer se sentó, arropándose con las sábanas. Tenía unos hombros hermosos y un cuello esbelto, al cuello llevaba una cinta de terciopelo negro con una alhaja en forma de estrella, cuajada de brillantes. Exceptuando la cinta no llevaba nada puesto.

—Gracias. —Le quitó el vaso de la mano, bebió con avidez, luego alzó las manos y se tocó las sienes. La colcha se le bajó aún más. Geralt volvió la vista. Con cortesía, pero de mala gana.

—¿Quién eres tú? —preguntó la mujer morena, frunciendo el ceño y tapándose con la colcha—. ¿Qué haces aquí? ¿Dónde diablos está Berrant?

—¿A qué pregunta tengo que responder primero?

Al instante lamentó la ironía. La mujer elevó la mano, lanzó un rayo dorado. Geralt reaccionó automáticamente: colocando ambos manos en la Señal del Heliotropo, desvió el hechizo justo delante del rostro, pero la descarga fue tan fuerte que le empujó hacia atrás, contra la pared. Cayó al suelo.

—¡No hace falta! —gritó, viendo que la mujer alzaba de nuevo la mano—. ¡Doña Yennefer! ¡Vengo en paz, sin malas intenciones!

Desde las escaleras llegó un estruendo, en las puertas del dormitorio aparecieron las figuras de unos sirvientes.

—¡Doña Yennefer!

—Iros —les ordenó con tranquilidad la hechicera—. No me sois necesarios. Se os paga para cuidarme la casa. Pero ya que esta persona ha sido capaz de llegar aquí, yo misma me ocuparé de ella. Decídselo al señor Berrant. Y a mí, por favor, preparadme el baño.

El brujo se levantó con dificultad. Yennefer le miraba en silencio, con el ceño fruncido.

—Desviaste mi hechizo —dijo por fin—. No eres un hechicero, eso se ve. Pero reaccionaste extraordinariamente rápido. Dime quién eres, tú, intruso en el cuarto de una desconocida. Y te aconsejo que hables rápido.

—Me llamo Geralt de Rivia. Brujo.

Yennefer se incorporó en la cama, agarrándose a un fragmento de la

anatomía de un fauno esculpido, bastante apto para ser agarrado. Sin apartar la vista de Geralt, alzó del suelo un abrigo con cuello de piel. Envolviéndose estrechamente en él, se levantó. Sin apresurarse se sirvió otro vaso de zumo, se lo bebió de un trago, tosió, se acercó. Geralt, con discreción, se masajeaba la columna vertebral, que por un momento había chocado dolorosamente contra la pared.

—Geralt de Rivia —repitió la hechicera, mirando hacia él desde detrás de sus rizos negros—. ¿Cómo llegaste hasta aquí? ¿Y con qué objetivo? Espero que no le hayas hecho nada malo a Berrant.

—No. No lo hice. Doña Yennefer, necesito vuestra ayuda.

—Un brujo —murmuró, acercándose aún más y apretándose en su abrigo—. Bastante que el primero que veo de cerca no es otro que el famoso Lobo Blanco. He oído hablar mucho de ti.

—Me lo imagino.

—No sé lo que te imaginas. —Bostezó, después de lo cual avanzó aún más hacia él—. ¿Permites? —Tocó con el dedo su mejilla, acercó el rostro, lo miró a los ojos. Él apretó las mandíbulas—. ¿Las pupilas sólo se te adaptan a la luz o también puedes achicarlas y agrandarlas a voluntad?

—Yennefer —dijo tranquilo—. Cabalgué todo el día hasta Rinde, sin detenerme. Esperé todita la noche a que se abrieran las puertas. Le di un trompazo al portero que no me quería dejar entrar. Descortés e importuno, molesté tu sueño y tu tranquilidad. Y todo porque mi amigo necesita una ayuda que sólo tu le puedes otorgar. Dásela, por favor, y luego, si quieres, hablaremos de mutaciones y aberraciones.

Retrocedió un paso, deformó los labios en un feo gesto.

—¿De qué tipo de ayuda se trata?

—De la regeneración de órganos dañados por la magia. Garganta, laringe y cuerdas vocales. Daños tales como los causados por una niebla escarlata. O muy parecidos.

—Parecidos —repitió—. Hablando pronto y mal, no fue una niebla escarlata la que dañó a tu amigo. ¿Qué es lo que fue entonces? Dímelo; arrancada del sueño al alba no tengo ni fuerzas ni ganas de sondearte el cerebro.

—Ummm... Lo mejor será que comience desde el principio...

—Oh, no —le interrumpió—. Si esto va a ser tan complicado, espérate un poco. Un sabor desagradable en los labios, los cabellos enredados, legañas en los párpados y otras indignidades mañaneras reducen mis

capacidades perceptivas. Baja abajo, a los baños que están en el sótano. Enseguida estoy allí y me cuentas todo.

—Yennefer, no querría ser inoportuno, pero el tiempo vuela. Mi amigo...

—Geralt —le cortó con sequedad—. He salido por ti de la cama y no pensaba hacerlo antes de que sonaran las campanadas del mediodía. Estoy dispuesta a renunciar al desayuno. ¿Sabes por qué? Porque me has traído zumo de manzana. Tenías prisa, la cabeza nublada por los sufrimientos de tu amigo, y pese a todo sacrificaste unos minutos a una mujer sedienta. Te has ganado mi simpatía con esto y no está descartado que te ayude. Pero al agua y al jabón no renuncio. Vete. Por favor.

—Está bien.

—Geralt.

—Dime. —Se detuvo en el umbral.

—Aprovecha la ocasión y báñate tú también. Por tu olor me siento capaz de adivinar no sólo la raza y la edad de tu caballo, sino hasta su color.

IV

Entró en el baño en el momento en que Geralt, sentado desnudo en un pequeño taburete, se echaba agua por encima con una palangana. Éste carraspeó y, con vergüenza, se dio la vuelta.

—No te sientas incómodo —dijo, colgando un brazado de ropa en una percha—. No me voy a desmayar al ver a un hombre desnudo. Triss Merigold, mi amiga, dice que visto uno, vistos todos.

Él se levantó y se envolvió los muslos con una toalla.

—Bonita cicatriz —sonrió Yennefer, mirando su pecho—. ¿Qué fue? ¿Caíste bajo una sierra en algún aserradero?

No contestó. La hechicera todavía le miraba, inclinando coquetamente la cabeza.

—El primer brujo que me es dado contemplar de cerca y está desnudito como un pollo. ¡Ajá! —se inclinó, poniendo la oreja—. Escucho tu corazón. Un ritmo muy lento. ¿Eres capaz de controlar la secreción de adrenalina? Ah, perdona, curiosidad profesional. Eres, por lo que parece, bastante sensible en lo tocante a las características de tu organismo. Estás acostumbrado a describir estas características con palabras que no me gustan nada, y caes además en el sarcasmo patético, algo que me gusta incluso menos.

No respondió.

—Va, basta de todo esto. El agua se enfría. —Yennefer hizo un movimiento como para soltar el abrigo, se detuvo—. Yo me voy a bañar y tú vas a contármelo todo. Ahorraremos tiempo. Pero... No quisiera turbarte y, aparte de eso, apenas nos conocemos. Además, por cortesía...

—Me daré la vuelta —propuso inseguro.

—No. Debo ver los ojos de aquél con el que hablo. Tengo una idea

mejor.

La escuchó pronunciar un maleficio, sintió una vibración de su medallón y vio el abrigo negro cayendo ligeramente sobre el pavimento. Y luego escuchó el sonido del agua.

—Ahora soy yo el que no ve tus ojos, Yennefer —dijo—. Lástima.

La invisible hechicera resopló, chapoteó en la tina.

—Cuenta.

Geralt terminó de forcejear con los pantalones que se estaba poniendo por debajo de la toalla y se sentó en un poyo. Mientras se abrochaba las hebillas de las botas, narró lo sucedido en el río, reduciendo al mínimo la descripción de la lucha con el siluro. Yennefer no parecía alguien a quien le pudiera interesar la pesca.

Cuando llegó al momento en el que la nube-monstruo salió del ánfora, una gran esponja que estaba enjabonando la invisibilidad se detuvo.

—Vaya, vaya —escuchó—. Interesante. Un genio encerrado en una botella.

—Qué genio ni que ostras —se opuso—. Se trataba de algún tipo de niebla escarlata. Algún tipo nuevo, desconocido...

—Un nuevo y desconocido tipo se merece que se lo llame de alguna manera —dijo la invisible Yennefer—. Genio es un nombre que no es peor que otros. Continúa, por favor.

Le hizo caso. Los enjabonamientos en la tina produjeron espuma encarnizadamente durante el resto del relato, el agua se salía por los bordes. En cierto momento algo le saltó a la vista. Miró con más atención y percibió los contornos y siluetas mostrados por el jabón que cubría la invisibilidad. Los contornos y siluetas lo turbaron tanto que se calló.

—¡Cuenta! —le apremió una voz que salía de la nada—. ¿Qué pasó después?

—Eso es todo —dijo—. Eché a ese genio, como tú le llamas...

—¿De qué forma? —Una palangana se alzó y derramó agua. El jabón desapareció, la silueta también. Geralt suspiró.

—Con un maleficio —dijo—. Más exactamente, con un exorcismo.

—¿Con cuál? —La palangana echó agua de nuevo. El brujo comenzó a observar con atención los efectos de la palangana porque el agua, aunque por escasos instantes, también mostraba lo mismo. Repitió el maleficio, de acuerdo con las reglas de seguridad, sustituyendo la letra «e» por una aspiración. Pensaba que iba a impresionar a la hechicera con su

conocimiento de estas reglas, así que se asombró cuando escuchó en la tina unas carcajadas salvajes.

—¿Qué tiene esto de gracioso?

—Ese exorcismo tuyo... —La toalla se dobló en una bola y comenzó a limpiar violentamente los restos de la silueta—. ¡Triss se va a morir de risa cuando se lo cuente! ¿Quién te lo enseñó, brujo? ¿Ese... maleficio?

—Cierta sacerdotisa de la catedral de Huldra. Es el lenguaje secreto de este santuario...

—Será secreto para el que sea secreto. —La toalla chapoteó al borde de la tina, el agua salpicó el suelo, las huellas de pies desnudos marcaron los pasos de la hechicera—. Eso no es un maleficio, Geralt. No te aconsejaría repetir esas palabras en otros santuarios.

—Si no es un maleficio, ¿entonces qué es? —preguntó, mirando cómo dos medias negras delimitaban en el aire, la una detrás de la otra, unas esbeltas piernas.

—Un gracioso dicho. —Unas bragas con volantes abrazaron la nada de una forma extraordinariamente interesante—. Aunque algo falto de censura.

Una camisa blanca con grandes chorreras en forma de flores tremoló desde arriba y creó una forma. Yennefer, advirtió el brujo, no llevaba ningún tipo de ballena para sujetar los pechos como muchas otras mujeres. No lo necesitaba.

—¿Qué dicho? —preguntó.

—Nada importante.

Saltó el tapón de una botellita de cristal en forma de prisma que estaba sobre una mesita. En el baño se extendió un olor a lilas y grosellas. El tapón describió unos cuantos círculos y volvió a su sitio. La hechicera abotonó los puños, se puso el vestido y se materializó.

—Ciérrame —le ofreció la espalda, mientras se peinaba con un peine de carey. El peine, según observó, tenía un mango largo y afilado que podía sustituir en caso necesario a un estilete.

Le cerró el vestido con una lentitud interesada, corchete por corchete, alegrándose del perfume de los cabellos que caían en negra cascada hasta la mitad de su espalda.

—Volviendo al ser de la botella —dijo Yennefer al ponerse en la oreja un pendiente de brillantes—, está claro que no fue tu ridículo «maleficio» lo que le obligó a huir. La hipótesis más cercana a la verdad es, me da la

sensación, que descargó su rabia en tu compañero y huyó, simplemente aburrido.

—Con toda seguridad —asintió Geralt de mal humor—. No pienso, sin embargo, que echara a volar para ir a Cidaris a estrangular a Valdo Marx.

—¿Quién es Valdo Marx?

—Un trovador que tiene a mi amigo, también poeta y músico, por un canalla sin talento y falto de gusto.

La hechicera se volvió con un extraño brillo en sus ojos violetas.

—¿Acaso tu amigo tuvo tiempo de pedir deseos?

—Dos, incluso. Ambos monstruosamente idiotas. ¿Por qué preguntas? Al fin y al cabo se trata de una tontería evidente, lo de los d'jinns, genios y espíritus de las lámparas que otorgan deseos...

—Una tontería evidente —repitió Yennefer con una sonrisa—. Por supuesto. Es una invención, un cuento sin sentido, como todas las leyendas en las que espíritus buenos y hadas cumplen deseos. Tales cuentos se los imaginan los pobres palurdos que ni siquiera pueden soñar con calmar sus numerosos deseos y anhelos a través de su propia actividad. Me alegra de que no te cuentes entre ellos, Geralt de Rivia. Somos parecidos en espíritu. Yo, si algo deseo, no sueño, sino que actúo. Y siempre consigo aquello que deseo.

—No lo dudo. ¿Estás lista?

—Estoy lista. —La hechicera se ató los cordones de los zapatos, se levantó. Incluso con tacones no era demasiado alta. Agitó los cabellos, los cuales mantenían un desorden pintoresco, retorcido y enredado pese al largo peinado a que habían sido sometidos.

—Tengo una pregunta, Geralt. El sello que cerraba la botella... ¿lo tiene tu amigo todavía?

El brujo lo pensó con cuidado. El sello no lo tenía Jaskier, sino él, y además consigo. Pero su experiencia le enseñaba que no hay que decir demasiado a los hechiceros.

—Hummm... Creo que sí —la engañó acerca de los motivos de su tardanza en contestar—. Sí, creo que lo tiene. ¿Y qué? ¿Es importante el sello éste?

—Extraña pregunta —dijo ella secamente— para un brujo, especialista en monstruosidades sobrenaturales. Alguien que debiera saber que tal sello es importante hasta el punto de que no hay que tocarlo. Y no permitir que ningún amigo lo toque.

Apretó las mandíbulas. El golpe era certero.

—En fin. —Yennefer cambió el tono a uno significativamente más suave—. Nadie es perfecto, tampoco los brujos, por lo que se ve. Cualquiera puede cometer errores. Venga, podemos ponernos en camino. ¿Dónde se encuentra tu camarada?

—Aquí, en Rinde. En casa de un cierto Errdil, elfo.

Le miró atentamente.

—¿En casa de Errdil? —repitió, torciendo los labios en una sonrisa—. Sé dónde es. Como me imagino, está allí también su primo, Chireadan. ¿No?

—Es cierto. Y qué...

—Nada —le interrumpió, cerró los ojos. El medallón en el cuello del brujo tembló, tiró de la cadena.

En la húmeda pared del baño rebrilló una forma de luz que recordaba una puerta, entre cuyo marco se arremolinaba una nada fosforescente y láctea.

El brujo maldijo en silencio. No le gustaban los portales mágicos, ni viajar con su ayuda.

—¿Tenemos que...? —graznó—. No está lejos...

—No puedo caminar por las calles de esta ciudad —cortó—. No les gusto mucho, me pueden insultar, tirar piedras y puede que incluso algo peor. Algunas personas me crean mala fama porque juzgan que hago mi trabajo sin que me castiguen. No tengas miedo, mis portales son seguros.

Geralt había sido testigo de cómo una vez a través de un portal seguro había volado la mitad del que lo estaba pasando. La otra mitad no la encontraron nunca. Conocía también algunos casos de alguien que había entrado en un portal y se había perdido todo rastro de él.

La hechicera por última vez se colocó el pelo y se enganchó al cinturón un saquete con perlas bordadas. El saquete parecía demasiado pequeño como para tener algo dentro aparte de un puñado de reales y un pintalabios, pero Geralt sabía que no se trataba de una bolsa normal.

—Abrázame. Más fuerte, no soy de porcelana. ¡En camino!

El medallón vibró, algo relampagueó y Geralt se encontró de pronto en medio de una nada negra, en el interior de un frío penetrante. No veía nada, no oía, no sentía. El frío era lo único que registraba su consciencia.

Quiso blasfemar pero no le dio tiempo.

V

—Va a hacer una hora desde que entró. —Chireadan dio la vuelta a la clepsidra que estaba sobre la mesa—. Empiezo a ponerme nervioso. ¿Tan mal estaba Jaskier? ¿No piensas que habría que ir a echar un vistazo allá arriba?

—Ella dijo bien claramente que no quería. —Geralt terminó de beber el vaso de infusión de hierbas, torciendo la cara con disgusto. Apreciaba a los elfos sedentarios por su inteligencia, tranquila reserva y su específico sentido del humor, pero sus gustos en lo relativo a comida y bebida ni los comprendía ni los compartía—. No pienso molestarla, Chireadan. La magia precisa su tiempo. Que dure todo el día, si hace falta, con tal de que Jaskier sane.

—En fin, tienes razón.

Del cuarto de al lado les alcanzó el sonido de los martillos. Errdil, por lo visto, vivía en una posada abandonada que había comprado, con la intención de arreglarla y llevarla en compañía de su esposa, una elfa callada y poco parlanchina. El caballero Vratimir, que después de la noche pasada en el cuerpo de guardia se había unido a la compañía, de propia voluntad había ofrecido su ayuda para los trabajos de reforma. Así, junto con el matrimonio, se había lanzado a cambiar el revestimiento de madera de las paredes apenas se hubo calmado el revuelo causado por la espectacular aparición del brujo y Yennefer saltando desde la pared bajo el centelleo del portal.

—Si he de ser sincero —añadió Chireadan—, no esperaba que te fuera tan sencillo. Yennefer no es de las personas especialmente espontáneas, si se trata de ayuda desinteresada. Los problemas del prójimo no la escandalizan lo más mínimo ni le alteran el sueño. En pocas palabras, no he

oído hablar nunca de que ayudara a alguien desinteresadamente. Me pregunto qué interés tiene en esto para ayudarte a ti y a Jaskier.

—¿No exageras? —se rió el brujo—. No me ha causado tan mala impresión. Desde luego le gusta demostrar su superioridad, pero en comparación con otros hechiceros, con toda esa banda de arrogantes, es la gracia en persona y la amabilidad encarnada.

Chireadan también se rió.

—Esto es más o menos como si pensaras que el escorpión es más hermoso que la araña porque tiene esa preciosa cola. Cuidado, Geralt. No eres el primero que la valora así sin saber que de su gracia y su belleza ha hecho un arma. Un arma de la que hace uso hábilmente y sin escrúpulos. Lo que, por supuesto, no implica que no sea una mujer fascinante y hermosa. No lo negarás, ¿verdad?

Geralt miró al elfo con aire perspicaz. Ya por segunda vez le daba la impresión de percibir en su tez la huella del sonrojo. Le asombraba esto no menos que las palabras de Chireadan. Los elfos de pura sangre no tienen por costumbre enamorarse de mujeres humanas. Incluso de aquéllas muy hermosas. Yennefer, por su parte, y aunque atractiva a su manera, no podía considerarse una belleza.

Para gustos son los colores, pero era cierto que pocos tenían a las hechiceras como «bellezas». Todas procedían de círculos sociales donde el único destino de las hijas era casarse. ¿Quién podía pensar en enviar a su hija a años de penosa ciencia y a la tortura de cambios somáticos si se la podía casar y emparentar con provecho? ¿Quién deseaba tener en la familia a una hechicera? Pese al respeto del que gozaban los magos, la familia de la hechicera no sacaba de ello el más mínimo beneficio, porque antes de que la muchacha terminara su educación dejaba de ligarlos cualquier lazo. Lo único que contaba era la hermandad de los nigromantes. Por eso quienes se convertían en hechiceras eran exclusivamente las hijas que no tenían ninguna posibilidad de hallar un marido.

En contraposición a las sacerdotisas y las druidas, a quienes no les gustaba aceptar muchachas feas o lisiadas, las hechiceras aceptaban a toda la que mostrara predisposición. Si una niña atravesaba la criba de los primeros años de aprendizaje, entraba en juego la magia: enderezando e igualando piernas, reparando huesos mal unidos, remendando labios leporinos, eliminando cicatrices, granos y las marcas de la viruela. La joven hechicera se volvía «atractiva» porque así lo exigía el prestigio de su

profesión. El resultado era unas mujeres pseudohermosas con enojados y fríos ojos de feúchas. Unas feúchas que no eran capaces de olvidar su fealdad oculta tras una máscara mágica, oculta no para hacerlas más felices, sino para realzar el prestigio profesional.

No, Geralt no entendía a Chireadan. Sus ojos, ojos de brujo, registraban demasiadas peculiaridades.

—No, Chireadan —respondió a la pregunta—. No te lo niego. Te agradezco la advertencia. Pero lo único que me interesa aquí es Jaskier. Sufrió daño por mi causa, en mi presencia. No alcancé a salvarlo, no supe ayudarlo. Me sentaría en la cola de un escorpión con el culo al aire, si supiera que eso le iba a ayudar.

—De eso, sobre todo, te tienes que guardar —sonrió enigmático el elfo —. Porque Yennefer lo sabe y le gusta utilizar tal conocimiento. No confíes en ella, Geralt. Es peligrosa.

No respondió.

Arriba sonó una puerta. Yennefer apareció en lo alto de la escalera, apoyándose en la balaustrada de la galería.

—Brujo, ¿podrías venir un momento?

—Desde luego.

La hechicera apoyó la espalda en la puerta de uno de los pocos cuartos más o menos amueblados en el que habían metido al sufriente trovador. El brujo se acercó, mirando en silencio. Vio el hombro izquierdo de ella, un pelín más alto que el derecho. La nariz, un pelín demasiado larga. Los labios, un poco demasiado anchos. La barbilla, un poquito demasiado corta. Las cejas, demasiado irregulares. Los ojos...

Veía demasiadas peculiaridades. Completamente innecesario.

—¿Qué hay con Jaskier?

—¿Dudas de mis conocimientos?

Todavía dudaba. Tenía la figura de una veinteañera, aunque prefería no adivinar su verdadera edad. Se movía con gracia natural, sin afectación. No, no había manera de saber cómo había sido antes, lo que se le había corregido. Dejó de pensar en ello, no tenía sentido.

—Tu talentoso camarada se pondrá bien —dijo—. Recuperará sus capacidades vocales.

—Tienes mi más fervoroso agradecimiento.

Se sonrió.

—Vas a tener ocasión de demostrármelo.

—¿Puedo ver a Jaskier?

Calló durante un instante, mirándole con una sonrisa extraña, tamborileando con los dedos en el marco de la puerta.

—Por supuesto, entra.

El medallón en el cuello del brujo comenzó a vibrar con violencia, rítmicamente.

En el centro del suelo había una bola de cristal del tamaño de una sandía pequeña que ardía con luz lechosa. La bola marcaba el centro de una estrella de nueve puntas, trazada con precisión, cuyas puntas alcanzaban hasta las paredes y los rincones de la habitación. En la estrella había un pentagrama de color rojo. Los bordes del pentagrama estaban marcados con velas negras embutidas en candelabros de extrañas formas. Las velas negras ardían también en la cama sin cabecero sobre la que yacía, cubierto con pieles de carnero, Jaskier. El poeta respiraba con tranquilidad, no resollaba ya y no tosía, de su rostro había desaparecido el gesto de dolor, sustituido por una sonrisa idiota y llena de felicidad.

—Duerme —dijo Yennefer—. Y sueña.

Geralt miró los dibujos del suelo. Se podía percibir la magia escondida en ellos, pero sabía que se trataba de magia adormecida, sin desarrollar. Le hizo pensar en el leve murmullo de la respiración de un león dormido, pero que da idea de lo que podía ser el rugido del león.

—¿Qué es eso, Yennefer?

—Una trampa.

—¿Para quién?

—Para ti, durante un momento. —La hechicera cerró la puerta con llave y la cogió en la mano. La llave desapareció.

—Así que estoy atrapado —dijo él con frialdad—. ¿Y ahora qué? ¿Vas a atentar contra mi virtud?

—No te lo tengas tan creído. —Yennefer se sentó a la orilla de la cama. Jaskier, todavía con una sonrisa de cretino, gimió bajito. Eran, fuera de toda duda, gemidos de placer.

—¿De qué va esto, Yennefer? Si se trata de un juego, no conozco las reglas.

—Te dije —comenzó— que siempre consigo lo que deseo. Y resulta que deseo algo que tiene Jaskier. Se lo quitaré y nos separaremos. No tengas miedo, no le pasará nada...

—Esa cosa rara que pusiste en el suelo —la cortó— sirve para

convocar demonios. Allí donde se convocan demonios, siempre le pasa algo a alguien. No lo permitiré.

—...nadie le tocará ni un pelo de la cabeza —continuó la hechicera sin prestar atención a sus palabras—. Tendrá una voz aún más hermosa y estará muy contento, incluso feliz. Todos seremos felices. Y nos separaremos, sin pena, pero también sin trauma.

—Ay, Virginia —murmuró Jaskier sin abrir los ojos—. Hermosos son tus pechos, más delicados que plumas de cisne... Virginia...

—¿Ha perdido la razón? ¿Delira?

—Sueña —sonrió Yennefer—. Sus deseos se cumplen en el sueño. Le he sondeado el cerebro hasta el fondo. No había gran cosa. Unas cuantas guarrerías, algunos sueños, mucha poesía. Casi nada. El sello con el que estaba sellada la botella del genio. Sé que no lo tiene el trovador sino tú. Te lo pido.

—¿Para qué quieres ese sello?

—¿Cómo responder a tu pregunta? —La hechicera sonrió amenazadoramente—. Vamos a probar así: te importa una mierda, brujo. ¿Te satisface la respuesta?

—No —sonrió formando también una mueca terrible—. No me satisface. Pero no te atormentes con ello, Yennefer. No es fácil satisfacerme. Hasta ahora sólo lo han conseguido personas que están por encima de la media.

—Una pena. Te quedarás entonces sin satisfacer. Tú te lo pierdes. No hagas gestos que no pegan con tu tipo de belleza y de carnación. Por si no te has dado cuenta, acabas de comenzar a agradecerme lo que me debes. El sello es el primer plazo del precio por la voz del cantante.

—Por lo que veo, has dividido el precio en muchos plazos —dijo con frialdad—. Bien. Podría habérmelo esperado y me lo esperaba. Pero hagamos que esto sea un negocio honesto, Yennefer. Yo compré tu ayuda. Y yo la pago.

Ella torció los labios en una sonrisa, pero sus fríos ojos violetas no pestañearon.

—En cuanto a eso, brujo, no debes albergar ninguna duda.

—Yo —repitió—. Pero no Jaskier. Me lo llevo de aquí a un sitio más seguro. Una vez hecho esto, volveré y pagaré el segundo plazo y los demás. Porque en lo tocante al primero...

Se echó mano a un bolsillito secreto en el cinturón, sacó el sello de

latón con la señal de la estrella y de la cruz partida.

—Ten, tómalo. No como un plazo. Acéptalo de un brujo, en prueba de agradecimiento por haberlo tratado, aunque por interés propio, mucho mejor de lo que lo hubiera hecho cualquiera de tus confrades. Acéptalo como prueba de buena voluntad que debiera convencerte de que, una vez me haya ocupado de la seguridad de mi amigo, volveré aquí a pagar. No distinguí el escorpión entre las flores, Yennefer. Estoy dispuesto a pagar por mi falta de atención.

—Bonito discurso. —La hechicera cruzó las manos sobre sus pechos—. Conmovedor y patético. Una pena que sea en vano. Jaskier me es necesario y se queda aquí.

—Él ya ha estado cerca de eso que pretendes atraer aquí. —Geralt señaló a los dibujos en el suelo—. Cuando termines tu obra y atraigas aquí al genio, pese a tus promesas, Jaskier sufrirá con toda seguridad, puede que más aún que antes. Porque al fin y al cabo lo que te interesa es el ser de la botella. ¿No? ¿Piensas controlarlo, obligarlo a que te sirva? No tienes que responder, sé que no me importa una mierda. Y haz lo que quieras, convoca aquí incluso a diez demonios. Pero sin Jaskier. Si hieres a Jaskier, esto no será un negocio honesto, Yennefer y no tienes derecho a exigir un pago por ello. No te permitiré...

Se detuvo.

—Me interesaba cuándo lo ibas a sentir —se rió a grandes carcajadas la hechicera.

Geralt tensó los músculos, se esforzó con toda su voluntad, apretando las mandíbulas hasta que le dolieron. No sirvió de nada. Estaba como paralizado, como una estatua de piedra, como un poste clavado en la tierra. No podía mover ni siquiera el dedo en la bota.

—Sabía que eres capaz de detener un hechizo lanzado directamente —dijo Yennefer—. Sabía también que antes de hacer nada, ibas a intentar imponerte con tu elocuencia. Tú hablabas y el hechizo colgado sobre ti actuaba y poco a poco te envolvía. Ahora sólo puedes hablar. Pero ya no tienes que imponerte. Sé que eres elocuente. Más esfuerzos en este sentido destruirán el efecto.

—Chireadan... —dijo con dificultad, aún intentando luchar con la parálisis mágica—. Chireadan se dará cuenta de que intentas algo. Se dará cuenta pronto, sospechará en cualquier momento, porque no confía en ti, Yennefer. No confiaba en ti desde el principio...

La hechicera agitó una mano en un amplio gesto. Las paredes de la habitación se disolvieron y tomaron una estructura y un color gris sucio. Desaparecieron las puertas, desaparecieron las ventanas, desaparecieron incluso las polvorientas cortinas y los cuadros cagados por las moscas en las paredes.

—¿Y qué pasa porque Chireadan se dé cuenta? —se enfadó con malignidad—. ¿Irá a por ayuda? A través de mi barrera no cruza nadie. Pero Chireadan no irá a ningún sitio, ni intentará nada contra mí. Nada. Está bajo mi hechizo. No, no se trata de nigromancia, no he hecho nada. Química orgánica común y corriente. Se ha enamorado de mí, el idiota. ¿No lo sabías? Incluso pensaba retar a Beau a un duelo, ¿te das cuenta? Elfo, y celoso. Esto se da pocas veces. Geralt, no escogí esta casa sin motivo.

—Beau Berrant, Chireadan, Errdil, Jaskier. Efectivamente, vas a tu objetivo por el camino más directo. Pero de mí no te vas a servir, Yennefer.

—Me serviré, me serviré. —La hechicera se levantó de la cama, se acercó, evitando cuidadosamente los símbolos y señales trazados en el suelo—. Te dije que me debes algo por la recuperación del poeta. Se trata de una tontería, un servicio de nada. Después de lo que planeo hacer aquí, me iré inmediatamente de Rinde, y tengo todavía en este pueblo ciertas... cuentas pendientes de pago, llamémoslo así. Les prometí algo a algunas personas de aquí y yo siempre cumplo lo que prometo. Puesto que, sin embargo, yo sola no soy capaz, tú cumplirás esas promesas por mí.

Luchó, luchó con todas sus fuerzas. En vano.

—No te canses, brujo —se sonrió con malicia—. No sirve de nada. Tienes una voluntad de hierro y bastante resistencia a la magia, pero conmigo y mis maleficios no te puedes comparar. Y no hagas comedia delante de mí. No intentes fascinarme con tu dura y orgullosa masculinidad. Tú sólo eres duro y orgulloso con respecto a ti. Para salvar a tu amigo hubieras hecho todo por mí, incluso sin hechizos, hubieras pagado cualquier precio, hubieras lamido mis botas. Y puede que algo más, si hubiera deseado algún inesperado entretenimiento.

Callaba. Yennefer estaba delante de él, sonriendo y jugueteando con la estrella de obsidiana cuajada de brillantes que portaba en la cinta del cuello.

—Ya en la habitación de Beau —siguió—, después de cambiar unas pocas palabras, supe cómo eras. Y supe en qué moneda iba a pedirte que me pagaras. Mis cuentas pendientes en Rinde las podría haber satisfecho

cualquiera, incluso Chireadan. Pero lo harás tú porque tienes que pagar. Por tu orgullo falso, por tu mirada fría, por tus ojos que perseguían cada minucia, por tu faz pétrea, por tu tono sarcástico. Por atreverte a pensar que puedes estar cara a cara con Yennefer de Vengerberg y considerarla una arrogante egoísta, una maligna bruja, y al mismo tiempo mirar con los ojos desencajados sus enjabonados pechos. ¡Paga, Geralt de Rivia!

Lo agarró con las dos manos por los cabellos y lo besó violentamente en la boca, bebió de ella como un vampiro. El medallón en el cuello del brujo vibró; Geralt tenía la sensación de que la cadena se encogía y apretaba como el músculo del corazón. En su cabeza algo estalló, los oídos comenzaron a hacer un ruido terrible. Dejó de ver los ojos violetas de la hechicera, cayó en la oscuridad.

Se arrodilló. Yennefer le hablaba suavemente, con una dulce voz.

—¿Te acordarás?

—Sí, señora.

Aquélla era su propia voz.

—Ve entonces y cumple mis órdenes.

—Como mande, señora.

—Puedes besarme la mano.

—Gracias, señora.

Sintió que se acercaba a ella de rodillas. En la cabeza le zumbaban diez mil abejas. Su mano olía a lilas y grosellas. Lilas y grosellas... Lilas y grosellas... Un relámpago. Oscuridad.

Balaustrada, escaleras. El rostro de Chireadan.

—¡Geralt! ¿Qué te pasa? ¿A dónde vas?

—Tengo... —Su propia voz—. Tengo que ir...

—¡Por los dioses! ¡Mirad sus ojos!

El rostro de Vratimir, alterado por el espanto. El rostro de Errdil. Y la voz de Chireadan.

—¡No! ¡Errdil, no! ¡No le toquéis, ni le intentéis detener! ¡Apártate, Errdil! ¡Quítate del paso!

Olor de lilas y grosellas. Lilas y grosellas...

Puerta. Explosión de sol. Calor. Bochorno. Olor de lilas y grosellas. Habrá tormenta, pensó.

Y fue aquél el último de sus pensamientos conscientes.

VI

Oscuridad. Olor...

¿Olor? No, hedor. Hedor a orina, a paja podrida y harapos húmedos. Hedor a teas humeantes cerradas en huecos en las paredes de bloques irregulares. Las teas arrojaban sombras sobre el suelo cubierto de paja...

Sombras de rejas.

El brujo blasfemó.

—Por fin. —Sintió cómo alguien lo levantaba y le apoyaba la espalda contra el húmedo muro—. Ya me estaba empezando a preocupar por qué tardabas tanto en recuperar la consciencia.

—¿Chireadan? ¿Dónde...? Mierda, me va a estallar la cabeza... ¿Dónde estamos?

—¿Y a ti qué te parece?

Geralt volvió la cabeza, miró a su alrededor. En la pared de enfrente estaban sentadas tres harapientas figuras. Las veía con dificultad, estaban acurrucados en el lugar más alejado de la luz de las teas, en casi total oscuridad. Junto a la verja que los separaba del corredor iluminado había algo en cuclillas que solamente en apariencia era un montón de trapos. En realidad se trataba de un escuálido vejete con la nariz como el pico de una cigüeña. La longitud de los retorcidos cabellos y el estado de sus ropas atestiguaban que no estaba allí sólo desde el día anterior.

—Nos han metido en la trena.

—Me alegro —dijo el elfo— de que hayas recuperado la capacidad de extraer conclusiones lógicas.

—Leches... ¿Y Jaskier? ¿Cuánto tiempo llevamos ya aquí? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde...?

—No lo sé. Como tú, también estaba inconsciente cuando me echaron

aquí. —Chireadan removió la paja, se sentó más cómodamente—. ¿Importa eso?

—Y tanto, voto al diablo. Yennefer... Y Jaskier. Jaskier está allí, con ella, y ella está planeando... ¡Eh, vosotros! ¿Cuánto hace que nos encerraron aquí?

Los harapientos murmuraron entre ellos. Ninguno contestó.

—¿Os habéis vuelto sordos? —Geralt escupió, todavía no había podido librarse de un sabor metálico en los labios—. Pregunto qué hora es. ¿Es de noche? Supongo que sabréis cuándo os traen la comida.

Los harapientos murmuraron de nuevo, carraspearon.

—Noble señor —dijo por fin uno—. Adejarnos en paz y no hablarnos es lo que sus pedimos, señores. Nusotros sernos honestos ladrones, no de lo pulíticos semos. Nusotros no atentamos contra las utoridades. Nusotros sólo robamos.

—Pos eso —dijo el segundo—. Vuesas mercedes su rinconcillo tienen, nusotros el nuestro. Y que ca uno se ucupe del suyo.

Chireadan resopló. El brujo escupió.

—Y tal es —barbulló el peludo vejete de la nariz larga—. Cada uno en la torre su rincón vigila y con los suyos se junta.

—¿Y tú, abuelo —dijo, burlón, el elfo— te juntas con ellos o con nosotros? ¿A qué grupo te apuntas?

—A ninguno —respondió orgulloso el viejecillo—. Porque yo soy inocente.

Geralt escupió de nuevo.

—¿Chireadan? —preguntó, masajeándose la sien—. Eso del atentado contra las autoridades... ¿Es verdad?

—Absolutamente. ¿No te acuerdas?

—Salí a la calle... La gente me miraba... Luego... Luego había una tienda...

—El monte de piedad. —El elfo bajó la voz—. Entraste en el monte de piedad. Nada más entrar le diste en los morros al propietario. Fuerte. Incluso muy fuerte.

Geralt ahogó una maldición entre los dientes.

—El usurero cayó —siguió bajito Chireadan—. Y tú le diste unas cuantas patadas en un lugar bastante sensible. Un sirviente acudió a ayudar a su señor. Lo echaste por la ventana directamente a la calle.

—Me estoy temiendo —murmuró Geralt— que esto no fue todo.

—Temor bien fundamentado. Saliste del monte de piedad y marchaste por medio de la calle, atropellando a los que pasaban y gritando no se qué tonterías sobre el honor de una dama. Te iba siguiendo ya un buen montón de gente, entre los que estábamos yo, Errdil y Vratimir. Entonces te detuviste delante de la casa del boticario Laurnariz, entraste, y al cabo de unos instantes estabas ya de nuevo en la calle, arrastrando a Laurnariz por la nariz. Y echaste a la multitud algo así como un discurso.

—¿Sobre qué?

—Por decirlo simplemente, proclamaste que un hombre respetable no debe llamar putas ni siquiera a las prostitutas profesionales, pues esto es vil e insultante. Cuánto más entonces usar la palabra «puta» para mujeres con las que nunca se ha fornicado ni se les ha dado dinero por esto, uso que resulta propio de cabronazos y absolutamente merecedor de castigo. El castigo, anunciaste a los cuatro vientos, sería ejecutado allí mismo y sería un castigo de una vez por todas para el cabronazo. Apretaste la cabeza del boticario entre las piernas, le bajaste los pantalones y le destrozaste tu cinturón en el culo.

—Habla, Chireadan. Habla. No me ocultes nada.

—Le zurraste en el trasero a Laurnariz, sin olvidarte de usar las manos, y el boticario aulló, gritó, lloró, pidió ayuda divina y humana, pidió piedad, prometió incluso que se iba a reformar, pero por lo visto tú no le creíste. Entonces aparecieron unos cuantos bandidos armados a los que en Rinde se acostumbra llamar guardia.

—¿Y yo —agitó la cabeza Geralt— justamente entonces atenté contra la autoridad?

—Pero, ¿qué dices? El atentado había comenzado mucho antes. Tanto el usurero como Laurnariz están en el concejo municipal. Seguramente te interesará saber que ambos clamaban por la expulsión de Yennefer de la ciudad. No sólo votaron en el concejo a favor de ello sino que se desgañitaban hablando mal de ella en las tabernas y lo hacían en términos bastante claros.

—Ya me lo había imaginado hace rato. Cuenta. Te has quedado en lo de los guardias municipales que aparecieron. ¿Ellos me metieron en la trena?

—Quisieron. Oh, Geralt, vaya un espectáculo aquél. Es difícil describir lo que les hiciste. Ellos tenían espadas, bates, porras, hachas y tú únicamente un bastón con una bolita en la punta que le quitaste a algún

elegantón. Y cuando ya todos estaban en el suelo, seguiste adelante. La mayor parte de nosotros ya sabía a dónde te dirigías.

—Y yo estaría contento de enterarme.

—Te acercaste al santuario. Porque el capellán Krepp, también miembro del concejo, había dedicado a Yennefer un montón de espacio en sus sermones. Al fin y al cabo, tú tampoco escondiste tus opiniones en lo que respecta al capellán Krepp. Le prometiste una lección de respeto por el bello sexo. Hablando sobre él, evitaste mencionar su título oficial, pero añadiste otras definiciones que causaron bastante gozo a los críos que te seguían.

—Ajá —murmuró Geralt—. Así que llegamos además a la blasfemia. ¿Qué más? ¿Profanación del santuario?

—No. No lograste entrar allí. Delante del santuario esperaba ya toda la tropa de la guardia municipal armada con todo lo que había en el arsenal, excepto las catapultas, me parece. Daba la sensación de que te iban a masacrar, lisa y llanamente. Pero no llegaste hasta ellos. De pronto te agarraste la cabeza con las dos manos y te desmayaste.

—No digas más. Pero tú, Chireadan, ¿cómo acabaste en la mazmorra?

—Cuando te desmayaste, algunos guardias se te echaron encima para agujerearte con sus lanzas. Me puse a pelear con ellos y me dieron en la cabeza con una cachiporra. Me desperté aquí, en la trena. Seguramente me acusarán de participar en una conspiración antihumana.

—Ya que hablamos de acusaciones —el brujo rechinó los dientes—, ¿qué piensas que es lo que nos espera?

—Si Neville, el burgomaestre, consigue volver de la capital —murmuró Chireadan— quién sabe... Le conozco. Pero si no le da tiempo, la condena la promulgarán los concejales, entre ellos, por supuesto, Laurnariz y el usurero. Lo que quiere decir...

El elfo hizo un corto gesto en los alrededores del cuello. Pese a las tinieblas que reinaban en aquel sótano, el gesto aquél dejaba poco lugar a las dudas. El brujo no contestó. Los ladrones susurraban entre ellos muy bajito. El vejete que cumplía condena por su inocencia parecía dormido.

—Estupendo —dijo por fin Geralt, y lanzó una terrible maldición—. No es suficiente con que me ahorquen a mí, sino que también tengo sobre mi conciencia que voy a ser la causa de tu muerte, Chireadan. Y seguramente de la de Jaskier. No, no me interrumpas. Sé que esto es obra de Yennefer, pero la culpa es mía. Mi estupidez. Me embaucó, hizo de mí

un rulo, como dicen los enanos.

—Humm... —murmuró el elfo—. Nada que añadir a esto. Te previne contra ella. Su puta madre, te previne contra ella y yo mismo resulté ser también, perdona la expresión, un gilipollas. Te martirizas pensando que estoy aquí por tu culpa y es justo al revés. Tú estás aquí por mí. Podría haberte detenido en la calle, haberte hecho perder el sentido, no permitir... No lo hice. Porque tenía miedo de que, cuando pasara el efecto del hechizo que ella te había echado, volverías y... le harías daño. Perdóname.

—Te perdono ya mismo. Porque no tienes ni idea de qué fuerza tenía aquel hechizo. Yo, querido elfo, un encanto normal lo rompo en unos minutos y no me desmayo ante él. No hubierais podido romper el hechizo de Yennefer y también hubierais tenido problemas con hacerme perder el sentido. Recuerda la guardia.

—No pensaba en ti, repito. Pensaba en ella.

—¿Chireadan?

—¿Qué?

—Tú... Tú a ella...

—No me gustan las grandes palabras —le interrumpió el elfo, sonriendo con tristeza—. Estoy, llamémoslo así, fuertemente fascinado por ella. ¿Te extrañará, seguro, cómo se puede estar fascinado por alguien como ella?

Geralt cerró los ojos para llamar la imagen a su memoria. Una imagen que, de una forma inexplicable, llamémoslo así, evitando grandes palabras, le fascinaba.

—No, Chireadan —dijo—. No me extraña.

Por el corredor se oyeron pasos pesados, un sonido metálico. Las sombras de cuatro guardianes llenaron la mazmorra. Chirrió una llave, el viejo que era inocente saltó de su rincón como un relámpago y se escondió entre los criminales.

—¿Tan deprisa? —se extrañó a media voz el elfo—. Pensaba que elevar una horca precisa de más tiempo...

Uno de los guardianes, calvo como un globo y con unas cerdas verdaderamente salvajes sobre los morros, señaló al brujo.

—Ése —dijo.

Dos de los otros agarraron a Geralt y con brutalidad lo subieron y lo estrellaron contra el muro. Los ladrones se apiñaron en su rincón, el abuelete de los pelos largos se enterró en la paja. Chireadan quiso

levantarse pero cayó al suelo porque se hallaba sujeto por una cuerda fuertemente atada al pecho.

El guardia calvo estaba frente al brujo. Se quitó el guante y se masajeó el puño.

—El señor concejal Laurnariz —dijo— nos mandó a preguntarte si está todo bien, aquí en nuestra mazmorra. ¿Te falta algo, quizás? ¿Puede que te moleste el frío? ¿Eh?

Geralt no pensó que contestar tuviera sentido. Darle una patada al calvo tampoco podía, porque los guardianes que le sujetaban le pisaban los pies con unos pesados zapatones.

El calvo tomó un corto impulso y le golpeó en el estómago. No le sirvió de nada el tensar los músculos para defenderse. Geralt, respirando con dificultad, observó por algún tiempo la hebilla de su propio cinturón, después de lo cual los guardianes lo enderezaron de nuevo.

—¿No necesitas nada? —continuó el calvo, apestando a cebolla y a dientes podridos—. El señor concejal se alegrará de que no tengas nada que objetar.

Un nuevo golpe, en el mismo sitio. El brujo se atragantó y hubiera vomitado su hubiera tenido el qué. El calvo se puso de lado, cambió de mano.

¡Plaf! Geralt de nuevo miró a la hebilla de su propio cinturón. Aunque podría parecer extraño, en el techo no había ningún agujero que permitiese ver la muralla.

—¿Y qué tal? —El calvo retrocedió un tanto, indudablemente para tomar más impulso—. ¿No tienes ningún deseo? Nos mandó el señor Laurnariz preguntarte si tenías alguno. Pero, ¿por qué no dices nada? ¿Se te ha pegado la lengua al paladar? ¡Ahora te la despego!

¡Plaf!

Geralt tampoco esta vez se desmayó. Y debía hacerlo, porque no estaría de más conservar sus órganos internos. Para desmayarse tenía que obligar al calvo a...

El guardián escupió, mostró los dientes, amasó de nuevo el puño.

—¿Y qué? ¿Ningún deseo?

—Uno... —jadeó el brujo, alzando la cabeza con esfuerzo—. Así revientes, hideputa.

El calvo apretó los dientes, retrocedió y lanzó el puño, esta vez, de acuerdo con los planes de Geralt, dirigiendo el golpe a la cabeza. Pero el

golpe no llegó a su objetivo. El guardián cloqueó de pronto como un pavo, enrojeció, se agarró el vientre con las dos manos, aulló, gritó de dolor...

Y reventó.

VII

—¿Y qué hago yo con vosotros?

La cinta cegadora de un relámpago cortó el cielo ennegrecido al otro lado de la ventana, seguida al cabo de un corto espacio de tiempo por el agudo y prolongado chasquido de un trueno. El chaparrón cobró fuerza, la nube de la tormenta avanzaba sobre Rinde.

Geralt y Chireadan, sentados en un banco por debajo de un gran tapiz representando al Profeta Lebioda guardando ovejas, callaron, bajando la cabeza tímidamente. El burgomaestre Neville paseaba por la habitación, resoplando y bufando con rabia.

—¡Vosotros, malditos hechiceros de mierda! —gritó de pronto, deteniéndose—. ¿La habéis tomado con mi ciudad, o qué? ¿No hay otras ciudades en el mundo?

El elfo y el brujo callaron.

—Que algo parecido... —se atragantó el burgomaestre—. Que al carcelero... ¡Como un tomate! ¡Reducido a pulpa! ¡Una papilla roja! ¡Eso es inhumano!

—Inhumano e impío —repitió el capellán Krepp, que estaba presente en el despacho del ayuntamiento—. Tan inhumano que hasta un tonto se daría cuenta de quién está detrás de todo esto. Sí, burgomaestre. A Chireadan lo conocemos y éste aquí, que dice ser brujo, no tendría suficiente Fuerza para hacerle eso al carcelero. ¡Todo esto es causa de esa Yennefer, esa bruja maldita por los dioses!

Al otro lado de la ventana, como corroborando las palabras del capellán, estalló un trueno.

—Es ella, nadie más —siguió Krepp—. No cabe duda alguna. ¿Quién, sino Yennefer, querría vengarse del señor concejal Laurnariz?

—Je, je, je —se rió de pronto el burgomaestre—. Esto en concreto es lo que menos me enfurece. Laurnariz me estaba minando el terreno, mi cargo quería el tío. Y ahora la gente ya no le apoya. Todos se acuerdan de cómo le dieron en el culo...

—Sólo faltaba que encima vos comenzarais a aplaudir este crimen, señor Neville. —Krepp frunció el ceño—. Os recuerdo que si no hubiera echado un exorcismo sobre el brujo, hubiera alzado la mano sobre mí y sobre la majestad del santuario...

—Porque vos también hablasteis terriblemente mal de ella en vuestros sermones, Krepp. Incluso Berrant se quejó de vos. Pero lo que es verdad, es verdad. ¿Habéis oído, tunantes? —El burgomaestre de nuevo se volvió hacia Geralt y Chireadan—. ¡Nada os justifica! ¡No pienso tolerar aquí tales escándalos! Va, venga, soltádmelo todo, soltadme lo que tengáis en vuestra defensa, porque si no, me cago en todas las reliquias, ¡me pongo a bailar con vosotros de tal modo que no lo olvidáis hasta que os que os llegue la última hora! ¡Contádmelo todo, ahora, como en el confesionario!

Chireadan aspiró pesadamente y miró al brujo significativamente, rogando. Geralt también aspiró, carraspeó.

Y contó todo. Bueno, casi todo.

—¡Virgen de la pata al hombro! —dijo el capellán después de un instante de silencio—. Bonita historia. Un genio liberado de su encierro. Y una hechicera que decide capturarlo. No es mala combinación. Esto puede acabar mal, muy mal.

—¿Qué es un genio? —pregunta Neville—. ¿Y qué es lo que quiere esa Yennefer?

—Las hechiceras —aclaró Krepp— extraen su poder de las fuerzas de la naturaleza, y en concreto de aquéllas llamadas los Cuatro Elementos o Primordiales, popularmente llamados elementales. Aire, Agua, Fuego y Tierra. Cada uno de estos elementales posee su propia dimensión, en el argot de los hechiceros llamado Superficie. Existen la Superficie del Agua, la Superficie del Fuego y demás. Estas dimensiones, inalcanzables para nosotros, están habitadas por unos seres llamados genios...

—Llamados en las leyendas —le cortó el brujo—. Porque mientras que no se sepa...

—No me interrumpas —cortó a su vez Krepp—. Que tú sabes más bien poco ha quedado bastante claro durante tu relato, brujo. Calla ahora y escucha a quienes son más sabios que tú. Volviendo a los genios, hay

cuatro especies tal y como cuatro son las Superficies. Están los d'jinns, seres del aire; maridas, vinculados al elemental del agua; ifritas, que son los genios del fuego y los d'ao, los genios de la tierra...

—Que te disparas, Krepp —se entremetió Neville—. Esto no es la escuela del santuario, no nos des clase. Dilo en pocas palabras: ¿qué quiere Yennefer de ese genio?

—Un genio, burgomaestre, es un acumulador vivo de energía mágica. La hechicera que tenga tal genio a su merced puede dirigir esa energía en forma de maleficios. No tiene que extraer la Fuerza de la naturaleza penosamente, pues el genio lo hace para ella. Por eso el poder de tal hechicera es enorme, cercano al poder absoluto...

—Así como que no he oído de magos que lo puedan todo —se enfureció Neville—. Al contrario, el poder de la mayor parte de ellos ha sido claramente exagerado. Esto no pueden, aquello tampoco...

—El hechicero Stammelford —le interrumpió el capellán, adquiriendo de nuevo un tono y un gesto de profesor de la academia— cambió de lugar una montaña porque le estorbaba la vista desde su torre. Nadie ha sido capaz nunca, ni antes ni después, de realizar algo parecido. Porque Stammelford, según se cuenta, tenía a su servicio a un d'ao, un genio de la Tierra. Existen noticias de hechos de parecida escala de otros magos. Olas enormes y lluvias catastróficas, sin duda obra de maridas. Columnas de fuego, incendios y explosiones, obra de ifritos del fuego...

—Trompetas de aire, huracanes, vuelos sobre la tierra —murmuró Geralt—. Geoffrey Monck.

—Cierto. Al menos sabes algo, por lo que veo. —Krepp le miró con una cierta simpatía—. Se dice que el viejo Monck halló el medio para obligar a los genios del aire, los d'jinns, a servirle. Se corrieron rumores de que no sólo uno. Al parecer los tenía en botellas y los utilizaba según sus necesidades, tres deseos de cada genio. Porque un genio, señores míos, otorga sólo tres deseos y luego es libre y escapa a su dimensión.

—Ése del río no otorgó ninguno —dijo Geralt con decisión—. En seguida se le echó a Jaskier al pescuezo.

—Los genios —respingó la nariz— son seres malignos y pérfidos. No les gustan aquéllos que les meten en botellas y les mandan cambiar de sitio las montañas. Hacen todo lo posible para impedir que se pronuncien los deseos y los realizan en formas difíciles de controlar y de prever. A veces literalmente; hay que, por lo tanto, tener cuidado con lo que se dice. Para

subyugar a un genio hace falta una voluntad de hierro, nervios de acero, poderosa Fuerza y no pocos conocimientos. Por lo que cuentas, brujo, parece que tus conocimientos fueron demasiado escasos.

—Demasiado escasos para dominar al granuja ése —concedió Geralt—. Pero lo expulsé, se largó tan aprisa que hasta el aire silbaba. Y eso ya es algo. Yennefer, es cierto, se burló de mi exorcismo...

—¿Cuál era ese exorcismo? Repítelo.

El brujo lo repitió, palabra por palabra.

—¿Qué? —El capellán primero palideció, luego enrojeció y al final se puso lívido—. ¿Cómo te atreves? ¿Te burlas de mí?

—Perdonadme —tartamudeó Geralt—. Hablando sinceramente, no sé... lo que significan esas palabras.

—¡Entonces no repitáis lo que no conocéis! ¡No tengo ni idea de dónde habéis podido escuchar semejante porquería!

—Basta. —El burgomaestre agitó las manos—. Perdemos tiempo. Bien. Sabemos ya para qué coño quiere la hechicera ese genio. Pero dijisteis, Krepp, que esto es poco bueno. ¿Qué es lo que está mal? Que lo coja si quiere y se vaya con él al diablo, a mí qué me importa. Pienso...

Nadie jamás llegó a enterarse de lo que en aquel momento pensaba Neville, incluso si no se trataba de una fanfarronada. En la pared, junto al tapiz del Profeta Lebioda, apareció de pronto un cuadrado brillante, algo relampagueó, después de lo que en el centro de la habitación aterrizó... Jaskier.

—¡Inocente! —gritó el poeta con una limpia y sonora voz de tenor, sentado en el suelo y dirigiendo a su alrededor una mirada errante—. ¡Inocente! ¡El brujo es inocente! ¡Deseo que se crea en esto!

—¡Jaskier! —gritó Geralt, sujetando a Krepp, que se estaba preparando para un exorcismo y quién sabe si no para un hechizo—. ¡De dónde... aquí... Jaskier!

—¡Geralt! —El bardo se alzó del suelo.

—¡Jaskier!

—¿Quién es este tío? —gruñó Neville—. Su puta madre, como no os dejéis de hechizos, no respondo de mí mismo. ¡Ya os dije que en Rinde está prohibida la hechicería! Primero hay que dirigir una solicitud por escrito, luego pagar el impuesto y la tasa municipal... ¿Hey? ¿Acaso no es éste el cantante ése, el rehén de la bruja?

—Jaskier —repitió Geralt, sujetando al poeta por los hombros—.

¿Cómo llegaste aquí?

—No lo sé —reconoció el bardo con una mueca estúpida y preocupada—. Si soy sincero, no sé muy bien qué es lo que me ha pasado. No recuerdo mucho y, que el diablo me lleve, no sé lo que fue realidad y lo que fue pesadilla. Me acuerdo sin embargo de una morenilla que no era fea, y de sus ojos de fuego...

—¿Y a mí qué me importan las morenillas? —le cortó furioso Neville—. Al grano, señor mío. Gritasteis que el brujo es inocente. ¿Cómo hay que entender eso? ¿Que Laurnariz mismo con su propia mano se calentó el culo? Porque si el brujo es inocente eso significa que no pudo ser de otro modo. A no ser que todo esto fuera una alucinación colectiva.

—Nada sé de culos ni otras alucinaciones —dijo orgulloso Jaskier—. Ni de narices de laurel. Repito, en fin, lo que recuerdo. Era una mujer elegante, vestida con gusto en blanco y negro. La mencionada me arrojó con brutalidad a un agujero brillante, una especie de portal mágico. Y antes de ello me dio unas órdenes claras y explícitas. Al llegar al lugar tenía que pronunciar de inmediato, cito: «Mi deseo es que se me crea que el brujo no es culpable de lo que pasó. Tal, y no otro, es mi deseo». Literalmente. Por supuesto, pregunté cuál es la razón, qué pasa, por qué todo esto. La morena no me dejó hablar, me insultó con bastante poca elegancia, me tomó por el pescuezo y me empujó al portal. Eso es todo. Y ahora...

Jaskier se enderezó, se sacudió el jubón, se colocó el cuello y las fantásticas, pero sucias, chorreras.

—...tal vez quieran los señores decirme cómo se llama y dónde se encuentra la mejor posada de este lugar.

—En mi ciudad no hay malas posadas —dijo con lentitud Neville—. Pero antes de que vayáis a poder convenceros de ello, vas a visitar la mejor mazmorra de este lugar. Tú y tus compañeros. ¡Aún no estáis libres, canallas, os lo recuerdo! ¡Miradlos! Uno cuenta una historia increíble, el otro salta de la pared y grita algo de inocencia, desea, al fin y al cabo, que le crean. Se atreve a desear...

—¡Por los dioses! —El capellán se agarró de pronto la calva—. ¡Ahora lo entiendo! ¡El deseo! ¡El último deseo!

—¿Qué os pasa, Krepp? —El burgomaestre se rascó la frente—. ¿Os habéis vuelto loco?

—¡El último deseo! —repitió el capellán—. Ha obligado al bardo a pedir su último deseo, el tercero. No se podía subyugar al genio a menos

que no se cumplieran esos deseos. ¡Y Yennefer tenía una trampa mágica y seguramente ha atrapado al genio antes de que lograra escapar a su propia dimensión! Don Neville, hay que...

Al otro lado de la ventana estalló un trueno. Y de tal modo que las paredes vibraron.

—¡Sus muertos! —murmuró el burgomaestre, yendo a la ventana—. Ha caído cerca. Espero que no en alguna casa, no me hacía falta más que un fuego... ¡Dioses! ¡Mirad! ¡Mirad eso! ¡Krepp! ¿Qué es eso?

Todos, como un solo hombre, se lanzaron a la ventana.

—¡Ay, madre! —gritó Jaskier, tentándose la garganta—. ¡Es él! ¡Es ese hideputa que me quería estrangular!

—¡Un djinn! —graznó Krepp—. ¡Un genio del aire!

—¡Sobre la taberna de Errdil! —gritó Chireadan—. ¡Sobre su tejado!

—¡Lo ha capturado! —El capellán se inclinó tanto que a poco no cayó —. ¿Veis la luz mágica? ¡La hechicera ha atrapado al genio en la trampa!

Geralt miraba en silencio.

Hacía muchos años, cuando era apenas un mocoso que comenzaba sus estudios en Kaer Morhen, en el Nido de los Brujos, él y su amigo Eskel habían atrapado a un gran abejorro del bosque, al cual luego ataron a una jarra que estaba sobre la mesa por medio de un largo hilo arrancado de una camisa. Estuvieron mirando las piruetas del abejorro en su prisión, mientras se morían de risa, hasta el momento en que Vesemir, su preceptor, los pilló en este entretenimiento y los zurró con un cinturón de cuero.

El djinn que se retorcía sobre el tejado de la posada de Errdil se comportaba exactamente igual que aquel abejorro. Volaba y caía, se alzaba y caía en picado, se retorcía, ululando con rabia por los alrededores. Porque el djinn, exactamente igual que el abejorro de Kaer Morhen, estaba atado con un hilo rizado de cegadora claridad, de una luz de un solo color, que lo ligaba sólidamente y que terminaba en el tejado. El djinn, sin embargo, tenía mayores posibilidades que el abejorro atado a la jarra. El abejorro no podía derribar los tejados de los alrededores, deshacer en jirones las cubiertas de paja, echar abajo las chimeneas, demoler las torretas y las buhardillas. El djinn podía. Y lo hacía.

—¡Destruye la ciudad! —gritó Neville—. ¡Ese monstruo destruye mi ciudad!

—Je, je —el capellán se rió—. ¡Ha dado con la horma de su zapato, por lo que parece! ¡Es un djinn extraordinariamente fuerte! ¡De hecho, no sé

quién ha atrapado a quién, la bruja a él o él a la bruja! ¡Ja, esto va a terminar en que el djinn la convertirá en cenizas, y eso está muy bien! ¡Se hará justicia!

—¡Me cago en la justicia! —bramó el burgomaestre, sin mirar si bajo la ventana podía haber electores suyos—. ¡Mira, Krepp, lo que está pasando! ¡Pánico, ruina! ¡Esto no me lo habías dicho, tú, calvo idiota! ¿Por qué no me dijiste que este demonio...? ¡Brujo! ¡Haz algo! ¿Escuchas, hechicero inocente? ¡Mete en vereda a ese diablo! Te perdonaré todos tus delitos, pero...

—Aquí no se puede hacer nada, don Neville —resolló Krepp—. No me habéis hecho caso a lo que os he dicho, y eso es todo. Nunca me hacéis caso cuando hablo. Éste es, repito, un djinn increíblemente fuerte; si no fuera así, la hechicera ya lo tendría. Os lo digo, su maleficio se debilitará y entonces el djinn la triturará y se irá. Y habrá paz.

—Y mientras tanto reducirá la ciudad a escombros.

—Hay que esperar —repitió el capellán—. Pero no con las manos cruzadas. Dad órdenes, burgomaestre. Que las gentes dejen las casas de los alrededores y se preparen para apagar los fuegos. Lo que está pasando no es nada en comparación con el infierno que se desatará en cuanto el genio acabe con la hechicera.

Geralt alzó la cabeza, encontró la mirada de Chireadan, la evadió.

—Don Krepp —se decidió de pronto—. Me es necesaria vuestra ayuda. Se trata del portal que trajo aquí a Jaskier. El portal todavía enlaza el ayuntamiento con...

—No queda ya ni señal del portal —dijo con frialdad el capellán señalando la pared—. ¿No lo veis?

—Un portal siempre deja huellas, incluso invisibles. Se puede estabilizar tal huella con un hechizo. Seguiré esas huellas.

—Creo que habéis perdido la razón. Incluso si la puerta no os rebana en pedazos, ¿qué queréis conseguir? ¿Queréis encontraros en el centro del ciclón?

—Os pregunté si podíais lanzar un hechizo que estabilice la huella.

—¿Un hechizo? —El capellán alzó con orgullo la cabeza—. ¡Yo no soy un brujo impío! ¡Yo no lanzo hechizos! ¡Mi fuerza se concentra en la oración y la fe!

—¿Podéis o no?

—Puedo.

—Pues entonces poneos manos a la obra, que el tiempo corre.

—Geralt —dijo Jaskier—. ¡En verdad te has vuelto loco! ¡Mantente lejos de ese maldito estrangulador!

—Silencio, por favor —dijo Krepp—. Y respeto. Estoy rezando.

—¡Al diablo con tu oración! —estalló Neville—. ¡Vuelo a buscar gente! ¡Hay que hacer algo en vez de estar aquí y hablar! ¡Por los dioses, vaya un día! ¡Vaya un puto día!

El brujo sintió como Chireadan le tocaba el hombro. Se dio la vuelta. El elfo le miró directamente a los ojos, luego bajó la vista.

—Vas allí porque... tienes que ir, ¿verdad?

Geralt titubeó. Le daba la sensación de que percibía un perfume a lila y grosella.

—Creo que sí —dijo de mala gana—. Tengo. Lo siento, Chireadan...

—No pidas perdón. Sé lo que sientes.

—Lo dudo. Porque yo mismo no lo sé.

El elfo sonrió. Su sonrisa tenía poco que ver con la alegría.

—Justamente de eso se trata, Geralt. Justamente de eso.

Krepp se puso derecho, respiró hondo.

—Listo —dijo, señalando con orgullo a un trazo apenas visible en la pared—. Pero el portal es inseguro y no durará mucho tiempo. Tampoco hay ninguna seguridad de que no esté cortado. Antes de que entréis, señor brujo, haced examen de conciencia. Puedo bendeciros pero para confesar vuestros pecados...

—...no hay suficiente tiempo —terminó Geralt—. Lo sé, don Krepp. Para eso nunca hay suficiente tiempo. Salid todos de la habitación. Si el portal explota os estallarán los tímpanos en los oídos.

—Yo me quedo —dijo Krepp, cuando Jaskier y el elfo cerraron tras de sí la puerta. Movió las manos en el aire, produciendo alrededor suyo un aura pulsante—. Desplegaré una protección, por si acaso. Y si el portal explota... Intentaré sacaros de allí, señor brujo. Qué me importan a mí los tímpanos. Los tímpanos crecen.

Geralt le miró con simpatía. El capellán sonrió.

—Sois todo un hombre —dijo—. ¿Queréis salvarla, verdad? Pero vuestra hombría no servirá de mucho. Los d'jinns son seres vengativos. La hechicera está perdida. Si vos entráis allí, también estaréis perdido. Haced examen de conciencia.

—Ya lo he hecho. —Geralt estaba enfrente del débilmente iluminado

portal—. ¿Don Krepp?

—Os escucho.

—Ese exorcismo que tanto os enfureció... ¿Qué significan esas palabras?

—Desde luego, bonito momento para bromas y sainetes...

—Por favor, don Krepp.

—Qué más da —dijo el capellán, cubriéndose detrás de la pesada mesa de roble del burgomaestre—. Es vuestro último deseo, así que os lo diré. Significa... humm... humm... «Largo de aquí y vete a tomar por culo».

Geralt entró en la nada y el frío ahogó una risa que le hizo estremecerse.

VIII

El portal, rugiendo y revolviéndose como un huracán, lo expulsó con ímpetu, lo escupió con fuerza de un pulmón reventado. El brujo rodó por el suelo, jadeando, tomando aire con dificultad por su boca abierta.

El suelo temblaba. Al principio pensaba que él mismo temblaba después del viaje a través del desgarrador infierno del portal, pero pronto se dio cuenta de su error. Toda la casa vibraba, se sacudía, se agitaba.

Miró a su alrededor. No se encontraba en la habitacioncilla en la que por última vez había visto a Yennefer y Jaskier, sino en una gran sala general de la posada en obras de Errdil.

La vio. Estaba de rodillas entre unas mesas, inclinada sobre una bola mágica. La bola brillaba con un fuerte resplandor lácteo, volviendo rojos con su luz los dedos de la hechicera. El resplandor emitido por la bola creaba una imagen. Titilante, vacilante, pero clara. Geralt veía el cuartito con la estrella y el pentagrama pintados en el suelo, brillando ahora hasta el blanco candente. Vio las líneas de fuego que salían disparadas del pentagrama, multicolores, temblorosas, hacia arriba, más allá del techo, de donde provenía el tumulto rabioso del maligno djinn.

Yennefer lo vio, se incorporó y alzó la mano.

—¡No! —gritó—. ¡No hagas eso! ¡Quiero ayudarte!

—¿Ayudarme? —resopló—. ¿Tú?

—Sí.

—¿Pese a lo que te hice?

—Pese a ello.

—Interesante. Pero en el fondo no importa. No necesito tu ayuda. Largo de aquí ahora mismo.

—No.

—¡Largo de aquí! —gritó, haciendo un gesto ominoso—. ¡La cosa se está volviendo peligrosa! El asunto se está escapando a mi control, ¿entiendes? No puedo controlarlo, no entiendo por qué, pero el bellaco no se debilita. Lo atrapé cuando cumplió el tercer deseo del trovador, debiera estar ya dentro de la bola. ¡Pero no se debilita! ¡Joder, parece incluso como si se volviera cada vez más fuerte! Pero lo domaré, lo venceré...

—No lo vencerás, Yennefer. Te matará.

—No es tan fácil matarme...

Se interrumpió. Todo el techo de la posada se puso de pronto incandescente y brilló. La visión que arrojaba la bola se disolvió en una claridad lechosa. En el techo se dibujó un enorme cuadrado de fuego. La hechicera maldijo, alzó los brazos, de sus dedos saltaban chispas.

—¡Vete, Geralt!

—¿Qué sucede, Yennefer?

—Me ha localizado... —tartamudeó, enrojeciendo del esfuerzo—. Quiere llegar a mí. Está creando un portal propio para introducirse aquí. No puede cortar los lazos, pero podrá entrar a través del portal. No puedo... ¡No puedo detenerlo!

—Yennefer...

—¡No me distraigas! Tengo que concentrar... Geralt, debes huir. Te abriré mi portal para que huyas. Ten cuidado. Será un portal al azar, no tengo tiempo ni fuerzas para otro... No sé dónde aterrizarás... pero estarás seguro... Prepárate...

El gran portal en el techo brilló cegadoramente, se abrió y se deformó, el morro sin contornos que ya conocía el brujo fue apareciendo de la nada, chasqueando sus mandíbulas, aullando tanto que taladraba los oídos. Yennefer se adelantó, agitó las manos y gritó un maleficio. De sus manos se disparó un cúmulo de luz que cayó sobre el djinn como una red. El djinn gritó y expulsó de sí unas largas zarpas que dirigió, como si fueran cobras atacando, hacia la garganta de la hechicera. Yennefer no retrocedió.

Geralt se echó sobre ella, la apartó y la cubrió. El djinn, envuelto en luz mágica, salió del portal como el corcho de una botella, se echó sobre ellos abriendo la boca. El brujo apretó los dientes y lo golpeó con la Señal, sin efecto visible. Pero el genio no atacó. Se mantuvo colgado en el aire, justo por debajo del techo, se expandió hasta un tamaño considerable, miró con los ojos ciegos y desencajados a Geralt y gritó. En el grito había una especie de orden o mandato. No entendió cuál.

—¡Por aquí! —gritó Yennefer, saltando a un portal que había convocado en la pared delante de las escaleras. En comparación con el portal creado por el genio, el de la hechicera se veía pobre, humilde, casi provisional—. ¡Por aquí, Geralt! ¡Huye!

—¡Sólo los dos juntos!

Yennefer, alzando las manos en el aire, gritó un hechizo, las líneas multicolores que sujetaban al genio lanzaron chispas, temblaron. El genio giró como un tábano, tirando de los lazos, cortándolos. Lenta pero persistentemente se acercó a la hechicera. Yennefer no retrocedió.

El brujo se acercó de un salto, hábilmente le echó la zancadilla, la agarró por el cinturón con una mano, con la otra le aferró los cabellos a la altura de la nuca. Yennefer blasfemó horriblemente y le golpeó con el codo en el cuello. No la soltó. El penetrante olor a ozono que habían producido los encantamientos no lograba esconder su perfume a lila y grosella. Geralt evitó las piernas de la hechicera que estaban dando patadas a todos lados y saltó, conduciéndola directamente a la vacilante nada opalina del pequeño portal.

El portal que conducía a lo desconocido.

Volaron, estrechamente apretados. Cayeron sobre un pavimento de mármol, se deslizaron por él derribando un enorme candelabro y luego una mesa de la cual, con estruendo y revuelo, cayeron jarras de cristal, páteras con frutas y una gran vasija llena con hielo machacado, algas y ostras. Alguien gritó, alguien chilló.

Estaban en el mismo centro de una sala de baile, iluminada por candelabros. Caballeros ricamente vestidos y damas brillantes de joyas interrumpieron el baile y les miraron en un silencio estupefacto. Los músicos de la galería terminaron de tocar con una cacofonía que hería los oídos.

—¡Tú, cretino! —gritó Yennefer, intentando arañarle los ojos—. ¡Tú, idiota de mierda! ¡Me lo has impedido! ¡Ya casi lo tenía!

—¡Una mierda, lo tenías! —le respondió, sin ganas de broma—. ¡Te he salvado la vida, bruja idiota!

Ella resopló como un gato rabioso, sus manos lanzaban chispas. Geralt, volviendo el rostro, la cogió por ambas muñecas, después de lo cual comenzaron a revolcarse entre las ostras, las frutas caramelizadas y los pedazos de hielo.

—¿Tienen ustedes invitación? —les preguntó un gallardo individuo que

llevaba una dorada cadena de chambelán al pecho, mirándoles desde arriba con un gesto altanero.

—¡Vete a tomar por culo, gilipollas! —gritó Yennefer, todavía intentando arañar los ojos de Geralt.

—Esto es un escándalo —dijo con énfasis el chambelán—. Verdaderamente, exageráis con eso de la teleportación. Me quejaré al Consejo de Hechiceros. Exijo...

Nadie jamás llegó a enterarse de qué es lo que exigía el chambelán. Yennefer se liberó de la tenaza de Geralt, con la mano abierta le dio al brujo en la oreja, le propinó una patada con todas sus fuerzas en la pantorrilla y saltó en el portal que estaba desapareciendo en la pared. Geralt se echó detrás de ella, con un movimiento ya practicado la agarró por los cabellos y el cinturón. Yennefer, también con mayor práctica, le golpeó con el codo. De la violencia del movimiento se rompió su vestido por el sobaco, dejando al descubierto un hermoso pecho de muchacha. Del desgarrado escote resbaló una ostra.

Cayeron ambos en la nada del portal. Geralt todavía alcanzó a escuchar las palabras del chambelán.

—¡Música! ¡Seguid tocando! No ha pasado nada. ¡Por favor, no se preocupen por este lamentable incidente!

El brujo estaba convencido de que con cada nuevo viaje por el portal crecía también el riesgo de accidente y no se equivocaba. Llegaron a su objetivo, la posada de Errdil, pero se materializaron justo debajo del techo. Cayeron aplastando la balaustrada de las escaleras, aterrizaron con gran estruendo encima de la mesa. La mesa no tenía derecho a aguantar eso y no lo aguantó.

Yennefer se encontraba debajo en el momento de la caída. Estaba seguro de que había perdido el sentido. Se equivocaba.

Le aporreó con los nudillos en el ojo y le escupió directamente a la cara un manojo de insultos de los que no se avergonzaría un enano sepulturero, y los enanos sepultureros eran famosos por sus increíbles insultos. Los anatemas iban acompañados por rabiosos y desordenados golpes, lanzados a ciegas, donde caían. Geralt la agarró por las manos y, al intentar evitar los golpes en la frente, apretó el rostro en el escote de la hechicera, que olía a lila, grosella y ostras.

—¡Suéltame! —gritó, pataleando como un potro—. ¡Idiota, tonto, payaso! ¡Suéltame, te digo! ¡Los lazos van a estallar, tengo que reforzarlos

o el djinn se escapará!

No respondió, aunque tenía ganas. La agarró aún más fuerte, intentando aplastarla contra el suelo. Yennefer maldijo horrorosamente, forcejeó y le golpeó con todas sus fuerzas con la rodilla entre las piernas. Antes de que él alcanzara a respirar, ella se soltó y pronunció un hechizo. Sintió como una monstruosa fuerza lo levantaba del suelo y lo empujaba por toda la longitud de la sala y luego, con un ímpetu que cortaba el aliento, lo arrojó contra una cómoda de dos puertas labradas y la hizo pedazos minuciosamente.

IX

—¿Qué pasa ahí? —Jaskier, pegado al muro, sacó el cuello, intentando atravesar el chaparrón con la mirada—. ¿Qué pasa ahí, decidme, por todos los diablos?

—¡Se están pegando! —gritó uno de los curiosos viandantes, saltando de la ventana de la posada como si se hubiera quemado. Sus andrajosos compañeros también echaron a correr, pisando el barro con los pies descalzos—. ¡El hechicero y la bruja se están pegando!

—¿Se están pegando? —se extrañó Neville—. ¡Ellos se pegan y este asqueroso demonio destruye mi ciudad! ¡Miradlo, otra vez ha tirado una chimenea! ¡Y desbarata los ladrillos! ¡Eh, vecinos! ¡Corred para allá! ¡Dioses, menos mal que está lloviendo, si no tendríamos un incendio de la leche!

—Esto no va a durar mucho más —dijo sombrío el capellán Krepp—. La luz mágica está debilitándose, los lazos van a estallar. ¡Don Neville! ¡Ordenad a la gente que retroceda! ¡Allí se va a desencadenar ahora un infierno! ¡De esta casa no van a quedar más que las astillas! Don Errdil, ¿de qué os reís? Al fin y al cabo es vuestra casa. ¿Qué es lo que os divierte tanto?

—¡Esta ruina tiene un seguro de un buen montón de perras!

—¿La póliza incluye accidentes mágicos y sobrenaturales?

—Por supuesto.

—Juicioso, señor elfo. Muy juicioso. Os felicito. ¡Eh, vecinos, cubríos! ¡A quien le guste la vida que no se acerque más!

Desde el interior del hogar de Errdil se escuchó un ensordecedor estruendo, relucieron truenos. La muchedumbre retrocedió, escondiéndose detrás de los pilares de la plaza.

—¿Por qué Geralt se metió ahí? —gimió Jaskier—. ¿Por qué cojones? ¿Por qué se empeñó en salvar a esa hechicera? Voto al diablo, ¿por qué? ¿Chireadan, lo entiendes tú?

El elfo sonrió con tristeza.

—Lo entiendo, Jaskier —afirmó—. Lo entiendo.

X

Geralt esquivó un nuevo rayo de fuego naranja disparado por los dedos de la hechicera. Estaba visiblemente cansada: los rayos eran débiles y lentos, y los evitó sin mayor esfuerzo.

—¡Yennefer! —gritó—. ¡Cálmate! ¡Entiende por fin lo que te quiero decir! No conseguirás...

No terminó. De las manos de la hechicera saltaron unos delgados relámpagos rojos que lo alcanzaron en muchos sitios y lo envolvieron esmeradamente. La ropa siseó y comenzó a echar humo.

—¿No lo conseguiré? —gruñó, de pie a su lado—. Ahora verás de lo que soy capaz. Basta con que te tumbes y no molestes más.

—¡Quítame esto! —gritó, retorciéndose y estirando la tela de araña ígnea—. ¡Que me quemo, coño!

—Tiéndete y no te muevas —le recomendó, respirando con dificultad —. Eso arde sólo cuando te mueves... No puedo dedicarte más tiempo, brujo. Nos hemos divertido un rato pero lo bueno, si breve... Tengo que ocuparme del djinn, porque se me va a escapar...

—¿Escapar? —bramó—. ¡Tú eres quien tiene que escapar! Ese djinn... Yennefer, escúchame con atención. Tengo que confesarte algo. Tengo que decirte la verdad. Te asombrarás.

XI

El djinn se retorció en sus ligaduras, dio una vuelta, tiró de los lazos que lo sujetaban y derribó la torreta de la casa de Beau Berrant.

—¡Pero cómo berrea! —Jaskier se tocó inconscientemente la garganta—. ¡Que monstruosos berridos! ¡Parece cómo si estuviera rabioso de la leche!

—Porque lo está —dijo el capellán Krepp.

Chireadan le lanzó una rápida mirada.

—¿Qué?

—Está rabioso —repitió Krepp—. Y no me extraña. Yo también lo estaría si hubiera tenido que cumplir al pie de la letra el primer deseo que, sin saberlo, expresó el brujo...

—¿Cómo? —gritó Jaskier—. ¿Geralt? ¿Un deseo?

—Él tenía en la mano el sello que aprisionaba al genio. El genio cumple sus deseos. Por eso la hechicera no puede subyugar al djinn. Pero el brujo no debe decírselo a ella, incluso si ya se dado cuenta. No debe decírselo.

—Su puta madre —murmuró Chireadan—. Comienzo a entender. El carnicero en la mazmorra... Reventó...

—Ése fue el segundo deseo del brujo. Le queda sólo uno. El último. ¡Pero, por los dioses, no debe confesárselo a Yennefer!

XII

Estaba de pie, inmóvil, inclinada sobre él, sin desviar su atención al djinn que se revolvía en sus ligaduras sobre el tejado de la posada. El edificio se estremecía, del techo caían cal y astillas, los muebles se arrastraban por el suelo con movimientos espasmódicos.

—Así que es eso —susurró—. Mis felicitaciones. Has conseguido engañarme. No era Jaskier, sino tú. ¡Por eso el djinn lucha de tal modo! Pero aún no he perdido, Geralt. No me valoras, no valoras mi fuerza. De momento os tengo a los dos en la sartén, al djinn y a ti. ¿Tienes todavía un deseo? Pídelo ahora. Liberarás al djinn y entonces lo meteré en la botella.

—Ya no tienes suficientes fuerzas, Yennefer.

—No sabes las fuerzas que tengo. ¡Tu deseo, Geralt!

—No, Yennefer. No puedo... Puede que el djinn lo otorgue pero a ti no te perdonará. Cuando esté libre, te matará, se vengará de ti... No te dará tiempo a atraparlo y no te dará tiempo a defenderte. Estás agotada, apenas te tienes en pie. Morirás, Yennefer.

—¡Ése es mi riesgo! —gritó con rabia—. ¿A ti que te importa? ¡Piensa mejor en lo que el djinn te puede dar a ti! ¡Todavía tienes un deseo! ¡Puedes pedir lo que quieras! ¡Aprovecha tu oportunidad! ¡Aprovéchala, brujo! ¡Puedes tener todo! ¡Todo!

XIII

—¿Morirán los dos? —aulló Jaskier—. ¿Cómo puede ser? Don Krepp, o como os llaméis... ¿Por qué? Si el brujo... ¿Por qué Geralt, su puta y reputa madre, no huye? ¿Por qué? ¿Qué lo detiene allí? ¿Por qué no abandona a su suerte a esa jodida bruja y no huye? ¡Si él sabe que no tiene sentido!

—Completamente sin sentido —repitió Chireadan con amargura—. Completamente.

—¡Es un suicidio! ¡E idiotismo común y corriente!

—Al fin y al cabo, ésta es su profesión —terció Neville—. El brujo salva mi ciudad. Pongo a los dioses por testigos de que si vence a la hechicera y expulsa al demonio, lo recompensaré con generosidad...

Jaskier se quitó de la cabeza el sombrerito adornado con una pluma de garza, escupió en él, lo tiró al fango y lo pisoteó, repitiendo diversas palabras en diversos idiomas.

—Pero si él... —gimió de pronto—. ¡Tiene todavía un deseo de reserva! ¡Podría salvarla a ella y a sí mismo! ¡Don Krepp!

—No es tan fácil —se lo pensó el capellán—. Pero si... si expresara correctamente el deseo... si de algún modo uniera su destino con el destino de... No, no creo que se le ocurra. Y puede que sea mejor así.

XIV

—¡Tu deseo, Geralt! ¡Más deprisa! ¿Qué es lo que ansias? ¿Inmortalidad? ¿Riqueza? ¿Gloria? ¿Poder? ¿Fuerza? ¿Honores? ¡Deprisa, no tengo tiempo!

Callaba.

—Humanidad —dijo de pronto, riéndose con gesto perverso—. Lo he adivinado, ¿verdad? ¡Eso es lo que ansías, lo que anhelas! La liberación, la libertad de ser quien quieres y no quien debes. El djinn otorgará ese deseo, Geralt. Pídelo.

Callaba.

Estaba junto a él, cubierta con el centelleante resplandor de la bola mágica, en la claridad de la magia, entre el brillo de los rayos que sujetaban al djinn, con el cabello encrespado y los ojos violetas ardiendo, enhiesta, esbelta, morena, terrible...

Y hermosa.

Se agachó violentamente, lo miró a los ojos, de cerca. Percibió el olor a lila y grosella.

—Callas —susurró—. ¿Qué es lo que anhelas entonces, brujo? ¿Cuál es tu más oculto sueño? ¿No lo sabes o es que no puedes decidirte? Busca en ti mismo, busca profunda y cuidadosamente, porque la Fuerza gira alrededor de ti, ¡no tendrás una segunda oportunidad!

Y de pronto él supo la verdad. Supo. Supo quién había sido ella antes. Lo que recordaba, lo que no podía olvidar, con lo que tenía que vivir. Quién había sido en realidad, antes de convertirse en hechicera.

Porque le miraban los ojos fríos, penetrantes, enfadados e inteligentes de una jorobada.

Se asustó. No, no de la verdad. Se asustó de que pudiera leer sus

pensamientos, de que pudiera enterarse de que él lo sabía. De que nunca se lo iba a perdonar. Ahogó estos pensamientos en su interior, los mató, los echó de su memoria para siempre, sin huellas, sintiendo ante esto un tremendo alivio. Sintiendo que...

El techo estalló. El djinn, enredado en la red de los rayos que se extinguía poco a poco, se lanzó directamente hacia ellos, gritando, y en el grito aquél había triunfo y ansia de matar. Yennefer se arrojó contra él, en sus manos había luz. Una luz muy débil.

El djinn abrió la boca y lanzó hacia ella sus garras. Y el brujo comprendió de pronto que ya sabía lo que deseaba.

Y pidió su deseo.

XV

La casa explotó, ladrillos, vigas y tablas revolotearon hacia lo alto en una nube de humo y de chispas. De entre el polvo saltó el djinn, grande como un establo. Bramando y estallando en una carcajada triunfal, el genio del aire, el djinn, ya libre, redimido, no sujeto por ningún deber ni la voluntad de nadie, trazó tres círculos sobre la ciudad, dobló el pararrayos de la torre del ayuntamiento, levantó el vuelo hacia lo alto y voló, se perdió, desapareció.

—¡Huye! ¡Huye! —gritó el capellán Krepp—. ¡El brujo logró su propósito! ¡El genio se va! ¡No es ya amenaza para nadie!

—¡Aj! —dijo Errdil con verdadero arrobo—. ¡Qué ruina más maravillosa!

—¡Mierda, mierda! —gritó Jaskier, encogido detrás del muro—. ¡Ha destruido toda la casa! ¡Nadie ha podido sobrevivir a eso! ¡Nadie, os digo!

—El brujo Geralt de Rivia se sacrificó por la ciudad —dijo ceremoniosamente el burgomaestre Neville—. No le olvidaremos, le honraremos. Pensaremos en una estatua...

Jaskier se sacudió del hombro un pedazo de estera de caña pegada con barro, limpió el jubón de cachitos de enlucido mojados de lluvia, miró al burgomaestre y en unas cuantas palabras elegidas con precisión expresó su opinión sobre sacrificios, honores, memoria y todas las estatuas del mundo.

XVI

Geralt miró a su alrededor. Por el agujero del techo caían lentas gotas de agua. Junto a ellos se amontonaban escombros y fragmentos de madera. Por una extraña casualidad el lugar donde yacían estaba completamente limpio. No les había caído encima ni siquiera una tabla ni un ladrillo. Era como si les hubiera cubierto un escudo invisible.

Yennefer, ligeramente enrojecida, estaba sentada a su lado, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Brujo —carraspeó—. ¿Estás vivo?

—Lo estoy. —Geralt se limpió la cara de polvo y pajas, gruñó. Yennefer, con un lento movimiento, tocó su muñeca, siguió delicadamente el contorno de su mano.

—Te he quemado...

—No es nada. Un par de ampollas...

—Lo siento. Sabes, el djinn se ha escapado. Definitivamente.

—¿Lo lamentas?

—No mucho.

—Eso está bien. Ayúdame a levantarme, por favor.

—Espera —susurró—. Ese deseo tuyo... Escuché lo que deseaste. Me quedé pasmada, simplemente me quedé pasmada. Podría haberme esperado cualquier cosa, pero qué... ¿Qué te llevó a ello, Geralt? ¿Por qué... por qué yo?

—¿No lo sabes?

Se inclinó sobre él, lo tocó, sintió en el rostro la caricia de sus cabellos que olían a lila y grosella y supo de pronto que nunca iba a olvidar ese olor, ese débil roce, supo que nunca más iba a poder compararlo con otro perfume y con otras caricias. Yennefer lo besó y él comprendió que nunca

más iba a desear otros labios que estos, blanditos y húmedos, dulces del pintalabios. Supo de pronto que desde ese momento existiría sólo ella, su cuello, sus hombros y pechos liberados del negro vestido, su delicada y fría piel, imposible de comparar con ninguna que tocara antes. Miró de cerca sus ojos violetas, los ojos más hermosos de todo el mundo, ojos que, como se temía, iban a convertirse para él en...

Todo. Lo sabía.

—Tu deseo —susurró con los labios pegados a su oreja—. No sé si tales deseos pueden realizarse. No sé si existe en la Naturaleza una Fuerza capaz de realizar tales deseos. Pero si es así, estás condenado. Condenado a mí.

Él la interrumpió con un beso, un abrazo, un halago, una caricia, muchas caricias y luego ya con todo, con él mismo por entero, cada pensamiento, un sólo pensamiento, con todo, con todo, con todo. Cortaron el silencio con suspiros y susurros de la ropa arrojada al suelo, cortaron el silencio muy delicadamente y fueron perezosos, y fueron cuidadosos y fueron atentos y sensibles, y aunque ambos no sabían muy bien qué era la atención ni la sensibilidad, lo consiguieron porque ambos lo querían con todas sus fuerzas. Y no tenían prisa alguna, y el mundo entero dejó de existir de pronto, dejó de existir por un pequeño, corto instante y a ellos les parecía que había transcurrido la eternidad toda, porque verdaderamente había transcurrido toda la eternidad.

Y luego el mundo comenzó a existir de nuevo, pero ahora era completamente distinto.

—¿Geralt?

—¿Humm?

—¿Y ahora qué?

—No sé.

—Yo tampoco sé. Porque sabes, yo... No estoy segura de si valió la pena ser condenado a mí. Yo no sé... Espera, qué haces... Quería decirte...

—Yennefer... Yen

—Yen —repitió, capitulando por completo—. Nunca nadie me llamó así. Dilo otra vez, por favor.

—Yen.

—Geralt.

XVII

La lluvia dejó de caer. El arco iris apareció sobre Rinde, surcó el cielo con un arco multicolor y entrecortado. Daba la sensación de que nacía justamente sobre el arruinado techo de la posada.

—Por todos los dioses —murmuró Jaskier—. Qué silencio... No viven, os digo. O bien se mataron el uno al otro o se los cargó mi djinn.

—Hay que echar un vistazo —dijo Vratimir, limpiándose la frente con un gorro arrugado—. Pueden estar heridos. ¿Llamamos a un médico?

—Mejor a un enterrador —afirmó Krepp—. Yo conozco a esa hechicera y el brujo también lleva al diablo dentro. No hay nada que hacer, más vale empezar a cavar dos agujeros en el camposanto. A esa Yennefer yo aconsejaría rematarla con una estaca de álamo.

—Qué silencio —repitió Jaskier—. Hace un momento hasta los tejados volaban y ahora no se oye ni una mosca.

Se acercaron a las ruinas de la posada, despacio y muy atentos.

—Que el carpintero haga unos ataúdes —dijo Krepp—. Decidle al carpintero...

—Silencio —le cortó Errdil—. He oído algo. ¿Qué ha sido eso, Chireadan?

El elfo retiró los cabellos de la oreja terminada en punta, inclinó la cabeza.

—No estoy seguro... Acerquémonos más

—Yennefer está viva —dijo de pronto Jaskier, forzando su oído musical—. He oído como gemía. ¡Oh, ha gemido otra vez!

—Ajá —confirmó Errdil—. Yo también la he oído. Gemía. Tiene que estar sufriendo horriblemente, os digo. ¿Chireadan, a dónde vas? ¡Ten cuidado!

El elfo se retiró de la ventana destrozada a través de la cual había mirado.

—Vámonos de aquí —dijo seco—. No les molestemos.

—Entonces, ¿están vivos los dos? ¿Chireadan? ¿Qué hacen allí?

—Vámonos de aquí —repitió el elfo—. Los dejaremos allí solos por algún tiempo. Que se queden allí ella, él y su último deseo. Esperaremos en cualquier taberna, y dentro de poco se nos unirán. Los dos.

—¿Qué hacen allí? —Jaskier se mostró interesado—. ¡Dilo, joder!

El elfo sonrió. Muy, muy triste.

—No me gustan las grandes palabras —dijo—. Y sin usar grandes palabras no se lo puede describir.

La voz de la razón 7

I

En el campo estaba Falwick completamente armado, sin yelmo, con la capa carmesí de la orden sobre los hombros. Junto a él, con los brazos cruzados sobre el pecho, había un enano achaparrado y barbudo, vestido con un pellejo de zorro y un casquete y una cota de malla. Tailles, sin armadura, sólo con un corto jubón acolchado, se paseaba con lentitud, blandiendo de trecho en trecho la espada desnuda.

El brujo miró a los lados, detuvo el caballo. A su alrededor, contorneando el campo, brillaban las corazas y los cascos planos de la soldadesca armada con lanzas.

—Voto al diablo —murmuró Geralt—. Podría habérmelo imaginado.

Jaskier volvió el caballo, maldijo en voz baja a la vista de los lanceros que les cortaban la retirada.

—¿De qué se trata, Geralt?

—De nada. Cierra el pico y no te metas. Intentaré salirme de esto de algún modo.

—¿De qué se trata, pregunto? ¿De nuevo un escándalo?

—Cállate.

—Fue una idea absurda, ir a la ciudad —gimió el trovador, mirando en dirección a las aún no tan lejanas torres del santuario, visibles por encima del bosque—. Tendríamos que habernos quedado en casa de Nenneke, sin sacar la nariz fuera de las murallas...

—Cállate, te he dicho. Verás como todo se arregla.

—No lo parece.

Jaskier tenía razón. No lo parecía. Tailles, blandiendo la espada, paseaba, sin mirar hacia ellos. Los soldados, apoyados en las lanzas, les contemplaron tétricos e indiferentes, con gestos de profesionales a los que matar no les producía siquiera una descarga de adrenalina.

Bajaron de los caballos. Falwick y el enano se acercaron con paso lento.

—Insultasteis al noble Tailles, brujo —dijo el conde sin los prólogos y cortesías habituales—. Y Tailles, como supongo que recordáis, os arrojó el guante. No convenía insistir sobre ello dentro del terreno del santuario; hemos esperado, pues, hasta que habéis salido de debajo de las faldas de la sacerdotisa. Tailles os está aguardando. Tenéis que luchar.

—¿Tengo?

—Tenéis.

—¿Y no pensáis, don Falwick —sonrió torvamente Geralt—, que el noble Tailles me hace un honor excesivo? Nunca he merecido el honor de ser armado caballero y en lo que respecta al nacimiento, mejor no recordar las circunstancias que lo acompañaron. Me temo que no soy suficientemente digno de... ¿cómo se dice, Jaskier?

—Incapaz de dar satisfacción y de enfrentarse en liza —recitó el poeta, con un mohín—. Las leyes de la caballería establecen...

—El capítulo de la orden se guía por sus propias leyes —le interrumpió Falwick—. Si hubierais sido vos quien hubierais retado a un caballero de la orden, entonces a él le hubiera sido posible negarse a daros una satisfacción o aceptarlo, a voluntad. Sin embargo, aquí se trata de lo contrario: es el caballero el que os ha retado, y con ello os eleva a su dignidad; por supuesto, exclusivamente durante el tiempo necesario para lavar la afrenta. No podéis rechazarlo. El rechazo a aceptar la dignidad os convertiría en indigno.

—Eso es de lógica —dijo Jaskier con un gesto de mono—. Veo que habéis estudiado a los filósofos, señor caballero.

—No te metas. —Geralt alzó la cabeza, miró a Falwick a los ojos—. Terminad, caballero. Quisiera ver cuál es vuestro objetivo. Qué sucedería si me mostrara... indigno.

—¿Qué sucedería? —Falwick torció los labios en una sonrisa maligna —. Pues que en ese momento ordenaré colgarte de un árbol, bellaco.

—Tranquilo —de pronto habló roncamente el enano—. Sin nervios, señor conde. Y sin insultos, ¿vale?

—No me enseñes modales, Cranmer —rezongó el caballero—. Y recuerda que el príncipe te dio una orden que has de cumplir al pie de la letra.

—Entonces no seáis vos quien me deis lecciones, conde. —El enano apoyó los puños en el hacha de doble filo atada a su cinturón—. Sé como cumplir las órdenes, lo haré sin enseñanzas. Señor Geralt, permitidme. Me llamo Dennis Cranmer, capitán de la guardia del príncipe Hereward.

El brujo se inclinó con desgana, mirando a los ojos del enano, acerados, de color gris claro, que surgían debajo de unas cejas amarillentas y pobladas.

—Enfrentaos a Tailles, señor brujo —continuó tranquilo Dennis Cranmer—. Será mejor. La lucha no ha de ser a muerte sino hasta la inconsciencia. Enfrentadle pues en el campo y permitidle que os deje inconsciente.

—¿Qué?

—El caballero Tailles es el favorito del príncipe —dijo Falwick, sonriendo con maldad—. Si lo tocas en una lucha con espada, engendro, sufrirás un castigo. El capitán Cranmer te arrestará y te llevará a presencia de su alteza. Para castigarte. Tales son sus órdenes.

El enano ni siquiera miró al caballero, no levantó de Geralt sus fríos ojos de acero. El brujo sonrió ligeramente, pero en una mueca bastante siniestra.

—Si lo entiendo bien —dijo—, tengo que enfrentarme en duelo porque si me niego, me colgarán. Si lucho, tengo que permitir que el oponente me hiera porque si yo lo toco, me torturarán en la rueda. Una alternativa muy agradable. ¿No puedo ahorraros problemas? Me tiraré de cabeza contra un tronco de pino y yo mismo me dejaré inconsciente. ¿Os satisface?

—Sin burlas —siseó Falwick—. No empeores tu situación. Insultaste a la orden, vagabundo, y tienes que pagar por ello, creo que ya lo habrás entendido. Y al joven Tailles le es necesaria la fama de cazador del brujo, así que el capítulo le quiere dar esa fama. De otra forma ya estarías colgando de un árbol. Si te dejas vencer, salvarás tu miserable vida. No necesitamos tu cadáver, queremos que Tailles te arañe un poco la piel. Y tu piel, la piel de un mutante, crece rápido. Venga, eso es todo. Decide. No tienes elección.

—¿Así lo creéis, señor conde? —Geralt se sonrió aún más siniestramente, echó un vistazo a su alrededor, midió a los soldados con la

mirada, evaluando la situación—. Pues yo pienso que la tengo.

—Sí, es cierto —reconoció Dennis Cranmer—. La tenéis. Pero entonces correrá la sangre, mucha sangre. Como en Blaviken. ¿Queréis eso? ¿Queréis cargar vuestra conciencia con sangre y muerte? Porque la elección en la que pensáis, don Geralt, significa sangre y muerte.

—Son argumentos de gran belleza, incluso fascinantes —se burló Jaskier—. Intentáis obligar a ser humanitario, apelando a sus más altos instintos, a una persona asaltada en el bosque. Pedís, si no entiendo mal, que elija no derramar la sangre de los bandidos que lo han asaltado. Tiene que apiadarse de los esbirros, porque los esbirros son pobres, tienen mujer, hijos, y quién sabe, puede que hasta madres. ¿Y no os parece, capitán Cranmer, que os preocupáis por adelantado? Porque miro a vuestros lanceros y veo cómo les tiemblan las rodillas ante el sólo pensamiento de luchar con Geralt de Rivia, el brujo, alguien capaz de dar cuenta de estriges con las manos desnudas. Aquí no se derramará sangre alguna, nadie recibirá daño. A excepción de aquéllos que se tuerzan el pie cuando huyan hacia la ciudad.

—Yo —dijo con tranquilidad el enano mientras se tocaba la barba con arrogancia— no tengo nada que reprocharles a mis rodillas. Hasta ahora no he corrido ante nadie y no pienso cambiar esta costumbre. No estoy casado, no sé nada de hijos y a la madre, una mujer para mí desconocida, preferiría no meterla en esto. Pero las órdenes que me dan, las cumplo. Como siempre, al pie de la letra. No apelo a ningún sentimiento, pido al señor Geralt de Rivia que tome una decisión. Aceptaré la que sea y actuaré en consecuencia.

Se miraron a los ojos, el brujo y el enano.

—Bueno es saberlo —dijo por fin Geralt—. Terminemos el asunto. Lástima de día.

—Aceptáis pues. —Falwick alzó la cabeza, los ojos le brillaban—. ¿Consentís en batiros a duelo con el noble Tailles de Dorndal?

—Sí.

—Bien. Preparaos.

—Estoy listo. —Geralt se quitó los guantes—. No perdamos tiempo. Si Nenneke se entera de esta riña, nos montará un infierno. Solucionémoslo con rapidez. Jaskier, estate tranquilo. Esto no va contigo. ¿Cierto, señor Cranmer?

—Absolutamente —afirmó seco el enano y miró a Falwick—.

Absolutamente, don Geralt. Si hay algo, esto os concierne sólo a vos.

El brujo desenvainó la espada que llevaba a la espalda.

—No —dijo Falwick, sacando la suya—. No vas a luchar con tu garrancha. Toma mi espada.

Geralt se encogió de hombros. Tomó el estoque del conde y lo blandió para probarlo.

—Pesada —dijo con frialdad—. Ya puestos, podríamos batirnos con dos palas.

—Tailles tiene una idéntica. Las mismas posibilidades.

—Muy gracioso, don Falwick. De verdad, muy gracioso.

Los soldados rodearon el campo en una cadena no muy densa. Tailles y el brujo estaban de pie el uno enfrente del otro.

—¿Don Tailles? ¿Qué decís a unas excusas?

El caballerete apretó los labios, puso la mano izquierda a la espalda en posición de esgrima.

—¿No? —Geralt sonrió—. ¿No escucháis la voz de la razón? Lástima.

Tailles flexionó las piernas, saltó, lanzó un ataque relampagueante, sin aviso. El brujo no hizo siquiera el esfuerzo de pararlo, evitó la plana estocada con una rápida media vuelta. El caballerete extendió el golpe, la hoja cortó de nuevo el aire; Geralt, con una hábil pirueta, salió de debajo de la hoja, saltó ligero y con una corta y fina finta quebró el ritmo a Tailles. Tailles maldijo, dio un amplio mandoble por la derecha, perdió el equilibrio durante un segundo, intentó recuperarlo, cubriéndose con un movimiento de la espada automático, desmañado, muy alto. El brujo golpeó con la rapidez y la fuerza de un rayo, directamente, extendiendo el brazo en toda su longitud. La pesada espada chocó con un estruendo metálico en la hoja de Tailles, de forma tal que, al rebotar, le dio con fuerza justo en el rostro. El caballero aulló, cayó postrado de hinojos y dio con la testa en la hierba. Falwick corrió hacia él. Geralt clavó la espada en la tierra, se dio la vuelta.

—¡Eh, guardia! —gritó Falwick, levantándose—. ¡Cogedle!

—¡Alto! ¡En vuestros puestos! —ronqueó Dennis Cranmer, tocando su hacha. La soldadesca se detuvo—. No, conde —dijo con lentitud el enano —. Yo siempre cumplo las órdenes al pie de la letra. El brujo no ha tocado al caballero Tailles. El rapaz se ha herido con su propio acero. Mala suerte.

—¡Tiene el rostro masacrado! ¡Está marcado para toda la vida!

—La piel crece rápido. —Dennis Cranmer clavó sus ojos metálicos en el brujo y mostró los dientes—. ¿Y la cicatriz? La cicatriz es para un

caballero recuerdo honorable y motivo para la fama y la gloria que tanto le deseaba el capítulo. Un caballero sin cicatriz es un muñeco, no un caballero. Preguntadle, conde, y os convenceréis de que está contento.

Tailles se retorcía en la tierra, escupía sangre, gemía y aullaba. No aparentaba estar contento en absoluto.

—¡Cranmer! —gritó Falwick, extrayendo su espada de la tierra—. ¡Te juro que lamentarás esto!

El enano se dio la vuelta, sacó con lentitud el hacha del cinturón, tosió y escupió abundantemente en la mano derecha.

—¡Ah, señor conde! —dijo con rabia—. No juréis en falso. No aguanto a los perjuros y el príncipe Hereward me dio derecho a castigar a tales personas. Haré como que no he oído vuestras estúpidas palabras. Pero no las repitáis, os lo pido por favor.

—Brujo. —Falwick, bufando de rabia, se dio la vuelta hacia Geralt—. Lárgate de Ellander. Ahora mismo. ¡Sin un instante de demora!

—Raramente estoy de acuerdo con él —murmuró Dennis, yendo hacia el brujo y dándole la espada—, pero en este caso tiene razón. Vete de aquí lo más pronto posible.

—Haré tal y como aconsejáis. —Geralt se colgó el talabarte a lo largo del pecho—. Pero antes de eso... Aún tengo que cruzar un par de palabras con el señor conde. ¡Don Falwick!

El caballero de la Rosa Blanca parpadeó con nerviosismo, se tocó con la mano la capa.

—Volvamos por un momento al código de vuestro capítulo —siguió el brujo, intentando no reírse—. Mucho me interesa cierto asunto. Si, pongamos, yo me sintiera injuriado e insultado por vuestra actitud en toda esta historia, si os retara a duelo aquí, ahora, en este lugar, ¿haríais algo? ¿Me consideraríais suficientemente digno para cruzar conmigo las espadas? ¿O acaso os negaríais, incluso sabiendo que en caso de rechazo yo os tendría a vos por indigno hasta para escupiros, golpearos en los morros y daros de patadas en el culo ante los ojos de vuestros lacayos? Conde Falwick, sed tan amable de calmar mi curiosidad.

Falwick palideció, retrocedió un paso, miró a su alrededor. Los soldados evitaron su mirada. Dennis Cranmer torció el gesto, sacó la lengua y dejó salir una buena cantidad de babas.

—Aunque calláis —continuó Geralt—, escucho en vuestro silencio la voz de la razón, don Falwick. Habéis calmado mi curiosidad, ahora yo

satisfaré la vuestra. Si os interesa saber qué pasaría si la orden quisiera molestar de algún modo a la madre Nenneke o a sus sacerdotisas o si se le quisiera imputar lo más mínimo al capitán Cranmer, sabed, conde, que entonces os buscaré y sin importarme código alguno, os sacaré la sangre como si fuerais un cerdo.

El caballero palideció aún más.

—No olvidéis mi promesa, don Falwick. Ven, Jaskier. Ya es hora. Adiós, Dennis.

—Suerte, Geralt. —El enano mostró una amplia sonrisa—. Adiós. Me ha alegrado mucho nuestro encuentro, espero que no sea el último.

—Lo mismo digo, Dennis. Hasta la vista, entonces.

Se fueron con provocadora lentitud, sin mirar atrás. Sólo pasaron al trote cuando estaban ya ocultos por el bosque.

—Geralt —habló de pronto el poeta—. ¿No iremos directamente al sur? Tendremos que evitar Ellander y las posesiones de Hereward. ¿No? ¿O piensas seguir con esta demostración?

—No, Jaskier. No pienso hacerlo. Iremos a través de los bosques, y luego tomaremos la Ruta de los Mercaderes. Recuerda, no le digas ni una palabra a Nenneke sobre esta aventura. Ni una.

—Tengo la esperanza de que nos iremos sin perder tiempo.

—Inmediatamente.

II

Geralt se inclinó, comprobó el arco del estribo recién arreglado, apretó la correa que todavía olía a piel nueva, tiesa aún y dura en la hebilla. Arregló la cincha, las albardas y la gualdrapa anudada a la silla, con la espada de plata enrollada en ella. Nenneke estaba junto a él, inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Jaskier se acercó, trayendo su caballo castaño-retinto.

—Gracias por tu hospitalidad, venerable —dijo gravemente—. Y no te enfades conmigo. Ya sé que pese a todo me aprecias.

—Cierto —concedió Nenneke sin una sonrisa—. Te aprecio, zopenco, aunque ni yo misma sé por qué. Adiós.

—Hasta la vista, Nenneke.

—Hasta la vista, Geralt. Ten cuidado.

El brujo sonrió con aspereza.

—Prefiero cuidar de otros. Vale más la pena, a largo plazo.

Del santuario, de entre las columnas cubiertas de hiedra, salió Iola en compañía de dos adeptas más jóvenes. Llevaba el cofrecillo del brujo. Evitó con torpeza su mirada, su sonrisa confusa se mezclaba con el rojo de su pecosa y mofletuda carita, creando una composición llena de gracia. Las adeptas que la acompañaban no escondían miradas muy significativas y con esfuerzo se contenían para no reírse.

—Por la gran Melitele —suspiró Nenneke—. Toda una comitiva de despedida. Toma el cofre, Geralt. He rellenado tus elixires, tienes todo lo que te faltaba. Y la medicina ésa, sabes cuál. Tómala regularmente durante dos semanas. No lo olvides. Es importante.

—No lo olvidaré. Gracias, Iola.

La muchacha bajó la cabeza, le dio el cofrecillo. Ella tenía tantas ganas

de poder decir algo. No tenía la menor idea de qué era lo que se suponía que tenía que decir, qué palabras convenía usar. No sabía qué hubiera dicho, si hubiera podido. No sabía. Y ansiaba hacerlo.

Sus manos se tocaron.

Sangre. Sangre. Sangre. Huesos como blancos palillos rotos. Tendones como blanquecinas cuerdas explotando bajo una piel reventada, hendida por unas grandes garras erizadas de púas y agudos dientes. El obsceno sonido de un cuerpo desgarrado y un grito impúdico, hiriente en su impudicia. En la impudicia del final. Muerte. Sangre y grito. Grito. Sangre. Grito...

—¡Iola!

Nenneke, con una rapidez increíble para su corpulencia, se echó sobre la muchacha tendida en la tierra, quien, rígida, temblaba convulsivamente y la sujetó por los brazos y los cabellos. Una de las adeptas se quedó como paralizada, la otra, más ágil, se arrodilló a los pies de Iola. Iola se dobló en arco, abriendo la boca en un grito mudo y sin sonido.

—¡Iola! —gritaba Nenneke—. ¡Iola! ¡Habla! ¡Habla, chiquilla! ¡Habla!

La muchacha se tensó aún más, mordisqueó, apretó las mandíbulas, una fina línea de sangre le corrió por la mejilla. Nenneke, enrojeciendo del esfuerzo, gritó algo que el brujo no entendió, pero su medallón se agitaba de tal modo en su cuello que se inclinó automáticamente, doblándose a causa de un peso invisible.

Iola se quedó inmóvil.

Jaskier, pálido como el papel, respiraba ruidosamente. Nenneke se puso de rodillas, se levantó con esfuerzo.

—Lleváosla —dijo a las adeptas. Había ya algunas más, acudían corriendo, graves, preocupadas y mudas.

—Tomadla —repitió la sacerdotisa—. Con cuidado. Y no la dejéis sola. Ahora vengo yo.

Se volvió hacia Geralt. El brujo estaba inmóvil, sujetando las riendas en la mano sudorosa.

—Geralt... Iola...

—No digas nada, Nenneke.

—Yo también lo he visto... Por un segundo. Geralt, no te vayas.

—Tengo que hacerlo.

—¿Has visto... has visto eso?

—Sí. No es la primera vez.

—¿Y qué?

—No tiene sentido volver la vista atrás.

—No te vayas, por favor.

—Tengo que hacerlo. Ocúpate de Iola. Hasta la vista, Nenneke.

La sacerdotisa volvió la cabeza, sorbió por la nariz y se limpió las lágrimas con un violento y seco movimiento.

—Adiós —susurró sin mirarle a los ojos.